Michael Marshall

Los muertos solitarios

«Bienvenido al maravilloso y retorcido mundo de Michael Marshall.»
The Mirror

13

Una mujer joven aparece muerta en un hotel de North Hollywood. Los investigadores encuentran en su boca un pequeño disco duro con una grabación del *Réquiem* de Fauré. Dos asesinatos más en Portland y Seattle revelan que el asesino en serie conocido como el Hombre de Pie está de nuevo al acecho.

Mientras tanto, en otro lugar, un hombre aparece deshidratado y delirando tras haber pasado dos días en un bosque. Sus recuerdos son muy vagos, pero está casi seguro de haber visto una extraña criatura. Junto con un periodista interesado en su historia, se interna de nuevo en el bosque. Están a punto de hacer un descubrimiento que dará un vuelco a la historia oficial de Estados Unidos.

Desde el fatal enfrentamiento con los Hombres de Paja.

Ward Hopkins ha estado viajando sin rumbo por carreteras secundarias y pueblos fantasma. A raíz de los nuevos asesinatos, decide unir sus fuerzas con Nina y enfrentarse al mayor de sus miedos: asumir que él sabe quién es el Hombre de Pie y que es el único que puede detenerlo.

Leída como continuación de *Los Hombres de Paja* o como novela independiente, *Los muertos solitarios* es un apasionante *thriller* que ahonda en el mito del origen de los asesinos en serie en Estados Unidos. Los muertos solitarios.

Michael Marshall

Los muertos solitarios

Los hombres de paja
2

Título original: *The upright man*
Michael Marshall, 2004
Traducción: Vicenç Tuset, 2010

-

Revisión: 1.0
18/06/2021

Para mi padre

YAKIMA

Quedamos en el aparcamiento del centro comercial de Yakima. Yakima es una pequeña ciudad del centro del estado de Washington. Es una ciudad porque así es como se llama a sí misma; tiene un centro comercial en el que se puede entrar y comprar sin que ninguna vista al exterior te recuerde dónde estás. En tres horas solo han entrado dos personas. Un par de adolescentes con camisetas de equipos de fútbol americano. Ninguno tenía aspecto de llevar encima el dinero suficiente para darle la vuelta al destino que le espera al lugar. Se fueron poco después, sin comprar nada. En la tercera planta hay carteles que anuncian locales disponibles a precios tirados. La enorme esquina a pie de calle también estaba libre, lo cual es siempre una mala señal.

Yo estaba sentado en el coche tomándome un café americano que había pedido para llevar en un Seattle's Best. La cafetería era el único negocio de la avenida que parecía tener fe en sí mismo: del resto diríase que habían guardado el cartel de «Se alquila» en la trastienda para ahorrarse unos pavos cuando llegara lo inevitable. Mientras esperaba, casi creía oír cómo un alcalde, sentado en algún lugar, tamborileaba con los dedos sobre un escritorio reluciente, perdiendo la cordura a la par que atestigua el amodorramiento del pueblo a sus pies. La ciudad podría sobrevivir; incluso una zona muerta como esta necesita un sitio donde instalar uno o dos Les Schwab y completar la cuota nacional de Burger King, pero era poco probable que volviera a hacer realmente rico a nadie. Si es eso lo que tienes en mente, te irías a Seattle o bajarías hasta Portland. ¿Qué

hacía uno en Yakima?, de eso no tengo ni idea.

John Zandt llegó al volante de una pickup GMC grande y roja, sucia y no precisamente nueva. Parecía que una manada de vacas la hubiera embestido el lado del copiloto y casi hubieran conseguido volcarla. Dio unas cuantas vueltas por el aparcamiento hasta que llegó a la altura de mi inmaculado Ford Generic. Bajamos las ventanillas. El aire era frío.

—Eh, Ward. ¿Les pediste esto en el mostrador? Solo te faltó pedirles que te hicieran una pintada que dijera «No soy de aquí» en el capó.

—Llegas increíblemente tarde —le dije—, así que jódete. El concesionario no tenía promociones para pringados. Está claro que tú tuviste más suerte.

—Lo robé en el aparcamiento del aeropuerto —reconoció—. Vámonos, pues.

Bajé del coche y dejé las llaves en el contacto. Supuse que Hertz podría afrontar la pérdida. Ya lo habían hecho antes. Ni ellos ni nadie podrían localizarme a partir del carnet de identidad que había usado en Spokane. Cuando subí a la camioneta vi que había un par de revólveres en el suelo. Cogí uno, le eché un vistazo y me lo guardé en el bolsillo.

—¿Está muy lejos?

—A una hora, más o menos —dijo Zandt—. Y luego hay que caminar.

Salió del aparcamiento y siguió por la avenida, pasó por delante del otro centro comercial, nuevo y gris, que había condenado definitivamente al que había estado vigilando, aunque tampoco parecía mucho más próspero. Giró a la derecha para coger la calle Ochenta y dos y atravesar la descontrolada población urbana en que se había convertido Union Gap, luego siguió entre los edificios aislados que hay junto a la carretera y, finalmente, por la carretera sin más. En Toppenish tomó el brusco desvío de la 97 que lleva al suroeste. Ya no había más localidades hasta llegar a un poblacho octogonal llamado Goldendale, a ochenta kilómetros. Después de eso, todavía quedaban treinta y cinco kilómetros hasta uno de los

tramos con menos atractivo del cauce del río Columbia, pasada la presa de Dalles. La noche anterior había pasado un rato con un camarero charlatán mientras tomaba una copa en Rooney's Loom, el sucedáneo de bar que el hotel más grande de Yakima ponía a disposición de su clientela. Sabía que ahora nos encontrábamos en la reserva de Yakama y que no había nada en ciento veinte kilómetros a la redonda; la población indígena se había concentrado en un par de miserables asentamientos más al norte. Sabía también que el lugar hoy llamado Union Gap en su día fue Yakima, hasta que la compañía del ferrocarril obligó a los indios a trasladar la capital unos cuantos kilómetros más al norte; aplacaron su resistencia con la promesa de tierras gratuitas, los sobornos dividieron a la tribu como no lo habían conseguido jamás ni el hambre ni los fríos inviernos. Sabía también que justo por encima de la presa de Dalles había un lugar en el que una vez tronaron las cataratas Celilo, un salto de agua furioso y sagrado donde los hombres habían atrapado salmones durante diez mil años. Ahora estaban en silencio, sumergidas bajo las aguas crecidas de la presa. El dinero cambió de manos tiempo atrás, pero los yakama siguen esperando que se reconozcan sus pérdidas en un sentido un poco más significativo. Parece probable que sigan esperando bastante todavía, posiblemente hasta el final de los tiempos.

Como la mayoría de la gente, en realidad, yo tampoco tenía ni idea de qué hacer con esa información. El camarero era un nativo americano, pero tenía el pelo rubio y lo llevaba corto y de punta como una estrella pop de los ochenta; además, llevaba mucho maquillaje. Tampoco tenía muy claro qué pensar de eso.

Zandt había pegado un mapa al salpicadero. Tenía las esquinas dobladas, y había manchas de grasa en la parte de abajo, daba la impresión de que había pasado mucho tiempo en bolsillos y entre manos mugrientas. Una pequeña cruz marcaba un punto en el centro de una zona vacía, próxima a una sinuosa línea azul llamada Dry Creek.

—¿De dónde ha salido esto?

—De una llamada recibida en una de las líneas para delatores.

La nota iba a ir directa a la papelera, el tipo estaba muy bebido y hablaba sin demasiada coherencia, pero Nina la recuperó del montón de basura.

—¿Por qué?

—Porque le sonó muy fuera de lo normal y sabe perfectamente que eso no significa que no sea cierto.

—¿Y cómo localizasteis al tipo?

—Esos números 800 no son tan anónimos como el FBI quiere hacernos creer. Nina rastreó la llamada hasta un bar de Dakota del Sur. Fui allí y esperé hasta que la persona en cuestión volvió a aparecer. No fue cosa de un momento.

—¿Y?

—El nombre del confidente es Joseph. Oriundo de Harrah, un agujero a unos cuantos kilómetros al este de Yakima. ¿Sabes que esto es una reserva?

—Es demasiado deprimente para ser otra cosa. Somos muy generosos con esta gente. No entiendo por qué no nos quieren a morir.

—Aquí es donde vivían, Ward. No es culpa nuestra que parezca la Luna. Joseph estaba de visita familiar y se fue a dar un paseo por los bosques de los alrededores hace una semana. Un largo paseo. Terminó pasando unas cuantas noches fuera. Tengo que añadir que la apariencia de Joseph sugiere que bebe mucho y regularmente. El pliegue de sus codos también tiene mala pinta. Pero no vaciló sobre dónde había estado.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—No creo que tenga muy buenos recuerdos de la policía local. Precisamente por eso estaba en Dakota del Sur.

—Pero te vio con tu perilla molona y al instante decidió confiar en ti.

Zandt apartó la mirada.

—Esperaba que no te hubieras dado cuenta.

—Ya lo creo que me he dado cuenta. Y te aseguro que ni siquiera he empezado a sacarle partido al tema.

—A Nina le gusta.

—Seguramente también le gustan los monederos de piel. Y eso no significa que tengas que encasquetarte uno en la cabeza. Bueno, ¿dónde está ahora este tío Joseph?

—Ha desaparecido. Tiene doscientos dólares en el bolsillo y no creo que hable con nadie. Ya está bastante asustado. Creía que había visto un espíritu o algo así.

Zandt negó con la cabeza, como si aquello le pareciera demasiado estúpido para ponerlo en palabras.

Volví la cara antes de que pudiera ver la expresión de mi rostro.

Media hora después de haber salido de Toppenish, podríamos haber estado en otro planeta. Tal vez en su día hubo alguna razón para venir hasta aquí. Ahora ya no. No había árboles, solo colinas escarpadas, barrancos poco profundos, pequeños arbustos y hierba seca bajo los restos de la nevada de la semana anterior. Las piedras eran grises o de un marrón apagado, y transmitían la misma impresión que una gélida acuarela expuesta en algún pasillo ajeno. El cielo se había vuelto todavía más gris y las nubes se posaban sobre las colinas y los valles como un musgo blanco. Lo único que podía seguirse con la mirada era la carretera.

Zandt mantuvo la mirada en el reloj. Tras otros quince kilómetros, comenzó a conducir más despacio, mirando a ambos lados de la carretera. Finalmente dio con lo que quería ver y se detuvo.

—Esto es lo más cerca que podemos llegar por aquí.

Condujo por el arcén y cogió un camino que yo ni siquiera había visto. Avanzamos a trompicones mientras el sendero se deslizaba colina abajo hasta quedar por debajo del nivel de la carretera, luego ascendía remontando un repecho. Daba la impresión de que hacía mucho tiempo que nadie había transitado aquel camino. Al cabo de unos ochocientos metros, la pendiente se hacía más pronunciada en todas las direcciones, y yo me sujetaba al asiento con ambas manos.

Zandt comprobó que no se nos viera desde la carretera y paró la pickup. Salió, y yo hice lo mismo. Reinaba un silencio absoluto.

Miré a mi alrededor.

—¿Es aquí?

—No, pero tendremos que hacer el resto caminando.

—Nunca he sido un gran excursionista.

—¿Cómo puede ser que eso no me sorprenda?

Se sacó del bolsillo algo parecido a una agenda electrónica con una especie de babosa pegada a la parte superior.

—¿Un GPS?

Asintió.

—Quiero estar seguro de que encontramos el camino de vuelta.

Introdujo la posición del vehículo y encaró la subida. El panorama era el mismo que habíamos disfrutado toda la tarde, salvo que ahora ya no había carretera.

—En marcha.

Seguimos el rastro del sendero hasta que se desvaneció al otro lado de la colina, y luego continuamos caminando a través de la nada. Detrás de esa colina había otra, cuyo repecho más lejano culminaba en un acantilado poco profundo. Proseguimos nuestro camino cuesta abajo, mientras la niebla descendía a nuestro alrededor y más arriba, más allá de la otra vertiente. Después el trayecto fue bastante llano durante un rato. No había árboles. El suelo era duro, rocoso y baldío, salvo por algunas matas de hierba amarillenta y otros pocos arbustos. Hacíamos el mismo ruido al andar que cuando alguien come Doritos con la boca cerrada.

Zandt pateó una planta.

—¿Qué es esta cosa?

—Una artemisa, supongo. Aunque, para ser sincero, no sé una mierda sobre la flora del altiplano.

—Es un dolor de muelas caminar por aquí.

—Desde luego que sí.

Continuamos andando, y las nubes se acumularon a nuestro alrededor hasta que nuestra visibilidad se limitó a poco más de cincuenta metros en cualquier dirección. John consultaba el GPS a cada rato, pero aquel no parecía un lugar con muchos destinos. Era seco y frío, no glacial, sino con el tipo de frío constante que hace

difícil recordar cuándo las cosas fueron de otro modo. Intenté imaginarme a gente viviendo allí alguna vez y fui incapaz. Tuvo que haber sido hace mucho tiempo. Aquella tierra producía la impresión de que no quería que nadie más la siguiera molestando.

Después de un buen rato, miré la hora. Eran más de las cuatro, y la luz empezaba a cambiar. Se levantó un viento leve. El sol era una moneda de plata a través de la niebla, desvaída y cada vez más empañada.

—Ya lo sé —dijo John antes siquiera de que yo hubiera abierto la boca—. La cruz en el mapa es todo lo que tengo. Estamos en el lugar o muy cerca.

—No estamos en ninguna parte —dije—. Jamás, en toda mi vida, había visto un sitio que fuera tan ninguna parte como este.

De todos modos, seguimos caminando. La niebla se hizo más densa, a ratos era una auténtica alfombra gris que se ahuecaba de repente y formaba un canal interior en el que el sol resplandecía desde dentro, como una visión dorada. Nos encontramos avanzando sobre una cresta baja, el pie de otra colina que se elevaba como una duna, entre gris y verde, quince metros a la derecha; el borde de un cañón justo a la izquierda.

No parecía que progresáramos demasiado, pero no dije nada. No me esperaban en ningún otro lugar.

Al final fue John quien se detuvo.

—Esto es una estupidez —dijo. Estaba cabreado.

No le culpaba, pero además parecía tener los nervios de punta, ser presa de una incesante ira subyacente. Las profundas ojeras no hablaban de alguien que hubiera estado durmiendo bien últimamente. Esperaba que su contacto tuviera suficiente sentido común como para no regresar al bar de Dakota del Sur durante un tiempo.

—¿Tu cacharro tiene retroiluminación?

—Claro.

—Entonces, aún nos queda tiempo.

Me puse en marcha de nuevo.

Él se quedó plantado donde estaba.

—Ward, no creo que valga la pena. Incluso en línea recta estamos a cuarenta minutos de la carretera, tal vez más. Hemos rodeado toda el área que cubría la cruz.

Me volví.

—¿Y dónde hizo esa cruz? ¿Dónde estaba?

—En el bar.

A tan solo unos metros, la voz de Zandt sonaba como si tuviera que luchar para abrirse camino entre la niebla.

—Exacto. O, en otras palabras, a una semana y muchos kilómetros de distancia de cuando estuvo aquí. ¿Hasta qué punto estaba borracho?

—Me dijo que estaba seguro de que era allí.

—Probablemente también está seguro de que controla lo que bebe. ¿Valía algo la palabra de un testigo cuando eras poli?

—Claro que no —contestó cortante. Sacó el móvil y lo miró, furioso—. No hay cobertura. Estamos muy lejos del mapa, Ward.

—En todos y cada uno de sus posibles sentidos. Pero… —Me callé al tiempo que el mundo pareció descarrilar—. ¿Qué coño es eso?

Zandt se acercó hasta donde me encontraba y nos quedamos hombro con hombro por un momento. Luego lo vio.

—Santo Dios.

Un hombre avanzaba campo a través un poco más adelante de nosotros, justo lo bastante lejos como para que su contorno estuviera difuminado por la niebla. Llevaba un traje gris y zapatos de vestir negros, inapropiados en ese contexto. Podía incluso oírse el batir de su americana contra el viento. Su modo de caminar mostraba determinación, como si tuviera que llegar a algún sitio. A pesar de eso, no se movía.

Avancé un paso, me detuve. Me llevé la mano a la pistola y luego la volví a soltar. Lo pensé de nuevo y finalmente la saqué.

Separándonos ligeramente, nos aproximamos al caminante.

Parecía un hombre de cincuenta años largos. Su cabello canoso

había sido pulcramente cortado poco antes. Ahora lo llevaba aplastado contra el cráneo. Su cabeza y sus manos mostraban un color poco atractivo. Blancas en su momento, en ese momento, mostraban una paleta de colores que iba del azul al rosa chillón; ensombrecido en algunas zonas, daba lugar a un color entre morado y marrón al que sería incapaz de poner nombre. Un corte irregular le atravesaba el cuello partiendo de la oreja izquierda: el cuchillo había arrancado una porción de carne, dándole un curioso aspecto asimétrico. También le faltaba el labio superior. Despedía cierto olor, pero no insoportable. El tiempo era muy frío y seco.

Ahora que estábamos más cerca, se volvió un poco más prosaico. Ya no era un fantasma. Solo un cuerpo. A nadie le gusta ver solo un cuerpo, pero es mejor que un fantasma. Los cuerpos te hacen dudar únicamente del mundo y de la gente que lo habita. Los fantasmas te hacen dudar de todo y lo hacen desde un lugar de la mente en el que no hay palabras para responder a la pregunta, donde las reconfortantes promesas que te haces a ti mismo ya no resultan creíbles o ni siquiera se comprenden de verdad.

Zandt lo rodeó por la espalda. Levantó su GPS hacia el rostro del hombre y empezó a tomar fotografías.

—Mira —dijo.

Di un rodeo, procurando inconscientemente mantenerme alejado, como si temiera que el cuerpo empezara a moverse de nuevo y retomara su camino a través de la llanura. Había un poste de metal, de un metro y medio de alto y unos cinco centímetros de grosor, clavado en el suelo, detrás del tipo. Y él estaba atado al poste, su cuerpo, sostenido en pie de un modo que daba la impresión de que caminara. Con el tiempo, el cuerpo terminaría por caer, la ropa se haría trizas y el poste se oxidaría.

—Joder —dije.

Zandt simplemente asintió, ajeno en apariencia a otros puntos de vista. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón de aquel tipo, y las sacó vacías.

Permanecí un momento apartado de la figura. Si se esperaba un poco, a medida que la niebla iba fluyendo y cambiando de aspecto,

se podía comprobar que la posición del cuerpo había sido elegida cuidadosamente. No se veía desde la colina. No se lograba ver a menos que en efecto se estuviera allí fuera, en un lugar en el que no había razón alguna para estar.

Zandt rastreó con la mirada hasta donde le alcanzaba la vista en la llanura.

—Dijo que había dos.

—Excelente. Así tenemos algo que esperar.

—No dijo dónde.

Asentí señalando al caminante.

—Supongo que hay que entender que se dirigía a alguna parte.

Caminamos en la dirección en la que el hombre había sido orientado. Tras unos ochenta metros, comenzamos a intuir, más que a ver, el borde de un nuevo precipicio. Luego vimos algo más.

Estaba sentada en el mismo borde. Tenía más o menos la misma edad que el caminante pero, tal como tenía la piel en ese momento, resultaba difícil de precisar. Sus codos descansaban sobre las rodillas, y le habían colocado las manos juntas para sujetarle la cara. La posición resultaba natural, presumiblemente conseguida después de que el cuerpo se hubiera puesto rígido. La única nota discordante era el pelo. Estaba revuelto y enredado en mechones grises. Parecía que los cuervos la habían descubierto y habían empezado su labor para dejarla luego a medias. Quizá incluso ellos tuvieran sus límites. Estaba simplemente sentada, mirando con ojos apagados, hundidos.

Parecía… no sé lo que parecía. En realidad, no tenía comparación. Me di la vuelta y me alejé antes de que tuviera la oportunidad de volverse a mirarme. Si lo hacía, no habría forma de salir de allí.

Zandt tomó tan solo dos fotografías, luego introdujo la posición en el GPS.

—Está bien —dijo tranquilo—. Salgamos de aquí.

Lo seguí mientras se alejaba de la mujer. No sabía cómo me sentía, no estaba seguro de lo que se suponía que debe hacer uno ante una cosa así. Algo, sin duda. Pero, por otro lado, ¿por qué hacer nada?

Me detuve y me volví para mirarla. Algo en el modo en que la habían colocado me inquietaba.

—Movámonos, Ward. Pronto va a oscurecer.

No le hice caso y desanduve el camino hasta ella. Me agaché tan cerca de la mujer como fui capaz y miré hacia donde ella miraba. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia abajo, como si estuviera contemplando la profundidad del barranco.

Tenía tantas ganas como Zandt de estar de vuelta en el coche. En esos momentos, hasta el Rooney's Loom me parecía un buen lugar para pasar el rato. Incluso el centro comercial de Yakima, si no quedara más remedio. No era fácil llegar al fondo del precipicio. Empecé a bajar de cara, pero pronto me volví y usé las manos. Oí que Zandt maldecía desde arriba y, poco después, empezaba a seguirme, gracias al cielo, con el sentido común suficiente para iniciar su descenso a unos cuantos metros de distancia de mi trayectoria. Las rocas que desprendía caían lejos de mí.

Al llegar al fondo, en un primer momento no distinguí gran cosa. Lo mismo que desde arriba, solo que con más rocas, algo de vegetación y escasos y diminutos árboles.

Luego vi que había otro entrante más allá, el recuerdo de un pequeño arroyo. Recorrí una corta distancia y me sorprendió descubrir que se hacía más ancho, se abría a un descampado. Todavía estaba parado en la entrada, observando una robusta forma escondida bajo un saliente cuando llegó Zandt.

Al principio resultaba difícil determinar qué era.

Luego podía advertirse que se trataba de la esquina de una pequeña casa, incrustada en una de las paredes del barranco.

Nos acercamos manteniendo unos tres metros de distancia el uno del otro. Era evidente que aquello era muy antiguo, pioneros del *vintage*. Estaba hecha con grandes troncos muy bien tratados, seguían marrones en algunas zonas entre el gris. Unos maltrechos tablones de cosecha más reciente cruzaban las ventanas, habían sido clavados desde el interior. La entrada estaba cerrada, sujeta con un candado que no parecía en absoluto antiguo. Alguien se había ensañado con la puerta usando un hacha o una pala, pero de eso no

hacía poco. Entre los rasguños, había formas que recordaban a letras.

Pistola en ristre, Zandt usó la otra mano para sacar algunas fotos con el pequeño dispositivo. Las ventanas. Las paredes. La puerta.

Luego se lo guardó en el bolsillo y me miró. Yo asentí.

Me adelanté, le di una patada a la puerta y esta barrió el aire con furia dejando el camino libre. Zandt estaba detrás de mí, revólver en mano.

Entré e hice un giro completo a la derecha hasta quedar tras la puerta. Con las ventanas bloqueadas, dominaba la penumbra, pero la entrada dejaba pasar luz más que suficiente. Mi cuero cabelludo intentó agazaparse en mi nuca.

La cabaña estaba llena de gente muerta.

Había tres en fila, sentados en un banco, desplomados contra el muro del fondo. Uno era poco más que un esqueleto; los otros dos, oscuros y asquerosos. A uno le faltaban los brazos; el abdomen del otro había reventado hacía tiempo. Otros cuerpos se amontonaban en una discreta y premeditada pila al otro lado, y al menos dos más yacían junto a la pared de la fachada. Su estado indicaba que no eran muertos recientes. Unos pocos tenían aún fragmentos y trazas de piel, y también carne gelatinosa colgando de los huesos. A una calavera le salía la mitad de una muñeca de plástico por un orificio en la coronilla. El polvo había vuelto gris el pelo de aquella muñeca.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vislumbré más y más partes de cuerpos desecados: un ordenado montón contra la pared izquierda. Lo removí con el pie, y descubrí una capa de huesos por debajo. Se trataba de una generosa capa de huesos, en algunas partes convertidos en poco más que polvo.

Bajamos las armas, parpadeando. Allí no había nadie que pudiera hacernos daño.

Zandt se aclaró la garganta.

—¿Lo hicieron ellos?

—¿Los Hombres de Paja? Puede ser. Pero parte de todo esto lleva mucho, mucho tiempo aquí.

Zandt quería registrar la cabaña de arriba abajo, pero un solo

vistazo me dijo que allí no habría nada que encontrar. Si matabas a alguien en esa cabaña, podías tomarte tu tiempo. Además, no me apetecía estar allí. En absoluto. Cuanto más permanecía en ese lugar, mayor era la impresión de que la cabaña respiraba, lentamente, una palpable exhalación de aire viciado. Quería salir de allí.

Retrocedí y crucé el umbral sin apartar la mirada. Ahora ya no me sorprendía tanto que parte de la madera estuviera todavía marrón. Era como si muchas, muchas cosas horribles hubieran sido absorbidas por aquellas paredes, manteniéndolas húmedas, con vida. Fuera lo que fuese lo ocurrido allí, había tenido lugar durante un largo período de tiempo. Tenía que ser obra de más de una persona, quizá incluso de más de una generación. ¿Aquello era solo un sitio en el que arrojar cadáveres, o su silenciosa presencia, sus posturas, pretendían lograr algo más turbio? Pensé en el país entero, en toda su amplitud, con todos sus espacios muertos, y me pregunté si ese sería el único lugar así.

Zandt también salió, pero se detuvo de repente, con la mirada fija en algo por encima de mi hombro.

Me volví y descubrí lo que miraba. Estaba a unos seis metros de distancia, al otro lado del cañón, colocado donde pudieras verlo al salir de la cabaña.

Avancé hacia él. Aquel cadáver era mucho más reciente. Sin embargo, no lo habían dispuesto como a la pareja de arriba en la llanura, sino que sencillamente lo habían arrojado al suelo, con los brazos extendidos y una pierna doblada. Habían clavado algo rojizo de su pecho, en el centro, en un lugar donde no podía pasar inadvertido. No se parecía a nada que hubiese visto nunca, pero el innatural vacío de la boca abierta de aquel hombre me sugirió de qué podía tratarse.

—¿Es ese el informante? ¿Ese es Joseph?

Zandt no tuvo necesidad de contestar.

La vuelta hasta el coche fue un largo paseo. Avanzamos en silencio,

siguiendo el curso del río Columbia en dirección a Portland.

En el aeropuerto, tomamos sendos aviones con diferentes destinos. No volvimos a encontrarnos en un mes y tras ese tiempo todo había cambiado.

PRIMERA PARTE

MUELLES FRÍOS

Creo,
aunque no las he encontrado,
que pueden existir
palabras que sean cosas.

LORD BYRON,
El peregrinaje de Childe Harold

1

Cuando hace falta, nunca hay un sitio para detenerse. Vas lanzado, rodeado de bosque, sorteando sin más los suaves repechos y las profundas hondonadas, las hileras de abedules enmarcan paisajes fugaces, tan hermosamente cubiertos de nieve que ni siquiera llegas a verlos, y sigues pensando que tras la próxima curva tiene que haber un lugar para detenerse y aparcar, pero por alguna razón no lo hay. Es una tarde nublada, un martes de mediados de enero, lo cual ya te ha parecido raro, pues es un momento extraño para estar haciendo lo que estás haciendo, y tienes la carretera para ti solo, probablemente, en diez kilómetros a la redonda. Podrías abandonar el coche en el arcén, pero no te parece bien. Aunque sea un coche de alquiler y no le tengas un cariño especial, aparte de que se trate del último coche que conducirás, sencillamente no quieres abandonarlo. No estás siendo sentimental, no es eso. Ni siquiera es que no desees que alguien lo vea, se pregunte si algo va mal y se acerque a investigar, aunque en realidad tampoco quieres que eso suceda. Es solo una cuestión de pulcritud. Quieres que el coche quede aparcado. Quedarte tranquilo. En este preciso instante te parece muy importante; no obstante, sigue sin haber ningún lugar donde parar. Ese es el problema, adviertes, con los ojos de pronto ardientes: eso es la vida en dos malditas palabras. Nunca hay ningún lugar donde estar tranquilo. No cuando lo necesitas de verdad. A veces no te hace falta un mirador. Solo quieres poder…

Mierda: hay uno. Tom bajó el pie tres segundos tarde y con demasiada fuerza. El coche derrapó unos diez metros, girando

grácilmente sobre sí mismo hasta quedar atravesado entre los dos carriles como si una mano gigante lo hubiera depositado allí. Se quedó un momento sentado, con un hormigueo en el cuello. Por la ventanilla entraba aire frío y el sonido de un pájaro que graznaba con una insistencia maníaca. El resto estaba en silencio, gracias a Dios. Si hubiera habido alguien más en la carretera, las cosas habrían acabado mal, lo que habría sido una ironía increíble. Aunque, de nuevo, no era lo que quería. Ya tenía suficiente mala fama.

Maniobró el coche hasta que quedó otra vez en la dirección correcta y luego fue marcha atrás, despacio, hasta el mirador que había pasado de largo. Sarah habría sido capaz de aparcarlo sin maniobrar, pero él no. O al menos no estaba seguro de cómo hacerlo, así que no lo intentó. Ese había sido siempre su estilo. Esconde tus deficiencias. Guarda tus secretos. Nunca te arriesgues a quedar en ridículo, aunque eso, en efecto, signifique hacer el ridículo, y encima quedar como un cobarde.

Avanzó hacia la reducida zona de aparcamiento, aplastando un montículo de nieve de unos quince centímetros que había sido apartado de la carretera. El aparcamiento era evidentemente el inicio de una ruta excursionista poco conocida, cerrada a cal y canto fuera de temporada. Solo cuando el coche estuvo detenido del todo, Tom se percató de que le temblaban las manos violentamente. Estiró el brazo hasta el asiento del acompañante, cogió una botella y tomó un generoso trago. Durante un rato miró por el espejo retrovisor, pero no vio más que la piel pálida, el pelo castaño, la mirada ojerosa y la incipiente papada esperable. Camuflaje de mediana edad.

Abrió la puerta y dejó las llaves en el compartimento lateral. No tenía sentido hacerlo demasiado obvio. Se arrastró fuera del coche, e inmediatamente resbaló en una roca y quedó tendido en el suelo.

Cuando se puso de rodillas vio que tenía pequeños y húmedos cortes en una de las palmas, y al parecer la frente y la mejilla derecha le sangraban un poco. El tobillo derecho también le dolía. Con la gravilla incrustada en el rostro, aturdido, en un entrecortado instante de sobriedad, supo que por fin estaba haciendo lo correcto.

Sacó su mochila del maletero y lo cerró; la rotundidad del brusco ruido le hizo darse cuenta de que, al fin y al cabo, sentía algo por aquel vehículo. Comprobó que quedara cerrado y pasó por encima de la barrera de troncos que había entre los árboles, asegurándose de emprender la marcha en sentido opuesto al del sendero.

El pájaro, u otro que se le parecía mucho, seguía emitiendo su áspero canto. Tom intentó silenciarlo a gritos, al principio con palabras, luego con simples sonidos. El pájaro se calló, pero no tardó en volver a empezar. Tom captó el mensaje. Allí él no era más que otro ruidoso animal, no estaba en posición de dar órdenes.

Dejó en paz al pájaro, y se concentró en no caerse.

El camino era difícil y empinado. Pronto comprendió por qué no había áreas de descanso: aquel bosque no era un buen lugar para descansar. No estaba allí para beneficiar a nadie: no había caminos marcados, refugios ni bares; ninguno de los tradicionales mediadores entre lo crudo y lo cocido. Estaba bien así. Tenía pocas necesidades y estaban cubiertas. En la mochila no llevaba casi nada excepto alcohol, y había hecho una parada para recolocar las botellas de modo que no tintinearan. Tampoco él tenía mucho más que alcohol en su interior. Dudaba ya del vodka como estilo de vida. No era para los débiles, eso seguro. Exigía un alto nivel de tolerancia a sentirse como una mierda. En realidad, no estaba tan borracho, pero se estaba envalentonando.

Al cabo de dos horas, calculó que solo había recorrido unos cuatro kilómetros, aunque había ascendido lo suficiente como para dejar atrás los robustos abedules y cornejos, y quedarse entre abetos y cedros. Allí arriba, el suelo estaba prácticamente despejado de nieve, pero abundaban las ramas caídas y los agresivos arbustos que se enganchaban en los vaqueros y el abrigo. Los árboles eran altos y silenciosos, y crecían donde les daba la gana. En ocasiones se topaba con un arroyo. Al principio, Tom los vadeaba, pero, a medida que el tobillo le fue doliendo más, empezó a dar rodeos en busca de lugares por donde fuera más fácil cruzar. De vez en cuando protestaba para

sus adentros. La mayor parte del tiempo permanecía callado, ahorrando saliva. Cuánto más rápido avanzara, menos tendría que preocuparse. Cuando se terminó la botella, la tiró y siguió caminando. Al cabo de cien metros, se dio cuenta de que aquello había sido muy poco cívico, y retrocedió para recogerla. No consiguió encontrarla, una pista de que estaba haciendo bien su trabajo. Comenzaba a estar tremendamente borracho y desorientado. Continuó andando sin parar, como un avión que se dispone a aterrizar y se adentra cada vez más en el bosque. El tiempo que había pasado examinado los mapas de Green Trails le había revelado que incluso las pistas forestales escaseaban en aquella zona, pero sabía por experiencia —aunque fuera de las ciudades— que su sentido de la orientación era bastante bueno. También era consciente de lo débil que era, con cuánta facilidad podía aparecer un impulso, tomarle de la mano y llevarle a lugares a los que no quería ir, para luego, repentinamente, desaparecer y dejarlo a solas con las manos ensangrentadas. Esa era la razón por la que perderse era crucial. Si no, cambiaría de opinión. Se escaquearía, se engañaría a sí mismo, fracasaría; y probablemente no haya nada más patético que sabotear el suicidio de uno mismo.

Tom Kozelek había ido al noroeste sin más plan que estar en cualquier lugar que no fuera Los Angeles. Se había plantado en el aeropuerto un poco bebido, y había elegido Seatle porque hacía poco que había estado allí por trabajo y conocía un buen hotel. Pasó allí una sola noche y luego siguió en coche hacia el este, hacia las Cascade Mountains. Es una zona extraña. Hay picos y valles vertiginosos, rocas irregulares en todas las tonalidades de gris. Tiene incluso un poco de historia, de la clase: «Y llegaron, y talaron un puñado más de árboles». Pero no hay muchas carreteras y, en general, las montañas siguen siendo las montañas: a menos que sepas adonde te diriges —y ese no era el caso de Tom—, es fácil creer que allí no hay ningún allí. Estuvo viajando sin ir a ninguna parte durante dos días, de un pueblo a otro, todos pequeños y fríos; pasaba las noches en habitaciones de motel con el televisor apagado. Telefoneó a lo que había sido su casa. Respondieron a su llamada, lo

cual resultó peor. La conversación con su mujer y los niños fue breve, y no hubo gritos. Peor todavía. Hay momentos en los que ser razonable es la más cruel de las heridas, porque si todo el mundo se comporta como un adulto y el mundo sigue estando desmoronado, ¿adónde iremos a parar?

Al final encontró un pueblo llamado Sheffer, y allí se quedó. Sheffer era poco más que una aburrida avenida principal y cinco calles transversales que pronto se convertían en empinadas laderas de abetos, aunque había un par de hostales pijos y un bar *hippy* con galletas de avena buenas y cinco impecables ejemplares de segunda mano de *Los puentes de Madison County* que hacían suponer que la gente iba hasta allí a propósito. Había un pequeño museo del ferrocarril (cerrado), y un tramo de vía en desuso junto a la carretera principal, hogar de pintorescas locomotoras viejas y herrumbrosas. Era temporada baja y la ciudad estaba patas arriba, repleta de gente de la zona que salía de su reclusión y se sacudía las telarañas.

Cuatro días antes de su excursión por el bosque, Tom estaba sentado en el Big Frank's, el menos anodino de los tres bares de Sheffer, absorto en la cobertura televisiva de un deporte extranjero cuyas reglas en realidad no entendía. Se sentía agitadamente sereno perdido en territorio de los pieles rojas. Había cumplido ya cuarenta y tres años y era todo un adulto. Tenía tarjetas de débito. Tenía un coche a su disposición. No estaba limitado por las expectativas ni el conocimiento previo de nadie: podía decir que su nombre era Lance si le apetecía, que era un piloto de caza veterano, convertido en millonario puntocom, o un coreógrafo de obras de *jazz* fusión de culto llamado Bewildergob. Nadie le llevaría la contraria, ni se preocuparía por ello. Podía hacer lo que le diera la gana, pero, al pensarlo, tomó conciencia de que no había nada que quisiera hacer. Nada en absoluto.

Nada cambiaría las cosas. Había cruzado la línea.

Bebió hasta que se le quedó el cerebro frío y vacío. La idea, cuando surgió, llegó a su mente como disparada por un arquero lejano. Se dio cuenta de que había un modo de hacer que las cosas fueran, si no mejores, al menos manejables. De hacer que los

problemas desapareciesen. Pidió otra cerveza y se la llevó a una mesa en un rincón oscuro para meditarlo con más detenimiento.

Ya había pensado antes en el suicidio, como la mayoría de la gente, pero nunca lo había hecho en serio; reflexiones esporádicas para comprobar que la idea seguía siendo ridícula. Esa vez parecía distinto. No era una pose. Era algo completamente racional. A fin de cuentas, su situación aún no era irrevocable. Su matrimonio estaba acabado, pero todas sus amistades, no. Podría conseguir otro empleo, diseñar webs empresariales para otra gente. Buscarse un apartamento. Lavarse la ropa. Comprarse un microondas para él solo. Dentro de un año, tal vez todo le pareciera diferente. ¿Y qué? Seguiría siendo el mismo Tom, un hombre que lo dejaba todo para luego y no destacaba en nada, que estaba en proceso de lenta expansión a causa del inflador metabólico de la edad. Continuaría siendo la persona que lo había llevado hasta allí. La vida ya apestaba bastante en aquellos momentos… ¿qué sucedería si además descubrieran el resto? Las decisiones que quería tomar existían solo en el pasado.

Entonces, ¿por qué no acabar con todo? Poner el punto final. Aceptar la derrota. Cruzar los dedos para que la teoría de la reencarnación fuera cierta, e intentar hacerlo mejor la próxima vez.

¿Por qué no? Después de todo… ¿por qué no?

Se quedó bebiendo hasta que el bar cerró, luego trató de entablar conversación con los dos encargados del local mientras estos le acompañaban sin demasiados miramientos hasta la salida. Uno respondió con hastiada repugnancia, el otro con asco moderado. Tom advirtió que no debía de ser mucho más joven que sus padres, probablemente tipos de montaña con mandíbulas angulosas que quizá tomaran solo un sorbo de *bourbon* o de *whisky* o lo que mierda bebieran una vez al mes. La puerta se cerró con resolución a su espalda. Mientras se tambaleaba hacia el motel, se le ocurrió que ya no tenía que preocuparse por lo que pensaran de él. Su nueva trayectoria lo situaba en un plano más elevado. Le importaba una mierda. Estaba tan cabreado que dio media vuelta y retrocedió hasta el bar con la intención de explicarles a Chip y a Dale que, aunque

estos eran grandes tiempos para los veinteañeros, los hombres de mediana edad no lo tenían tan fácil; que algún día sus propios abdominales desaparecerían, olvidarían cómo querer y no tendrían ni la menor idea de quiénes eran en realidad. Le parecía que sería una valiosa lección para ellos. Era la única que podía dar, sobre cualquier cosa, y quería compartirla. Para cuando llegó de nuevo al bar, ya estaba cerrado a cal y canto y con las luces apagadas. Llamó a la puerta durante un rato, diciéndose que aún debían de estar allí dentro, pero sobre todo porque tenía ganas de golpear algo. No habían pasado ni cinco minutos cuando de repente se encontró bañado de luz. Al volverse, descubrió el coche del departamento del *sheriff* aparcado en la calle que quedaba tras él. Un tío bastante joven con uniforme estaba apoyado en el parachoques con los brazos cruzados.

—Creo que está cerrado, señor —dijo.

Tom abrió la boca pero se dio cuenta de que había demasiado que decir y nada que tuviera sentido. Levantó los brazos, no en señal de rendición, sino de súplica silenciosa. Curiosamente, el agente pareció entenderle. Asintió, no dijo nada más, volvió a meterse en el coche y se fue. Tom regresó a pie a su motel, andando sigilosamente, sin prisa, por la calzada de la calle principal, a través del tranquilo y meditabundo parpadeo de los semáforos sin coches a los que dirigir.

A la mañana siguiente lo pensó con detenimiento. Sus opciones eran limitadas. No había armería en el pueblo, y no tenía ganas de conducir hasta dar con una. Incluso suponiendo que le permitieran comprar una, las pistolas daban miedo. Tirarse por un barranco, dando por hecho que lograra encontrar alguno, también estaba descartado. Era una idea contrarrevolucionaria en sí misma. Aunque su mente estuviera decidida, su cuerpo podía oponerse, sencillamente, y le quedaría un largo paseo por dar de vuelta al coche durante el cual se sentiría el mayor pringado del mundo. Sí, iba a saltar, en serio. No, al final no fue así. Lo siento. Bonita vista, de todos modos. Tengan cuidado al pisar. Además, Tom tampoco quería terminar desparramado o aplastado como una cosa, una cosa

que tuviera que ser encontrada, fotografiada y mandada a casa. No quería romperse, quería eliminarse.

El domingo estaba picoteando un enorme sándwich Reuben en Henry's, el restaurante más acogedor del pueblo, cuando oyó algo que hizo encajar la última pieza. Un viejo leñador del lugar disfrutaba amedrentando a una pareja de jubilados de Winnebago con el alcance y la impenetrabilidad de los bosques. La repetición de una cifra llamó la atención de Tom. Setenta y tres. El lugareño la dijo varias veces seguidas. Setenta y tres.

—¿Qué les parece?

Sus interlocutores se miraban mutuamente y asentían, señal de que estaban bastante impresionados. Entonces, el hombre de la pareja se dirigió al leñador con aires de quien ha descubierto una fisura en los argumentos del otro.

—¿Grandes o pequeños? —preguntó—. Los aviones, ¿de qué tamaño eran?

La mujer asintió. A su marido no se la daban. Ella siempre lo había dicho.

—De todos los tamaños —respondió el viejo algo irritado—. Grandes, pequeños, civiles, militares. Aquí caen aviones todo el tiempo; de hecho, muchos más de los que aterrizan. Lo que quiero decir es que de todos los aviones que han caído en el noroeste del Pacífico desde la guerra, setenta y tres no han sido encontrados nunca.

Eso es cierto, pensó Tom.

Apartó a un lado su sándwich, pagó la cuenta y se marchó a comprar tanto alcohol como fuese capaz de transportar.

No estaba preparado para la velocidad a la que oscureció. Tropezaba más que caminaba, los cuádriceps y las pantorrillas se le habían vuelto de plomo. No debía de haber recorrido más de doce kilómetros, quince como máximo, pero estaba exhausto. Pensó que si hubiera ido más al gimnasio estaría en mejor forma para morir. Aquello le hizo reír hasta que la boca se le llenó de saliva caliente y

tuvo que detenerse a respirar hondo para no vomitar.

Seguramente estaba más borracho que en toda su vida. Mientras descansaba, inclinado con las manos sobre las rodillas, observando los destellos de luz que flotaban ante sus ojos, reflexionó sobre lo que debía hacer a continuación. Estaba muy perdido. Eso ya podía tacharlo de la lista de tareas. El terreno se había ido volviendo cada vez más escarpado a lo largo de la tarde; era empinado, resbaladizo y traicionero. Cuando fuera noche cerrada, estaría muy oscuro; de hecho, sería el tipo de oscuridad capaz de engullir y ensordecer a un chaval de ciudad. Cogió la mochila y buscó a tientas la linterna. Cuando la encendió se dio cuenta de que no era solo la calidad de la luz lo que estaba cambiando. Se estaba levantando niebla. Además, hacía un frío increíble. Por el momento no era más que sudor convirtiéndose en agua gélida sobre su piel, pero cuando le calara en los huesos resultaría difícil de soportar. Eso significaba que debía mantenerse en movimiento.

Giró el tobillo para calentarlo un poco, se desvió ligeramente y siguió adelante en su camino. El bosque estaba sumido en el silencio, los ruidosos pájaros ya habían graznado hasta hartarse y habían vuelto a casa para descansar. No estaba tan seguro acerca de la conducta de otros animales. Ya había pasado cierto tiempo no pensando en los osos. A Tom le parecía que ningún gran mamífero con el que pudiera encontrarse le consideraría una amenaza, y tampoco tenía comida que pudiera atraerles, pero tal vez todo eso fueran tonterías. Quizá se agazapaban y atacaban a la gente por pura diversión. En cualquier caso, no quería pensar en el tema, así que no lo hizo. Siguió no pensando en ello a intervalos regulares. La linterna tenía dos posiciones, brillante y no tan brillante, y pronto la dejó fija en la segunda. Según la niebla se hacía más densa, mayor era la cantidad de luz que rebotaba en su rostro y le mareaba. Además, la iluminación empeoraba las sombras. De día, los bosques son lugares acogedores. Te recuerdan las excursiones de los domingos, el rumor de las hojas, ir de la enorme y cálida mano de tus padres, o tender tú mismo esa mano. De noche los bosques se desenmascaran y te recuerdan por qué te da miedo la oscuridad. Los

bosques de noche te dicen: «Anda y búscate una cueva, niño-mono, este lugar no es para ti».

Así que Tom siguió cegado en la niebla, ahogándose el cerebro con vodka, y no dejó de avanzar. Todos los murmullos y crujidos que oía los producía él mismo, estaba seguro. No había siluetas en la niebla, tan solo el movimiento de la propia humedad; eso también era cierto. Puedes depositar toda tu confianza en el banco, dejarla allí bien depositada y seguir caminando con total seguridad y tan solo una incomodidad moderada: caminando hasta que se hizo completamente de noche y el propio tiempo pareció allanarse, hasta que cada pensamiento resultó difícil de distinguir del siguiente, hasta que el miedo se arremolinó y se hinchó y él comenzó a caminar cada vez más deprisa para huir de algo que llevaba dentro.

La caída llegó sin previo aviso. Se había estado abriendo paso a la fuerza en una zona de arbustos de media altura, soportando el tercer ataque de un hipo que le partía la cabeza, cuando de repente el pie de delante no encontró nada donde pisar. Su cuerpo se inclinó hacia delante, la mejor forma de apartar las ramas a un lado, y ya no hubo marcha atrás.

De repente estaba resbalando por una pronunciada pendiente, con las piernas separadas, agitando los brazos. La aceleración frenó gracias a la colisión de todo su cuerpo contra un árbol diminuto, punto en el que Tom perdió la linterna y la botella, rodó sobre sí mismo y aterrizó de costado para deslizarse por el resto de la pendiente sin evitar ni una de las rocas que había en su camino. Todo terminó enseguida con él aterrizando de cara con un crujido que le dejó completamente sin aliento.

Gimió, un sonido leve y desesperado. Cuando pudo, se quitó la mochila de los hombros y se tumbó sobre la espalda. El dolor del pecho era tan intenso que soltó un silbido involuntario. Aquello le dolía muchísimo más que la caída del coche. Sentía el lado derecho como si alguien le hubiera clavado una lanza y estuviera animando a un crío para que se columpiara colgado del extremo. También le

dolían los huevos, un dolor que ascendía hasta una pequeña cavidad caliente situada en la parte inferior de su abdomen.

Pasado un rato, se sentó. Deslizó una mano por el costado de su cuerpo, palpando sin mirar, por si acaso, pero no encontró nada que sobresaliera. Descubrió la linterna en el suelo, a unos diez metros, resplandeciendo tenuemente entre la maleza, y se arrastró sobre el barro frío para recobrarla. Veía ligeramente doble, pero eso le había pasado durante el último par de horas, así que no le preocupaba demasiado.

Recuperar la linterna fue como dar un paso en la dirección correcta. Al parecer, había caído en un amplio barranco rocoso, destinado a canalizar una corriente de deshielo de un buen caudal, aunque ahora solo corría el hilo de agua que oía, unos diez metros más adelante. Salvo por eso, el resto era silencio. Mucho silencio, y mucho frío.

Decidió que ya había llegado bastante lejos. Lo haría esa noche. Después de todo, no tenía que haber un mañana. La escuela acababa un poco antes, eso era todo.

Se reclinó hasta que apoyó la espalda contra la roca. Luego se puso la mochila entre las rodillas y la abrió. Al menos una de las botellas que quedaban se había roto: el fondo de la bolsa estaba empapado y lleno de puntiagudas esquirlas; el olor que emanaba le envolvía el rostro. Encendió la linterna y vio que ni siquiera había forma de meter la mano. Así que volcó la mayor parte del contenido en el suelo. Le llevó un rato, pero terminó encontrando las cajas de somníferos.

Mientras extraía laboriosamente cada pastilla de su blíster individual, y las dejaba en un montoncito sobre una oportuna hoja que había cerca, se embarcó en un repaso mental de su lista.

Perdido, hecho. Borracho, hecho. Joder, sí. Un «hecho» grande, rojo y en mayúsculas.

Había pagado la factura del motel y dejado caer, de paso, que emprendía el regreso a Seattle. Hecho.

Cualquiera que saliese de excursión con ese frío tenía que estar jodidamente loco, y además era entre semana, en temporada baja, y

se había apartado de los senderos marcados. Hecho.

Aprieta, otra pastilla. Aprieta, otra pastilla. Observó el montoncito. ¿Serían suficientes? Mejor estar seguro. Siguió apretando. Una sobredosis no era suave si se preparaba como lo estaba haciendo él. Como los machos.

Oh, sí.

Al día siguiente descubrirían el coche, tal vez, y al cabo de un día o dos alguien comenzaría a investigar. No a pie, sino más probablemente por aire, un desganado sobrevuelo de rastreo, en el mejor de los casos. Durante su último día en Sheffer, Tom había comprado ropa y una mochila de colores otoñales, para hacer más difícil que cualquier avioneta o helicóptero que pasara lograra localizarle. Si se hubiera estirado para comprarse un par de botas de montaña como Dios manda, ahora el tobillo no le dolería tanto, pero en aquel momento no le pareció que valiera la pena. Así se aprende. Hazte siempre con el equipo adecuado.

En cualquier caso, repaso concluido. Repaso, repasito.

A medida que el montón de pastillas crecía, le sorprendía constatar que no tenía miedo. Pensó que quizá lo tendría, que la proximidad del acto en sí podía hacerle entrar en pánico, que lucharía contra la muerte como lo había hecho ella. Solo notó que se sentía más que muy, muy cansado. En algún punto del trayecto entre el coche y aquel barranco al azar había perdido lo que le quedaba del sentido de su vida como proceso. Se había convertido en un simple hecho; ese hecho, en ese lugar, ese momento. Estaba oscuro, y se hacía tarde. Era lo mejor. Estaba bien así.

Sentía ya mucho frío; los dedos, débiles e inmanejables. Comenzó a tragar las pastillas, dos por vez, empujadas con más alcohol. Se le cayeron algunas, pero había muchas. Tomó una enorme cantidad, susurrando en la oscuridad: «Adiós Sarah, búscate a otro.

Adiós William, adiós Lucy. Me odiaréis por esto, lo sé, pero de todos modos no habríais tardado en odiarme».

En un momento determinado, pareció aceptar que se había adentrado en los reinos de la dosis fatal, después todo fue más

relajado. Todo parecía fácil, de hecho. El bosque también se volvió más cálido, aunque era probable que en realidad ya no sintiera las extremidades. Todo se volvió borroso y líquido mientras él permanecía sentado, meciéndose en la perfecta oscuridad. Tenía frío y no tenía frío, estaba muerto de cansancio y despierto. El miedo merodeaba entre los arbustos pero permanecía friera del alcance, hasta que ya casi no fue consciente de nada y dejó de molestarse en seguir metiéndose cosas en la boca. Sollozó brevemente aunque no logró recordar en qué había estado pensando. Intentar seguir sus pensamientos era como caminar por una calle desierta cuyos comercios fueran cerrando uno a uno.

Cuando sus párpados comenzaron a pesar, trató de mantenerlos abiertos, sin desesperación, como un niño espantaría el sueño que sabe que no puede combatir. Y cuando finalmente se cerraron, su mente pareció aligerarse por un momento, y luego comenzó a fundirse en un gris pizarra y más allá. Esperaba, si bien ya no le quedaban expectativas, que ese proceso continuara hasta que todo estuviera negro y en silencio. Un breve momento de sueño, como si se tumbara suavemente, y después ni siquiera eso. Adiós.

No tenía previsto despertarse en plena noche, aún borracho, atormentado por temblores en todo el cuerpo. No tenía previsto estar vivo, y con toda clase de dolores de lo más horribles. No tenía previsto descubrir que había algo encima de él, algo grande y pestilente, que emanaba un hedor a carne putrefacta traído por un viento muy, muy frío.

2

El restaurante era una gran sala dividida en distintas áreas, que consistían en una sección con mesas en el centro y reservados en tres de los lados. Había farolillos en la entrada de cada reservado, pero ya no funcionaban. Las paredes estaban decoradas con murales de estilo retro, mucho azul claro, rosa pálido e irregulares líneas negras. Las ventanas almenadas y de doble altura de la entrada dejaban ver un aparcamiento marrón a causa de la alfombra de hojas secas; me quedé observando durante un rato cómo el viento gélido jugaba con ellas. Ocupaba mi rincón de siempre, uno de los reservados al fondo de la sala. Me gustaba aquel lugar. El asiento no quedaba demasiado cerca de la mesa, así que no era claustrofóbico. El menú estaba plagado de juegos de palabras y de platos como hamburguesas, burritos, ensalada del viejo chef o chile (al estilo Cincinnati o Texas, «Picante», «Muy Picante» o «¡P-P-Peligroso!»), todas cosas que me encantaban.

En conjunto era un lugar perfecto para cenar, salvo por una cosa: el servicio era nefasto. Llevaba esperando mucho tiempo ya y todavía no me habían dado la bienvenida, ni me habían confirmado que estaba en las reservas, ni me habían ofrecido un vaso de agua fría que no iba a beber. En realidad, no eran solo los camareros los que no se esforzaban demasiado. Cuando llegué vi que alguien había tirado la mayor parte de las sillas del centro del salón, que presentaba un aspecto lamentable. Las volví a levantar, colocándolas ordenadamente junto a las mesas, aunque ese trabajo no me correspondía. Tampoco el de cambiar las bombillas. Consideré la

posibilidad de meterme en la cocina, pero sabía que no iba a servir de nada. Allí detrás había aún menos actividad, y estaba más oscuro.

Me incliné sobre la mesa, mientras me preguntaba qué diablos hacía yo allí. Tres días son demasiado tiempo para esperar un plato de chile, por condenadamente bueno que esté. Hasta yo me sentía cada vez más preparado para despedirme de Relent, Idaho.

Sabía muchas cosas sobre los pueblos como Relent porque allí era donde había pasado la mayor parte del tiempo aquellos últimos meses. Había vagado sin rumbo fijo a lo largo de muchos kilómetros de bosques y praderas, a través de los estados menos rutilantes del país. Al principio me hospedaba en moteles, luego, una tarde, fui a un cajero automático y descubrí que ya no me quedaba dinero. Es increíble lo que un pequeño rectángulo brillante de varios colores puede suponer para el bienestar de uno, para su sentido de identidad y pertenencia. Solo comprendes la importancia de la tarjeta cuando la máquina te la escupe y dice «No», y esa palabra significa no ahora, no más tarde, no jamás; cuando de repente recuerdas que la tarjeta no es ningún cáliz mágico generador de oro, sino un mísero rectángulo de plástico que ni siquiera te pertenece legalmente. Me quedé plantado en un aparcamiento de Nueva Jersey, dándole vueltas a la mía entre los dedos, hasta que una mujer en un todoterreno de lujo con sus tres hijos gordos me dijo que me largara de allí de una puta vez. Tenía su propia tarjeta a punto y la total confianza en que la suya sí iba a cumplir su cometido. Sentí envidia. Pero no le envidié los críos, que eran más feos que un demonio.

Volví al coche. Me senté y me quedé mirando a través del parabrisas durante un rato. Tenía dieciocho dólares y algunas monedas, y menos de la mitad del depósito. Nada más. En absoluto.

—Bueno, Bobby, ¿y ahora qué hacemos?

Bobby no contestó, porque estaba muerto. Había sido mi mejor amigo, una de las pocas personas por cuyo destino a largo plazo me preocupaba. Murió en un lugar llamado Los Salones, mientras intentábamos atrapar a un psicópata que se hacía llamar el Hombre

de Pie, y que resultó ser mi hermano. Habían volado Los Salones hasta los cimientos, desintegrando el cuerpo de Bobby con ellos. Desde entonces, Bobby se había convertido en un conversador impredecible. A veces decía lo que necesitaba oír, me decía «Sí. Ward, tal vez este sea una buen sitio para pasar la noche», o «Sí, por supuesto que me conviene otra cerveza»; y sí, habíamos hecho cuanto pudimos por encontrar a la gente que había asesinado a mis padres, y sería estúpido que me sintiera culpable por todo lo que salió mal, incluyendo que él esté muerto.

También pasaba largas temporadas en silencio. Semanas. No sé adónde iba durante esos períodos, qué cambios en mi mente impedían que pudiera oírle. Le oía solo en mi cabeza. Eso lo sabía. No estaba allí en realidad.

Finalmente abandoné el aparcamiento del banco y encontré un trabajo de lavaplatos y pelapatatas tres pueblos más allá. El cocinero ecuatoriano me dejó dormir en el suelo durante dos días, y después contaba con dinero suficiente para conseguir una habitación; no me importaba compartirla con las cucarachas, el polvo y el ruido, ni estar sin comer. El trabajo de cocina está bien para las personas en esa situación, aunque uno acaba harto de la comida barata. Mis relaciones con el ecuatoriano terminaron una semana más tarde cuando le propuse entrar en el negocio de poca monta de tráfico de coca que tenía montado para los demás empleados del restaurante y otra gente del lugar, jóvenes y no tan jóvenes, que pasaban por la trastienda algunas noches. Salí cagando leches de aquel pueblo, de madrugada, sangrando profusamente y sintiéndome un idiota.

A la mañana siguiente estaba descansando en el exterior de un Burger King del oeste de Virginia. Todavía sangraba, aunque menos, cuando una voz surgió finalmente en mi cabeza y respondió a una pregunta de hacía nueve días. Me aseé en el lavabo del Burger King. Me autoinvité a un globalizado desayuno compuesto por materiales semejantes a comida, y conduje hasta Arizona. Una vez allí, localicé una residencia en Flagstaff, lo cual me llevó cierto tiempo, porque había estado una sola vez antes, algo bebido, y desde entonces había perdido la dirección del lugar. Lo estuve vigilando

veinticuatro horas antes de sacar mi en cualquier otro caso inútil rectángulo de plástico, que usé para allanar la vivienda.

Así que, durante cinco días, viví en casa de Bobby Nygard.

Lo primero que hice, después de echar un buen vistazo y determinar que, si alguien había robado, lo había hecho con total pulcritud y sin sentirse tentado por decenas de miles de dólares en material informático y de vigilancia, fue conectarme a internet. Había pasado tiempo desde la última vez. Estaba convencido de que cualquier intento de rastrear mi información personal sería detectado en algún lugar y pondría a cierta gente tras mi pista. Entre las cosas en las que Bobby era un experto, se contaba la obsesión con los rastros en internet. Sabía que si usaba los equipos de su casa estaría a salvo, al menos por un tiempo.

Las cuentas corrientes fueron mi primera parada. Pronto descubrí que mi cuenta había sido cancelada y el saldo invalidado para consulta. Otra cuenta, de un banco distinto, estaba a cero en lugar de cerrada. Allí era donde me habían transferido el dinero de las propiedades de mis padres. Alguien la había vaciado, dejando un centavo de saldo.

Cerré la sesión y me senté, algo aturdido. No estaba acabado, pero las noticias no dejaban de ser pésimas. Lo del centavo me daba ganas de coger a alguien y pegarle. Fui a la cocina, encontré un plato que serviría de cenicero y me quedé allí de pie, mirando a la calle. Entonces oí a Bobby con total claridad. Siempre había insistido en que dejara de fumar, y mi mente, estaba claro, había conservado su opinión. De todos modos, me terminé el cigarrillo. Fue agradable oír la voz de alguien, aunque me estuviera regañando y fuera la mía.

Me quedé en la casa. Parecía un lugar seguro, y estaba cansado de ir de un lado a otro. Vivía a base de las conservas que había en los armarios, así que no tenía que salir. Pasé mucho tiempo leyendo las notas y los manuales de Bobby, y registré la casa de arriba abajo con todo el respeto que pude. Encontré un alijo de documentos de identidad falsos y me lo quedé, convencido de que Bobby se lo

habría comprado a alguien de confianza. Descubrí además casi seis mil dólares en metálico escondidos en una torre de ordenador que estaba en el sótano. Me senté y los miré un rato, sintiéndome culpable por haberlos encontrado, y más aún por lo que iba a hacer con ellos. Bobby tenía madre. Había quedado con ella hacía un mes para comunicarle la muerte de su hijo. Estaba bebida y me lanzó algunas cosas, aunque no me quedó claro si aquello era una reacción a la noticia, tenían una relación más que distante, o formaba parte de su proceder general. Tal vez el dinero debería ser para ella, pero eso no iba a ocurrir. Era más que probable que se tratara de fondos de origen dudoso, y en lo profundo de mi corazón sabía que Bobby aprobaría que me los quedara. Eso era lo que iba a suceder, en cualquier caso.

A los pocos días abandoné la casa vestido con ropa suya que más o menos era de mi talla, y con una pequeña bolsa de dinero. También me quedé con uno de sus portátiles, ya que había empeñado el mío hacía poco. Ya en medio de la calle me di la vuelta y contemplé la casa, preguntándome cuánto tiempo duraría vacía, sin visitas. Semanas, seguro. Mientras las facturas siguieran pagándose automáticamente y nada se prendiera o ardiera por sí solo provocando un incendio… lo cual probablemente no pasaría en bastante tiempo. Aquello hizo que me preguntara cuántas habitaciones y casas como aquella habría en todo el país; gente que ha desaparecido, máquinas que siguen con su tictac y sus zumbidos sin que nadie se ocupe de ellas.

Después de aquello, en general, establecía mi campamento base en lugares como aquel. De vez en cuando volvía al escondite de Bobby para estar en algún sitio que me recordara que en su día tuve una vida; era como estar en una de esas cadenas de hoteles de cualquier gran ciudad en las que tienes que llamar a recepción para que te recuerden en qué estado te encuentras. Aprovechaba todo lo que me salía al paso. Moteles tapiados en las afueras; edificios de oficinas en las zonas comerciales con los cristales ya grises; cualquier sitio descuidado y olvidado que tuviera un cartel aún legible de «No entrar», porque habitualmente esas dos palabras eran el único

elemento disuasorio, sin contar el miedo de tropezarse con alguien que pudiera optar por el uso de la violencia para defender su morada temporal. Por suerte, yo era uno de esos tipos, así que esa perspectiva tampoco me inquietaba demasiado. Hubo algún que otro enfrentamiento, pero a la gente que no tiene nada se la intimida fácilmente, basta con no perder los nervios y transmitir la impresión de que uno no es como ellos. Es sorprendente la cantidad de espacios abandonados que existen.

John Zandt también sobrevivió en Los Salones. Una noche me llamó y quedamos en Yakima. Nuestra amiga Nina redactó un informe interno para el FBI sobre lo que habíamos encontrado y alertó a la delegación de Yakima, pero el asunto, al parecer, murió tan pronto como abandonó la mesa de Nina. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que estábamos solos y a la intemperie, que la conspiración que habíamos descubierto tenía tentáculos más largos de lo que creíamos.

Después de aquello me vine abajo. Mis progresos, los pocos que hacía, cada vez eran más y más espaciados, hasta que me encontré en Relent, acabado. Tenía un móvil registrado con nombre falso, el portátil de un hombre muerto y una menguante reserva de dinero de dudosa procedencia. Todavía me dolían las costillas donde me había acuchillado un traficante.

Mis padres habrían estado muy orgullosos de mí.

Al final, salí del restaurante abandonado y eché a andar por lo que pasaba por ser la avenida principal de Relent. Las promesas del menú me habían dado hambre, y todo lo que tenía eran varios pedazos rancios de ternera teriyaki que ni siquiera recordaba haber comprado. Descubrí un restaurante llamado Cambridge, regentado por una afable pareja de mediana edad. El menú, sin embargo, era menos tentador que el del restaurante extinto, así que me limité a concentrarme en el *whisky* escocés y en cierto brebaje local con aspecto de haber sido exprimido directamente de las paredes de algún edificio viejo, pero que sabía bien después de los primeros tres

o cuatro tragos. Seguía teniendo la intención de marcharme, pero fuera empezaba a llover, un denso aguacero que arremetía contra la fachada de cristal del bar como si alguien estuviera arrojando puñados de gravilla. Así que allí me quedé, abatido en un asiento de la barra, comiendo aceitunas a un ritmo lento pero constante hasta que empecé a sentirme descompuesto y mis dedos tuvieron un leve tono verdoso.

Cerca de las nueve estaba bastante bebido. Una hora más tarde el panorama no había mejorado. Una apasionada joven de pelo encrespado se había sentado en un pequeño escenario y cantaba canciones cuyo significado ya no podía seguir. Comprendía que el mundo le había hecho daño y empatizaba con ella hasta cierto punto, pero su voz me daba dolor de cabeza. Era hora de largarse a otro sitio; sin embargo, no había ningún lugar adonde ir y fuera seguía lloviendo. De vez en cuando entraba alguien en el bar con pinta de haberse dado un baño en el océano con la ropa puesta.

Al cabo de un rato, una de esas personas llamó mi atención. Era alto y delgado, y se sentó solo en una mesa del fondo. Me di cuenta de que estaba vigilando el reflejo de la mesa en el espejo que había detrás de la barra. La iluminación del Cambridge era muy tenue y no podía ver con claridad la cara del tipo, pero un cosquilleo en el cuero cabelludo me indicaba que me estaba mirando más que al azar. Me levanté e hice un viaje innecesario al baño, pero, al pasar cerca de aquella parte de la sala, él había vuelto la cabeza, ostensiblemente, hacia fuera para contemplar la noche.

En el baño dejé correr el agua hasta que estuvo fría y me mojé la cara. Sabía que algo iba mal, pero no estaba seguro de qué debía hacer. Tal vez el tipo tan solo había advertido la presencia de un extraño. Sin embargo, tenía la sensación de que era algo más. A un lado, había una ventana elevada, pero no había nada a lo que subirse salvo un lavabo que podría soportar mi peso sin contar las pocas posibilidades de que mis hombros pasaran por el ancho de la abertura.

Decidí que tendría que enfrentarme con él. Si tenía que ser así, un lugar público era lo mejor.

Cuando salí de nuevo, la mesa estaba vacía.

Maldiciéndome por ser tan paranoico, volví a la barra y di un trago a una cerveza que empezaba a estar caliente. A la cantante se le había unido ahora una amiga que llevaba el pelo aún peor que ella. La combinación de sus voces hacía vibrar las venas de mis piernas. Le hice una seña al camarero y me trajo la cuenta, que ni de lejos parecía lo bastante elevada. Charlé con él unos minutos y le dejé una propina generosa. Mi padre me había dado una buena educación.

Hacía todavía más frío del que esperaba cuando salí. Estuve tentado de dar media vuelta y ver si me adoptaban o me dejaban dormir en el bar, pero cuando una puerta se cierra a mi espalda, siento que ya no puedo volver a cruzarla. Eché a andar, manteniéndome pegado a los edificios en un intento de evitar la lluvia. La calle estaba desierta. Podría haber vuelto en coche con los ojos cerrados sin poner en peligro a nadie más que a mí.

Me llevó un minuto darme cuenta de que cierta tensión en la espalda intentaba decirme algo.

Me detuve. Me di media vuelta. No era fácil ver nada en esa dirección de la calle, pero divisé a alguien en un portal, más o menos a medio camino del bar. Seguía sin poder verle la cara, y no se movía, pero nadie salía una noche como aquella solo para disfrutar del paisaje.

—¿Puedo ayudarle?

No hubo respuesta. Metí la mano en el abrigo. Me había dejado la pistola en el coche, naturalmente. ¿Quién podría necesitar una pistola en Relent, Idaho?

—¿Quién te envía?

El tipo avanzó. Se quedó en medio de la calzada. Dijo algo, pero la lluvia se lo llevó.

Yo estaba cansado, bebido y asustado. Todo me gritaba que diera media vuelta y saliera de allí. No lo hice. Si me habían atrapado allí, podían hacerlo en cualquier otro lugar. En eso consistía ahora mi vida. Aquello iba a suceder, en un lugar u otro, más tarde o más temprano. De repente, todo lo que no tenía y no sabía estaba ante mí, y me sentí confuso y frío por dentro.

Eché a correr hacia él.

Retrocedió un par de pasos, pero no lo bastante rápido ni decidido. Me tuvo encima antes de que se diese cuenta de lo que ocurría, y empecé a pegarle, sin más. Sabía que él tenía que detenerme, que podía saber cosas que yo debería saber, pero no me importaba. Usé ambas manos y la cabeza, y los dos caímos sobre el asfalto. Lo aparté de un empujón para ponerme en pie, le di una patada y luego me agaché para agarrarle por la cabeza, levantándosela con la intención de golpearle contra el suelo hasta que todo acabara. Oí ruidos difusos de fondo, pero fui incapaz de relacionarlos con la pelea hasta que alguien me cogió por la espalda. Entonces comprendí lo estúpido que había sido al creer que habían enviado a alguien solo por su cuenta y riesgo; seguramente, había un puñado de ellos y lo único que podía sorprenderme era que ninguno de ellos se hubiera limitado a dispararme y zanjar la historia.

Alguien me agarró. Me tenía de espaldas con los brazos inmovilizados. Otro estaba agachado junto al tipo al que había golpeado, intentando alejarle la cabeza del suelo mojado. Tenía la cara cubierta de sangre, pero vi que era más joven de lo que había pensado, veintitantos como mucho. Advertí luego que la persona que había junto a él era una mujer. Me miró y comprobé que se trataba de la mujer que regentaba el Cambridge.

—Gilipollas —dijo.

—Eres un tipo duro, ¿eh?

Esta voz surgió por detrás de mi oreja derecha. Torcí el cuello para descubrir que se trataba de su marido.

—¿Qué cojones…? —Vi que un par de clientes del bar me rodeaban—. Ese tipo me estaba vigilando en el bar —dije—. Estaba ahí fuera, esperándome.

La mujer se puso en pie.

—Ricky es gay —dijo.

Jadeaba, me ardía el rostro.

—¿Qué?

Su marido me soltó los brazos.

—¿Se te ocurrió que podías darle una lección? ¿Tienes

problemas con la gente como Ricky?

Se apartó de mí unos pasos, como si tuviera algo contagioso.

—Escuchad —dije, pero no iban a hacerlo.

La cantante de pelo encrespado ayudó al chaval a ponerse en pie y se lo llevó de vuelta al bar. La mujer me fulminó de nuevo con la mirada y quiso decir algo, aunque al final se limitó a negar con la cabeza. Nunca antes nadie con quien no me hubiera acostado me había hecho sentir tan pequeño. Regresó al bar junto a los otros, apoyando una mano protectora en la espalda del chico. Me di cuenta más que demasiado tarde de que Ricky era su hijo.

Entonces me quedé solo con el marido.

—No lo sabía.

—Podrías habérselo preguntado.

—No tienes ni idea de cómo es mi vida.

—No. —Negó con la cabeza—. No la tengo. Ni quiero tenerla. Tampoco quiero saber dónde vives. Pero será mejor que te mudes. Aquí no eres bienvenido.

Emprendió el regreso al bar. Mientras abría la puerta se volvió.

—Me sorprendería que fueras bienvenido en ningún lado.

Al ruido de la puerta cerrándose tras él lo sucedió únicamente el de la lluvia.

Nietzsche decía que los hombres y las mujeres de carácter tienen experiencias típicas, patrones de sucesos a los que parecen destinados una y otra vez, cosas ante las que uno diría: «Sí, así soy yo». Creo que fue él; aunque también podría haber sido Homer Simpson. Quienquiera que fuera, estoy seguro de que tenía en mente algo más positivo que las peleas en lugares de los que nadie ha oído hablar jamás y paranoias con personas que no se lo merecen. Hice lo mismo la noche del funeral de mis padres; sin venir a cuento, saqué una pistola en medio del bar de un hotel y asusté a un montón de ejecutivos y a mí mismo.

Relent me enseñó que ese no era modo de vivir. Como me había dicho hacía tres meses una chica —una chica que tenía experiencias

de primera mano sobre lo que era capaz de hacer el Hombre de Pie —, solo existía una persona para el trabajo que debía hacer yo. Tenía que dejar de huir. Tenía que darme la vuelta y empezar a perseguir.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente estaba en San Francisco, y a última hora de la tarde de ese mismo día tenía por fin una pista.

3

El alba sorprendió a Tom agazapado a los pies de un árbol, con los ojos desorbitados y aterido de frío. Lo encontró y trató de devolverlo a su sitio, pero ya estaba despierto y no había nada que hacer. Ahora no iban a negarle una mañana, aunque aquel fuera un día que no había esperado ver.

Cuando se despertó en mitad de la noche, todo ocurrió muy deprisa. Alguien encontró el acelerador en el fondo de su cerebro y lo pisó con todas sus fuerzas. No se tuvieron en cuenta los fallos rampantes en las otras áreas, y Tom empezó a moverse sin control antes incluso de ponerse en pie. Con la conciencia, llegó la terrible comprensión de lo mal que se encontraba, pero entonces percibió de nuevo aquel olor y la región verbal de su cerebro se despertó como una sirena —¡oso, oso, oso!— y se puso en marcha de inmediato.

Al principio avanzaba a cuatro patas, pero el terror a las garras lo puso en pie enseguida. Avanzó chocando con las paredes del barranco hasta alcanzar el bosque, y a continuación se encaramó con dificultad por el borde fangoso y hasta que al fin pudo huir. Así que se fue.

No mirar atrás fue cosa fácil. No quería ver. Le llegaban informes de lejanos destacamentos —cabeza caótica, tobillo dolorido, no tengo la linterna—, pero los desoyó y penetró a trompicones en la oscuridad. Todos los dolores y decepciones no eran nada comparados con lo que sería verse atrapado por el ¡oso!, y corrió de un modo completamente desconectado de todo cuanto su especie había aprendido desde la Edad de Hielo hasta el presente.

Corrió como un animal, llevado por la pura magia del cuerpo. Corrió como un ataque al corazón. Corrió como una diarrea. Brincaba por encima de los arbustos y de los troncos, tropezando y acelerando, hasta que al fin llegó a una zona donde los árboles eran más abundantes.

A medida que ascendía penosamente hacia un terreno más elevado advirtió que había nevado otra vez, se lo indicaba sin lugar a dudas la información que se filtraba hasta él del fuerte crujido que producían sus pies. Eso, junto los restallidos de las ramas y el gemido de sus pulmones, formaban tal cacofonía de pánico que le llevó un tiempo darse cuenta de que eran los únicos ruidos que podía oír. Resbaló, se desplomó sobre las manos y una de las rodillas. Intentó levantarse pero resbaló de nuevo, perdiendo el impulso. Se detuvo, dio una vuelta completa. Estaba cerca de la cima de una colina. Preparado para echar a correr de nuevo, o para morir, lo primero que ocurriera.

Ningún oso.

Miró rápida y ampliamente a un lado y otro de la baja colina. Leve claro de luna, reflejos blancoazulados, ninguna profundidad de campo: no podía ver nada. Tampoco podía oír nada, ni siquiera cuando aguantaba la respiración para detener sus gemidos. El pecho le ardía como una brasa.

Retrocedió un poco, hasta aproximarse a un gran árbol. Sabía que intentar escalarlo no funcionaría. El oso sería mucho más hábil que él en esos menesteres, entre otras cosas porque probablemente estaría más lejos de perder el conocimiento. Pero estar cerca del árbol le hacía sentirse mejor.

Esperó. Seguía el silencio.

Entonces creyó oír algo.

Algo a los pies de la colina, en lo profundo de la oscuridad y las gélidas sombras. Un crujir de maleza.

Su cuerpo se tensó de tóxica preocupación, pero no podía moverse. Había agotado el pánico y lo único que le quedaba era terror. El terror no sabía cómo funcionaban sus miembros.

Se quedó de pie, completamente inmóvil, y no volvió a oír el

ruido. Luego se volvió, dibujando un círculo completo, observando y escuchando. Nada. Sombras y nieve eran todo cuanto podía ver. Todo cuanto podía oír, murmullo de gotas cayendo, el suave rumor de un puñado de nieve al precipitarse desde una rama. No sabía qué hacer.

Así que se quedó donde estaba.

Hacia las seis de la mañana se sentía fatal. Podría haber hecho una bola con todas las resacas de su vida, arrojarla en la presente, y ni siquiera así se acercaría. Un chichón en la sien derecha —presumiblemente resultado de la segunda caída— añadía además su propia nota de mareo. Había partes del cuerpo que le dolían muy agudamente, apoyara donde apoyara el peso; las costillas derechas gritaban de dolor, se moviera o no. El frío multiplicaba el efecto global hasta lo inconmensurable. Se dio cuenta de que jamás antes había sentido frío de verdad. Y le hubiera gustado que las cosas hubieran seguido igual. En cierto momento de la noche había llegado al extremo de tener la sensación de que cada centímetro de su piel estaba cubierto de cucarachas, y se pasó la mayor parte de las horas siguientes intentando mantenerse en movimiento, cambiando de posición en silencio, de un modo que esperaba fuera mínimo e invisible. Dobló los dedos de los pies, o lo intentó. Sus respuestas motrices eran cada vez más difíciles de evaluar. Tenía las manos encajadas bajo las axilas, sacándolas de vez en cuando solo para frotarse la cara y las orejas en busca del escaso calor que conservaban. Se adormeció varias veces, pero nunca durante demasiado tiempo. Estaba en un estado tan excesivo de pánico y malestar que no se daba cuenta de que ya había dejado de intentar morir.

También sentía náuseas, había tenido arcadas durante toda la noche y le atosigaban vagos recuerdos de que los intentos fallidos de suicidio con pastillas dejan ciertos órganos vitales del cuerpo bastante fastidiados. ¿El hígado? ¿Los riñones? No conseguía acordarse. Ninguno sonaba demasiado bien de todos modos.

Bastante pronto, durante su vigilia, descubrió la razón por la que aún seguía con vida. Estaba pegada a la parte delantera de su abrigo, una sustancia congelada con tropezones en forma de pastillas. Había vomitado mientras dormía. Se había emborrachado demasiado. Su cuerpo había expulsado parte de lo que le enfermaba, y muchos de los somníferos se habían desperdiciado antes de tener oportunidad de hacer su efecto. Su posición erecta había evitado que se ahogara en el proceso. Tal vez su indisposición había impedido que las pastillas tuvieran el tiempo suficiente para dejarlo tieso. Tal vez.

A medida que el aire de su alrededor parecía ganar profundidad, para permitir que las sombras de color negro invadieran la superficie monocroma de la noche, Tom comenzó poco a poco a aceptar el hecho de que iba a sobrevivir a otro día. Estaba asustado, harto de sí mismo, harto de la vida y, sobre todo, monumentalmente enfadado con el viejo idiota de Henry's. Si lo que pretendías era asustar a la concurrencia, ¿por qué no hablarles de los osos? ¿Qué clase de viejo rancio y alarmista no mencionaría nada de los osos? Los bosques son una cosa. Esos mismos bosques, sumados a enormes carnívoros célebres por su escasa sociabilidad, son otra cosa totalmente distinta. Le debes a tu público, en especial a los suicidas de tu público, mencionar a los putos osos.

Mientras salía tambaleándose de detrás del árbol, Tom se dio cuenta de algo. La idea de regresar y abofetear al vejete era lo primero que lo excitaba en mucho tiempo.

La capa de nieve no era muy densa, pero le resultó fácil seguir su propio rastro hasta el pie de la colina. Abajo se encontró con una maraña de arbustos congelados; se volvió hacia el lado bueno de su tobillo hinchado y levantó la vista hacia la cima. Recordaba vagamente haber girado a la derecha para remontarla, así que ahora tendría que girar a la izquierda. Eso lo conduciría a la zona de matorrales más densos. No, gracias. En lugar de eso dio un rodeo por el terreno elevado, pisando sobre rocas y trepando con inseguridad sobre troncos caídos, hasta que pudo retomar la

dirección correcta.

No tenía ni idea de si había ido muy lejos. Bajo la fría y hermosa luz de aquel día después de «un buen día para morir», ni siquiera estaba seguro de por qué regresaba. Caminando tenía menos frío que quedándose quieto, y, si tenía que caminar, le parecía mejor tener un objetivo: un sitio de verdad bastaba, por el momento, no el oscuro y difuso lugar hacia el que se había dirigido a tumbos el día anterior. Ese lugar seguía estando allí, y probablemente en su mochila debía de quedar suficiente artillería como para llevarlo hasta él. Ya no estaba seguro de lo que sentía ante esa perspectiva, pero al menos encontrar la mochila era algo que hacer.

Caminó durante veinte minutos. El frío ayudaba a reunir sus dolores dispersos en un gigantesco superdolor, un malestar humanoide avanzando con dificultad entre los árboles. Pasó buena parte del tiempo maldiciendo para sus adentros por el frío que hacía, lo cual no tenía ningún sentido pero resultaba extrañamente reconfortante. Se detenía a menudo, volviendo la cabeza con la esperanza de reconocer algo y también para asegurarse de que su entorno seguía estando libre de osos. Estaba a punto de abandonar cuando oyó un ruido parecido al de una corriente de agua.

Abandonó el camino más fácil y se arrastró entre la maleza, con mucho cuidado. Una caída más y ya no iría a ninguna parte.

Al otro lado de los arbustos había una zona más despejada, y luego un precipicio. «Él» precipicio, esperaba, aunque no se parecía en nada al que recordaba. Había estado allí solo de noche, claro, y no había tenido tiempo de fijarse en su aspecto antes de estar en el fondo. Lo que había entrevisto con la linterna apuntaba a que, sin embargo, era bastante amplio, y debía de alcanzar los cinco metros de altura en la parte por la que se había despeñado. El que tenía enfrente no mediría más de cuatro metros de ancho y era mucho más profundo. Las paredes eran extraordinariamente escarpadas; mucho más escarpadas y rocosas de lo que habría convenido para que considerara siquiera la posibilidad de descender en plan escalada.

Debía de haberse desviado de la posición en la que se encontraba

la noche anterior.

Miró hacia la derecha, la dirección que tenía que seguir. Arboles y arbustos de aspecto robusto crecían hasta el límite mismo del barranco. Podía volver por el camino más largo, pero era el camino más largo. De ahí su nombre. A la izquierda parecía más despejado, pero era ir en la dirección equivocada. Y en subida.

Dios, pensó, cansado. Sentía el estómago repleto de hojas de afeitar. Su cabeza parecía una avalancha de cristales. ¿Necesitaba de veras la mochila? Quizá fue el olor del alcohol lo que atrajo al oso. Tal vez aún andaba por allí, esperando. Y borracho. Se detuvo, preso de las dudas.

A por la mochila, pensó. ¿Qué más podrías hacer, si no?

Avanzó tambaleante por el margen del precipicio. Empezaba a estrecharse, pero no lo suficiente como para poder saltarlo. Veinte años atrás, quizá hubiera intentado salvar un vacío de tres metros. En realidad, no, no lo habría hecho, sobre todo si las dos paredes del precipicio hubieran estado cubiertas de fango y roca, si no hubiera habido espacio para tomar impulso y hubiera tenido un tobillo hinchado. En cualquier caso, seguro que no iba a suceder ahora. Tropezó con un grupo de árboles y tuvo que dar un rodeo por la izquierda durante un tramo antes de poder recuperar el margen del precipicio.

Se detuvo. Había un árbol caído entre ambas paredes. Se había derrumbado desde el otro lado, la suerte había hecho que cayera limpiamente, de tal modo que había quedado gran parte de árbol a ambos lados del vacío sobre el que se extendía.

Tom se encaramó al árbol cojeando. El tronco era bastante grueso, tal vez de unos sesenta centímetros de diámetro. La madera parecía en buen estado. Tiró de una rama para probar, y esta volvió a su posición anterior con un latigazo, lo cual sugería que el árbol no llevaba mucho tiempo allí. Así que no estaría podrido. Quizá. Iba desde el lado en el que se encontraba hasta el lado en el que quería estar. Podría caminar tres o cuatro metros en lugar de varios centenares.

Cierto… pero eran tres metros sin nada debajo salvo el espacio

vacío, y más abajo un lecho de rocas puntiagudas. Tres metros encima de un tronco que no era el más ancho del mundo, que podía resultar resbaladizo, y sobre el cual había nieve. Tres metros que le hubieran resultado difíciles aunque no tuviera un tobillo hecho polvo.

Por un momento la cabeza le dio vueltas, como si una reserva oculta de alcohol hubiera llegado con retraso a su cerebro. Cuando el mundo dejó de girar, se acercó al tronco y puso encima el pie bueno. No parecía que el árbol se moviera. Era grande y firme. Aguantaría su peso. Su mente era lo único que lo hacía más difícil de cruzar que un trecho de asfalto congelado.

Deslizó el pie un poco más lejos, apartando sin querer un poco de nieve que había encima. Interesante, pensó de inmediato, evaluando las posibilidades. «No camines, patina; así no tendrás que levantar los pies (da menos miedo), y, al quitar la nieve, en el siguiente paso habrá menos probabilidades de resbalar». Cambió el peso, y levantó el otro pie hasta apoyarlo sobre el tronco, de modo que se quedó de lado encima.

Permaneció quieto un momento, comprobando su equilibrio, con el aspecto del surfista más solitario y frío del mundo.

Luego empezó a andar sobre el tronco. Deslizó el pie izquierdo unos treinta centímetros, esperó hasta sentirse bien aposentado, y a continuación deslizó su pierna derecha más o menos la misma distancia. Se sentía seguro. Aún tenía ambos pies por encima del suelo, claro, pero era un comienzo. De nuevo deslizó el pie izquierdo. Otros veinte centímetros. Luego el derecho. Ahora pie izquierdo justo en el límite.

«Cuantos más pasos necesites, más probabilidades tienes de caer».

En voz alta, Tom dijo:

—¿Quién te ha nombrado mi jefe?

Adelantó el pie izquierdo unos diez centímetros, y luego el derecho hasta que estuvieron a la par. Ya estaba oficialmente de pie en medio del vacío, aunque una caída lo devolvería a tierra firme. No sabía muy bien adonde mirar. Hacia abajo no, claro. Tampoco

arriba. Entonces era de suponer que hacia delante. Al otro lado del precipicio. Mmm… no, ahí no. Mierda.

«A la izquierda. Hacia donde estás yendo».

Volvió la cabeza. Buena idea… el otro lado tampoco estaba tan lejos. Deslizó otra vez el pie izquierdo. Luego el derecho. Izquierdo, y de nuevo derecho. Ahora estaba cerca de la mitad del tronco.

Se deslizó de nuevo. Su pie golpeó contra un nudo del tronco y desvió su pierna hacia arriba. Creyó que no había ningún problema, pero pronto se dio cuenta de que sí. Su pierna izquierda estaba perfectamente, pero el resto de su cuerpo había perdido seguridad. Su torso se echó casi un metro hacia atrás, desplazando bruscamente su peso. Percibía toda la masa del planeta bajo sus pies, con ganas de sumarlo a sus haberes.

«A la izquierda. Mira a la izquierda». Se sintió ingrávido por un momento, pero no estaba cayendo. Se recobró de nuevo, y permaneció inmóvil. Miraba insistente el final del tronco, semioculto entre los arbustos cubiertos de nieve, y lo convirtió en el centro de todo lo que era plano. Continuó.

Se deslizó y arrastró una vez más. Había superado la mitad del camino. Se deslizó de nuevo, experimentando una extraña euforia. Gran parte del tiempo se sentía como el personaje de un videojuego controlado por la madre de alguien a la que se le hubiera permitido echar una partida el día de Navidad para tomarle el pelo. Pero por una vez…

Se deslizaba y se arrastraba. Se deslizaba y se arrastraba, y no caía.

Empujó los pies una última vez; finalmente se encontró sobre el suelo, aunque seguía encima del tronco. Volvió la mirada hacia el precipicio, sintiéndose como si estuviera suspendido en el aire, y luego bajó del árbol.

Por un momento, la tierra le pareció tan insustancial como si fluyera, se inclinara y se desvaneciera. Se apartó un paso más del precipicio, y la tierra se asentó. Lo había conseguido.

Tras mirar a un lado y a otro, confirmó lo que ya sospechaba: el camino era difícil en ambas direcciones. Aunque, de ese lado, el

asunto iba a ser más o menos como un paseo.

Tres metros, en lugar de cientos.

—Gracias —le dijo al silencio.

La voz no dijo nada. Por encima, el cielo se estaba volviendo gris.

Caminó durante diez minutos, temerariamente cerca del margen del precipicio. Por un momento, en su pequeño mundo, allí, entre los árboles, las cosas estuvieron bien. Parecía que el frío arreciaba, increíblemente, pero podía soportarlo. Resultaba que podía hacer cosas. Podía caminar por el aire. No se sorprendió al localizar su mochila allí abajo, aunque estuviera cubierta de nieve y fuera fácil no verla. Su suerte había cambiado, eso era todo. Por una vez, el mundo le cuidaba. Se agarró a un pequeño árbol, se inclinó hacia delante y le sonrió a la mochila. Estaba rodeada de huellas en la nieve, sin duda de sus pies y sus manos al intentar huir.

Pero no había ningún oso.

Siguió avanzando por el margen del precipicio hasta que llegó a un lugar por el que podía bajar arrastrándose. Advirtió algunas ramas rotas y, usando su nuevo «sentido-arbusto», supuso que aquel sería el lugar por donde había caído la noche anterior. El segundo descenso fue mucho mejor, con solo un ligero y frenético resbalón al final. Sintiendo que cerraba un círculo, se abrió camino renqueante hasta la mochila.

Estaba abierta, destellaba el cristal en su interior. Junto a ella había una botella vacía. Había también unas cuantas cajas maltrechas y un puñado de pastillas, de un azul poco natural. Todo en un pequeño cubil, un pedazo de tierra despejada con la pared rocosa detrás, la exigua corriente un poco más adelante y arbustos a ambos lados. Tom lo observó todo con la sensación de ser un fantasma.

De golpe, se le llenó la boca de agua y su estómago se sacudió.

Dio un apresurado paso atrás; no quería estar demasiado cerca de la mochila por miedo a que lo arrastrara hacia la noche anterior, y

luego, de repente, estaba sentado. Sintió el impacto en toda su columna, los arbustos parpadeaban y se ondulaban ante sus ojos.

Después de unos minutos respirando hondo, el dolor cedió un poco. Podía ser la resaca. Tal vez la visión de las pastillas hubiera inducido un mensaje del tipo «No lo vuelvas a hacer» desde su cerebro y hacia sus tripas. De hecho, quizá no era más que un hambre atroz. Era difícil de decir. Su cuerpo se había convertido en una Torre de Babel. Era como si hubiera sustituido todo lo que había bajo su garganta por el tracto gastrointestinal, funcional pero incompatible, de una especie alienígena: decía cosas, y las decía muy alto, pero Tom era incapaz de comprenderlas.

Oh, se sentía mal.

Se encogió sin querer. Además, ahora temblaba. Temblaba mucho. Con una oleada de verdadero pánico se dio cuenta de que se sentía averiado, dañado en algún lugar muy hondo de su mismo núcleo. Alzó la vista hacia el cielo y comprobó que estaba aún más oscuro, de un gris plomizo y moteado. Tenía pinta de que volvería a nevar, esta vez en serio.

¿Qué haría?

Aunque quedaran suficientes pastillas, no se veía capaz de tomárselas. No se sentía capaz de hacer nada, nunca más. No había más camino que recorrer. Nada que hacer, salvo quedarse sentado, pero ¿cómo iba a quedarse sentado si se sentía tan mal? El vodka le serviría al menos para calentarse por dentro. La perspectiva era muy poco atractiva —a la luz de su relativa sobriedad, estaba más que dispuesto a admitir que prefería el vodka con tónica y una rodaja de lima, en cantidades moderadas y servido en algún lugar cálido—, pero era todo lo que tenía. Muere como un hombre, pensó. O algo así. En realidad, no podía recordar lo que había estado pensando en Sheffer. Tenía la sensación de que hacía mucho tiempo de eso.

Se puso de rodillas, con un brazo todavía apretado contra su estómago, como si eso sirviera de algo. Alcanzó la mochila con una mano temblorosa. No eran más que escalofríos. Los simples y clásicos escalofríos de he estado-fuera-toda-la-noche. Nada más grave. Por favor. Que no fuera un síntoma de que su sistema se

sacudía chispeando como un cable cortado.

Tocó el borde de la mochila y entonces se detuvo.

Apartó la mano. Allí había algo que no estaba bien. Había manchas sospechosas en los cristales rotos que estaban cerca de la abertura de la mochila. Tenían un brillo ya apagado que Tom reconoció. Tenía unas cuantas muestras de lo mismo en el dorso de su mano.

¿Sangre?

Se acercó un poco más, estremeciéndose de dolor. La verdad era que parecía sangre seca. Un par de salpicaduras. Volvió las manos dejando las palmas hacia arriba: no había nuevos cortes. Los habría notado, incluso con ese frío. Estaba bastante seguro de que tampoco se había hecho ninguno la noche anterior. No le hacía falta acercar la mano a los cristales rotos. Cogió la mochila por abajo y la volcó. Un tintineante cúmulo de cosas cayó al suelo en bloque. Cristales rotos que se habían congelado juntos. Una caja entera de pastillas a la que no había llegado. Trozos de plantas, presumiblemente acumuladas durante las tortuosas andanzas del día anterior. ¡Ajá! Una última botella, entera.

Y un par más de manchas de color rojo oscuro en un fragmento de cristal. Tom lo recogió con cuidado. Estaba manchado de sangre, y estaba seguro de que no era suya. La noche anterior le había dado la vuelta a la mochila para sacar lo que necesitaba. No había metido la mano allí dentro.

Pero era evidente que el oso sí.

No podía haber husmeado comida —no había nada de eso en la bolsa, ni lo había habido—, pero el aroma del alcohol le debió de resultar irresistible. Quizá ya conociera el olor de haber revuelto en los cubos de la basura en las afueras de los pueblos. Y esa era probablemente la razón de que no le hubiese perseguido. Estaba demasiado ocupado sirviéndose un trago.

Con prisa, Tom volvió a dejar en el suelo el cristal. La resaca, la oscuridad y unos retazos de sueño pastoso habían enmascarado lo que realmente había sucedido la noche anterior. Pero esta vez no. Esta vez lo tenía delante.

Había estado muy, muy cerca de ser atacado por un oso.

Joder.

Se impulsó para ponerse en pie. Aquel no era un buen lugar para quedarse. No quería estar allí cuando algo enorme percibiera de nuevo el aroma y decidiera regresar a echar un segundo vistazo. Apartó la botella del montón de cosas y la guardó en la mochila. Cuando se preparaba para marcharse advirtió que había algo pegado en un arbusto, a su derecha.

Le llevó un rato descubrir que se trataba de cabellos. Cabellos bastante largos, de un castaño oscuro. Unos cuantos mechones atrapados entre las afiladas ramas superiores del arbusto.

Intentó imaginarse un oso. Sabía que no tenían el pelo corto, como un gato o algo así, tenían una especie de pelaje, pero aquellos cabellos medirían entre quince y veinte centímetros. ¿Era posible? ¿Tan peludos son los osos?

De repente, Tom sintió un fuerte deseo de estar en cualquier otra parte, sin importar lo que le costara llegar. Su cuerpo tendría que dar lo mejor de sí.

Abandonó cojeando el nido de la noche anterior y se puso a buscar la linterna. Entonces vio las huellas en la nieve y descubrió que, después de todo, no se trataba de un oso.

4

Muy poco después de las ocho de la mañana, en North Hollywood, el oficial Steve Ryan estaba sentado en el coche patrulla esperando a que Chris Peterson regresara con el café. El oficial Peterson tardaba un poco porque aprovechaba para picar algo mientras esperaba en el mostrador, convencido de que Ryan no se enteraría, pero la verdad era que después de dos años terminabas sabiendo un montón de cosas horribles sobre la persona con la que compartías el coche. Chris se había permitido ese picoteo casi todas las mañanas de las últimas seis semanas porque su esposa estaba metida en un complejo culto a la salud, lo cual significaba que en su casa no tenía que haber nada que fuera comestible. El hombre era comprensivo y más o menos seguía sus normas —eso puedes comerlo, eso otro no, de hecho, no puedes comer mucho, y nada al mismo tiempo—, aunque ser poli y estar a régimen te hiciera sentir idiota (y fuera una invitación para que el resto de policías se cachondearan de ti, especialmente las mujeres). Si zampándose un bollo conseguía unos cuantos carbohidratos para empezar el día antes de que comenzara su turno —y así era, porque siempre volvía mirando a la calle mientras se limpiaba los dedos pegajosos en la parte trasera del pantalón, y además se ofrecía voluntariamente a ir a buscar los cafés todas las mañanas, cuando antes había que echarlo del coche a patadas—, Ryan no le daría importancia. Ya sabía cómo eran las cosas con las mujeres. Sentado, esperando, con los ojos cegados por la luz oblicua que penetraba por el parabrisas, se sentía secretamente agradecido por esos cinco minutos extra que tenía para poner en

marcha la cabeza. Estaba cansado, tenía los ojos secos y le dolían los hombros. Se había quedado hablando con Monica hasta las tres. El tema era el de costumbre, lo habían discutido como de costumbre y había terminado con la acostumbrada falta de conclusión. No se trataba de que él no quisiera tener hijos: quería, y mucho. Pero llevaban más de dos años intentándolo (un mes sí, otro no, sí, no, sí, no, sin juego de palabras) y el proceso empezaba a perder chispa. Da igual lo mucho que quieras a tu esposa, o lo atractiva que aún la sigas encontrando, cuando te ves obligado a estar a punto en momentos muy específicos —entonces y solo entonces: la urgencia de la necesidad se reducía el resto del mes a casi cero—, la cosa deja de funcionar como una reacción. Se convierte en un trabajo, y él, de eso, ya tenía. Cierto, tampoco en este último caso había muchas posibilidades de avance, pero al menos le quedaba la esperanza, su camino no se veía obstaculizado por la biología pura y dura. Se estaba haciendo amigo de algunos detectives. No les agobiaba. Tan solo escuchaba e intentaba entender lo que hacían, cómo pensaban. Que aquello jamás le hubiera funcionado a su viejo no significaba que fuera a ocurrirle lo mismo a él. Podía suceder de otro modo. Lo había visto. El momento adecuado en el lugar adecuado, haber echado una mano en un arresto importante, y tal vez te aceptaban en algún equipo. De repente ya no eres un don nadie que se pasea en coche, comprobando ventanas e interviniendo en disputas domésticas (Ryan sabía mucho sobre las mujeres casadas, de todo tipo, y había aprendido también un montón de cosas sobre maridos), o persiguiendo yonquis por callejones mientras sus amigos se ríen, te abuchean o te arrojan botellas. De repente, eres parte de una unidad, y de allí a librarte del uniforme no podía haber un gran trecho. Todo era cuestión de trabajar duro y tener suerte, y a Ryan no le importaba hacer y esperar ninguna de las dos cosas. No, lo que te hundía eran los momentos en que parecía dar igual lo mucho que trabajaras, en los que la suerte simplemente no aparecía, no llegaba y uno era incapaz de explicarle eso a alguien que tenía el corazón puesto en cómo debería ser el mundo y no en cómo era en realidad. A Monica le afectaba mucho hablar de aquel tema, y él no se lo

reprochaba. A él también le entristecía le cansaba y le deprimía. Quería ser padre. Siempre había querido. Joder, incluso había llegado a pensar en aquella mierda de los tubos de ensayo, asumiendo que entre los dos podrían pagarlo. Eso le había dicho la noche anterior, que tenían que estudiarlo, y ayudó un poco, pero pronto se enzarzaron en otra discusión sobre que, posiblemente, no podrán permitírselo, y el asunto se transformó en un verdadero torbellino de desesperación. Le dijo que tal vez pudieran, si ahorraban, no iban de vacaciones durante un par de años y él entraba en la unidad. Ella dijo que no, que no podrían. Él dijo que sí, que quizá sí. Ella dijo que no, y se puso a llorar… y todo siguió igual, hasta que él ya no supo qué más decir, dieron las tres de la mañana y nadie había contentado a nadie y de verdad tenía que irse a la cama. Ella estaba algo callada cuando él había salido de casa esa mañana. Probablemente solo fuera el agotamiento. La llamaría al cabo de un rato, para comprobar que seguía bien. Suponiendo que se hubiese movido de donde estaba. ¿Qué diablos le llevaba a Chris tanto tiempo? En todo el rato que hacía que se había ido, él ya habría podido meterse en un Denny's y zamparse un desayuno completo, incluidas las tortitas y las patatas. Ryan se inclinó por encima del asiento del acompañante y echó un vistazo hacia su compañero, que estaba allí en el mostrador, masticando algo. Sonrió y volvió a sentarse. Qué le vamos a hacer. Dejemos que el hombre coma. Por el momento, la radio seguía en silencio. Tampoco tenía que preocuparse porque la ciudad fuera a quedarse sin delitos y los mandaran a ambos de vuelta a casa y sin sueldo. Aquello no parecía nada probable.

—Buenos días —dijo una voz.

Ryan se volvió y vio a un tipo joven de pie en el asfalto junto al coche. Llevaba unos pantalones de camuflaje verdes muy desgastados y una camiseta gris. El sol quedaba detrás de su cabeza. Estaba moreno, llevaba el pelo muy corto y unas gafas, pequeñas y redondas. Tenía el aspecto de uno de esos tipos que había a veces tocando en una esquina o dando un curso de pilates en Venice Beach. En ningún caso el de los tipos que hacen lo que hizo a

continuación: sacar un enorme revólver y dispararle dos tiros en la cabeza a Steve Ryan.

Cuando Nina llegó, ya habían acordonado la calle y arrinconado a la considerable multitud. Un buen número de civiles, pero también de policías. Se habían reunido en grupos, con cara de rabia e impotencia, muy apartados del banco en el que estaba sentado un policía pelirrojo, mirando al suelo. Otro par de oficiales, un hombre y una mujer, permanecían de pie junto a aquel hombre. La mujer tenía una mano en su hombro. El hombre decía algo. Parecía poco probable que alguno de aquellos gestos bienintencionados consiguiera que el agente Peterson se sintiera mejor ante el hecho de que su compañero hubiera sido asesinado a balazos mientras él se encontraba al otro lado de la calle, atiborrándose a escondidas.

Nina aparcó y cruzó rápidamente la carretera al ver que Monroe ya se encontraba allí, recibiendo una arenga. Un par de polis levantaron las manos ante su avance, pero ella tenía la placa a punto.

—Nina Baynam —dijo—. Federales.

A veces decía «federales», o «del buró» y no «FBI», y a veces aquello suponía una diferencia, usar con convicción una palabra más informal, o una que emplearan entre ellos sus integrantes. Pero no fue así esa mañana, claro, y aquellas tres letras no representaron precisamente el pasaporte hacia la respetabilidad, incluso antes de que lo de Waco y otras metidas de pata asociadas le dieran a todo el mundo nuevos ángulos desde donde tocarle las pelotas. Cada gesto del lenguaje corporal de los polis transmitía una sola pregunta: ¿qué cojones hacéis vosotros aquí?

Nina se preguntaba lo mismo. Se acercó a Monroe, que abandonó su conversación con dos policías y empezó a hablar, fuerte, rápido y sin preámbulos.

—Dos testigos. Uno lo vio desde una habitación de ese segundo piso —señaló al otro lado de la calle, a un edificio maltrecho, cubierto de carteles que ofrecían alquileres a precios sospechosamente bajos— y el otro estaba en la cafetería. Ryan y

Peterson llegaron hacia las siete y media; Peterson cruzó la calle y dejó a Ryan en el coche. Ryan estuvo parte del tiempo con los ojos cerrados. No vio a un hombre blanco de pelo corto y complexión atlética, con gafas, vestido ya sea de verde y marrón o marrón y gris, que venía por allí y se acercaba al vehículo con una mano en la espalda.

Su jefe volvió a señalar, en esa ocasión al aparcamiento ligeramente elevado del Knights, un motel de dos pisos vallado.

—El tipo avanzó directo hasta aquí y se plantó junto al coche patrulla. Dijo algo y luego disparó. Bang, bang. Inmediatamente después desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —dijo Nina mirando a su alrededor —. El compañero de la víctima estaba a unos diez metros.

Monroe señaló con la cabeza en dirección a un callejón algo más adelante en esa misma calle.

—A la velocidad del sonido. Encontraron el arma allí. Cuando Peterson oyó los disparos, comprobó el estado de Ryan y echó a correr, ya era demasiado tarde. El pistolero se había desvanecido.

Monroe se encaminó hacia el motel. Nina siguió sus pasos.

—Nadie sabe nada de Ryan salvo que era un poli decente. No el más brillante, uniforme de por vida, pero hacía bien su trabajo. Nadie tiene el menor indicio de que fuera corrupto o anduviera metido en algo remotamente sucio. Así que todo apuntaba a que se trataba de un caso de psicópata matapolicías que había actuado al azar, hasta que alguien habló con el gerente de allí enfrente.

La entrada del Knights era lo bastante amplia como para meter allí un coche. Aunque tampoco habría ninguna razón para hacerlo, porque el interior albergaba tan solo un patio pequeño e invadido por las malas hierbas, junto a los restos de lo que tiempo atrás fue una fuente de cemento. También había unas cuantas plantas intentando demostrar que la vida puede triunfar en cualquier parte. Parecían realmente mustias. A la derecha había un anexo gris donde estaban el hielo y las máquinas de Coca-Cola. Los policías se arremolinaban por todas partes, y retrocedieron a regañadientes cuando Monroe condujo a Nina a la oficina acristalada que había a

la derecha. Tenían el aire de a quien se le prohíbe hacer un trabajo que considera suyo. Había cuatro polis más dentro de la oficina junto a un tipo gordo vestido con una pulcra camiseta blanca y unos vaqueros anchos.

—Cuéntanos lo que les has contado a ellos —le dijo Monroe al gordo.

Siendo alto como era, con el pelo muy corto y raleando, y las espaldas de quien mucho tiempo atrás fue boxeador universitario, la gente tendía a contestar cuando Monroe le hacía una pregunta.

—No sé nada —susurró el tipo, para nada igual que la primera vez—. Solo lo que la tía de la doce me ha dicho cuando se ha ido. Dijo que había oído ruidos en la habitación de al lado, eso fue hace un par de días. Se lo mencioné al oficial porque dijo que el tipo que disparó al policía llevaba el pelo corto y gafas, y pensé, ya sabe, que se parecía al tipo que había en la once.

Nina asintió. Tenía los ojos clavados en una revista que estaba medio escondida debajo del mostrador. El gerente se dio cuenta de adonde miraba y al parecer le causó excitación.

—Me encantan ese tipo de cosas —dijo ella, mirándole de nuevo —. Me dan ganas de follarme a todos los tíos del planeta. ¿Quieres hacerlo aquí y ahora?

El hombre apartó la mirada.

—Ya me lo imaginaba —dijo Nina—. Mientras tanto, danos las llaves de las habitaciones diez, once y doce.

Monroe cogió las llaves y señaló a tres de los policías. Esos tres siguieron a los agentes mientras abandonaban la oficina y cruzaban el patio. La habitación once estaba cuatro puertas más allá, a mano derecha. Las cortinas estaban echadas. A dos de los policías les dieron las llaves de las habitaciones adyacentes.

Sacaron sus pistolas y abrieron las puertas despacio. Después se deslizaron al interior.

Un minuto más tarde, ambos salieron. Uno negó con la cabeza. El otro dijo:

—Se oía algo. Como alguien hablando.

—Tres espacios —comentó el compañero con calma—. Sala de

estar, dormitorio al fondo y baño.

—Muy bien —dijo Monroe.

Por un segundo a Nina le pareció que Monroe estaba pensando en entregarle la llave restante a otro de los policías. Esa clase de cosas —en parte de lo de darle la espalda a la gente como si no le importara, como había hecho cuando había llegado ella— eran precisamente la razón por la que los polis no quieren a los federales como hermanos. Sacó su propia pistola, sosteniéndola con ambas manos y alejada del cuerpo. Hizo un esfuerzo para que nadie advirtiera su gesto de dolor. Habían pasado ya tres meses y el brazo derecho seguía dándole problemas. Dos médicos y tres fisioterapeutas le habían dicho que ya no tenía nada. Nina pensó que tal vez fuera la pequeña cicatriz circular que le había quedado por encima del pecho, a la derecha, la que se había puesto a hablar, a decirle que ya lo sabía todo sobre las armas y que no quería tener nada más que ver con ellas. Complicado, en ese caso. Los agentes del FBI están obligados a ir siempre armados. Personalmente, ella dormía con su arma debajo de la cama.

Monroe se encargó finalmente de la otra puerta; Nina permaneció justo detrás. Les dijo a los policías que se prepararan para seguirles, pero que les dieran tiempo. Ellos asintieron. Parecían más preparados para ese trabajo de lo que ella misma se sentía. Lo sabía, todo eso formaba parte del hecho de ser un hombre. Ninguno flojeaba delante de un colega, o nadie le querría tener de nuevo cubriéndole las espaldas.

Monroe insertó la llave en la cerradura. La giró. Esperó un segundo y luego empujó. La puerta se abrió a una habitación oscura. Las cortinas que daban al otro lado también estaban corridas. Hacía calor.

—FBI —dijo Monroe, sereno—. Suelte cualquier arma y salga con las manos en alto. Esta es la única advertencia que recibirá.

Esperaron. Nadie dijo nada. No apareció nadie. El enigma de siempre, polarizando las opciones del futuro inmediato: o bien no había nadie en la habitación y todo estaba tranquilo tras lo ocurrido, o bien había un tipo muy malo allí dentro con el propósito de

dispararle a algún poli.

Nina estaba en posición. Dio un paso y entró en la habitación.

Oscuridad impenetrable. Aire denso. Realmente hacía mucho, mucho calor, como si alguien hubiera apagado el aire acondicionado veinticuatro horas antes. La habitación era un cuadrado con un destartalado sofá, dos sillas, una mesa, un gran televisor prehistórico. Ninguna evidencia de efectos personales. Luz parpadeante procedente del cartel de la entrada situado en la esquina del patio. La puerta, parcialmente ajustada.

Se oía además un leve ruido. Muy probablemente, el televisor.

«¿Quién lo está mirando?».

Nina se hizo a un lado en la habitación para dejarle espacio a Monroe. Él entró en silencio, con una mano atrás, una señal para indicarles a los policías que se quedaran donde estaban. Una vez estuvo en posición junto a la puerta que conducía a la otra habitación, Nina se dio la vuelta y se desplazó en silencio hacia el armario. Mantuvo el arma en alto con el brazo encogido mientras se disponía a abrirlo.

Nada, salvo el hedor a polvo. Lo dejó abierto y giró sobre su pie derecho para volver a encarar la habitación; luego asintió hacia Monroe. Los policías del pasillo seguían preparados y en silencio. Monroe se desplazó hacia la puerta de la segunda habitación. Nina le siguió a dos metros de distancia. Se detuvieron.

Todo se desvanece en el ahora:

Monroe empuja cuidadosamente la puerta con la mano izquierda. Cede. Revela un fragmento de la pared lateral del dormitorio, una cambiante luz gris azulada y algo más de ruido. El ruido tiene ese característico crujido, esa nota alta por encima del rumor grave. Sin duda, se trataba del televisor. A veces la gente lo deja encendido. Acompaña. Y luego se les olvida cuando se van. Deciden: «¿A quién le importa? No es mi factura de la luz».

Monroe da otro paso. Está en el umbral. Un segundo. Da otro paso y se vuelve a toda velocidad apuntando con la pistola a un área más allá de la puerta que Nina aún no puede ver.

Pero sí ve que los hombros de Monroe dan una especie de

sacudida, como si el pie que sostiene su peso se hubiera encontrado de repente cinco centímetros más abajo de lo previsto.

Otro largo segundo.

—¿Señora?

A Nina se le enfría el estómago. Oye cómo Monroe traga con la boca abierta, un seco chasquido. Observa. Está nervioso. Está dispuesto a disparar. Adelanta otro medio paso, parece que se inclina y mira hacia arriba. Luego se aparta a un lado y desaparece de la vista. Por un momento hay silencio, luego un leve rumor sibilante. De nuevo silencio.

—Nina —dijo al fin—, ven aquí.

Sabía que con aquello se refería tan solo a ella, así que levantó una mano para indicarles a los muchachos que mantuvieran sus posiciones. Dejó que su otro brazo descendiera un poco, pero aún no estaba dispuesta a soltar la pistola.

El dormitorio parecía todavía más sofocante que la otra habitación. Se sentía un hedor muy fuerte. El televisor emitía un leve parloteo desde la esquina izquierda, fijado a la pared con un soporte de metal. Monroe estaba de pie al otro lado de una cama de matrimonio.

Había una mujer sentada en la cama. Tendría alrededor de treinta años. El pelo, largo y castaño. No se movió cuando entró Nina porque estaba muerta. Estaba sentada muy erguida en la cama, con la cabeza ligeramente caída hacia delante. Llevaba un pijama azul de algodón muy gastado, con un estampado de flores. Su estómago había empezado a hincharse. Su rostro parecía de masilla pintada. Tenía los ojos abiertos. También la boca. Le habían metido algo dentro.

—Joder —dijo Nina.

Se inclinó sobre ella. El objeto que había en la boca de la mujer era más o menos del tamaño de una libreta pequeña, de camarera; un centímetro de grosor, cinco de ancho y probablemente algo menos de ocho de largo, aunque era difícil de asegurarlo sin sacárselo. Parecía hecho de un metal brillante. Una etiqueta muy estrecha en el extremo sobresaliente contenía una lista de números y

de líneas.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Monroe.

Respiraba muy fuerte, y el sudor resplandecía en su sien.

Nina negó con la cabeza.

—No lo sé.

Treinta minutos más tarde, Nina abandonaba la habitación. La primera oleada de forenses empollones ya había llegado. Con las cortinas aún echadas y el calor todavía atrapado, estar allí era como dar vueltas dentro de un jodido armario repleto de gente. Nina se aseguró de echar un buen vistazo a toda la habitación, cosa que siempre era más fácil cuando sabías que no nadie iba a dispararte, y luego se fue. Monroe todavía estaba dentro. Tendrían que llegar las cámaras para que saliera de allí.

No había más cadáveres en la habitación. El ruido que Nina había oído era el del propio Monroe registrando el baño. Estaba completamente limpio de efectos personales. Ni rastro de la ropa que la mujer debía de llevar cuando llegó. Uno no puede entrar en un motel vestido en pijama. Ni siquiera en un antro como el Knights. Además, se suele llevar un neceser, un bolso. Tenía que haber algo que la identificara, en algún sitio, aunque fuera fortuito. La policía ya estaban revisando los informes de desaparecidos, pero algo le decía a Nina que las noticias tardarían en llegar.

Atravesó un patio soleado que estaba todavía más atestado de policías y de agitados cuerpos de civiles que creían que podrían salir enseguida de aquel edificio mortal y regresar a sus vidas anónimas; aunque la realidad era que tendrían que pasar muchas horas contestando a un reducido número de preguntas. Aquella misma tarde verían por televisión el lugar en el que habían pasado la noche anterior, mientras los medios no dejarían de repetir su nombre para convertirlo en uno de esos sitios cuya sola mención activaría nuestra memoria a lo largo de los años, y tal vez de las décadas por venir. Ninguno de los involucrados olvidaría ese día pronto, y menos que nadie la mujer que Nina vio al salir del patio y penetrar en el

aparcamiento. El agente Peterson seguía sentado en el banco. Dos colegas suyos intentaban contener a esa otra mujer, cuyo nombre era Monica, que había llegado para descubrir que los restos mortales de su marido ya habían sido trasladados a la morgue, y que le gritaba al ex compañero de su esposo porque no podía hacer otra cosa.

Solo cuando Nina estuvo lejos de la entrada y a cierta distancia de todo el mundo, sacó su teléfono móvil. Caminó hasta donde nadie pudiera oírla y seleccionó el número de John Zandt en el menú de marcación rápida. No hubo respuesta tras el duodécimo tono y le saltó el contestador.

—Hola, soy yo —le dijo a la máquina—. Sé que ya no quieres hablar de estas cosas. Pero podrías serme de ayuda. —Dudó, sin saber qué más decir; luego añadió—: Espero que estés bien.

Finalmente colgó y se quedó inmóvil, indecisa. Durante un instante se sintió extraña; percibió algo así como un aleteo en su nuca, como si alguien la estuviera observando.

Se dio la vuelta, pero no había nadie. Nadie a la vista, al menos.

Poco después de las dos, estaba sentada removiendo un café mientras su jefe hablaba por teléfono. Habían ido a una cafetería destartalada a una calle del Knights. Todos los coches patrulla salvo uno habían desaparecido ya en pos de otros asuntos, pero desde donde estaban sentados podían ver cuatro vehículos sin distintivos que formaban parte de la investigación. Sorbió el café y observó cómo los últimos objetos de la habitación número once eran trasladados para someterlos a un análisis profundo. Averiguaron que la habitación había sido alquilada cinco días antes, habían pagado en metálico y por adelantado. Nina deseó que estuvieran acribillando a preguntas una vez más al propietario y recepcionista del motel, en algún lugar menos ventilado y más caluroso aún, y que se tomaran su tiempo para hacerlo.

Monroe cerró su teléfono.

—Hecho —dijo con evidente satisfacción—, Olbrich está reuniendo a un equipo especial de trabajo. La División de Robos y

Homicidios, por supuesto, nosotros, la FDD y todo el puto Equipo contra el Crimen al completo. Hay que seguirlo de cerca. Hay muchos oficiales enfadados por aquí. Esta no sería la mejor noche para que sorprendieran a nadie merodeando en un jardín ajeno.

—Cargarse a un poli a plena luz del día. Es demasiado hasta para los estándares de un tarado.

—¿Tarado?

—Vamos, Charles…

Nina había perdido la paciencia con la nomenclatura oficial más o menos por la época en que se encontró ayudando a sacar a un muchacho negro de un cubo de basura. El muchacho había estado allí una semana, bajo un clima tan sofocante como el actual. Su madre identificó el cadáver, y luego, tres semanas después, se suicidó mientras paseaba por Palisades. De eso hacía algunos años. Monroe seguía usando por puro formulismo toda esa terminología impersonal y eufemística para nombrar a la gente cuyas hazañas destrozaban familias e historias enteras con sus sucias manos.

—¿Cómo le llamarías? ¿Inadaptado social?

Monroe dijo, ignorándola:

—Un hombre que mata a un policía a plena luz del día es alguien que ya no tiene control sobre sí mismo. Tendremos que actuar rápido.

Nina puso los ojos en blanco. Fuera de control, pidiendo a gritos que lo detengan. Pero fuera de la vista de todo el mundo. La investigación de más alto nivel en la que había estado involucrada —oficialmente al menos— había sido la de los asesinatos del Chico del Reparto, entre 1999 y 2000. También en Los Angeles, y a las órdenes de Charles Monroe. Ya entonces Monroe había partido de premisas similares con un hombre que había arrebatado la vida a tres muchachas jóvenes, brillantes y de buena posición sin dejar rastro. Volvió a matar, más de una vez, luego desapareció y nunca le atraparon. Después Monroe se había hecho cargo de otros trabajos, con altibajos. Los padres seguían viviendo al día.

—La cuestión es: ¿habrá otros?

—Probablemente sí. Esa es mi opinión. A menos que

nosotros…

—No. Lo que quiero decir es: ¿hubo otros antes que este? Si esto es el final, como tú piensas, ¿dónde está el principio? ¿Qué lo llevó a este punto? ¿Dónde está el centro del torbellino del que este tipo ha salido disparado?

—Hay gente trabajando en ello. La policía de Los Ángeles está tratando de obtener una identificación mientras hablamos.

—Y seguimos sin tener ni idea de quién es ella.

—No tenía cartera. Ninguna otra posesión aparte de un pijama viejo, el capullo de recepción dice que no la había visto nunca antes de que estuviera muerta. Prepararán una foto en cuanto la hayan arreglado un poco: a última hora de la tarde ya habrá gente en la calle mostrándola. ¿Sabes qué es lo que tenía entre los dientes?

Nina negó, sintiendo el sabor a cobre en su propia boca. Había visto muchos cuerpos sin vida, algunos de ellos en un estado que la había obligado a levantar una barrera mental para que su recuerdo no la asaltara desprevenida. Pero algo le resultaba particularmente inquietante con los que habían sufrido alguna manipulación en la boca. La mutilación sexual casi la dabas por descontada. Destrozar una parte pública del cuerpo, como los ojos, la boca o las manos, parecía una forma de profanación más social. Lo sexual era privado, un ataque personal: lo público decía «Mira, Universo, lo que he hecho». Era una forma de dirigirse al exterior, una suerte de declaración mágica concebida para cambiar el mundo. O así se lo parecía.

—Un disco duro —dijo Monroe—. De los pequeños, como los de los portátiles. Un técnico lo reconoció incluso antes de que se lo sacaran.

—¿No había huellas?

—Estaba limpio. Pero ya hay alguien en el laboratorio intentando averiguar algo más. Para empezar, tenía número de serie. Salió de alguna parte, lo compraron en alguna parte. Y seguro que habrá quedado dentro. Esta noche lo sabremos.

En esa ocasión comprendió la expresión en el rostro de Nina.

—Lo dejó ahí por alguna razón, Nina. Volvamos al trabajo.

Se levantó; su pulgar marcaba ya un nuevo número en su móvil. Clic, clic, clic. No quisiera ser el teléfono de Charles Monroe, pensó Nina. Era un trabajo para un móvil con buenos abdominales.

Apuró el resto del café, consciente de la mirada crítica de Monroe.

—¿Qué, Charles?

—¿Cómo lo llevas con el brazo?

—Estupendamente —dijo irritada. No le estaba preguntando por el brazo. Le recordaba ciertos asuntos sin resolver y la razón de que su relación profesional se hubiera deteriorado por segunda vez. Captó el mensaje—. Como nuevo.

Monroe la miró como si fuera a decir algo más, pero en ese momento alguien le contestó al teléfono, así que se volvió y se alejó a grandes zancadas, ya metido en la conversación. Alguien, al otro lado, descubría quién era el maldito agente especial Monroe; lo controlado que lo tenía todo; lo muy por encima de todo que estaba.

Mientras lo seguía, Nina comprobó su propio móvil, más o menos por vigésima vez. Había recibido un mensaje de Zandt, por fin, y lo leyó enseguida.

Decía: «Estoy en Florida».

—Oh, joder —murmuró.

Luego metió el móvil de nuevo en su bolso y echó a andar bajo el calor.

5

Me registré en el hotel Armada de la calle Powell, en el centro de San Francisco, no lejos de Union Square. Era llamativamente caro y tenía a un tipo vestido de antiguo soldado español en la puerta. Los turistas que pasaban se hacían fotos unos a otros junto a él, presumiblemente para, una vez de vuelta, contarles a sus amigos que allí estaban ellos, al lado de un hombre disfrazado, en la entrada de un hotel en el que no se alojaron. Cuando acabé de instalarme era ya demasiado tarde para hacer lo verdaderamente importante de mis planes, así que me fui a pasear.

Mientras caminaba, pensaba en lo que sabía, que se reducía a lo siguiente: había estado equivocado más o menos en todo lo que tenía que ver con mi vida. Creía haber nacido de Don y Beth Hopkins al norte de California, donde ambos habían vivido sus convencionales vidas de aburrimiento moderado. Cortaban el césped, limpiaban el coche y compraban suficientes bienes materiales como para que los dioses del consumo les siguieran sonriendo. Mi padre fundó una empresa inmobiliaria y, después de que yo me fuera de casa, siguió cosechando algunos éxitos como intermediario en la venta de casas de lujo hasta que un accidente de tráfico acabó con su vida y la de su mujer. Un día después de su funeral, cuando fui a su casa para intentar entender qué se suponía que tenía que hacer con todo aquello, encontré un mensaje. Lo habían escondido de tal modo que solo pudiera llamar la atención de alguien que conociera muy bien a mi padre.

El mensaje decía, ni más ni menos, que no estaban muertos. Era

la clase de noticia que todo el mundo hubiera querido oír —todo el mundo cuya relación con sus padres se haya visto deteriorada únicamente por la distancia— y bastó para que me pasara toda la tarde registrando su casa. Encontré la cinta que mi padre había metido en el reproductor de vídeo de su estudio, y en última instancia fue lo que me llevó a descubrir lo equivocado que había estado con respecto a mi vida. Equivocado… o confundido deliberadamente.

Siempre había creído que era hijo único. En una parte del vídeo aparecía junto a un hermano de mi misma edad, un hermano abandonado con premeditación en las calles de una ciudad, en algún lugar, a finales de los sesenta.

Creía que la muerte de mis padres había sido accidental. Pues bien, ni eran mis padres ni había sido un accidente. Los había asesinado el grupo al que había pertenecido mi padre biológico treinta y cinco años antes. Aquel grupo se llamaba los Hombres de Paja, y sus miembros creían ser la única porción de la humanidad no infectada por un virus que favorecía la dependencia social por encima del frío individualismo que consideraban inherente a nuestra especie. Que creyeran eso en serio o solo se tratara de una coartada para fundamentar actos de violencia y depravación, no quedaba muy claro. Lo que sí lo estaba era que el grupo tenía mucho dinero y estaba bien conectado. Era igualmente evidente que su hombre clave, un individuo que se hacía llamar el Hombre de Pie, pero al que con mayor precisión cabría denominar Paul, mi hermano perdido, era un tipo tan peligroso como pueda imaginarse. La noche anterior a la muerte de Bobby Nygard, estábamos viendo juntos una grabación gubernamental, una antología de las mayores atrocidades ocurridas en el mundo durante las últimas dos décadas. Tiroteos, explosiones, asesinatos masivos. Descubrimos la presencia del Hombre de Pie detrás de muchos de esos acontecimientos, reclamando silenciosamente esas hazañas. Además de eso, había sido proxeneta de los habitantes de Los Salones, un grupo de hombres —y, por cuanto sé, también de mujeres— involucrados en comprobados y repetidos asesinatos. Y para rematar, el tipo tenía

exactamente mi mismo aspecto.

Los primeros pasos fueron sencillos. Llevé a cabo mis investigaciones iniciales a ciento sesenta kilómetros de Relent, sentado frente a mi portátil en un cibercafé. Detestaba la idea de que alguien pudiera pensar que estaba escribiendo una novela y que mi intención era deslumbrar así a ciertas personas que me miraban con una sonrisa alentadora, pero necesitaba la conexión a internet. Lo primero que tenía que hacer era confirmar en qué ciudad habían abandonado a mi hermano. Paul me había hecho llegar un mensaje en el que aseguraba que lo habían dejado en San Francisco, sin embargo, yo no estaba dispuesto a creer nada de lo que él dijera sin pruebas. Solo contaba con el corto fragmento final de la cinta que mi padre me había dejado y que yo había pasado a DVD.

La última sección tenía tres partes. La primera mostraba un viaje en tren. No contenía información útil para la localización, pero conocía lo bastante bien a mi padre como para estar seguro de que no la había incluido de relleno. El color desvaído del material original en ocho milímetros que había transferido al DVD, junto con el peinado y la ropa de mi madre, fueron de ayuda para datar la grabación, aunque lo hubiera logrado igualmente y con mayor facilidad por la imagen de mi propia persona a los dos años de edad. Así que mi hipótesis era que la primera parte se había incluido para indicar que había tenido lugar un viaje, y que fue lo suficientemente lejos de nuestro hogar como para que tuviera sentido tomar un tren, pero no lo bastante como para pensar en el avión. Eso limitaba mis posibilidades a unas treinta o cuarenta ciudades alrededor del norte de California u Oregón.

La cinta pasaba entonces al plano de una calle muy ancha, en el centro de alguna ciudad. La cámara seguía a mi madre mientras caminaba por la acera, con los brazos cerca del cuerpo y fuera del cuadro: cogiendo, como revelaría el plano final, las manos de dos chiquillos. No había mucho más que ver allí, salvo algunos ejemplos pasajeros de la moda de finales de los sesenta, tanto en el diseño de la ropa como en el de los coches; y también esos sobrios escaparates que llevan a uno a preguntarse cómo lo hacía la gente de aquella

época para sentir el impulso de comprar. Nada destacable, salvo…

Congelé la imagen. En el lado derecho de la carretera había unos grandes almacenes, al otro lado una plaza ajardinada. Solo logré descifrar un nombre… Hannington's.

Diez minutos en la red bastaron para averiguar que ya no existían ningunos grandes almacenes funcionando con ese nombre en Estados Unidos, o al menos no que aparecieran en internet. Así que tuve que dejar de lado los métodos científicos y volver a trabajar a partir de mis propias conclusiones.

Repasé una selección de páginas web consagradas al «San Francisco de antaño», y dediqué un buen rato a repasar las evocaciones de la ciudad de aquellos días. Mis globos oculares estaban ya a punto de fundirse cuando encontré una referencia al ritual de las mañanas de sábado de cierta niña, una adulta en la actualidad, cuya madre, fallecida hacía mucho tiempo, la llevaba de visita a una lujosa mercería que había en unos almacenes llamados Harrington's. No podían permitirse comprar nada de lo que vendían allí. Iban solo a mirar. Descubrí que no soportaba ese pensamiento durante demasiado tiempo.

Volví a la imagen congelada y vi que sí, tal vez había leído mal el nombre. El ángulo no era muy bueno, y el sol había quemado la película de un modo difícil de prever cuando filmaron ese material, Una rápida comprobación aclaró que tampoco quedaban tiendas de Harrington s, ni en la Costa Oeste ni en ningún otro lugar. Era poco probable que hubiera dos grandes almacenes con un nombre casi idéntico y ambos quebrados; mis posteriores indagaciones en la red con la nueva ortografía determinaron que los almacenes estaban en la calle Fenwick, y habían sido un gran éxito en su época, tan grande que mi padre podría haber dado por hecho perfectamente que siempre estarían allí.

Así pues, decidí que San Francisco estaba confirmado. Mi hermano era capaz, claro está, de decir la verdad.

La calle Fenwick se encontraba a diez minutos a pie del hotel. El

centro estaba lleno de gente, manadas de paseantes de última hora de la tarde y vendedores que arrojaban su larga sombra sobre el pavimento gris. Aunque habían ensanchado la calzada y casi todos los rasgos arquitectónicos a nivel del suelo habían sido alterados, no fue difícil deducir que me encontraba en la zona correcta.

Cuando crucé al lado opuesto de la calzada en la que se encontraba el enorme edificio que en su día albergó los almacenes Harrington's, me detuve. La gente pasaba a mi lado como hojas que esquivaran una roca en un cálido riachuelo. El viejo escaparate había sido dividido en dos; una de sus mitades albergaba un Gap, y la otra, un vasto emporio del maquillaje del que emergían mujeres de todas las edades con expresión de satisfacción y unas bolsitas muy, muy pequeñas en las manos. Los pisos superiores tenían aspecto de guaridas para abogados.

Me sorprendí recorriendo la acerca con la mirada. No tenía ningún recuerdo de haber caminado precisamente por ese mismo lugar, pero así era. Me había paseado por allí de la mano de mi madre. Mi padre nos había grabado. Ellos ya no estaban, pero el lugar seguía existiendo, y yo con él. Ahora yo era mayor que ellos entonces, pero en aquella época debía de tener más o menos la misma edad que un niño al que vi mientras lo arrastraban subido a un andador, un ser tan distinto de mí que me costaba imaginarme siendo así alguna vez.

El tiempo es algo extraño.

A las nueve y cinco la mañana siguiente estaba hablando por teléfono. Hacia las diez y media, lo único que había conseguido averiguar era que a la seguridad social no le sonsacabas información en un abrir y cerrar de ojos. Me había pasado tanto tiempo apretando los botones que me indicaban los menús del sistema que al final temí encontrarme conectado conmigo mismo, lo cual —lo sabía— me destrozaría los nervios. Así que salí a la calle y eché a andar.

Al cabo de cinco minutos ya me había arrepentido de no

haberme quedado pegado al teléfono. No hay nada como la sala de espera de cualquier oficina gubernamental o de alguno de sus entes subsidiarios para recordarte lo afortunado que eres en realidad. Al entrar allí penetras en un no lugar, en el no tiempo. Te sientas en sillas gastadas de tono verde o azul musgo, esos colores que nadie nombra jamás entre sus favoritos. Lees mensajes que no tienen nada que ver contigo, comunicados inespecíficos llegados desde el país que olvidó las normas de puntuación. Esperas hasta que la espera misma pierde todo sentido de dirección y propósito, hasta que te conviertes en algo parecido a una piedra que un glaciar indiferente hubiera depositado en un descampado millones de años atrás. Allí estás. Eso es todo lo que has conocido en tu vida. Mientras tanto, observas como se te arrebata todo sentimiento de individualidad, toda idea de que deberías ser distinto a cualquier otro de la habitación más allá de tu problema particular, y así tú mismo te conviertes en ese problema, defensivamente, aceptándolo como una identidad, hasta que inflama, supura y se convierte en todo lo que eres. Puede que como especie toleremos vivir cerca los unos de los otros, pero no tan cerca, y no en circunstancias como esa, cuando nos sentimos tan insignificantes: entonces nos convertimos en una sucesión de ojos secos e inquietos, que expresan odio contra cuantos nos rodean, y deseamos sinceramente la muerte de nuestro vecino para poder avanzar un lugar en la fila.

O a lo mejor era solo cosa mía.

Tuve que esperar mucho tiempo antes de poder siquiera empezar a explicarle mis necesidades básicas a alguien. Luego nos llevó cierto tiempo llegar a concretar que yo no tenía lo que podría llamarse una dirección, y que, en su lugar, aceptara mis datos de la Armada. Le expliqué que tenía un hermano del cual, según creía, se habían hecho cargo en San Francisco a mediados o finales de los sesenta, probablemente alrededor de 1967; que sospechaba que su nombre de pila podía ser Paul, estaba intentando localizarle, y no tenía otro dato de ninguna clase, salvo que quizá le habían encontrado vestido con un jersey con el nombre bordado. El hombre apuntó lo que le dije pero su mirada me insinuó que aquel

iba a ser un día largo. Finalmente me facilitó un número y me mandó de vuelta a la itinerante manada de toses, problemas, psicosis y llantos.

Doscientos mil años después, llegó mi turno. Me invitaron a recorrer un largo pasillo y a entrar en una habitación del lejano fondo de aquella planta, en la que encontré a una mujer negra de mediana edad sentada detrás de una mesa repleta de papeles. Un cartel indicaba que su nombre era «Sra. Muriel Dupree». La pared que tenía detrás estaba cubierta de pósters en los que una de cada tres palabras estaba subrayada y, en general, se te garantizaba confidencialidad absoluta.

—No puedo ayudarle —dijo antes de que me hubiera sentado.

Me senté de todos modos.

—¿Por qué?

—Hace demasiado tiempo, he aquí el porqué. —Se refería a un pedazo de papel que tenía delante—. Aquí dice que es acerca de un hermano, y que usted cree que ocurrió alrededor de 1967. Eso es anterior a mi época, como se imaginará. Es anterior incluso a muchísimas cosas importantes. Estas, para empezar. —Señaló con la cabeza un ordenador tan viejo al que no le confiaría ni siquiera la funda de mi portátil—. Hace solo unos veinte años que comenzó a informatizarse todo, y, además, sufrimos un incendio terrible en 1982 que arrasó con las cintas y los expedientes que había en el sótano, así que, en cualquier caso, perdimos buena parte de la información anterior a esa fecha. Aunque hubiera algo escrito sobre lo que me pide, a la antigua usanza, y no se hubiera quemado, tampoco sería gran cosa. Lo cierto es que, teniéndolo todo en cuenta, tendría usted más probabilidades de encontrar a Dios. No se lo tome como algo personal. Puede que ya lo haya encontrado, y, en ese caso, tanto mejor para usted.

Leyó la decepción en mi rostro, y se encogió de hombros.

—Entonces las cosas eran diferentes, hoy día no inscriben a nadie como «dejado en adopción»: la madre sigue un plan de adopción, hay acuerdos legales vinculantes, todo el mundo coincide en que una hoja en blanco no es lo mejor para un niño, que los

chicos necesitan tener información sobre su pasado y bla, bla, bla. Pero en aquel entonces las cosas funcionaban más al estilo: «Muy bien, te han acogido, o adoptado, o lo que sea. Bienvenido a tu nueva vida. No mires atrás porque allí no vas a encontrar nada demasiado feliz». La gente les cambiaba el nombre a los niños, la fecha de cumpleaños, lo que fuese. ¿Sabe cómo surgió la expresión «dejado en adopción»?

Negué con la cabeza. No lo sabía. Tampoco me importaba, pero estaba claro que la señora Dupree veía en mí una pausa de cinco minutos entre las multitudes que irían allí a gritarle.

—Hace mucho tiempo, reunían a los niños huérfanos de las ciudades de la costa y los metían en trenes. Los llevaban al interior, paraban en estaciones poco menos que de juguete y los niños eran, literalmente, «dejados» en el andén con la esperanza de que algún granjero con un poco de espacio, y que necesitara algún trabajador más, claro (era un acuerdo tácito), acogería a uno o a dos. «Aquí tiene al chico. Aliméntelo». Así iban las cosas. Todo lo anterior quedaba muerto y enterrado. En los sesenta ya no era así, por supuesto no estoy diciendo eso en absoluto, pero en algunos aspectos no había cambiado tanto. La mitad de las veces los niños no llegaban nunca a saber que eran adoptados. Y en la mayoría de los demás casos, los padres esperaban hasta que consideraban que eran lo bastante mayores, lo cual probablemente significaba que llevaban ya varios años votando. Los alejaban de sus orígenes sin importar cuánto, y terminaban descubriendo que en el momento de su nacimiento papá y mamá estaban a cientos de kilómetros de distancia. No era un buen sistema, ahora lo sabemos, pero en su momento se creía que era lo mejor; y a fin de cuentas todos esos niños crecieron y llevaron vidas felices y productivas. ¿Te encuentras bien, cielo?

—Sí —dije yo, volviendo a levantar la mirada hacia ella; había estado inspeccionando mis manos mientras me preguntaba si alguna vez tendría una vida feliz y productiva—. No esperaba encontrarme tan encallado, tan pronto. Y… esto es muy importante.

—Lo sé. Lo entiendo.

Negué con la cabeza, deseando encontrarme en cualquier otro lugar.

—Me temo que no, pero gracias por su tiempo.

Me levanté y me dirigí a la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando me preguntó:

—¿Estás enfermo?

Volví la vista hacia ella, confundido y atrapado por sorpresa. Por un momento pensé que estaba sugiriendo algo en particular.

—¿Qué quiere decir?

Arqueó una ceja.

—Quiero decir si has descubierto que sufres alguna enfermedad de la que alguien más tendría que enterarse porque quizá también pueda padecerla…

La miré a los ojos mientras consideraba la posibilidad de mentirle.

—No —dije—. No tengo nada. Pero él sí tiene algo muy grave.

La dejé sentada a su mesa, y recorrí el largo pasillo que conducía hacia el mundo exterior, donde podría fumar y respirar aire de primera mano, y donde mis problemas eran solo una parte de mí mismo.

—¿Y ahora qué, Bobby?

Silencio. De nuevo estaba ausente. Fuera, en algún lugar del mundo de los espíritus, con una cerveza y una sonrisa, metiéndoles miedo a los demás fantasmas.

Declinaba ya la tarde y era yo quien tomaba su propia cerveza, sentado en una mesa exterior de L'Espresso, una cafetería que había justo en la esquina del hotel. Sentía los pies machacados y llenos de huesos. San Francisco es un lugar bastante agradable pero, francamente, tiene demasiadas cuestas.

Ante el rotundo fracaso que había resultado ser aquella mañana, hice la única cosa que se me ocurría. Quizá, me dije, solo quizá, Paul no hubiese entrado nunca en el sistema. Quizá alguien lo había recogido sin más de la calle, tal vez la amable esposa de un tendero

se había hecho cargo de él. Sabía qué aquello era solo una fantasía nacida del relato de la señora Dupree sobre aquellos trenes repletos de niños rumbo al Medio Oeste, pero no veía que tuviera ninguna otra vía abierta, y debía hacer algo para encontrarle. Había vagado sin rumbo durante demasiado tiempo. Aquel era mi trabajo. Mío y de nadie más.

Ante la falta de cualquier referencia visual útil, ensayé otra aproximación. Sabía que mis padres no eran el tipo de gente que arrojaría sin más a un niño a los lobos. Era probable que hubieran abandonado al niño en algún lugar que no les pareciera abiertamente peligroso, y en el que hubiera un razonable tránsito de peatones. Iban a pie. Lo lejos que puede llegar uno a pie y con dos críos de dos años era bastante limitado. Por lo tanto, era probable, o al menos posible, que estuviera buscando una zona concurrida a una distancia de Union Square asumible a pie. O, en el peor de los casos, sería algún lugar que coincidiera con la descripción, pero conectado por el tranvía.

Así que me compré un mapa y caminé. Y no encontré nada, lo cual significaba que ya no me quedaba ningún sitio al que ir. Había intentado, hacía un par de meses, responder a un *e-mail* que me había enviado Paul. El mensaje me volvió rebotado al cabo de una hora: dirección desconocida, nunca vista, imposible de encontrar. Sus mensajes eran declaraciones dirigidas a mí, no intentos de comunicarse conmigo. Allí tampoco había pistas.

Me terminé la cerveza y caminé los escasos metros que había hasta mi hotel. Cuando cruzaba la recepción oí a alguien llamándome por mi nombre. Me di la vuelta, despacio. El joven de cara inocente del mostrador tenía un papel en la mano.

—Hay un mensaje para usted.

Aquello sonaba poco probable. Nadie sabía que estaba allí. Las pocas personas cuyo contacto hubiera agradecido me habrían llamado al móvil. Me acerqué al mostrador con la impresión de llevar pegada una diana en la espalda.

Cogí el papel, le di las gracias, y me alejé. Cuando lo desdoblé, vi el siguiente mensaje: «Esta mujer podría ayudarle. Si quiere».

Había, además, el número de teléfono de la señora anónima, y el nombre de la persona que me había dejado el mensaje: Muriel Dupree.

Una llamada, un rato navegando por la red, una ducha rápida, y enseguida estaba otra vez abajo, tomando uno de los taxis que hacían cola a la puerta del hotel. Me costó un poco encontrar a alguien que estuviera dispuesto a llevarme tan lejos como tenía que ir, que era cruzando la bahía, luego un poco más en esa dirección, y finalmente girar y seguir todavía un buen trecho. El chófer con quien logré al fin llegar a un acuerdo pretendía ganarse una buena propina convirtiéndome en el receptor de una larga retahila de diatribas. Por suerte, estaba demasiado absorto en su propia dialéctica para que fuera necesario que yo interpretara un papel con diálogo. Gruñía y decía «Sí», y miraba por la ventanilla mientras la ciudad, primero, y los suburbios, después, desfilaban ante mí.

Antes de salir había llamado a la seguridad social con la esperanza de poder hablar con la señora Dupree. Resultó una esperanza tan vana como parecía. Habría sido mejor intentarlo volviendo a la hora adecuada. Seguía sin tener ni idea de a quién iba a ver, aunque internet me había dicho que el número de teléfono que me habían dado correspondía a la señora Campbell, y también dónde vivía. Esa es una de las cosas que sé cómo se hacen. Sí, estaba claro que la intención de Muriel era que primero llamara, consiguiera su permiso para visitarla, le expusiera mi situación y, en general, hiciera las cosas como es debido. Pero no lo hice. No sabía quién era esa persona, ni lo que Muriel pensaba que tendría que decirme, pero mi limitada experiencia en cuestiones semejantes me decía que uno se acercaba más a la verdad si no daba avisos previos de lo que buscaba. Y sí, sé de qué hablo. Bobby y yo nos conocimos trabajando para la CIA.

Finalmente, el tipo dejó de hablar y consultó un mapa. Seguimos más y más allá por la carretera y desembocamos en unas apartadas calles residenciales. El vecindario era de población blanca, un poco venido a menos, no precisamente el sueño de un agente inmobiliario. Dimos vueltas durante un rato hasta que me decidí a

coger yo el mapa y nos dirigimos al lugar en cuestión. Paramos en medio de una calle de casitas de madera, cada una con su pequeña parcela.

Pagué y salí. No había nadie alrededor.

—Si buscabas una fiesta, te has equivocado de lugar —me dijo el conductor, y luego dio media vuelta calle abajo.

Esperé hasta que desapareció de mi vista, y luego retrocedí unos ochenta metros por el camino que habíamos hecho; le había dado a propósito una dirección no demasiado exacta. Un par de cruces más allá se encontraba la calle que andaba buscando y, a unos tres minutos, la casa que iba a visitar.

Recorrí el camino del jardín y luego subí los dos escalones del porche. Le habían dado una buena capa de pintura blanca hacía algunos años. Pronto necesitaría otra. Busqué un timbre y no encontré ninguno, así que, en lugar de eso, golpeé la puerta. No tenía ninguna duda de que la mujer tenía que estar en casa.

Al cabo de unos minutos oí un ruido detrás de la puerta, y luego esta se abrió. Perfilada contra las sombras que quedaban más atrás apareció una pequeña silueta.

—¿Señora Campbell? —pregunté.

Ella no dijo nada, pero lentamente tomó el pomo de la puerta mosquitera y la entreabrió un poco. A través de la ranura que se formó vi a una mujer de unos setenta años, con el pelo todavía cuidado, pero el rostro gris y flácido; además, al parecer, la había impresionado. Me miró a los ojos, luego de arriba abajo, y luego otra vez a los ojos.

—Dios mío —dijo al fin, sin dejar de mirarme—. Así que era verdad.

6

Cuando sonó el teléfono, Nina estaba en su presunta terraza. Era «presunta» porque la palabra «terraza» sugiere un grado de relajación y comodidad que la suya simplemente no podía ofrecer. En teoría estaba allí fuera pensando; pero, a decir verdad, estaba dormida. En la oficina uno no puede oír ni sus propios pensamientos a causa del estrépito de hombres que van y vienen, vociferan por teléfono y actúan con dinamismo y profesionalidad. Una de las cuestiones fundamentales de ser hombre, había notado ella, era que no bastaba con ser bueno, con hacer tu trabajo. Tenía que ser ampliamente reconocido el hecho de que allí estabas tú, cuidando endiabladamente bien de tus asuntos. Le parecía que su terraza era un lugar mucho mejor para el trabajo mental, mejor que el resto de la casa. Tenía que mudarse, lo sabía. En especial, después de que las cosas con John se hubieran estropeado; la casa era un lugar incómodo, harta de su ocupante y deficiente en casi cualquier aspecto. Estaba ubicada en las colinas de Malibú, lo cual era estupendo, pero si podía permitirse pagar el alquiler era porque se caía a pedazos. El suelo de cemento pulido del comedor tenía una grieta en el centro, lo bastante profunda y ancha como para meter tres dedos. La piscina se había quemado durante un incendio mucho antes de que ella se mudara allí. Un buen terremoto y la terraza terminaría en el fondo del Pacífico; un par, y la casa entera se derrumbaría. Por alguna razón, la perspectiva jamás la había inquietado demasiado. Alguna gente fumaba. En su caso, Nina se sentaba en la terraza. Se había pasado todo el día entre la calle y la

oficina, al teléfono, filtrando detalles irrelevantes y recibiendo informes sobre los resultados de un montón de pruebas forenses. Nada había resultado de utilidad. El pijama había salido de un Wal-Mart, acontecimiento no muy feliz cuando se trata de rastrear la historia de un objeto. El disco que habían sacado de la boca de la mujer aún estaba en el laboratorio; y una foto de su rostro circulaba ya por las calles de la ciudad en manos de detectives y agentes de patrulla. Podían tardar una eternidad en conseguir algo. Una mujer, en su momento atractiva, ahora muerta. Las hay a montones.

Al entrar en la casa descubrió que había un mensaje en el contestador. Apretó el botón pensando que sería Zandt con alguna respuesta un poco más constructiva. Pero era su amiga Meredith, una compañera de la universidad, que sostenía que sí, que ya era hora de que quedaran para cenar y tuvieran una larga e interesante charla. Nina no recordaba haber hablado del asunto, pero supuso que efectivamente ya iba siendo hora. Hacía al menos un año desde que su reducido e inconstante grupo de antiguas amigas se había reunido por última vez. Merry vivía en el Valle, y había conseguido tener un marido y tres hijos sin esfuerzo aparente, como si los hubiera ganado en la lotería. Y ahora se preocupaba en exceso por cosas que Nina consideraba triviales, incomprensibles o sencillamente irrelevantes, y su peinado se volvía cada vez más inalterable. Pronto sería imposible mirar el rostro que había debajo y recordar las veces que Nina se había partido de risa con ella mientras vomitaban en un repertorio de baños distintos, durante vaporosas fiestas celebradas en las casas entrañables y repletas de libros de cierto número de profesores. Aquella chica se había marchado a alguna parte siguiendo la llamada de la *happy hour* de algún bar lejano y distante en el tiempo, y había mandado en su lugar a la adulta mamá Meredith Jackson para que se encargara de sus relaciones personales. Probablemente aquella mujer sufriera el mismo desconcierto ante la encarnación actual de Nina, que continuaba manteniendo su apariencia de mujer sin comprender el trabajo que eso comportaba. Nina sabía que debían mantener viva su amistad, pero también de vez en cuando se preguntaba por qué se

tomaban la molestia. Quizá a Meredith le gustara conocer a un agente del FBI. Quizá a Nina la gustara creer que aún conservaba una mínima conexión con la vida real, que al otro lado del círculo de asesinatos, oficinas, hombres trajeados y madrugadas que la rodeaban había alguien que no esperaba nada más de Nina que un cotilleo, un sí y una sonrisa.

No se sintió con ánimos de devolver la llamada, en lugar de eso se puso pensar. Le daba vueltas a la cuestión de cuántas diferencias habría entre Merry, o ella misma, y la joven que habían encontrado en el Knights esa misma mañana; cuántas alteraciones harían falta en una biografía para terminar muerta en un motel, impregnada del olor a cigarrillo de los hombres que llegan para documentar tus momentos finales, tus sordos oídos partícipes de muchas y enmarañadas discusiones sobre los recientes acontecimientos deportivos, y de al menos un comentario sobre tus tetas. John Zandt —que había sido policía en el Departamento de Homicidios antes de que el Chico del Reparto se llevara a su hija— le había hecho fijarse hacía mucho tiempo en lo rápido que la vida de una adolescente puede ir de A a B en Hollywood; y luego de B a Z; y finalmente saltar de la Z a la etiqueta sin nombre en el dedo gordo del pie. Ellas no saben lo fácil y rápido que todo va a ser. No se trata de años, sino de meses. Puede suceder en semanas. De hecho, puede suceder en una noche. Empiezas la velada como la amadísima y mimada hija de alguien, con un dulce resplandor a tu alrededor; y a la asquerosa mañana siguiente te descubres despojada de todo cuanto aún no habías aprendido a valorar de ti misma. Todas se creen estrellas, pero no son más que carne de cañón haciendo cola para que los amigos, los amantes y el destino rompan sus promesas.

Volvió dentro y se sirvió una copa de vino. Quince minutos más tarde, se había dormido. Se despertó con un sobresalto. Cuando finalmente el teléfono se hizo oír nuevamente, abandonó la silla a trompicones con la impresión de que era demasiado tarde: parecía que el teléfono llevaba mucho rato sonando, al principio sin la fuerza suficiente para arrancarla de un sueño en el que un hombre viejo avanzaba a rastras tras ella por una oscura habitación.

De camino esquivó soñolienta tanto la puerta de cristal como la encimera de la cocina, y estaba más que dispuesta hacerle pasar un mal rato a John Zandt, pero esta vez tampoco era él.

Era Monroe:

—Será mejor que vuelvas —dijo inmediatamente—; hemos encontrado algo.

Se reunió con Monroe en el despacho de Doug Olbrich. Olbrich era teniente de la Sección Especial 1, la División de Homicidios y Robos que se encargaba de los casos de asesinato más importantes e interdepartamentales. Era alto, desgarbado, y llevaba el pelo cortado a cepillo.

—Eh, Doug.

—Nina. ¿Cómo está el jefe?

—Igual de viejo. De hecho, hace tiempo que no hablo con John, pero, si lo hubiera hecho, estoy segura de que te mandaría todo su amor.

—Gracias. Luego me lo paso por el forro.

Olbrich tenía delante una hoja de papel y algo metido en una bolsa de plástico transparente. Al fondo, tres polis charlaban recostados a una segunda mesa. En la mesa de Olbrich, cerca de la puerta, había sentado un tipo negro y delgado en mangas de camisa que a Nina le sonaba vagamente.

—Nina, este es Vincent —dijo Olbrich.

Mientras tanto, Monroe le ofrecía una taza de café. Ella la aceptó agradecida. Era así de encantador.

—Me acuerdo —dijo ella—. Una rata de laboratorio, ¿verdad?

Monroe frunció el ceño, pero el técnico sonrió divertido.

—Vince Walker, niño prodigio de la tecnología.

—El tipo de niño que más me gusta —dijo ella, sintiéndose muy cansada—. ¿Qué tienes para nosotros, Vince?

—Esto —dijo Olbrich, y empujó hacia ella la bolsa de plástico que había sobre la mesa—. Y lo que hay dentro.

Limpio de sangre y no incrustado en la cara de nadie, el objeto

resultaba mundanalmente tecnológico. Cinco por ocho centímetros y uno de grosor. En un extremo había una hilera de conectores dorados, el otro era liso. La parte de arriba era de metal plateado, con dos pegatinas que en su momento fueron blancas pero que ahora tenían manchas irregulares de un color marrón pálido… En la parte de abajo se veía una telaraña de trazos verdes de un circuito impreso. En el primer tercio de la parte superior había un pequeño orificio circular, presumiblemente el punto alrededor del cual giraría el disco interno cuando estuviera en uso. Una etiqueta rezaba: «Garantía no válida si el sello está roto». Y si lo habías encontrado en la boca de una mujer muerta, se preguntaba Nina, entonces, ¿en qué situación quedabas?

—El disco —dijo, cumplidora.

Era evidente que los hombres trataban de sugerir algo, cada cual intentando transformarlo en mérito propio.

—Correcto —dijo Vince—. Es un Toshiba MK4309. Capacidad para poco más de cuatro gigas, bastante justo para los estándares actuales, y el número de serie confirma que lo fabricaron hace cerca de dos años.

—Eso mismo nos permite, además, confirmar que se trata de una unidad ensamblada en una máquina japonesa e importada a Estados Unidos a mediados de 2002 —interrumpió Monroe—. Ya estamos trabajando en ello. Puede que nos diga quién es esa mujer o puede que no.

—Aún hay gente en la calle con la foto de la víctima —añadió Olbrich. Nina había coincidido con él muchas veces, en los tiempos en que Zandt estaba en Homicidios, y le había impresionado que fuera uno de los detectives menos arrogantes que jamás hubiera conocido—. Sabemos que no había comido gran cosa el día en que murió, pero había bebido mucho. Hace unas dos horas he sacado a tres detectives del Knights y los he desplegado para que preguntaran otra vez por los bares y clubes de la zona. No aclaramos nada la primera vez, pero…

—¿Y seguimos sin encontrar ni rastro del asesino en la habitación?

Se encogió de hombros.

—Ni huellas, ni fibras, nada en el cuerpo de la víctima. Al parecer, el tipo apenas removió el aire.

—Entonces, ¿qué pasa con el disco?

—Estaba vacío —dijo Olbrich—. Salvo por dos cosas.

—Dos cosas —repitió el técnico dispuesto a no perderse su momento de gloria—. La mayor es un archivo MP3 de siete megas, una pieza musical.

—El Agnus Dei del *Réquiem* de Fauré —dijo Monroe—. Una obra bastante conocida, por lo visto. Tenemos a gente intentando averiguar a qué grabación en particular corresponde y, por supuesto, intentaremos revisar las compras recientes del cedé en cuestión, pero no tengo muchas esperanzas en ese sentido. Podría haberla descargado de internet.

—¿Y? —dijo ella, aburrida de tanto suspense.

—Antes me preguntaste de dónde había salido ese tipo —dijo Monroe—. Dijiste que tenía que haber algún torbellino del que hubiera salido disparado. Parece que estabas en lo cierto.

Empujó la hoja de papel hacia ella.

—Lee esto.

Ella leyó:

> «Dormir es adorable. La muerte es aún mejor.
> No haber nacido es, por supuesto, el milagro».

Su madre no permitía que su abuela fumara dentro de casa. Así que había días en que el humor de la anciana señora no era muy bueno, y había otros días en que insistía para que la sacaran al porche. Allí la dejaban, no importaba si hacía demasiado frío o llovía mucho. Su madre no la ayudaría a entrar: también le tenía prohibido a él que lo hiciera. Que Dios lo ayudara si la contrariaba en eso o en cualquier otra cosa. La abuela se quedaba fuera hasta que su hija estaba en disposición de llevarla dentro. Cosa que hacía

sin excesiva amabilidad.

Uno de esos días, una tarde tan fría que se formaban carámbanos en el techo, él le preguntó qué hacía que valiera la pena quedarse fuera en el porche si dentro se estaba tan cómodo y caliente.

Ella permaneció con la mirada apuntando directamente al exterior, hasta que él empezó a preguntarse si le habría oído.

—Ya conoces ese chiste —dijo ella al fin—. ¿Por qué la gallina cruzó la carretera?

Él dijo que sí. Para llegar al otro lado.

—Bueno, así son los cigarrillos.

—No lo entiendo.

Ella pensó durante un instante.

—Al final terminas por vivir en el lado equivocado de la carretera. No puedo explicarlo mejor. Cada noche tienes que cruzar la carretera, a oscuras, para volver a casa. No puedes saber si pasa algún coche porque hay viento, y no se oye nada, pero más o menos ya está bien así, porque no es una carretera muy transitada. Sin embargo, cuantas más veces cruces de un lado a otro, en la oscuridad absoluta, más probable es que, tarde o temprano, te atropelle un coche. Los coches se llaman cáncer, son grandes y fuertes, y van muy deprisa, así que, si te pillan, te mueres.

—Pero entonces… ¿por qué seguir cruzando la carretera?

Una seca sonrisa.

—Para llegar al otro lado —dijo encogiéndose de hombros—. Es demasiado tarde, ¿comprendes? Tienes que apechugar. Lo único que puedes hacer es procurar no terminar viviendo en el lado equivocado de la carretera.

Tosió un momento, luego encendió otro cigarrillo. Le dio una larga calada y lo sostuvo para contemplar su punta resplandeciente.

—Ni se te ocurra empezar con esa mierda, ¿me oyes?

—No, no lo haré —dijo él.

Dio lo mejor de sí para seguir su consejo. Tenía cuidado con el alcohol, nunca probó las drogas y nunca permitió que la comida, el ejercicio, la confianza, la pornografía o la afición a coleccionar muñecas chinas lo tomaran de la mano fingiendo ser sus amigos.

Y aun así, una noche, siete años más tarde, se descubrió con las manos ensangrentadas y comprendió que había encontrado su propia carretera del vicio.

—Joder —dijo al fin Nina.

—Había matado antes —dijo Monroe.

—O eso quiere hacernos creer.

Monroe sonrió, tenso.

—Está más que claro que es capaz de volver a hacerlo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —dijo ella—. En eso estoy contigo. —Sentía sequedad en los ojos—. ¿De quién es la cita?

—Aún no lo sabemos.

—¿Te encuentras bien, Nina? —Este fue Olbrich.

Ella asintió sin dejar de mirar la nota.

—Estoy harta, eso es todo. Una nota de las de «Miradme todos» y un réquiem, por el amor de Dios. Es como un lunático de anuncio.

—Ese modo de hablar de sí mismo en tercera persona —dijo Olbrich—, ¿no resulta extraño?

—No especialmente —dijo Nina—. Se ha observado lo mismo muchas veces en interrogatorios. Con Ted Bundy, por ejemplo. Puede ser una forma de conseguir que se abran a los demás. La teoría es que eso los capacita para describir crímenes de los que otras partes de su mente quieren disociarse. En el caso de Bundy, eso también le permitió describir algunos asesinatos como hipotéticos —«Me imagino que un asesino haría eso y lo otro en tal situación»—, sin admitir técnicamente su responsabilidad. ¿Podemos sacar algo en claro del tipo de archivo de texto?

—Me temo que no —dijo Vince—. El disco tiene el formato

estándar para un PC, pero no la firma del sistema operativo: podrían haberlo escrito en cualquier tipo de máquina, desde un superordenador a una Palm V. En el piso de abajo tenemos a gente rastreando toda la estructura de directorios, pero tampoco somos muy optimistas. Es muy probable que hubieran limpiado el disco antes de grabar ese par de archivos. Tratamos con alguien que sabe lo suyo de ordenadores.

—Lo cual podría constituir ya una información relevante.

—Por supuesto —dijo Nina—. Eso nos indica que tiene menos de cincuenta años y vive en algún lugar de Occidente.

Monroe ladeó la cabeza y la miró. Nina decidió que tal vez fuera buena idea regresar pronto a casa.

—Ahora mismo hay una copia de esto en el laboratorio de identificaciones de Quantico —dijo Monroe—. No deberían tardar en tener alguna idea.

Su voz era un poco más fuerte de lo habitual. Sonaba seria, estudiada, profesional, pero había también una nota de excitación en ella. Tenía lógica: si perseguir a los malos no te pusiera, no querrías entrar en las fuerzas del orden. Pero desde la primera vez que trabajó con él, cuando andaban tras un asesino llamado Gary Johnson, que había matado a seis ancianas en Luisiana a mediados de los noventa, Nina albergó la sospecha de que Monroe tenía otros proyectos. Los crímenes y su resolución eran medios hacia un fin. No comprendía muy bien de qué fin se podía tratar (¿La política? ¿Tener el despacho más grande y con más ventanas de todo Estados Unidos?), pero sabía que, fuera lo que fuese, le motivaba más que mirar a los ojos de los familiares de las víctimas y decirles: «Tenemos al tipo y va a pasarse entre rejas la eternidad y un día». Quizá no fuera ninguna estupidez. En las pocas ocasiones que Nina había tenido oportunidad de recitar aquellas líneas, la expresión vacía de los rostros de sus interlocutores no había cambiado demasiado. Seis madres y abuelas mueren antes de tiempo y de forma siniestra; al tipo responsable lo encierran en una caja de cemento el resto de su vida. Como método de intercambio, no parecía que funcionara del todo bien. Claro que nadie quiere estar en una cárcel de Luisiana

condenado por el asesinato de dos ancianas negras, entre otros delitos. Uno no quiere tener que levantarse todas las mañanas en su estrecha litera de metal preguntándose si será ese el día en que algún chiflado que todavía quiera a su mamá habrá decidido alegrarle la jornada al resto de reclusos arrancándote la cara con una cuchara afilada. Pero Nina creía que la mayor parte de los asesinos no sentían todo el peso de una condena de cárcel, sencillamente porque no entendían las cosas como el resto de nosotros. Al fin y al cabo, seguían viviendo. Comían, dormían, cagaban. Veían la televisión, leían tebeos. Hacían cursos y discurrían entre interminables apelaciones en las que se malgastaba el tiempo de todo el mundo y se quemaba suficiente dinero público como para construir media escuela. Claro que estaban en su derecho. Lo que no debían hacer era yacer, solos, en un agujero en el suelo, sin más compañía que el rumor de la tierra acomodándose a su alrededor. No dormían, los brazos tiesos a cada lado, en una caja que sus hijos no podían pagar y de la que podían sentir ya cómo empezaba a humedecerse, a pudrirse.

Sí, tal vez Monroe había considerado aquel asunto sensatamente. Lucha por lo que vale la pena. Escala peldaños. Luego, vuelve a tu casa, junto a tu esposa, y engulle una cena saludable mientras ves las noticias de la noche. Quién sabe, a lo mejor hasta sales tú mismo salvando el mundo. Eso estaría bien. La cuestión de fondo era que el FBI no tenía un mandato expreso de investigar los asesinatos en serie. Monroe se había metido en el caso por razones de promoción. Pero, entonces, ¿y ella? ¿Cuál era su excusa?

—Vete a casa, Nina —dijo Monroe—. Duerme un poco. Necesito que mañana temprano estés al cien por cien.

Nina levantó la vista, sorprendida por la voz de aquel hombre, y se dio cuenta de que se había quedado en blanco durante unos treinta segundos. Vince la observaba con cierta curiosidad; Monroe, sin demasiado afecto. Solo Olbrich tuvo la delicadeza de mirar a otra parte.

Monroe se levantó y se puso a hablar con Olbrich, sugiriendo de

esa forma ostensible que ya no requerían nuevos aportes de Nina a la conversación. Esperó hasta que ambos se hubieron alejado hacia el fondo de la sala, donde se encontraban los tres policías. Entonces se volvió hacia el autoproclamado niño prodigio y le habló con su tono de voz más suave, cordial y atractivo.

—Vince —dijo—, ahora es cuando te pido un favor.

Veinte minutos después, abandonaba el edificio con cierto objeto en el bolso. Salio a la calle, hacía un atardecer todavía muy cálido, y se preguntó si no se habría propuesto deliberadamente arruinar su propia carrera.

Necesitaba hablar con alguien, pero John no le contestaba al teléfono y la verdad era que estaba aún peor que ella. Había otra opción. La consideró.

Sí, tal vez. Volvería a casa y vería cómo se encontraba.

Condujo tranquilamente en dirección a su casa, y mientras aparcaba en la entrada ya había decidido que haría esa llamada. Fue directa a la cocina y marcó el número. Sonó y sonó, pero no contestaron.

Dejó un mensaje, sintiendo que no era nada más que otra voz en otra máquina.

7

La fachada posterior de la casa de la señora Campbell daba a un pequeño patio que dejaba al descubierto todo lo que la frontal intentaba ocultar. Me encontraba en la cocina de esa mujer, esperando con toda la paciencia que podía mientras ella lo revolvía todo. En una ocasión, recordé, mi madre me había enseñado que el día en que le rechazas una bebida caliente a un anciano es el día en el que él comprende que su compañía ya no vale la espera. De todos modos, no sabía una mierda sobre plantas y la vista no me interesaba en absoluto. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no cortar por lo sano y agarrar a la viejecita por el pescuezo.

—Muriel también es adoptada —dijo cuando finalmente se dispuso a acompañarme hasta el salón—. ¿Te lo contó?

—No —dije adelantándome para cogerle la bandeja de las manos. No sé cómo funciona el protocolo en estas ocasiones, pero, tal como lo veía, tenía diez segundos antes de que todo terminase desparramado por el suelo, y no estaba dispuesto a esperar a que volviese a empezar—. Me dijo que no podía ayudarme, y básicamente eso fue todo.

—No puede ser. La conozco desde que empezó a trabajar allí. Pasó algunos años difíciles al principio. Primero, la dejó su marido, y antes de irse le vació la casa. Además, de vez en cuando le pegaba. Pero por suerte reaccionó a tiempo, hizo lo que se suponía que tenía que hacer y ayudó a mucha gente. La mayoría de los que van a una gran oficina como la de la calle Adams olvida que los empleados también son seres humanos y tienen su propia vida.

—Entiendo que puede ser un trabajo difícil —dije yo—. A veces no es fácil tratar con la gente.

—Terriblemente cierto. Claro que también hay idiotas entre los que trabajan allí.

Me reí. Ella asintió aprobadora.

—Deberías reír más —dijo—. Tienes mejor aspecto cuando lo haces. Le ocurre a la mayoría de la gente, pero a ti aún más. Cuando no sonríes, parece que deseas algo malo a los demás.

—Pues no es el caso —dije.

—Eso dices.

—Señora Campbell, tengo la impresión de que…

—Está bien, vayamos al grano. Estás buscando a tu hermano, ¿verdad? Muriel me dijo que pensabas que tal vez hubiera ocurrido en 1967. Podría ser. De hecho, por lo que recuerdo, fue en octubre. Aunque, a decir la verdad, mi memoria ya no es lo que era. Para las cosas anda bien; pero con los hechos, no tanto.

Me limité a asentir. Sentía tensión en el pecho.

—Un tendero chino lo encontró en la calle. Un crío. No sabía cuánto tiempo había estado allí, pero llevaba un buen rato llorando.

—Mis padres tenían sus razones —dije, sintiendo la absurda necesidad de defender una decisión que no era mía y que apenas podía comprender—. La situación era complicada.

—Estoy segura. Y al menos no lo abandonaron a su suerte en Tenderloin o en Mission District, eso ya es algo. En cualquier caso, sabíamos que se llamaba Paul porque llevaba el nombre bordado en el jersey. Claro que en aquellos tiempos la familia podría haberle elegido cualquier otro nombre, pero se quedó con Paul. Llevamos a cabo las investigaciones habituales, pero no teníamos manera de averiguar de dónde había salido, así que quedó a cargo del centro de acogida de la ciudad. Y estuvo allí algunos años, además. Normalmente, encontrar un hogar para un guapo pequeñín no es muy difícil. Pero a ese parecía que no se lo quisieran llevar.

Sentí curiosidad por saber a qué se refería, pero no quería interrumpirla.

—Durante un tiempo le perdí totalmente la pista. Hay muchos

niños. Siempre hay alguno nuevo que necesita tu ayuda. Cuando volví a oír hablar de él, ya había empezado a convertirse en un problema.

—¿Qué tipo de problema?

—Estuvo algunos meses con una familia de acogida, pero regresó mucho antes de lo previsto. Al principio no le di demasiada importancia. Son cosas que pasan. Pero poco a poco se hizo habitual. Oye, Paul ha vuelto. La familia de acogida no podía… bueno, iba a decir que «no podían con él», pero nunca pareció que se tratara de eso. No exactamente. No había más que un: «Aquí lo tenemos, de vuelta otra vez». Y debes tener en cuenta que esas familias trataban con muchos niños, sabían cómo acogerlos y hacer que se sintieran a gusto. Lo colocábamos y mentalmente nos despedíamos de él, luego, al cabo de cinco semanas, iba de visita a la casa y allí lo encontraba, sentado en el alféizar de una ventana, mirando fuera. Le preguntaba qué había sucedido y él respondía lo mismo que las familias: que no había funcionado, nada más.

Tomó un sorbo de su café, como si meditara sobre los errores de un pasado muy lejano. De eso, todos tenemos alguno, nuestros sagrados emblemas de culpa.

—Bueno, finalmente decidimos que lo conveniente era intensificar la búsqueda de una familia adoptiva, una solución más a largo plazo. Así pues, hablé con Paul y le conté lo que íbamos a intentar. Él asintió, en ese momento tenía unos seis o siete años, tenlo presente, y algo me dijo que no estaba de acuerdo con la idea, y que sencillamente entendía que aquello era lo que iba a suceder y que su papel se limitaba a dejar que ocurriera. Así que se lo pregunté: ¿no quería que le encontráramos una familia permanente? Él me miró directamente a los ojos y me dijo: «Tenía una. Se fue. Cuando todo esté en su sitio, la volveré a tener».

Sentí un escalofrío en la nuca.

—¿Se acordaba de nosotros?

—No necesariamente. Pero sabía que las cosas habían sido distintas. No hacía falta ser el más listo de la clase para darse cuenta de que su situación no era natural, y él era un chico muy listo.

Puedes estar seguro. No era más que eso. A veces los niños experimentan ese sentimiento de haber sido abandonados, alejados de donde deberían estar. El síndrome de «Yo tendría que ser una princesa» o de «Soy ni más ni menos que un rey, y cuando lloro, llora la tierra». Pensé que se trataba de eso.

Había visto muchas veces el fragmento del abandono en el vídeo, sin analizar realmente lo que aquello supuso para el niño que quedaba atrás. En realidad, durante los últimos tres meses, no me había preocupado por lo que hubiera sentido ese niño. Ahora intentaba hacerlo con todas mis fuerzas.

—Perdone —dije—, ¿le importa si me fumo un cigarrillo?

—Adelante —me sonrió—. Mi marido fumaba. Me gusta el olor. De todos modos, ¿sabes que terminará matándote?

—No, eso no va a ocurrir —la tranquilicé—. No es más un rumor que circula entre los adictos al gimnasio y los fanáticos de los productos saludables.

Asintió, sin sonreír.

—Sí, eso pensaba él también.

Algo en su modo de decirlo hizo que, aunque me fumé el cigarrillo, no lo disfruté demasiado. —Y bien, ¿qué ocurrió cuando le buscaron una familia permanente?

—Te lo voy a contar. —Se quedó un momento en silencio antes de continuar—. Yo he hecho ese trabajo durante mucho tiempo, y he pensado mucho en ello. La mayor parte de mí cree que el lugar en el que nacemos se filtra en nuestro interior como agua de la tierra, que tenemos hojas como los árboles; y que la tierra en la que nuestra primera semilla viene a caer constituye quienes somos, determina el color de nuestras hojas; aunque esa misma tarde nos tome un pájaro con el pico y nos lleve cincuenta, cien kilómetros más allá. Otra parte de mí piensa: Bueno, todos somos hijos de Dios, ¿verdad? Somos humanos, eso es todo. ¿No es eso lo que dice la Biblia? Entonces, ¿qué importa si a un niño lo cría alguien que no sea su pariente, o crece en cualquier otra parte del país? Dale un buen hogar y será como si nada hubiera sucedido. He visto centenares y centenares de buenos resultados. No siempre es fácil,

pero funciona, y es una de las cosas que me convence de que, a fin de cuentas, los seres humanos no somos tan malos. —Negó con la cabeza—. Pero encontrar una familia adoptiva para Paul no fue tan sencillo. Lo intentamos con tres distintas, después de aquello. La primera le duró un año, otro acuerdo de acogida. Gente que ya tenía una hija mayor. Por aquel entonces, yo batallaba con mis propios problemas, mi marido estaba enfermo. Una mañana fui a trabajar con la cabeza en otra parte y me dijeron que Paul estaba en una habitación de otra planta. Cuando los primeros empleados habían llegado al trabajo, se lo habían encontrado sentado en el escalón de la entrada. No se había escapado. La familia lo había dejado allí. Después de eso estuvo yendo y viniendo unos cuantos meses, luego le encontramos otra familia. Esa vez le duró dos años enteros, tras los cuales ya había cumplido los nueve. Luego, un día, alguien llamó a mi puerta, y allí me encontré con la madre. Lo que me dijo, con mucha educación, fue que ya habían tenido suficiente. No era culpa de Paul, para nada, pero ella ahora tenía un bebé propio y habían decidido que lo de la acogida ya no encajaba con ellos. Me enfurecí, no te lo puedes ni imaginar. Me faltó poco para arrancarle la cabeza. Las cosas no funcionan así. Pero… tampoco puedes dejar a un niño con gente que ya no lo quiere.

Levantó su taza, se dio cuenta de que estaba fría, y la volvió a dejar.

—¿Quieres…?

—No gracias, está bien así. Por favor, siga.

—Vi de nuevo a Paul en el centro de acogida, poco después de eso. Me daba pena aquel chico. Le dije que al parecer era un poco difícil de tratar. Se encogió de hombros. «Ya tengo una familia», dijo, otra vez. Me preocupé al oír que seguía pensando de ese modo, e intenté aclararle que en realidad no era así, y que debía ayudarnos a encontrarle un grupo de gente con el que vivir. Él tenía un padre y una madre biológicos, y eso siempre sería verdad, pero ahora tenía que intentar vivir con alguien nuevo. «Ellos no —dijo—. Ellos no eran de verdad. Pero yo tenía un hermano. Él sí era de verdad. Era como yo». Puso mucho énfasis en el «como»: «como yo», eso dijo.

—Sonrió vagamente—. Desde luego, no le creí. Pensé simplemente que se lo estaba inventando; en aquella época había algo en él que era un poco… No sé. Pero cuando has aparecido esta noche en la puerta, me he dado cuenta de que, al fin y al cabo, decía la verdad. Tenía un hermano. Como él.

Asentí, porque debía hacerlo, pero pensaba que la anciana se equivocaba, y que él también se equivocaba. En cualquier caso me sorprendió que pudiera apreciar la semejanza, si Paul era un niño la última vez que lo vio.

—Luego, al fin, encontramos una familia que quiso llevárselo. Lo alojamos con gente de aquí, de la ciudad, y allí estuvo un año antes de que se mudaran fuera del Estado. Paul se marchó con ellos. Estuviera donde estuviese, el problema se arregló. Esta vez funcionó. Así fue.

La miré.

—¿Qué? —dijo.

La seguí mirando, simplemente.

Ella bajó la mirada hasta sus manos. Su voz era tranquila.

—¿Qué ha hecho?

—Señora Campbell, dígame lo que aún no me ha contado. Me urge de veras saberlo.

Volvió a levantar la mirada hacia mí, y cuando habló lo hizo deprisa, y en sus ojos no había expresión alguna.

—Pocos años después, coincidí con el marido de la pareja que lo había abandonado en la escalera de la administración. No les había vuelto a ver ni una vez desde entonces: si tratas a un chico de ese modo, estás fuera de nuestros registros y vas a juicio. De hecho, estuvo a punto de terminar así, pero la mujer enfermó y bueno… lo dejamos. Vi a ese hombre al otro lado de la calle y aparté deliberadamente la mirada, lo siguiente que noté es que estaba corriendo hacia mí a través del tráfico. Llegó, se interpuso en mi camino y sin más empezó a largarme su discurso. Me dijo que su mujer tenía un perro en los tiempos en que estaban a cargo de Paul. Que la mayor parte del tiempo el niño era bueno, muy bueno, casi como si hubiera asumido que las cosas eran de ese modo y que le

convenía aprovecharlo. Pero Paul no soportaba a aquel perro, le enfurecía que se pusiera a ladrar y decía que le miraba raro. Era un perro bastante viejo, la esposa lo tenía desde que era estudiante y lo quería más que a nada en el mundo. Incluso más que a él, decía su marido, pero eso no era ningún problema: a él también le gustaba el bicho. El chucho viejo y perezoso no hacía gran cosa, dormitaba en el patio y golpeaba el suelo con la cola de vez en cuando. —Se detuvo, emitió un hondo suspiro—. Entonces, un día, Paul entró corriendo en la casa y dijo que el perro había tenido un accidente. Salieron todos tras él. El perro yacía entre el jardín y la carretera que había delante. Tenía la cabeza aplastada, como si lo hubiera atropellado la rueda de un coche. Paul lloraba y todo eso, así que enterraron enseguida al animal y no fue sino más tarde, aquella misma noche, mientras estaban en la cama, cuando su esposa dijo algo. Sin mirar a su marido y hablando despacio, como si lo hiciera con la pared. Dijo que en todos los años que hacía que vivían en aquella casa, el perro jamás se había acercado siquiera a la carretera. Dijo lo extraño que le parecía que alguien condujera por allí con tanta prisa como para no detenerse. Dijo también que era curioso que se hubiera hecho tanto daño y solo en la cabeza, que era curioso que los ojos y la boca estuvieran tan magullados.

»Su marido se quedó pensando. No se habló más aquella noche. Finalmente, se durmieron. Aquello ocurrió una semana antes de que devolvieran a Paul. El marido admitió que no sabía cómo podían estar tan seguros, que no tenían ninguna prueba. Seguía siendo posible que se tratara tan solo de un accidente. Pero con esa semana bastó. Su mujer ya no podía tenerlo allí ni un minuto más. —La señora Campbell levantó un dedo para impedirme que dijera nada —. Ahora escucha. No es más que la palabra de un hombre.

Pensé que tal vez fuera solo una mentira, exagerada para justificar lo que hicieron, y probablemente así se leía en mi rostro. El tipo no hizo más que negar con la cabeza, y me dijo que si yo hubiera tenido que mirar a los ojos de su esposa todos esos años desde entonces, sabría lo que es verdad y lo que no. Luego se alejó y no volví a verle.

—Joder —dije.

—Así es —asintió—. Y lo último es solo cosa mía, te lo voy a contar y luego tendrás que marcharte. Seis o siete años después de aquello, no mucho antes de que me jubilara, hubo un incendio. Muriel me dijo que te lo contó. Se perdió una gran cantidad de documentos.

—Sí —dije—. Lo mencionó.

—Lo que ella no sabe sobre el asunto es esto. Aquella mañana llegué tarde al trabajo; él tranvía se había averiado y tuve que hacer a pie las últimas seis calles. Cuando por fin llegué, el edificio ya estaba envuelto en humo, la gente toda en la calle, corriendo arriba y abajo. Podría haber sido un día muy trágico. De hecho, murieron cuatro personas y muchas más sufrieron quemaduras. El incendio se desató cuando el edificio estaba lleno de gente. Y mientras estaba allí, de pie, intentando asimilarlo todo, tuve una extraña sensación en la nuca. Me volví y… —Su garganta chascó, seca como un hueso viejo —. Allí estaba. Al otro lado de la calle, observando. Había crecido un poco, ya era todo un jovencito. Tenía tu mismo aspecto de ahora, solo que un poco más delgado. Le vi solo un segundo, y luego desapareció. O a lo mejor no le vi en absoluto. A veces pienso que vi esa cara y la reconocí. Pero la mayor parte del tiempo estoy convencida de que aquello ocurrió solo en mi cabeza, y esa es la razón por la que nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera a Muriel, y ella, era como una hija para mí. Todavía lo es, cuando tiene tiempo.

—Fue él —musité—. Fue Paul.

Me agarró del brazo, sus dedos eran fuertes y afilados.

—Lo que no debes pensar es que eso tiene que ver con el hecho de que lo adoptaran, ni con las personas que lo acogieron, que pusieron todo su empeño en darle una buena vida. No es así. Esa gente es la que ayudó a criar a Muriel y a miles como ella.

—Lo sé —dije—. Los míos tampoco eran mis verdaderos padres, y me dieron más amor del que jamás he merecido.

Se sorprendió, pero supo contenerse. Luego se levantó y entendí que mi tiempo se había terminado.

En la puerta, ya en el porche, me puso otra vez una mano en el

brazo y dijo una última cosa:

—Me he pasado toda la vida con gente joven, y en general lo he disfrutado mucho. Pero hubo una cosa en mi modo de entender el mundo que cambió, y cambió para bien.

—¿El qué?

—Sigo creyendo que todos somos humanos —dijo, dando un paso hacia atrás y cerrando la puerta mosquitera—, pero no creo que todos seamos hijos de Dios. No, eso no lo creo en absoluto.

Volví al hotel porque no estaba seguro de qué debía hacer a continuación. Perdí la inercia al llegar al vestíbulo, así que terminé sentado en el bar, mirando la calle a través del cristal tintado. Todo el mundo tiene sus experiencias típicas, como se ha dicho. Esta es una de las mías.

Estaba desconcertado y enfadado. San Francisco era un callejón sin salida. La señora Campbell no se acordaba del nombre de la familia que finalmente acogió a Paul. En cualquier caso, se habían mudado, y no se sabía adonde. Sus colegas de aquella época estaban o muertos o seniles. El camino se cortaba, pero no a causa del fuego. Estaba convencido de que Paul había regresado y había provocado aquel incendio, y sabía que la señora Campbell también; del mismo modo que, a mi parecer, también entendía que aquel niño al que encontraron un día solo en la calle no había hecho sino tolerar que lo llevaran de un lado a otro hasta que fue lo bastante mayor como para marcharse y labrarse su propio camino en el mundo: cuando se convirtió en la persona capaz de poner las cosas «en su lugar».

Cuando metí la mano en el bolsillo para pagar la primera cerveza recordé que había apagado el móvil. Tenía una llamada perdida. No reconocía el número, pero solo podía ser una de aquellas dos personas. Así que devolví la llamada.

Respondió enseguida.

—¿John?

—No —dije—. Soy Ward. Tú teléfono te dice quien llama, Nina. Solo tienes que mirar la pantalla.

—Es verdad —dijo—. Soy una tonta. ¿Dónde estás?

—En San Francisco —dije.

—Ah. ¿Por qué?

—Dejé aquí mi corazón. He venido a recogerlo.

—Muy bueno. ¿Qué aspecto tiene?

—Está casi por estrenar —dije, y ella rio—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió ella—. Bueno, no es cierto, las cosas se están saliendo un poco de madre. Hemos tenido un doble asesinato esta mañana; alguien dejó seca a una chica que no sabemos quién es en un motel de mala muerte y luego se cargó a un poli para rematar la hazaña. Metió un disco duro en la boca de la mujer.

—Encantador —dije.

—No mucho. Es un caso de la policía de Los Angeles, claro, pero Monroe se ha metido de lleno en el caso, así que yo también. Me preguntaba si querrías echarle un vistazo a ese disco. Me han hecho una copia, extraoficialmente. Sé que tú te solías dedicar profesionalmente a ese tipo de cosas.

—Claro —dije—. Aunque Bobby habría sido una apuesta más segura para este asunto. Ni siquiera una copia *byte* a *byte* será exactamente igual al original. Pero le echaré un vistazo.

—Ya han encontrado una nota y una pieza musical. Este es verdaderamente teatral.

—¿Qué es la música?

—El *Réquiem* de Fauré.

—Precioso.

—No lo he oído.

—Deberías. Bastante animado, teniendo en cuenta que es para muertos.

Permaneció un breve instante en silencio. No la interrumpí.

—¿Estás bien, Ward?

—Más o menos. —Le resumí lo que había averiguado de la señora Campbell—. Así que me he quedado un poco raro. Además…

Me encogí de hombros. Ella lo oyó.

—Sí —dijo calmadamente—. Lo sé. Yo… Yo a veces sueño con

aquello. Sueño que estoy otra vez en Los Salones, en el suelo del vestíbulo, después de que me dispararan. Tú y John estáis fuera, entre las casas, intentando encontrar a Sarah Becker. Bobby se ha ido, no sé adónde. Estoy en el suelo, malherida, y alguien viene a por mí. Y en esta ocasión pienso que lo va a lograr.

—Joder —dije yo—. No parece precisamente divertido.

—Acabo de soñar con ello hace tres horas. Cada vez se hace más largo. Yo… a veces me preocupa que llegue un momento en el que ya no termine. Que el tipo me alcance y ya no me despierte.

—Los sueños duran lo que uno se lo permite —dije—. Tanto los buenos como los malos.

—Muy profundo, Ward-san.

—Sí. Lo siento. No tengo ni idea de qué quería decir.

Se rio, y esa vez sonó un poco más convincente.

—Bueno, está bien, llámame cuando tengas el disco —dije—. E iré a verlo. Aquí ya no hay nada para mí.

—Lo tengo encima de mi mesa ahora mismo —dijo ella.

Había estado en casa de Nina solo una vez, y poco tiempo, pero podía recordarla con claridad. Por un momento, sentado en un incómodo taburete, con una cerveza a medias y el rumor de charlas intrascendentes a mi alrededor, deseé estar allí en ese mismo instante. Allí o en alguna otra casa. Algo que se aproximara a un hogar.

—No dejes que John lo manosee. Estaré allí mañana por la noche. ¿Le puedes decir que se ponga al teléfono?

—Ha salido —dijo—. Le diré que vas a venir.

Subí a mi habitación y fumé como una chimenea. No pareció que colaborara demasiado a cambiarme el humor, pero al menos me quitó el mono de nicotina. Empujé la butaca de la habitación hasta la ventana, corrí la cortina y me quedé un rato mirando la calle. Veía edificios altos y oscuros, y luces. Oía el sonido de la vida fuera, abajo. Me sentí como si estuviera solo, sentado al borde de un enorme continente, sin tribu propia, ni hoguera, ni territorio de

caza.

Lentamente, la profundidad de mi campo visual se redujo, hasta que solo me contemplaba los pies apoyados en el alféizar de la ventana. Últimamente, la vida debía de resultarles extraña a los dedos de mis pies. Un simple giro del destino y hubieran podido formar parte del grupo de los peces gordos, los tan celebrados oponibles; se hubieran pasado los días llevando y trayendo cosas, controlando maquinaria y tocando partes interesantes del cuerpo de otras personas. Nada dé eso les fue dado. En su lugar, andan metidos en pequeñas y oscuras covachas de piel, olvidados; y cuando por fin los liberan, normalmente no parecen más que un extraño flequillo al final de los pies.

Por fin, me quedé dormido y soñé.

Estaba en un pueblo antiguo, un lugar de calles adoquinadas y casas de juguete, con una compacta plaza donde se celebraba un mercado de granjeros y con establos reconvertidos en los que se vendían productos para el hogar. Yo era joven, un adolescente, y estaba enamorado de la reina gitana de aquel mercado, una muchacha también joven, de pelo largo y hermosa, a la que la confianza de conocer todos y cada uno de los callejones de aquella vibrante zona comercial la hacía resplandecer, había crecido allí y sentía sus fuerzas y sus vidas corriendo a través de su cuerpo: segura de su belleza, inalcanzable, pero al mismo tiempo tan bella que parecía el amor platónico de todo el mundo. Hubo un momento en el que tuve la sensación de que se trataba de un recuerdo verdadero, fue apenas un destello durante el cual la vi caminando por los establos, con un par de hermanas menores que la seguían; su rostro era la cosa más clara del mundo, rodeado de una catarata de cabello oscuro moteado de reflejos cobrizos.

Más adelante, volvía al lugar hecho un hombre, más seguro de mí mismo pero más desvaído, había perdido en magia lo que había ganado en estatura. El mercado había ido a menos, y ya solo lo formaban unos pocos puestos que dejaban ver la calle, allí donde antes parecía que el mercado vivía en su propio reino, sin necesidad de ningún entorno en el que existir. Me interné en el mercado y oí

ecos donde antes se oía solo el bullicio del regateo y de las risas.

Y entonces la vi. Trabajaba en uno de los puestos vendiendo un poco de todo: restos de ropa, botones sueltos, objetos de plástico. Llevaba el pelo muy corto y tenía canas prematuras. Todavía tenía un rostro juvenil, pero había engordado y parecía más baja, más formal, como lo son los dueños de puestos en el mercado.

Pasé por delante de su caseta y la vi metiendo algo en una bolsa de plástico, la compra de un par de dólares que había hecho una anciana. Me di cuenta entonces de que no era más que una mujer que regentaba un puesto en el mercado. La princesa que había venido a ver para demostrarle que ahora ya era todo un hombre y por lo tanto merecía la pena, que valía su mirada, había desaparecido: peor aún, alguien había tomado su lugar en el mundo. Si no la hubiese visto, todavía podría haber creído que andaba en alguna parte, coronada de magia, sexo y sonrisas.

Pero ahora ya la había visto, no podía hacer más que alejarme un poco del mercado, darme media vuelta y mirar atrás, a ella, sabiendo que mi juventud, mi centro, lo que me había gobernado durante todos aquellos años, estaba muerto. Solo entonces me impresionó que, a pesar de haberme mirado, no me hubiese reconocido, que aunque ahora ella era solo la dueña de un puesto en el mercado, yo no era —y jamás había sido— nada en absoluto.

Cuando me desperté, volví la cabeza grogui hacia el reloj que había junto a la cama y comprobé con sorpresa que solo había pasado una hora.

Mi teléfono móvil sonó. Contesté. Conocía el número.

—Ya has vuelto —dije.

Hubo una pausa.

—Soy Zandt.

—Ya lo sé —respondí confuso—. Antes estabas fuera.

Hubo otra pausa.

—Ward, estoy en Florida.

Aquello tampoco tenía sentido, pero lo pasé por alto.

—Muy bien, me alegro por ti. ¿Y?

—Yakima —dijo.

Me incorporé.

—¿Qué hay?

—Tengo algunos datos. Quizá. La verdad es que no parece que tengan muchísimo sentido.

—Bueno, le dije a Nina que iría a verla a Los Angeles mañana. ¿Por qué no nos vemos allí?

—¿Has hablado hoy con Nina? ¿Por qué?

—Me llamó ella. Está trabajando en el caso de un psicópata y quiere que le eche un vistazo a un disco duro.

—Y entonces, ¿dónde estás ahora?

—En San Francisco.

Hubo una pausa.

—¿Por qué?

—He estado intentando rastrear al Hombre de Pie. Sin demasiado éxito.

—Quédate donde estás. Me reuniré contigo.

—John, te lo acabo de decir: se supone que voy a ir a ver a Nina.

—No quiero ir a Los Angeles.

Había algo extraño en su voz.

—Está bien —dije—. Nos veremos aquí.

—Te llamaré cuando llegue.

Y después de eso la llamada se cortó. Lo que advertí en su voz (no tenía demasiadas dudas), era que estaba borracho.

Lo pensé durante un momento; luego llamé a Nina y le dije que tardaría un día más de lo previsto en ir a verla. No le expliqué por qué. Me dijo que se quedaría el disco duro hasta que yo llegara.

—Perfecto —dije—. ¿Ya ha llegado John?

—Llegó. Pero ha vuelto a salir.

—Es difícil de atrapar.

—Ya lo creo.

Sonó como si fuera a añadir algo, pero luego solo dijo adiós. Me volví hacia la ventana y me quedé mirando la ciudad un rato más. Esta ignoraba mi mirada, como suelen hacer las ciudades.

8

Nina acababa de salir hacia el Departamento de Policía de Los Ángeles cuando recibió la llamada: uno de los policías de patrulla había hecho un gran descubrimiento sobre la foto de la chica. Tomó una curva en la que dejó a veinte conductores pegados al claxon y se dirigió hacia un bar llamado Jimmy's, muy cerca de donde La Cienega se encuentra con Hollywood Boulevard.

Allí había un coche con los distintivos de la policía, y otro normal pero con una sirena sobre el techo. Nina sumó su vehículo a la colección y se apresuró a entrar. El bar era oscuro y olía a cerveza rancia; el aire estaba viciado, como si hubiera pasado por los pulmones de demasiada gente incapaz de tenerse en pie. Localizó a Olbrich, hablando con un tipo de pelo largo en cuya gélida sonrisa se adivinaba que si hubiese sabido que todo aquel jodido asunto iba a estallar esa misma mañana, no se habría fumado un porro descomunal antes de salir de casa.

—Esta es la agente Baynam —dijo Olbrich mientras ella se acercaba—. Don, ¿por qué no le cuentas lo que me has contado a mí?

—Se llamaba Jessica —dijo el dueño del bar—. Eso seguro. Y sé que vivía en West Hollywood. También estoy bastante seguro de que su apellido era Jones, me suena que lo dijo un par de veces y sé que la gente de por aquí la llamaba J., pero… bueno, ya sabe, no todo el mundo…

—Usa su nombre de verdad. Ya te entiendo —dijo Nina—. ¿Jessica era cliente habitual?

—Sí, bastante. Venía muchas noches. Y algunas tardes.

—¿Era puta, Don?

—No —negó vigorosamente—. Nada de eso. Quería ser cantante o algo así. Creo que lo dijo una vez. El cuerpo lo tenía, eso seguro. Ahora trabaja de camarera. O trabajaba, supongo… joder.

Olbrich lo interrumpió.

—¿Y te parece que estuvo aquí el sábado por la noche?

—Sí. Apareció sobre las cinco con una amiga. No sé cómo se llamaba, pero ya la había visto por aquí antes. Pelo liso, largo y negro. Era el día del dos por uno en cerveza, así que, ya se harán una idea, se emborracharon bastante deprisa. —Tosió—. La amiga era una juerguista en toda regla, y estoy casi seguro de que terminó en una mesa con unos cuantos tíos y que se fue con ellos. J.J. se quedó un rato colgada, y luego la vi sentada con aquel otro tipo.

—¿Qué otro tipo? —la voz de Nina era queda, pero de repente notó cómo se le tensaba el pecho.

Olbrich era bueno, y se mantuvo al margen.

—Se lo acabo de contar a este oficial. No conozco al tipo. Me fijé en él solo porque… —Se encogió de hombros.

«Porque te gustaba un poco Jessica —pensó Nina—. Te entiendo».

—¿Salía a menudo con hombres?

—Bastante —dijo el chico. Apartó la mirada, al parecer, hacia la fila de sillas y mesas destartaladas que tenía que colocar en su sitio.

Nina asintió, observándole. «Y una noche, o quizá varias noches, un beso húmedo en tu mejilla significaba otra cerveza cuando se quedaba sin dinero, ¿verdad? Y todavía lo recuerdas de vez en cuando, aunque para ella no fuera nada, y lo olvidara irremediablemente tras el segundo sorbo».

—¿Puedes decirnos algo en particular acerca de ese tipo?

Volvió a mirarla.

—Era un tipo normal. Llevaba el pelo corto. Un tío guapo, supongo. Es todo lo que le puedo decir. Luego el bar se llenó, y cuando miré otra vez ya era tarde, J.J. se había ido y había otra gente en el reservado. Pueden hablar con las chicas que trabajaban en la

sala; ellas debieron de atenderlos. Salvo con Lorna, que llegará a la hora de comer.

Se oyó un grito desde la puerta y un agente de uniforme asomó la cabeza.

—¿Teniente?

Olbrich se volvió.

—¿La tienen?

—Sí, señor.

Olbrich indicó la puerta con la cabeza.

—Tenemos una dirección, Nina. Iré contigo.

—¿De verdad está muerta? —preguntó el camarero.

—Sí —dijo Nina—. En serio. Lo siento.

Él asintió y se alejó.

Cuando Nina llegó a la puerta, volvió la mirada y vio al chico pasando lentamente un trapo por encima de una mesa, en un bar que tenía que seguir abierto, y pensó: «En realidad, nunca sabemos a quién dejamos atrás».

La dirección era Gardiner, 3140, apartamento 7. Cuando Nina llegó, Monroe ya estaba allí con otro par de polis.

—Se mueve deprisa, ¿verdad? —dijo Olbrich.

—Ya lo creo.

El edificio tenía tres plantas y era de un blanco sucio. Había una escalera a cada lado. Nina subió al segundo piso y esperó junto a Monroe mientras uno de los detectives localizaba al encargado del edificio.

Monroe la miró.

—¿Te sientes mejor esta mañana?

—Estupendamente —dijo ella. Ambos hablaban en voz baja—. Y gracias por preocuparte, Charles, no me está empezando a molestar en absoluto. ¿Los chicos de Perfiles Psicológicos han sacado algo en claro del texto?

—Todavía no. Y tú no crees que vayan a hacerlo, ¿verdad? ¿Por qué?

—¿No trabajó Perfiles en el caso del francotirador de Washington?

—Ese es un asunto completamente diferente…

—No, no lo es. Decidieron que tenía que ser un tipo blanco porque el saber popular, basado en un estudio no demasiado científico hecho hace mucho tiempo, dice que la mayoría de los asesinos en serie son blancos, así que todos los informes recibidos por teléfono sobre un tipo negro fueron obviados. Mientras tanto, un par de individuos dijeron haber visto camionetas blancas, así que, de repente, todo el mundo se puso a buscar eso, a pesar de que las camionetas blancas son los Starbucks de la autopista y lo raro sería no haber visto ninguna. La matrícula del coche azul del asesino estaba registrada en el sistema media docena de veces por comportamientos sospechosos. Pero no, no es una camioneta blanca y no es de un blanco, así que no nos interesa. Los de Perfiles dicen que los asesinos nunca trabajan con otra gente… pero resulta que este sí lo hacía. De todos modos, no deberíamos haberles escuchado: cualquiera con medio cerebro hubiera sabido desde el principio que no se trataba de un asesino en serie, sino de un asesino múltiple en misión político-religiosa, en cuyo caso, nada de lo que dijeran los de Perfiles era relevante. Lo único que hicieron fue enturbiar el asunto, y pueden hacer lo mismo en este caso. No estoy segura de seguir creyendo en sus dones, eso es todo.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado si tenían algo?

—Para prevenir más preguntas cordiales sobre mi estado.

—Nina, ¿cuándo vas a contarme qué ocurrió el año pasado?

—Ya te lo he contado, jefe —dijo, sonriendo con dulzura.

Para sus adentros, sin embargo, seguía recomendándose prudencia. Monroe era muchas cosas, pero un estúpido no.

En ese momento apareció Olbrich en la escalera con un manojo de llaves.

—Zinman está tomando declaración —dijo mientras se dirigía a la puerta del apartamento número siete—. Pero el tipo no tiene nada para nosotros. Era muy introvertida, bla, bla, bla. Y además es más tonto que un zapato. ¿Estamos listos?

Con los revólveres ahora en la mano, Nina y Monroe asintieron.

Olbrich llamó a la puerta, esperó y no obtuvo respuesta. Así que metió la llave en la cerradura y abrió despacio la puerta.

—Policía —dijo—. Por favor, salga de donde esté.

No ocurrió nada. Abrió un poco más la puerta y apareció una habitación bastante grande, de unos seis por seis metros. Nina prefirió quedarse en el exterior; los dos hombres entraron y gritaron que el lugar estaba limpio. No había nadie en casa.

Cuando entró en el apartamento, vio en medio una mesa auxiliar y un sofá rojo muy ajado y una mesa de ordenador bajo una ventana, en la esquina más alejada. El ordenador era gris y parecía barato. Tenía una lucecita roja en la parte inferior del monitor, pero la pantalla estaba apagada. En la misma mesa había un televisor, colocado para que se viera desde el sofá. Para que tuviera un ángulo óptimo, hubiera sido necesario moverlo medio metro a la izquierda, pero entonces habría bloqueado la puerta de acceso al dormitorio, donde se encontraban los dos hombres. Había un fino cable negro que iba hacia allí por el suelo desde el ordenador. Antes de seguirlo, Nina fue hasta el otro lado del sofá e inspeccionó una pequeña cocina con una gran ventana que daba a la calle. Estaba ordenada. Al volver, descubrió una guitarra destartalada detrás del sofá. Estaba llena de polvo y le faltaba una cuerda.

En la esquina restante de la habitación había una mesa. Un par de cuadernos. Con cuidado, Nina levantó la tapa de uno de ellos y observó las páginas. Garabatos. Cosas que parecían canciones. Una línea, «Lluvia que nunca limpia», había sido escrita y luego tachada.

—Ven a ver esto —dijo Monroe.

El dormitorio era pequeño, tenía el espacio justo para una cama doble, un pequeño tocador y nada más. Al fondo había un baño muy pequeño. La cama no estaba hecha. Los hombres miraban un objeto montado en un trípode junto a la cama. El cable negro corría hacia allí.

—Una cámara —dijo Olbrich.

—Una cámara web —corrigió ella—. ¿Has visto adónde va el cable?

Nina siguió el cable hasta la habitación principal, hasta el ordenador. Con el reverso de la mano, para que las yemas de sus dedos no rozaran nada, movió suavemente el ratón.

El monitor parpadeó y luego se encendió. En el centro de la pantalla había una ventana que ocupaba más o menos un tercio de su superficie. Mostraba el lado de la cama junto a la cual todavía estaba Monroe.

—No voy a tocarlo —dijo ella—, pero encontraréis un cable de módem conectado a la parte trasera de este ordenador. Jessica tenía una página web desde la que la gente podía mirarla.

—¿Desde dónde? —preguntó Olbrich.

—Desde cualquier lugar del mundo. —Se apartó de la mesa—. Malas noticias. Nuestra lista de sospechosos acaba de incrementarse en decenas de millones.

Tres horas más tarde estaba de vuelta en Jimmy's, sentada en una habitación del piso superior que pertenecía al dueño del local, cuyo nombre no era Jimmy.

—Suena a nombre de bar —dijo el señor Jablowski, cuando le preguntó al respecto—; mi nombre, en cambio, no.

Informado por Don, el camarero, de la visita de aquella mañana, había decidido hacer acto de presencia por una vez. Resultaba curiosamente elegante para ser el dueño de lo que básicamente era un antro cervecero destinado a las multitudes alcohólicas de media tarde; pero en fin, hay muchos camellos que tampoco se meten lo que venden. Entre tanto, Don había vuelto a casa y se quedaría allí unas cuantas horas para «relajarse». Los investigadores tenían su dirección pero, personalmente, Nina no creía que estuviera en la lista de los que fueran a recibir su visita. Claro que ella tampoco era de Perfiles… y por eso había sugerido que un detective de paisano siguiera al camarero hasta su casa.

Otro detective y un agente estaban en ese momento de incógnito entre la multitud de bebedores de mediodía. Una de las camareras que trabajó la noche que Jessica fue vista por última vez

debía de estar a punto de llegar, y también estaban atentos a cualquier hombre que encajara con la descripción, que era extremadamente general. En otras palabras, las cosas no iban precisamente a todo gas. En el apartamento de la chica la situación era la opuesta. Lo estaban poniendo patas arriba, había oficiales investigadores de tres agencias distintas metiendo las narices en todo lo que encontraban: leían, fotografiaban, recogían huellas.

Nina, por su parte, hablaba con una joven negra llamada Jean. Jean había llegado buscando a Jessica porque al parecer habían quedado en verse la noche anterior y su amiga jamás se había presentado. También se habría pasado por allí en busca de una copa. Don la había conducido directamente hacia los polis, y siguió empujándola en aquella dirección incluso cuando la chica recordó que prefería estar en otra parte.

—¿Zorra webcam? —dijo Nina, repitiendo lo que la chica acababa de decirle.

Jean se encogió de hombros.

—Así se conoce. No significa que hagas cosas como mantener relaciones sexuales ni nada por el estilo. También se le llama «chica webcam».

—¿Sabes si Jessica estuvo alguna vez metida en asuntos de sexo por dinero?

—Joder, no. Y yo tampoco, señora, que quede claro.

—No se permite el acceso a trabajadoras del sexo —dijo Jablowski con suavidad—. En eso soy muy estricto.

—Mientras está usted aquí. Que no parece ser muy a menudo. Señor, me preguntaba si podría dejarnos a solas un momento.

El propietario se fue. Nina hizo una pausa.

—Y bien, Jean, ¿debo entender que tú también eres una chica webcam?

—Sí. Yo… mmm… yo metí a Jessica en esto. Pero como he dicho, no es…

Nina la miró directamente a la cara.

—No estoy sugiriendo que seas nada en absoluto, Jean. La prostitución por webcam es algo que desconozco completamente.

Necesito saber de qué se trata, y ahora mismo. Podría tener mucho que ver con el hecho de que Jessica ya no esté aquí. Así que, ¿por qué no te limitas a contarme cómo funciona?

La chica se recostó en la silla, encendió un cigarrillo y comenzó a hablar.

La prostitución era una cosa, dijo. Todo el mundo sabía dónde encontrarla. Montar una cámara era distinto. Nunca te encontrabas con nadie, no corrías ningún riesgo, no entrabas en contacto con ningún fluido corporal. Ni siquiera hacías nunca nada, en realidad no. Solo tenías que quitarte la ropa. Hacer lo que harías normalmente, pero desnuda. Ver la televisión. Limpiar la cocina. Si estaba tu novio por allí, tal vez dejabas la cámara encendida, o la enfocabas hacia otro lado. Lo raro era que para algunos de los seguidores, cuanto menos hacías, mejor. Un día Jane tenía mucha mierda en la cabeza y no se estuvo paseando en ropa interior, se olvidó por completo de la cámara y siguió con su vida como una persona normal; a la mañana siguiente tenía la bandeja de entrada atestada de correos calenturientos piropeándole por su «gran provocación». Los hombres eran unos tarados en las cuestiones de sexo, opinaba Jean. Justo cuando creías que los habías comprendido, hacían o decían algo y te dabas cuenta de que ni siquiera habías arañado la superficie de lo jodidamente raros que eran. De vez en cuando le daban arranques de locura, y le entraban ganas de joderles psicológicamente. Se sentaba por ahí muy arreglada y luego enseñaba un papel que decía: «Ayer cociné una porquería vegetariana y el apartamento todavía huele como a vísceras de vaca». O se salía un poco del encuadre de la cámara y hacía algo fuerte y *sexy* de verdad, que les haría saltar los ojos de las órbitas a esos tipos si pudieran verlo. O empezaba con un pedo atronador de los que te cambian la vida y se quedaba allí sentada, mirando a la cámara sabiendo que no importaba lo grandes y planas que fueran sus pantallas, en realidad nunca les revelarían todo lo que había que saber sobre su mundo.

—Dijiste que fuiste tú la que metió a Jessica en esto —dijo Nina —. ¿Cómo ocurrió?

—Conocí a una chica en una fiesta, hace unos dieciocho meses. Ella ya estaba metida y me pasó el *e-mail* del tío que montaba esas webs. El tipo se hace llamar Webdaddy, y no pienses en lo jodidamente espeluznante que ya es eso, pero controla la parte científica. Le mandas una foto por *e-mail*, él te responde el correo y discute contigo algunos «parámetros» y algunas «limitaciones»: lo desnuda que te vas a quedar, qué más vas a hacer, si tienes novio y si haréis cosas juntos, si él estaría dispuesto, cosas así. Si le gustas, Webdaddy te manda un cedé con unas cuantas mierdas sobre cómo instalarlo. Contratas la conexión, te acercas a Circuit City y te compras una cámara web por cincuenta pavos. De todo lo demás se encarga él. De tu web, tus facturas, el trabajo. Al final del mes llega un cheque. Tan simple como eso.

—¿Tienes la dirección física de esa persona?

Jean negó con la cabeza.

—Todo es por correo electrónico. Con Jessica era lo mismo. Lo tienes ahí, en la red: ¿para qué vas a conocerlo en persona?

—Pero ¿qué ocurre si hay un problema con el sistema o un cheque no llega?

—Le envías un correo. Ese tipo vive en la red, señora. Le envías un *e-mail* y tienes la respuesta antes de quitar el ratón del botón de «Enviar».

Colocabas la cámara en posición, básicamente una cámara barata de baja resolución. La conectabas a tu ordenador con un cable USB. El *software* capturaba una imagen de lo que se veía a través de la lente de la cámara y automáticamente, vía internet, lo subía a un servidor de la red. Enseguida esa imagen era remplazada por otra nueva, y así sucesivamente. Mientras tanto, allí fuera, en el universo de hombres a los que les sobra el tiempo, los usuarios cargaban tu página web en el navegador, con la imagen justo en el centro. Unas cuantas líneas de código hacían que la página se cargase regularmente, reemplazando la imagen antigua de tu cámara por la nueva. Una interacción entre ordenadores, *software* y telecomunicaciones que hubiera sido de ciencia ficción dos décadas atrás. Años de investigación, millones de dólares de inversión y

voilà: hombres de Kansas, Cardiff y Amberes pueden pelársela con desgana mientras tú estás pasando la aspiradora completamente en pelotas en la ciudad de Los Angeles. Un mundo extraño, ¿verdad? Ya lo creo que sí. Pero rentaba la nada despreciable suma de más de doscientos dólares por semana, y Jean no tenía que acostarse con extraños ni menearse al lado de otras *strippers* con cara de culo. A Jean le parecía que aquel empleo era un chollo. Pensaba que el avance tecnológico trabajaba a favor de las mujeres.

—Entonces Jessica se sacaba varios cientos a la semana, ¿verdad?

La chica negó.

—No, nada de eso, lo hizo solo durante unos cuantos meses y tenía pocos miembros registrados. No salía de su rutina, ¿sabe lo que le quiero decir? La mayoría de las chicas actúa. A veces se quitaba la camisa (o lo haces o te echan), pero no le gustaba hacerlo. Y tampoco creo que hiciera nada *sexy*. Decía que iba a dejarlo del todo, que iba a volver a escribir canciones. Lo mantenía en total secreto. Nadie de por aquí lo sabía. Solo yo.

—Los hombres que se registran en vuestras páginas… ¿cuánto contacto tenéis con ellos?

—Solo por *e-mail* —dijo Jean.

—¿No tienen forma de descubrir vuestras direcciones?

—No, a menos que se la des.

—¿Insinuó Jessica que podría haberlo hecho? ¿Qué tenía un contacto especial con alguno de sus suscriptores?

—Como ya le he dicho, ella no estaba muy metida en el negocio. Necesitaba el dinero. Pero era una persona orgullosa. No estaba dispuesta a hacer nada que la llevara a sentirse mal. A menos que estuviera realmente borracha.

—La otra noche estabais bastante borrachas, ¿verdad?

Jean le dedicó una sonrisa torcida.

—Podría ser.

—Y dejaste sola a Jessica para seguir la fiesta.

—Conocí a unos tíos. Cuando me fui, ella aún estaba aquí.

—El camarero dijo que más tarde la vio sentada con un hombre. ¿Sabes algo de eso?

—Como ya le he dicho, yo me había ido.

—¿No salía con nadie que tú conocieras?

—Ahora mismo no.

—¿Y recientemente?

—Tenía novios. Pero eran chicos normales.

Nina permaneció un momento sentada en silencio, observando a la chica que tenía enfrente. Parecía haber superado deprisa el impacto de la primera noticia sobre la muerte de Jessica. Estaba claro que Jessica era una pérdida asumible. Nina pensó de nuevo en la velocidad con que se pasa de la A a la Z, y de la Z a Fulanita. Era difícil no hacerlo teniendo delante a una chica de veintitrés años que en general se lo pasa en grande y que está convencida de que siempre va a ser así; esa convicción y esa actitud funcionan como una especie de velo mágico.

Le dijo:

—Sabes que no eres invencible, ¿verdad?

Jean le devolvió la mirada directamente, ladeó la cabeza y sonrió con frialdad.

—Tú tampoco, guapa.

—Estamos en ello —dijo Monroe—. Poco después de tu llamada pusimos a un técnico a trabajar en la máquina. Localizamos la dirección física del servidor en el que se alojaba su página web, y también tenemos una «arroba» del tal Webdaddy.

—¿Una «arroba»?

—Jerga *geek* para «dirección de correo electrónico», al parecer.

—Vivir para ver.

Se encontraban en la barandilla de la entrada del apartamento de Jessica, que seguía hecho un caos. Monroe sorbía un vaso de agua helada, pero tenía un aspecto inusualmente acalorado y mustio.

—¿Nada interesante por aquí?

—Nada aparte del ordenador. Mantenía la casa bastante limpia. No hay muchas huellas. La policía investigará lo que tenemos, pero… Hay unos cuantos cuadernos con garabatos y lo que parecen

unos poemas muy malos. Ni números ni nombres, todavía. Los forenses están ahora en el dormitorio, pero no hay indicios de que la mataran allí.

—¿Cuánto tardarán en llamar a la puerta de ese tal Webdaddy?

—No mucho. La dirección de correo no ayuda demasiado, pero la información del registro del servidor virtual nos sirvió de empujón. Jessica y Jean son dos de un total de quince chicas… hay varias aquí en la ciudad, dos en San Diego, una en San Francisco, y algunas más en pueblos de mala muerte. Hasta en Barstow, joder. Por cierto, el dominio se llama «daddysgirrls.net».

—Precioso.

—Si está aquí, en Los Angeles, nos encargamos nosotros —dijo —. Si no, es cosa de quienes sean los agentes locales. La rapidez será un factor importante.

—Entonces, ¿qué quieres que haga ahora?

Monroe negó con la cabeza.

—El chaval al que le encargaste la vigilancia del camarero dice que no ha hecho más que ir a casa y fumar porros mientras contemplaba la pared tres horas seguidas, y que ahora está heroicamente de vuelta sirviendo cerveza. Teniendo en cuenta tu impresión y lo que esperamos, tampoco pensaría demasiado en ese sujeto de todos modos. Podrías ahorrarme una llamada de teléfono y molestar un poco a los de Quantico con el informe sobre el archivo de texto, pero aparte de eso… ¿Has comido hoy?

—No.

—Pues yo en tu lugar lo haría. En algún lugar cercano. Si me entero de cualquier cosa, lo sabrás.

Cuarenta minutos más tarde, con una ensalada a medio comer, recibió la llamada. Maldiciendo —era una buena ensalada Cobb, y su primera comida en más de veinticuatro horas—, dejó dinero sobre la mesa y salió corriendo a la calle.

Cuando se encontraba en medio de la calle Cuarta por la zona de Venice, el teléfono sonó de nuevo. Aparcó en el bulevar y oyó a Monroe, que hablaba con voz neutra.

—No es él —dijo—. Su verdadero nombre es Robert Klennert,

tiene cincuenta y ocho años y es obeso. Básicamente es un fétido saco de mierda que se dedica a abrir páginas de porno en directo. Sabe lo suyo de informática, lo cual encaja con el disco duro, pero me cuesta verlo encerrando y asesinando a una mujer joven; o, francamente, a una mujer de cualquier edad y condición física. Eso por no mencionar el hecho de que no se parece en nada a las descripciones dadas por los testigos. Archívalo como «pervertido» y olvídalo.

—Volvemos entonces al escenario de «uno entre un millón».

—Estamos un poco mejor, tal vez. El Departamento de Policía tiene fichado a Klennert. Cualquiera que se haya suscrito o siquiera visitado sus páginas, debería estar registrado. Ahora mismo me están trayendo sus ordenadores.

—¿A qué precio?

—Ninguno. Cooperación total. Por extraño que pueda parecer, alberga sentimientos genuinamente paternales hacia «sus chicas». Lo cual o es un farol enorme o… —Monroe se quedó callado un momento—… o probablemente no. No es él. Mientras tanto, todo indica que la música del disco no va a aportarnos nada de nada. Me doy cuenta de lo desorientados que estamos, Nina. A menos que ocurra algo, lo perderemos entre el ruido.

Cierto, pensó Nina. O eso o percibes que vas a tener que sudar tinta para seguir un vasto e impredecible rastro virtual que no comprendes y no sabes cómo va poder encajar en *La historia de Charles Monroe* que algún día producirá la HBO.

Le dio las buenas noches. Al otro lado de la calle aparcó un coche del que bajó una familia. Marido, esposa y una niña pequeña. Al parecer, los adultos se peleaban.

Nina bajó la ventanilla cinco centímetros y oyó como la niña reía y enseguida los adultos se le unían en una carcajada.

Comprendió que la pelea era de mentira, tal vez una imitación de alguien a quien acababan de visitar. Por un momento pensó en su propia infancia; en general, había sido sencilla, pero con la suficiente ira masculina como para hacerle suponer que jamás hubiera podido reír como lo había hecho aquella niña pequeña al otro lado de la

calle.

Observó a la criatura entrando al jardín de una casa junto a sus padres, y pensó que si en ese momento salía a darle la bienvenida un precioso cachorrillo adornado con un lazo tendría que salir e ir personalmente a darle una paliza a la afortunada princesita.

No había perro. La niña viviría para seguir riendo un día más.

Nina arrancó el motor y condujo en dirección al océano.

9

La chica permanecía en silencio. Antes, había estado hablando sin parar: encantada de conocerte, eh, qué apartamento más bonito, ooh, qué bueno, oh, sí. Ahora, después de todo aquello, no tenía nada más que añadir. Tal vez pensara que así era como lo quería él (y por el momento estaba en lo cierto); quizá creyera que eso era todo, que solo faltaba la propina (y en ese caso se equivocaba). También podía ser que estuviera sufriendo una embolia y necesitara todas sus energías para no caerse redonda. Pete Ferillo no lo sabía. Y no le importaba. En absoluto. Eso era lo bueno de él. Creía en la compartimentación. En no tener la necesidad de saber. En que no tenga que importarte un bledo.

Estiró la mano hasta la mesa y sacó un puro de su estuche. Se lo pasó por debajo de la nariz. No tenía razones para hacerlo, ya sabía cómo iba a oler, pero se sentía sensual. Olía bien.

Le cortó una punta y se lo encajó en la boca. Lo encendió con una cerilla —recientemente, alguien a quien respetaba le había dicho que aquella era la mejor forma, por lo que ahora lo hacía así —, y le insufló la vida a caladas. Un denso humo emergió de la punta. Observó cómo ascendía.

Estaba desnudo, apoltronado en una butaca, con las piernas extendidas hacia delante. Jamás se sentaba así en casa. Allí era demasiado consciente de su barriga, de la celulitis de sus muslos y del extremo contraste entre su cetrina entrepierna, el eterno moreno de sus antebrazos y la piel como de alabastro, rojiza y llena de cicatrices del resto de su cuerpo. Allí, aquella tarde, no tenía que

preocuparse por nada de eso. No tenía que sentir que aquello lo identificaba como viejo, descuidado o poco deseable. No tenía que oír los sombríos mensajes que todo aquello emitía acerca del paso del tiempo, o lo que insinuaban sobre el probable estado de su interior: no necesitaba usar esa masa confusa para excitar a una esposa que decía amarle pero que utilizaba las sesiones de *step* como una forma de humillación. Sí, Maria tenía mejor aspecto que él. Mucho mejor. ¿Y qué? Ella no tenía más cosa que hacer aparte de ir al gimnasio y salir de compras. Si ese fuera su «trabajo», él también tendría mejor aspecto. La quería, por supuesto. Llevaba veinticinco años queriéndola. Aprendes a sonreír cuando estás enfadado, y a contener la mano y, la mayor parte del tiempo, todos contentos.

El apartamento pertenecía a un cliente muy importante del Dining Room, una persona con quien Pete había hecho negocios durante bastante tiempo en otros lugares. Era además el tipo que iba de vez en cuando a cenar con una señorita que no era su esposa. Pete era discreto, recordaba con quién había ido aquel tipo la última vez. Se estableció un pacto amistoso, de hombre a hombre, y ahora él tenía su propio juego de llaves. Una asistenta iba todos los días para mantener el lugar impecable y el frigorífico lleno de agua mineral. El apartamento era sencillo pero estaba bien amueblado. Dormitorio, terraza, baño, salón. Este último muy grande, con una zona separada en la que había una pequeña mesa de comedor; se había diseñado además de modo que no se viera la puerta cuando uno estaba sentado en la parte principal de la estancia, y así el lugar parecía aún más grande. Inteligente. La terraza era ideal para salir en bata, saboreando las últimas horas de diversión de la tarde mientras, abajo, la plebe de la ciudad trabajaba duro y tocaba el claxon. Tal vez más tarde. Por ahora, la butaca le bastaba. Observaba a la chica mientras esta se acomodaba en la barra de la mínima e impecable zona de cocina. No sabía su apellido. No sabía cuál era su color favorito o su estrella de cine o su programa. No conocía los nombres de sus anteriores novios, ni le había oído hablar de los buenos tiempos que había compartido con ellos ni con nadie más. Solo sabía de ella lo que deseaba saber: que era alta, morena y

que se llamaba Cherri; le encantaba la falsedad de su nombre, lo teatral que era. Su pelo tenía todos los tonos de rubio, desde el rojizo al platino, y caía denso y liso entre sus omoplatos. Era delgada (de una delgadez juvenil, no como esas huesudas con cuello de gallina que tienen que vigilar todo lo que comen), y además tenía las tetas grandes, una cara bonita y un hermoso y pequeño tatuaje de una rosa negra al final de la espalda, bastante bien hecho a decir verdad. En general, a Pete no le entusiasmaban los tatuajes. No en las mujeres normales. Pero en muchachas como esa sí que le gustaban. Resultaba apropiado. Decían: «He aquí una mujer consciente de su cuerpo, que es dueña de él, que lo usa como recurso». Pete sabía de mujeres, novias o esposas de sus amigos, que se habían hecho un tatuaje uno o dos años atrás, cuando se puso de moda. María también quería uno, ¿te lo puedes creer? Un puto gato o algo así. Le dijo que no, y tenía razón. Los tatuajes te dan aspecto de bailarina de *striptease*, cosa estupenda si resulta que eres una bailarina de *striptease*, pero estúpida en cualquier otro caso. Era como lo del baile en la barra, por Dios. Hacía un par de años había habido, entre las esposas de las clases acomodadas del lugar, la moda pasajera de «aprender» a bailar en una barra, o al menos tomar una vergonzante clase impartida por alguna engreída amazona del aerobic que se había montado un buen negocio. La estupidez del asunto, sentía Pete, amenazaba con hacerle estallar la cabeza. No había ninguna razón para que las esposas aprendieran a bailar en una barra. La única jodida razón de la existencia de las bailarinas de barra es que no son tu puta esposa. La mujer que se mete en esas cosas creyendo que expresa la profundidad de su sexualidad que la diferencia del común de las mujeres melosas, en realidad, está expresando más bien que *a)* se toma a sí misma demasiado en serio, lo cual es muy poco *sexy* (toma nota, jodida Demi Moore), *b)* se cree muy atractiva para su edad; o *c)* no es lo bastante feliz en casa y le gustaría acostarse con otro. Con otro cualquiera, seguramente. Un caso ejemplar era el de su antiguo amigo Johnny, que le había llevado la contabilidad durante once años. A Johnny le iba muy bien, tenía su puesto en Incline Village, la urbanización. Entonces,

la mujer de Johnny fue a una de esas clases. Le dijo que era lo último en *aerobox*. Le hizo una demostración en casa. La primera vez funcionó, más o menos; después de eso uno piensa: «Bueno, sigues siendo mi esposa y, la verdad, podrías perder algún kilo». Cuatro meses más tarde ella andaba follándose a uno de esos gandules con la cara llena de granos que trabajan en la sección de autoayuda y *coaching* de Barnes & Noble. En cierto sentido, aquello había ocurrido por culpa de Johnny, así que adiós, matrimonio, bienvenida, pensión de manutención. Pronto empezó a pasarse las tardes mirando a las bailarinas de verdad, las que tienen hijos y cicatrices, y bebiendo demasiado. Pete trasladó sus negocios a otra empresa. Y así lo hicieron todos.

Pete le dio otra buena calada al Don Tomás, disfrutando el modo en que el humo iba cargando el ambiente de la habitación. No era cubano, ni siquiera una clase de hondureño particularmente caro —no tiraba el dinero, nunca lo había hecho—, pero sabía bien. Pasaron tres años antes de que pudiera fumar dentro de casa. No es que fuera imposible, tampoco era que Maria hubiera llegado al extremo de desplegar francotiradores preparados para abatirle en el salón, pero habría sido una decepción. El silencio disuasorio funcionaba como un arma de destrucción pasiva: la mirada diciéndole que, a pesar de todos sus sueños, la vida se había convertido en lo que ella temía. Durante un tiempo uno creía que valía la pena evitar la decepción, que no le molestaba. Luego, un día, te dabas cuenta de que sí, pero te quedabas fumando fuera de todos modos porque ¿quién querría pasar por esa mierda todas las noches? Fumas fuera y te importa. En silencio.

Cherri acababa de cortar una rodaja de cítrico —había limones y limas frescos en la nevera, qué tal eso para darle un toque agradable — y se la echó en su copa. *Gin-tonic*. Pete podía incluso olerlo. Tenía muy buen olfato. Así tenía que ser en el negocio de la restauración. Maria bebía una deliciosa copa de chardonnay, siempre. La chica percibió que él la miraba y se dio la vuelta.

—¿Quieres algo?

Pete rio.

—Ya lo creo —dijo, efusivo—. Pero déjame descansar un minuto. Todavía me cuesta respirar.

Ella sonrió con profesionalidad.

—Eso no. Me refiero a la bebida.

—Oh. Vodka —dijo él—. Solo. Nada de fruta. Mucho hielo. —Le guiñó un ojo—. Y habrá una segunda vez, créeme.

—No puedo esperar —dijo ella, y volvió a darse la vuelta para terminar de preparar su bebida.

Pete sonreía. Oyó el ruido de una puerta fuera, en el pasillo (algún burro de carga que regresaba de trabajar). Le dio otra calada al puro y se recostó. Saboreó el hecho de estar allí sentado. Le encantaba la cruda fealdad de la situación. Allí fuera, algún contable con aliento a pastillas para la acidez, algún abogado exhausto, arrastrándose hasta su casa con un montón de expedientes bajo del brazo. Y él, allí, con las pelotas al viento y un largo trago en camino. «No puedo esperar». ¿Sarcasmo? Casi seguro. No tenía importancia. Que lo esperara o no. Que su cuerpo le resultara tolerable o no. Que a ella le gustara hacer lo que él le pedía (nada raro, no tenía ninguna necesidad de ponerse raro, le bastaba con lo normal que podía pedírsele a una chica nueva, joven y guapa) o no. Nada de eso era importante. A Pete le había sacado ya cuatrocientos dólares. Al final, lo más probable es que la cuenta ascendiera a quinientos. María podía derrochar esa misma cantidad por un par de Manolos sin pestañear siquiera, y lo hacía regularmente. A la vez, eso era todo lo que te costaba que alguien como Cherri se te entregara por completo.

Viéndola pasearse mientras servía Stoly Black en una copa, y luego añadía el hielo, Pete consideró la posibilidad de repetir otro día. Aunque era guapa —en realidad, muy guapa, cuando se agachó para recoger un hielo que se le había caído, exhibiéndose por un momento sin afectación—, sabía que no lo haría. Disfrutar de una chica nueva cada vez, ese era el quid de la cuestión. Si volvía a salir con ella, estaría ya esclarecida la cuestión del nombre, sabría lo que quería beber, se instauraría cierta familiaridad. Él mismo tendría tiempo para advertir algunas particularidades de la chica, para

preguntarse por qué no tuvo el sentido común de poner primero el hielo en el vaso, o cómo era que no sabía que la ginebra va mejor con lima. Y ahora, esa tarde, cuando se acostaran de nuevo, a él se le pondría solo dura a medias y tendría que terminar solo, así iba a ser. Él lo sabía, pero ella no. La próxima vez, sí que estaría enterada. No saber era la clave. No saber, no tener que preocuparse.

Ahora la chica quedaba fuera de su campo de visión, y armaba un ruido infernal con la cubitera. ¿Para qué cojones…? La copa estaba sobre la encimera, llena hasta arriba. Un cubito de hielo más y se derramaría el… Eh. Un cubito sobre su pezón. Eso era una ocurrencia.

Se inclinó hacia el cenicero para dejar allí el puro. Lo guardaría para luego.

—Nena —dijo, indulgente—. Ya está bien de hielo. Puedes traérmelo. —Se dio la vuelta.

Había un hombre en la habitación.

—¿Quién cojones eres?

La sonrisa del tipo decía que no tenía ninguna intención de responder. Pete estaba seguro de que no se trataba de otro tipo que tuviera la llave del jodido picadero. La chica reapareció por detrás de él poniéndose la camisa.

—Yo ya estoy, ¿verdad? —le preguntó al hombre.

Tampoco contestó. Sin apartar los ojos de Pete, estiró un brazo y la cogió por los pelos. Antes de que le diera tiempo a chillar, le estampó la cabeza contra la pared que dividía el salón. Ella gimió y se desplomó en el suelo.

Pete lo conectó todo enseguida. El ruido en el pasillo, el escándalo con la cubitera para disimular el momento en que la muchacha abría la puerta. No sabía quién era aquel tipo ni qué quería, pero ahora veía que tenía un cuchillo. Era un cuchillo grande, tal vez fuera un cuchillo de cocinero. Salvo que no parecía limpio en absoluto.

Fue como si la habitación se enfriara de repente, perdiera el relieve y se llenara de humo rancio. El tipo pasó por encima de la chica, apartando la mirada por un instante. Pete comprendió

vagamente que aquella era su oportunidad, que tenía que levantarse, moverse, salir de allí. Al parecer, no podía hacer ninguna de esas cosas. La altura de aquel tipo era tan solo un poco superior a la media, y estaba en forma. Pete lo superaba en peso por varios kilos y tenía una amplia experiencia aplastando cabezas; pero sencillamente no estaba convencido de que aquello fuera a suponer ninguna diferencia. Se sentía gordo, desnudo y no precisamente en posición de cambiar nada del mundo.

—Eres Peter Ferillo, ¿verdad? —dijo el hombre, cogiendo algo de lo que había en la encimera.

Por su destello, Pete reconoció el sacacorchos del apartamento, y cuando el hombre se volvió hacia él, toda su voluntad de moverse parecía haberse esfumado.

—Mira —dijo Pete—, no sé qué cojones está pasando aquí. Pero tengo dinero. Aquí mismo. Si se trata de eso, no hay problema.

—No se trata de dinero —dijo el hombre. Su voz era suave, casi amistosa. Sus ojos, no.

—Entonces, ¿qué? —dijo Pete—. ¿Qué he hecho?

—No se trata de ti —dijo el hombre.

—¿Quién cojones eres?

—Mi nombre es… el Hombre de Pie.

El hombre observó la cara de Pete en busca de su reacción. Hacía girar distraídamente el sacacorchos en su mano, luego asintió, como si, por una súbita inspiración, le hubiera encontrado un uso. Pete no sabía cuál.

Durante la siguiente hora y media, lo descubriría.

SEGUNDA PARTE

LA CARRETERA DEL VICIO

Esto es lo que pretendo hacer, pero no sé por qué.

GÉRARD SCHAEFER, asesino en serie,
Into the Mind of the Ghoul

10

La primera vez que apareció aquel tipo, Phil Banner estaba apoyado en el coche, en la puerta del Izzy's, comiéndose un sándwich caliente de huevo y champiñones que no había pagado. No era culpa suya —él siempre se ofrecía a pagar e Izzy siempre se negaba—, pero de todos modos seguía haciéndole sentir un poco culpable. No tanto como para dejar de comer, sin embargo, ni para dejar de ir. El sándwich era grande y estaba bueno, y en realidad no estaba pensado para que se lo comieran con los dedos, así que el tipo ensangrentado debió de surgir probablemente unos pocos minutos antes de que Banner levantara la cabeza y lo viera. Cuando lo hizo, se quedó cinco segundos largos observándole, masticando todavía y no muy seguro de qué tenía delante, antes de abandonar la comida a toda prisa.

El hombre avanzaba por en medio de la calle. La calzada estaba vacía porque eran las ocho y media de la mañana y hacía mucho frío, pero no parecía que el tráfico hubiera cambiado el curso de aquel tipo. No parecía muy consciente de dónde estaba. Llevaba una mochila que parecía a la vez nueva y gastada. Caminaba penosamente, como una criatura salida de una película de zombis, arrastrando una pierna, y cuando Phil avanzó unos cuantos pasos con cautela, vio que además estaba cubierto de sangre. Sangre seca, o eso parecía, pero abundante. En la frente le asomaba un enorme chichón con un feo tajo en medio, y tenía también innumerables cortes más y arañazos tanto en la cara como en las manos. El resto de su piel estaba cubierta casi por completo de barro seco, al igual

que su ropa. Phil dio otro paso.

—¿Señor?

El hombre siguió avanzando como si no le hubiera oído. Respiraba profunda pero tranquilamente, formando nubes de vaho alrededor de su cabeza con cada exhalación. Dentro, fuera, dentro, fuera, como si el ritmo se hubiera convertido en algo importante para él. Como si le fuera la vida en ella. Entonces, lentamente, su cabeza se volvió. Seguía avanzando, pero miraba a Phil. Tenía los ojos inyectados en sangre y barba de dos días. Escarchada. Hacía mucho tiempo que Phil no veía a alguien que pareciera estar tan frío.

Finalmente, el tipo se detuvo. Pestañeó, abrió la boca. La cerró de nuevo, miró hacia la carretera un instante. Parecía tan interesado en lo que había allí que el propio Phil miró también en esa dirección, pero descubrió solo la breve extensión del pueblo que se esperaba.

—Señor, ¿se encuentra bien?

Sabía que era una pregunta estúpida. Era más que evidente que aquel hombre no se encontraba bien. Pero era lo típico que se decía. Te cruzabas con una persona con un cuchillo clavado en la cabeza —no es que fuera lo más probable en un pueblo como aquel; francamente, atragantarse con una espina era muchísimo más habitual— y le preguntabas si se encontraba bien.

Se produjo un cambio en los rasgos del hombre, un cambio lento e irregular, y Phil se dio cuenta de que probablemente estaba intentado sonreír.

—Esto es Sheffer, ¿verdad? —preguntó.

Los movimientos de su rostro eran mínimos, como si su boca hubiera quedado entrecerrada a causa de la congelación.

—Sí, señor, así es.

La sonrisa se ensanchó.

—No me jodas.

—¿Señor?

El tipo negó con la cabeza y de repente pareció más entero, como si su modo de arrastrar los pies hubiera sido cierta costumbre

adoptada para mantenerse en marcha cuando pasó el punto en el que pensó que tendría que abandonar. Phil se dio cuenta de que le resultaba ligeramente familiar.

—Eso es orientación —dijo el hombre—. O como quieras llamarlo. —Su rostro se arrugó.

Phil vio que Izzy y un par de clientes del lugar habían salido fuera del establecimiento, y que un público semejante se estaba congregando al otro lado de la calle, en el pequeño aparcamiento del supermercado.

—Señor, ¿ha sufrido algún tipo de accidente?

El hombre le miró.

—Bigfoot —dijo, asintió, y luego se desplomó lentamente de espaldas.

Dos horas más tarde, Tom Kozelek se encontraba en la comisaría de policía. Estaba envuelto en tres mantas y sostenía una taza de caldo de pollo con ambas manos. Se hallaba en la sala que normalmente se utilizaba para los interrogatorios —para las raras ocasiones en que la policía de Sheffer había tenido motivos para interrogar a alguien— y para almacenar abrigos, botas de agua y cosas que nadie sabe dónde guardar el resto del tiempo. Había allí una mesa, tres sillas y un reloj. Antes había sido la cocina, pero la trasladaron al piso superior para que quedara junto al área administrativa. La sala de interrogatorios tenía una pared parcialmente de cristal que le daba el aspecto de un espacio mucho más grande y urbano que la típica instalación de las fuerzas del orden. Así habría sido, si en el cristal no hubiera sido el destino de las pegatinas conmemorativas del desfile local de Halloween. La diseñaba cada año el alumno con más talento de la escuela, y era eso lo que más seriedad quitaba a aquella mampara: o les habían vendado los ojos a los niños antes de darles las pinturas o Sheffer jamás tendría su propio museo local. En alguna ocasión, Phil Banner había expresado la opinión de que tal vez sería conveniente encargárselo a alguien que supiera dibujar un poco. Le aseguraron que cuando tuviera hijos pensaría de otro

modo. Ya vería.

Phil estaba de pie junto a Melissa Hoffman. Melissa vivía a cincuenta kilómetros, en Ellensburg, y trabajaba en el pequeño hospital del condado que había allí. El médico de Sheffer, cuyo nombre era Dandridge, era apreciado por todos pero más viejo que Dios y notablemente menos infalible, así que últimamente todo el mundo llamaba a Melissa. Rondaría los treinta y tantos, no era nada fea, aunque parecía que no lo sabía. Estaba felizmente casada con un tío obeso, propietario de una pequeña librería de segunda mano y fumador empedernido de Marlboro *Light*. Figúrate.

Melissa apartó la mirada de la mampara de cristal.

—Está bien —dijo—. Tiene el tobillo un poco magullado. Maltrecho en general. Ha pasado mucho frío, pero no sufre congelación. Es vago en los detalles, pero, por lo que dice, se hizo la mayor parte de las contusiones hace un par de días: si fuera a padecer una conmoción cerebral, ya la habría sufrido y probablemente no estaría aquí. Necesita comer, dormir y eso es todo amigos. Es un tipo con suerte.

Phil asintió. En realidad, deseó que el jefe estuviera allí y no a ciento cincuenta kilómetros, de visita en casa de su hermana.

—Pero lo otro…

La mujer se encogió de hombros.

—He dicho que está bien físicamente, psíquicamente es otra historia.

Se volvió hacia la mesa sobre la cual se descongelaba la mochila que aquel hombre había estado llevando. El agua fría cubría la superficie de la mesa y había goteado hasta el suelo a través de las grietas. Melissa cogió un bolígrafo del bote que había en una esquina y lo usó para revolver un poco el interior, mientras mantenía abierta la bolsa con cuidado con la otra mano.

—Esta cosa está empapada de alcohol, y dijiste que había estado bebiendo antes.

Phil asintió. No había tardado en descubrir por qué la cara del tipo le resultaba familiar.

—Una noche del fin de semana pasado lo encontré intentando

entrar por la fuerza en el Big Frank's, muy tarde. Tuve que pedirle que lo dejara.

Melissa miró a aquel hombre a través del cristal. Parecía tan solo adormiladamente despierto e incapaz de armar el menor de los escándalos. Mientras ella lo observaba, él parpadeaba despacio, como un perro a punto de dormirse.

—¿Te parece peligroso? ¿Psicótico?

—No. Más bien triste. A la mañana siguiente de encontrármelo coincidí con Joe y Zack, y me dijeron que un tipo se había pasado allí toda la noche, bebiendo solo. Parecía la misma persona.

—O sea, cuatro días bebiendo, probablemente sin comer nada y con el estómago lleno de somníferos además. No son precisamente los signos propios de quien se encuentra en el reino de la felicidad. De todos modos, sigue sin parecer un desequilibrado.

—Nunca lo parecen. —Phil dudó—. Dijo que había visto a Bigfoot.

Ella rio.

—Claro, la gente lo ve de vez en cuando. Lo que en realidad vio era un oso. Ya lo sabes.

—Supongo que sí.

Melissa le miró con severidad por un instante, y Phil sintió que enrojecía al tiempo que sonreía.

—Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo él con impaciencia.

Ese no era momento para discutir acerca de lo que el tío de Phil creyó haber visto una vez —o sentido, para ser más precisos— en lo profundo del bosque, más allá de las colinas. Nadie lo había tomado nunca en serio, salvo, tal vez, el propio Phil cuando era pequeño. Al final, su tío dejó de contar aquella historia. Había un puñado de pueblos en North Cascades con sus propias leyendas sobre Bigfoot y sus propias representaciones, incluso se podía comprar caite y magdalenas en más de un puesto de la carretera que tenía la forma de una criatura enorme y peluda. En Sheffer no. Allí lo de Bigfoot se consideraba una tontería. O, como le gustaba decir al jefe, Bigfoot era una gran patraña. Un aliciente trillado para cierto tipo

de destinos turísticos, nada más, y Sheffer no entraba en aquella categoría de pueblos. Sheffer era un lugar tranquilo, amable y una vez apareció como escenario de una fantasiosa serie de televisión. Tenían el museo del ferrocarril y la locomotora. Había buenos restaurantes, a los que solo acudía gente agradable. Los habitantes del pueblo querían que las cosas siguieran así. Y el jefe más que nadie.

Pero un buen grupo había sido testigo de cómo el tal Tom había pronunciado la dichosa palabra, y no todos eran del lugar. Antes de que acabara el día, unos cuantos habrían dado ya noticia a sus amigos y parientes de lo acontecido por la mañana. Phil sabía además lo que pensaba el jefe de esa clase de cosas y le habría gustado de veras haber encerrado al tipo en algún lugar antes de que pronunciara la palabreja que empezaba por B. Un poco de publicidad honesta es una cosa: uno puede querer destacar que una o dos estrellas de la televisión pasaron una noche en el pueblo durante la última década, eso estaba más que bien. Un puñado de reporteros filmando para retratar al pueblo y dejarlo como si todos ellos no fueran más que una panda de pueblerinos codiciosos, eso ya no era tan bueno. Cuando Phil le llamó al móvil, el jefe dijo que estaría de vuelta poco después del mediodía como muy tarde. Eso alegró a Phil.

—Voy a ver si quiere un poco más de la sopa de Izzy —dijo, y Melissa asintió.

Lo vio entrar en la sala, sentarse en el extremo de la mesa y observar y hablar amablemente con el hombre que estaba allí sentado. Creía firmemente que se debía examinar a Kozelek por los posibles efectos secundarios que pudiera haberle ocasionado la ingesta de somníferos, pero aquel hombre había expresado muy firmemente su decisión de no ir a ningún hospital, y ella no tenía poder para obligarle. Había sobrevivido a tres días y tres noches muy fríos en pleno bosque y había recorrido una gran distancia sobre un terreno accidentado. Pensándolo bien, estaba en bastante buena forma para ser alguien que había salido a caminar con la intención de matarse. También parecía razonable sugerir que debería hablar

con alguien sobre ese último punto, pero de nuevo se trataba de algo a lo que ella no podía obligarle. Personalmente, creía que cuando su cerebro se hubiese descongelado como debía, tanto eso como las charlas sobre desconocidas especies animales terminarían apaciblemente. Entonces podrían mandarlo de vuelta a Los Angeles, o a donde fuera que hubiese salido, y la vida en Sheffer retomaría su curso habitual.

Cuando se dio media vuelta para marcharse, advirtió que había algo en el fondo de la mochila abierta. Se detuvo y le echó un vistazo más de cerca. Entre los pedazos de cristal y de cajas de pastillas empapadas, había algo que parecían pequeños ramitos de flores secas.

Sacó uno y descubrió que, en realidad, no se trataba de flores, sino más bien de pequeños tallos empapados. Aquellas cosas debían de haber caído en la bolsa del tipo mientras iba dando tumbos por el bosque, golpeándose contra arbustos y árboles.

Eso, o que se lo hubiese comprado a algún tipo apostado en la esquina de alguna calle de no importa qué lugar, y se habían salido del envoltorio de plástico.

Allí tenían a un hombre que decía haber visto cosas, que pretendía irrumpir en los bares a toda costa y en cuya mochila había un ramillete de algo que parecía de origen natural. Qué te parece. En parte por interés profesional, pero sobre todo por genuina y atávica curiosidad, Melissa metió aquel ramillete en su bolso y luego salió dispuesta a conducir de vuelta al hospital donde, estaba bastante segura, no estaría ocurriendo nada de interés.

Hacia la hora de comer, a Tom empezó a dolerle en serio la cabeza. Le dolía un poco antes. En realidad, le había estado doliendo durante una porción significativa de Su Tiempo Fuera. Pero eso era diferente. Eso era peor.

Tom estaba todavía sentado en su silla de la sala con una ventana. Había terminado por pensar en ella como su silla, al menos. Se había pasado toda la mañana en ella, así pues, era suya.

En Su Tiempo Fuera las cosas se habían vuelto más simples para Tom, tendía a pensar en categorías básicas. La posesión era el noventa por ciento de cualquier cosa. Ahora esa era su silla y que Dios se apiadara de quien intentara quitársela. De todos modos, nadie parecía tener un interés particular en ella. El tal Phil asomaba la cabeza de vez en cuando, pero, aparte de eso, desde lo de la mujer doctora, lo habían dejado en paz.

El dolor de cabeza era un asunto lento y progresivo, de la calidad de lo caro y de lo profesional. Aquel dolor de cabeza conocía su oficio. Tenía una considerable experiencia. Le cubría la cabeza como una colcha, pesada y persistente, y había empezado a fijar puestos de avanzada en otras partes de su cuerpo. Básicamente, en su estómago. Le había dicho a la doctora que no quería ir al hospital en parte para evaluar la reacción de esta ante su negativa. Si le hubiese ladrado: «Piénsalo bien, idiota, estás muy, muy jodido, así que te vamos a arrastrar de los pelos hasta un lugar espantoso con máquinas de pantallas monocromáticas y luego te morirás», entonces habría ido sin rechistar. Pero no fue así, lo cual significaba que había posibilidades de que estuviera bien. En general, se encontraba bien, salvo por el dolor de cabeza y la sensación en el estómago, que tendía a considerar como una subdivisión del dolor de cabeza. Había leído en alguna parte que había una capa de tejido nervioso extendida alrededor del estómago; de hecho, la segunda mayor concentración de esa clase de tejido en todo el cuerpo (después del cerebro, claro). De allí las reacciones del estómago, las emociones en el estómago, bla, bla, bla. Podía entender que aquello tuviera un sentido evolutivo: dar a los órganos internos el cerebro suficiente como para que fueran capaces de enviar señales del tipo «No vuelvas a comer esa porquería, acuérdate de lo que pasó la última vez», algo bastante parecido a lo que habían hecho sus propios órganos cuando había regresado adonde se encontraba su mochila en el bosque. Esperaba que lo que ahora sentía por aquellas latitudes fuera solo una reacción de solidaridad con su dolor de cabeza. Si se sentía así por cuenta propia, sería muy posible que tuviera que ir al hospital al fin y al cabo.

Esperaba también que los analgésicos que la doctora le había dado empezaran a funcionar en cualquier momento. Su cabeza le desenfocaba la vista. Aún estaba convencido de que en algún momento se levantaría, saldría al pueblo y se encontraría con el jodido viejo aquel que no había mencionado a los osos; pero, en aquel preciso instante, el plan no parecía demasiado realista. Era más que probable que el vejestorio estuviera en condiciones de darle una paliza.

Justo entonces, repentinamente, Tom sonrió.

Claro que los osos no eran en realidad la cuestión. Ya no. Una de las razones por las que quería mejorar muy pronto era que tenía algo interesante que contarle a todo el mundo. Algo muy interesante, de hecho. La información que lo había mantenido con vida, que había sacado su cuerpo de los bosques. Por el momento, había guardado silencio sobre ese particular, esperando la ocasión oportuna. Pero cuando se presentara…

Entonces, igual de repentinamente, su sonrisa desapareció. Poseía información nueva, era cierto. Un dato salvavidas. Pero eso no lo convertía en un dato que pudiera cambiar vidas, no era lo bastante importante como para borrar la oscura luz de la que había salido él. Seguía estando en una situación comprometida. Lo hecho, hecho estaba. Aunque la gente no lo supiera. La única diferencia era que tal vez ahora tuviera algo suficientemente grande entre manos como para que valiera la pena correr el riesgo de no ser nunca descubierto.

Observaba a través de la ventana como el Departamento del *Sheriff* de Sheffer (en la persona de Phil, a quien Tom estaba cada vez más convencido de reconocer como una parte de la vida anterior a Su Tiempo Fuera) cumplía con sus obligaciones. Phil era joven y de constitución atlética para ser poli: la mayoría de polis de ciudad tenía aspecto de pasarse el día entero en el gimnasio, pendientes de que los brazos les quedaran bien marcados en esas camisetas de manga corta. Básicamente, Phil estaba a veces en la habitación, y luego, de vez en cuando, salía. Eso era todo. Era de suponer que, aparte de intervenir cuando había algún accidente de tráfico o

cuando alguien intentaba marcharse de un bar sin pagar, o de tratar con algún drogadicto en las largas noches de invierno, aquel era el máximo frenesí que alcanzaba el lugar: hasta que alguien regresó del bosque con una extraña historia que contar.

El agente volvería pronto a comprobar cómo se encontraba, y tal vez entonces se lo desvelara. Mientras tanto, sorbería un poco más de sopa. Se había enfriado y no le vendría mal un poco de sal, pero, aparte de eso, estaba muy buena. Estaba logrando que se sintiera mejor.

Lentamente, su visión fundió a blanco.

La voz le llegó desde atrás.

—¿Señor?

Tom movió la cabeza de un lado a otro, a sabiendas de que no sería capaz de salir de su estado. Pero, de todos modos, siguió haciéndolo. Estaba cubierto de rojo. El suelo crujía bajo sus pies. Finalmente se volvió, y ya sabía cuáles iban a ser las noticias, pero no cómo las iba a encajar su mente.

—¿Señor?

Entonces todo cambió. Alzó la cabeza, mareado, y vio que todavía estaba sentado en su silla en una comisaría, a mucha distancia de Los Angeles. Había luz, estaba envuelto en mantas y un pequeño calefactor descansaba a poco más de un metro de sus pies, proyectando hacia él una exigua corriente de aire caliente. «Esto es nuevo —pensó—. No lo recuerdo».

También era nuevo el hombre que estaba de pie al otro lado de la mesa. Tom parpadeó ante su presencia.

—¿Qué hora es?

—Un poco más de las tres, señor —dijo el hombre.

Era mucho mayor que el tal Phil. Era más alto y más corpulento. Era mayor en todos los sentidos. Se sentó en una de las sillas que estaban enfrente.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Connelly —dijo el hombre—. Trabajo aquí.

—Muy bien. —La voz de Tom emergió con un ligero tono petulante, y de repente, produjo un masivo bostezo—. Tengo más bien calor, ahora.

—Mi ayudante dice que la doctora ha recomendado que lo mantengamos caliente. Así que eso es lo que vamos a hacer. Es decir, a menos que crea usted que le convendría más pasar la noche en el hospital. Me parece que hay al menos un par de razones para que así sea.

—Estoy bien —dijo Tom.

El hombre se inclinó sobre la mesa y le miró.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo, buscando la voz que usaba en las reuniones, cuando un cliente necesitaba que le convencieran de que el diseño de web que había recibido era exactamente el que quería, a pesar de las ostensibles diferencias que guardaba con lo que se hubiera establecido en el acuerdo. Le pareció que hacía mucho tiempo que no usaba aquella voz, pero en realidad habían pasado menos de dos semanas, y, aunque algo oxidada, le había salido—. Gracias por preocuparse.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no me cuenta su historia?

—Lo hará con mucho gusto, Al.

Ese era Phil, que entraba en la habitación con dos tazas de café.

Connelly no hizo ni caso a su ayudante, se echó hacia atrás y mantuvo la mirada en Tom.

—Mi nombre es Tom Kozelek —dijo el hombre de la silla—. Estoy… de vacaciones. Hace tres días, creo que fue entonces, iba en coche por las montañas. Aparqué en la entrada de un sendero, no recuerdo cómo se llamaba.

—Howard's Point —asintió el policía—. La grúa se llevó su coche de allí ayer por la tarde. Al menos nos ha resuelto ese pequeño misterio.

—Cierto. Así pues, aparqué allí y salí de excursión.

—De excursión —dijo el hombre asintiendo para sí mismo—. ¿Y qué llevaba exactamente como provisiones?

—Deduzco que eso ya lo sabe —murmuró Tom fríamente—.

Veo que mi mochila está ahí, encima de la mesa.

—Sí. Lo sé —dijo el policía—. No sé si habrá tenido ocasión de ver la televisión mientras ha estado aquí, pero en esta época del año pasan un anuncio más o menos cada hora. Son para sugerirle a la gente que se mantenga jodidamente alejada de las montañas, a menos que sepa lo que hace y tenga el equipo necesario para hacerlo. ¿Usted no suele ver la televisión, señor Kozelek?

—Me encontraba en un estado mental bastante confuso.

—Cierto. —El hombre volvió a asentir—. Así pues, ¿dónde ha estado usted desde entonces?

—Caminando de regreso —dijo Tom—. Me perdí. Tenía mapas, pero los dejé en el coche por error. Estaba un poco borracho cuando emprendí la marcha, y normalmente mi sentido de la orientación es bastante bueno, pero nevó y me caí por un precipicio y, para serle sincero, terminé muy, muy perdido. Intenté encontrar el camino de vuelta a la carretera, pero en algún momento me había dado la vuelta y evidentemente, cada vez me alejaba más. Luego hallé algo que tenía aspecto de camino y lo seguí, pero no parecía que llevara a ninguna parte, y no dejé de dar vueltas de un lado a otro.

—La vieja pista forestal, probablemente —dijo Phil—. Podría incluso tratarse de algún trecho de la vieja carretera de montaña. En general, uno solo sabría decir que allí hubo algo porque se aprecia una fila de árboles más delgados.

Connelly volvió lentamente la cabeza para mirarle. El ayudante cerró la boca. El *sheriff* volvió la vista hacia Tom.

—Oiga, ¿cuál es su problema? —dijo Tom.

—¿Yo? No tengo ningún problema. Siga por favor.

Tom se tomó a propósito un largo momento después de darle un sorbo al café. Aquel muchacho empezaba a hartarle de verdad. Al final, eran todos iguales. Todos y cada uno de ellos tan pagados de sí mismos, fingiendo que jamás habían pasado por una situación difícil en sus vidas.

—Así que sencillamente eché a andar —dijo—. No sé dónde estaba. Finalmente, ayer por la noche, encontré una carretera. Me

quedé en el arcén creyendo que en un rato alguien pasaría y me traería de vuelta, pero estaba nevando, y no pasó nadie. Así que seguí caminando. Y llegué aquí esta mañana temprano.

—Bonita aventura, señor Kozelek —dijo Connelly—. Puede estar contento de que se haya terminado, e imagino que debe de tener ganas de volver a casa.

—Todavía no —dijo Tom, sacudiéndose las dos mantas de encima. No era solo cuestión de que entonces tuviera demasiado calor, sino de que presentía que la imagen de «niño perdido» no iba a ayudarle a que el *sheriff* lo tomara en serio—. Hay algunas cosas que tengo que hacer antes.

—¿Y de qué se trata?

Tom le miró a los ojos.

—Voy a volver al bosque. —Emitió un profundo suspiro, y se preparó para decir algo que, lo sabía, recordaría durante el resto de su vida—. Vi algo mientras estuve allí. Algo bastante asombroso. —Hizo una nueva pausa para saborear el momento.

—Está usted hablando de Bigfoot, ¿verdad?

Tom le observó por el rabillo del ojo.

—¿Cómo lo ha sabido?

Connelly sonrió amablemente.

—Se lo mencionó un par de veces a mi ayudante al principio, cuando llegó. Y a la doctora también, creo. De hecho, según he oído, esa fue la primera palabra que pronunció cuando llegó tambaleándose hasta el pueblo. Antes de perder la conciencia.

Tom sintió la boca seca, la cara roja. No recordaba habérselo contado. Mierda.

—Muy bien —dijo—. Ya lo sabía. Pero lo vi. Vi a Bigfoot. Estaba de pie justo delante de mí. Lo vi.

—Lo que usted vio fue un oso, señor Kozelek.

—No, no era un oso. Yo también lo pensé al principio, pero no lo era. No se parecía a uno de esos animales. ¿Y a qué huelen los osos?

—No podría decírselo, nunca he estado lo bastante cerca de uno para descubrirlo. Son muy tímidos.

—El que yo digo apestaba horriblemente. Olía de verdad muy, muy mal. No solo eso, sino que además vi huellas.

—Entonces es eso.

—Sí, joder, es eso exactamente. Usted sostiene que lo que yo vi era un oso, perfecto. Pero vi las huellas. Toda una hilera, alejándose de donde estaba yo.

—¿No serían las suyas propias? ¿De cuando huyó del oso?

—No. Yo me arrastraba a cuatro patas. La forma se habría deshecho. Y además se veían los putos dedos de los pies. Cinco enormes y redondos dedos en la parte delantera. ¿Me entiende? Eso vi.

—No lo dudo. —Connelly se giró hacia Phil—. ¿Quieres dejar pasar a la señora Anders, por favor?

Confundido, Tom observó como el policía más joven salía un instante para luego traer consigo a una mujer que, ahora se daba cuenta, había permanecido sentada al otro lado de la sala en todo momento. Mientras tanto, Connelly se bebió su café de un largo y demorado trago, observando tranquilamente a Tom.

Phil volvió con la mujer tras él. Tendría algo así como sesenta y cinco años, y el pelo gris recogido en una coleta suelta. Una mano quedaba oculta en el bolsillo del abrigo amarillo de entretiempo, bordeado de un grueso fleco de lana. La otra agarraba una gran bolsa de plástico. Parecía avergonzada e incómoda.

Tom comenzó a experimentar algo parecido a la sensación de estar hundiéndose.

—Esta es Patrice Anders —dijo Connelly—. Patrice vive unos cuantos kilómetros más allá de Howard's Point. No sé si lo habrá advertido en sus mapas, pero hay una pequeña subdivisión que va desde allí hasta la siguiente autopista, más allá de las montañas. Iba a ser el próximo gran proyecto inmobiliario. Pero, en la actualidad, la señora Anders es la única moradora.

—Encantado de conocerla —dijo Tom—, pero no sé a qué viene todo esto.

Connelly miró a la mujer y arqueó las cejas.

—Era yo la que estaba en el bosque —dijo ella.

Tom fijó su mirada en la mujer.

—¿Qué quiere decir?

Ella negó con la cabeza.

—Lamento muchísimo todo esto. Yo salgo mucho a caminar. Formo parte de un par de programas nacionales de control de la vida salvaje, y mantengo un listado informal de lo que pasa por allí en cada época del año. No sé si tendrá algún uso a largo plazo, no es muy científico, supongo que no, pero… —Se encogió de hombros —. En cualquier caso, hago eso. Y la otra mañana andaba por allí, bastante temprano, y vi algo tirado en el precipicio. En realidad, no queda demasiado lejos de mi terreno, en línea recta. Bueno, es un trecho, ¿entiende? Me gusta caminar. Da igual. Bajé y vi que era una mochila; no sabía si iría alguien a recogerla, así que la dejé donde estaba.

Tom miró a Connelly.

—Muy bien. ¿Y qué?

—Las huellas que usted vio pertenecían a la señora Anders.

—Tonterías. ¿No ha escuchado ni una palabra de lo que le he dicho? Eran muy grandes.

—Deles una hora al sol y los márgenes se funden. Parecerán mucho más grandes de lo que deberían.

Por un segundo, Tom pensó que iba a saltar por encima de la mesa y agarrar a ese hombre por la garganta. Sin embargo, sabía que no era una buena idea, y no solo porque el tipo fuera un representante de la ley. Así que en lugar de eso mantuvo un tono de voz muy moderado. Al fin y al cabo, Tom tenía la razón.

—De acuerdo. Y el sol va a hacer también que en las huellas aparezcan cinco dedos, ¿verdad? Vaya sol tan extraño que tienen ustedes por aquí.

Hubo un momento de silencio, y después un crujido. La mujer llamada Patrice había sacado algo de su bolsa.

Por un instante, Tom no lograba entender que tenía ante sí. Luego sintió un escalofrío en la nuca.

—Las puede comprar en Cle Elum —dijo ella—. Son una tontería, ya lo sé. Pero, como puede ver, también son bastante

divertidas. Mi marido me las regaló para tomarme el pelo.

Tom se quedó contemplando aquel original par de botas, con la parte superior forrada de piel y los pies de plástico marrón, rematados con cinco grandes dedos.

Phil se llevó a la mujer. Tal vez fuera solo la imaginación de Tom, pero tenía la sensación de que el ayudante le compadecía un poco. Al menos, así lo esperaba. No encontraría nuevos candidatos para la compasión a una distancia asumible en coche.

Connelly levantó la vista hacia el reloj de la pared. Se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Ha sido un día extraño —dijo—. Con más emociones de las que hubiera apostado que habría cuando me levanté, de eso no cabe la menor duda. —Dejó caer un poco de ceniza sobre la mesa—. Por aquí no pasa gran cosa, como no dudo que ya habrá deducido usted. Seguro que se imaginará, además, que así es como a mí me gusta.

Tom negó con la cabeza.

—Sigo sabiendo lo que vi.

—Usted no vio una mierda, señor Kozelek. —La mirada de los ojos grises del policía era gélida—. Usted se fue al bosque con un mal propósito en la cabeza, y ni si quiera le voy a hablar de lo irresponsable que eso resulta cuando es tarea de otro el ir a buscarle, sin que importen las razones por las que había partido. Se puso hasta las cejas de pastillas, alcohol y, o bien vio un oso o tuvo una alucinación, o cualquier otra cosa.

Tom se limitó a negar con la cabeza.

Connelly tiró el cigarrillo al suelo.

—Haga lo que quiera. No voy a decirle que se largue esta noche, porque lleva usted un par de días muy duros y a pesar de lo que pueda pensar soy una persona razonable. Tiene un aspecto lamentable, necesita comer y dormir un poco. Así que, ¿por qué no hace todo eso y luego, tal vez mañana por la mañana, piensa en echarles un vistazo al resto de pueblecitos maravillosos que hay por

la región? Snohomish, por ejemplo, la antigua capital del noroeste. O incluso Seattle, tal vez. Allí tienen aeropuerto.

—No voy a ir a ninguna parte.

—Sí, ya lo creo que sí. —Connelly se levantó, firme. Le crujieron los huesos—. Y pronto. ¿Quiere un consejo?

—En absoluto.

—Dé gracias por haber salido de esta. Alégrese de que no le haya atacado ese enorme oso viejo y de no haber muerto en la montaña. Déjelo estar. Porque aquí hay algo más.

Miró a través del cristal y vio a su ayudante poniéndose el abrigo en la puerta, preparado, como se le había ordenado, para ayudar a Kozelek a encontrar algún lugar en el pueblo donde pasar una noche. Rebajó aún una fracción su tono de voz.

—De camino, comprobé sus antecedentes.

Tom observó la espalda de aquel hombre y comprendió repentinamente que si Su Tiempo Fuera había supuesto una transformación de su persona, no había acarreado cambios de importancia para el mundo exterior. No se había levantado la veda para exterminar las partes de su vida que no le gustaban. Fuera de él, la lúgubre e, interminable serie en la que vivía proseguía su desarrollo con firmeza, a pesar de que su público principal —él mismo— la considerara, básicamente, una mierda.

Connelly se volvió para mirarle.

—Sé lo que hizo.

11

Un paquete de Nina me esperaba en recepción. Pedí en el restaurante que prepararan todo el café que tuvieran y me lo mandaran a la habitación, y me fui de nuevo arriba. No confiaba mucho en poder hacer algo por ella —tanto el Departamento de Policía de Los Angeles como el FBI tendrían a gente hecha y derecha trabajando en el caso—, pero eso me mantendría ocupado mientras esperaba a Zandt.

Puse mi equipo sobre la mesa y empecé con el trabajo. Cuando abrí el paquete me encontré con una pequeña bolsa de plástico brillante semitransparente, diseñada para evitar la electricidad estática, que es la principal forma de estropear los dispositivos electrónicos delicados. Sin contar con dejarlos caer al suelo, claro. Dentro había un pequeño disco duro. Pegado a él, una nota de Nina.

«Ten mucho, mucho cuidado con esto —leí—. Es el original. Hazme el favor de encontrar algo y mándamelo de vuelta».

Antes de nada, llamé a Nina al móvil. Al parecer, estaba muy ocupada y su voz sonó distraída.

—Me alegra de que haya llegado —dijo—. Pero no creo que nos lleve a ninguna parte. La policía de Los Angeles ya ha rastreado su procedencia. Encontraron al tipo que compró el portátil original, un segundón de la industria del cine llamado Nic Golson, pero tiene una factura que demuestra que se lo vendió a una tienda de segunda mano en Burbank en julio del año pasado. Creía que le iban a encargar escribir un guión de los grandes, pero al final no fue así y

ya no pudo seguir pagando el ordenador. Después de eso, alguien lo compró al contado, luego le arrancó esa parte y se deshizo del resto en algún lugar que jamás encontraremos. Ahora mismo están interrogando a los empleados de la tienda, pero tengo la impresión de que el asesino es más listo que eso.

—Y entonces, ¿cómo he llegado a tener el disco original?

—Usé mis armas de mujer.

—¿Tú tienes de eso?

—Te sorprenderías. Bueno, en realidad, yo también. Seguramente estaré en la media.

Admitió que se había echado encima de una rata de laboratorio del Departamento de Policía tan pronto como le aclaré que una copia no serviría de gran cosa. El tipo estaba dispuesto a encubrirla, sobre todo porque ya habían hecho cuanto podían hacer con él. Y ya le habían tomado las huellas, así que tocarlo no era un problema. Pero… Le dije que lo cuidaría mucho.

Luego colgué el teléfono y me quedé contemplando algo que, ahora lo sabía, había pasado cierto tiempo en la boca de una mujer muerta. Resultaba difícil establecer si era aquello o los riesgos que había asumido Nina para que yo lo tuviera lo que me resultaba más enervante.

Llegó el café. Tomé un poco mientras me fumaba un cigarrillo. Aquello tuvo el resultado habitual de hacer que los desafíos del mundo parecieran más asumibles. Saqué un cable que tenía con un conector FireWire en un extremo y un chip Oxford Bridge en el otro. Conecté con mucho cuidado el disco a este último y luego todo el conjunto a la parte trasera del portátil de Bobby. El disco apareció en el escritorio.

Lo abrí y confirmé lo que me habían contado. Había dos archivos, una pieza musical almacenada en un archivo MP3 y un mensaje. Nina me había dicho que la cita al principió del texto era de un escritor alemán llamado Heinrich Heine. La grabación del *Réquiem* de Fauré pertenecía a una muy respetada interpretación de principios de los sesenta, cosa que no tenía por qué significar nada más allá de eso. Hay cierta atemporalidad en la música clásica. Las

grabaciones más recientes no tienen por qué ser mejores. Todo lo que pude averiguar sobre esa pieza fue que había sido digitalizada a 192 kb por segundo en estéreo conjunto, características de alta calidad. Dado que la mayoría de la gente no puede percibir la diferencia entre los 192 y los 160, tal vez eso sugiriera o bien que había sido concebido para reproducirlo en un equipo de alta fidelidad, donde podrían quedar al descubierto las deficiencias de una digitalización de menor calidad; o bien, más simple —y también más obvio— que la música era importante para la persona que la hubiera metido allí. O sea, apenas nada en ambos casos. La escuché varias veces mientras me ocupaba del otro archivo, y percibí algo parecido a un ligero silbido en un canal y uno o dos indudables saltos. Era posible que el MP3 hubiese sido grabado directamente desde el original en vinilo. Parecía poco probable que alguien con formación informática desdeñara por completo los cedés, de modo que aquello podía sugerir que la persona poseía esa grabación en un elepé con cierto valor sentimental. Nada importante de nuevo.

Arranqué un programa de escaneo profesional y esperé mientras hacía sus cosas. Al parecer, mucha gente cree que los ordenadores son simples máquinas, como las aspiradoras o los reproductores de vídeo. Se equivocan. Desde el mismo principio, partiendo de los poco más que ábacos presuntuosos que en realidad eran el Amiga y el Apple II, hemos mantenido siempre una relación distinta con los ordenadores. Uno comprendía de inmediato que aquello era algo que tenía sus propios derechos. Si la lavadora se estropea o el televisor no produce más que interferencias, entonces, o los llevas a reparar o los arrojas al vertedero. Pertenecen a la tecnología antigua, transparente. Ya no tienen magia. Pero si es un ordenador el que te está fastidiando, nunca estás del todo seguro de quién tiene la culpa. Estás implicado. Te hace sentir vulnerable. Es como la diferencia que hay entre un lápiz y un coche. Un lápiz es una obra tecnológica simple y predecible. Hay solo una forma de que funcione (lo hará si está afilado) y un patrón obvio de fallo (demasiado corto, demasiado romo, sin mina). Con un coche, en especial con las renqueantes cafeteras oxidadas en las que la mayoría hicimos nuestros primeros

pinitos, es más complicado. La persuasión juega su papel, sobre todo cuando la mañana es fría. Está ese ruido que nunca conduce a nada, pero que jamás desaparece, azarosas caladas cuyas causas pronto empiezas a atribuir a las fases de la luna. Sin que nada de lo cual signifique que se haya roto, sino solo que precisa un poco de atención afectuosa, que tiene sus necesidades. Gradualmente, uno va conformando su relación ritualizada con él, un lazo forjado por su impredecibilidad, por el hecho de que se trate de algo con lo que hay que negociar. Así es como uno conoce a la gente, al fin y al cabo: no por las cosas que tienen en común con cualquier otro, sino aprendiendo a lidiar con sus excentricidades, sus bordes ariscos y sus inesperadas dulzuras, las cosas que los diferencian de cualquier otro.

El ordenador ocupa uh lugar intermedio: como el coche, pero multiplicado por mil. Tiene sus zarpas clavadas mucho más hondo en tu vida. Tu ordenador es una copia de seguridad de tu alma, una representación multitarea y con menús de quién eres en realidad, de quién te importa y de cuáles son tus pecados. Si te pasas una noche navegando por la red en busca de señoritas desnudas, tus huellas están allí, en el historial del explorador y en la memoria caché del disco —sin mencionar todas las páginas por las que pasaste y que registraron tu IP para poder luego inundarte con *spam* hasta el fin de los tiempos. Si intercambiaste los típicos *e-mails* de coqueteo con alguna compañera del trabajo y luego creíste haberlos borrado todos cuidadosamente, seguirás sin haber hecho lo correcto hasta que no recites como es debido la orden adecuada para vaciar de verdad tu papelera de reciclaje.

Por muy listo que te creas y por mucho que lo hayas borrado todo y hayas vaciado la papelera, aún no habrás salido del jardín. Todo lo que ocurre cuando «suprimes» un archivo es que el ordenador destruye su referencia: lo mismo que si destruyéramos la ficha que le indica a un visitante en qué estante localizar un libro en una biblioteca. El libro sigue estando allí, y si te pones a buscar puede que te topes con él o que recuperes su pista. Es como si hubiéramos puesto a un hombre a escribir notas con lápiz en una hoja de papel enorme. Aunque le tapes los ojos, las notas siguen allí.

No puede indicártelas con el dedo, no puede decirte dónde está cada una, pero aún están. Si sigue escribiendo notas (en otras palabras, si sigues guardando archivos nuevos), terminará por escribir encima de las primeras. Esas nuevas notas, sus nuevas experiencias, se extienden ahora sobre partes de los archivos originales; haciendo imposible volver a tenerlos como fueron una vez, entender o siquiera comprender qué fue lo que ocurrió primero, qué fue lo que hizo que su vida sea como es. Partes de esos archivos permanecen, sin embargo, ocultos y perdidos, pero reales: las primeras experiencias del ordenador, apartadas del mundo exterior pero habitando aún lugares del disco como fantasmas y recuerdos, mezcladas con el aquí y el ahora. Nosotros también somos así.

El *software* tardó media hora en revisarlo todo. Y aquello no condujo a nada más que a confirmar lo que la rata de laboratorio de Nina ya había establecido: habían limpiado exhaustivamente el disco antes de copiar esos dos archivos. No solo habían cegado al hombre que escribe notas a lápiz, lo habían llevado aparte y le habían pegado un tiro.

El café estaba frío. Inicié un programa de búsqueda de patrones, propiedad de Bobby, para que trabajara sobre el disco. La misión del programa era rastrear la superficie y observar las porquerías que habían escrito encima, en busca de cualquier irregularidad —o regularidad inesperada— en la cadena binaria. Algo así como aislarlo todo y examinarlo con unas pinzas; aquello era lo más lejos que el hombre podía llegar en la brumosa infancia de una mente digital. El pasado ejerce sus resistencias a la intrusión, incluso entre los entes de silicio.

Emergió una ventana de diálogo que me informó de que el proceso iba a llevar algo más de cinco horas. Quedarse mirándolo no es muy emocionante. Me aseguré de que la máquina estuviera enchufada a la corriente y me fui a dar un paseo.

A las tres, Zandt me llamó desde el aeropuerto. Le di las indicaciones para que llegara a L'Espresso y me dirigí hacia allí a

esperarle. Cuarenta minutos más tarde su taxi se detenía. John salió, le echó un vistazo al tipo de uniforme que había frente al hotel y remontó la calle hacia donde me encontraba. Se acercaba a paso moderado y un ritmo muy regular. Yo ya sabía lo que aquello significaba.

Le dijo a un camarero con el que se cruzó que le trajera una cerveza y se sentó delante de mí.

—Hola, Ward. Parece que la vida no te trata muy bien últimamente.

—¿A mí? Eres tú el que tiene aspecto de desahuciado. ¿Cómo está Nina?

—Estupendamente —dijo.

Esperó su cerveza. Ya rio tenía barba. No me preguntó ni cómo estaba ni qué había estado haciendo. Durante el poco tiempo que había coincidido con él, había aprendido que no era hombre dado a hablar por cortesía. Tampoco a dar grandes discursos. Decía solo lo que tenía que decir y luego se callaba o se iba. Estaba bebido. Uno tiene que haber pasado cierto tiempo junto a un bebedor para saberlo —como había hecho yo una vez, durante todo un año—, porque había muy pocas señales externas de ello. Las bolsas bajo los ojos estaban más oscuras, y cogió el vaso tan pronto como se lo dejaron sobre la mesa; pero tanto sus ojos como su voz estaban claros y mesurados.

—Así pues, ¿qué sabes de lo de Yakima?

—Como dije, no mucho. Volví a Los Angeles y le conté a Nina lo que habíamos encontrado. Hizo un informe y no ocurrió nada más. Empecé a investigarlo básicamente porque…

Se encogió de hombros. Lo entendí. No tenía mucho más que hacer. Había estado involucrado en la investigación de los asesinatos del Chico del Reparto, como consecuencia de lo cual su hija Karen había sido secuestrada y nunca volvió a verla con vida. Su matrimonio se hundió. Dejó el cuerpo. Creo que había sido un detective muy bueno: fue él quien descubrió que el Hombre de Pie estaba a cargo de una red de abastecimiento para psicópatas acomodados allí en Los Salones, y que secuestraban a gente por

encargo. Pero aunque a Zandt le hubiera gustado volver a ser poli, lo cual no había sucedido, el Departamento de Policía de Los Ángeles probablemente no figuraría entre sus ofertas. Así que, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Convertirse en guarda de seguridad? ¿Meterse en el mundo de los negocios? ¿En cuáles? Era tan imposible encontrarle un trabajo a Zandt como a mí mismo.

—Podríamos alistarnos en el FBI.

—Claro. A ti te echaron de la CIA. Eso siempre causa buena impresión. Da igual. ¿Te acuerdas de la palabra que había en la puerta de la cabaña que encontramos?

—En realidad, no —dije—. Vi que había unas letras, pero me pareció que formaban parte del desorden general.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó un pedazo de papel satinado.

—Una de las fotos que tomé —dijo—. Impresa en alto contraste. ¿Lo ves ahora?

La miré de cerca. Efectivamente, había letras grabadas en la puerta. Si lo examinabas con mucho detenimiento, lo único que se podía distinguir era la palabra o el nombre «Croatoan». Llevaba allí una buena temporada, además, y las huellas del tiempo y de otros fenómenos la habían difuminado.

—¿Qué significa?

—Creí que podría tratarse del nombre de alguna vieja compañía minera o algo así. Pero no logré encontrarla. La única referencia que localicé es extraña.

Empujó hacia mí un grueso fajo de hojas. Vi un montón de palabras en una serie de tipografías muy pequeñas, divididas en secciones y, sobre el conjunto, el título general: «Roanoke».

—Espero que esto sea un resumen.

—Has oído hablar de Roanoke, ¿verdad? ¿El de la costa Este?

—Sí —dije—. Muy vagamente. Un pueblo desaparecido hace mucho tiempo. O algo por el estilo.

—De hecho, desaparecieron dos veces. Roanoke fue el primer intento de los ingleses por establecer una colonia en América. Isabel I le prometió al explorador británico Walter Raleigh cierta extensión de tierra a cambio de intentar conquistar un pedazo del Nuevo

Mundo. En 1584, Raleigh envió una expedición para ver qué había conseguido: en concreto, exploraron un área llamada Roanoke Island, en las costas de agua templada de lo que hoy es Carolina del Norte. Echaron un primer vistazo, establecieron un primer contacto con las tribus locales, los croatoan, y terminaron poniendo proa de nuevo hacia Inglaterra. En 1586, un segundo grupo de un centenar de hombres volvió a allí. Las cosas no les fueron tan bien. No se habían llevado suficientes víveres, trataron mal a los indígenas y eso les trajo problemas hasta que, al final, todos excepto quince de ellos fueron recogidos por una nave de paso y devueltos a casa. Pero Raleigh estaba decidido a establecer allí una colonia que funcionase, así que al año siguiente envió una nueva expedición para asegurarse de que esa nueva «Virginia» se consolidaba. Contrató a un hombre llamado John White para que los dirigiera y fuese su gobernador. Ciento diecisiete personas le acompañaban (hombres, mujeres, niños), con la idea de que los grupos familiares proporcionarían mayor estabilidad. Recibieron la orden específica de no dirigirse a Roanoke Island, pero… al final, terminaron allí. Encontraron las fortificaciones que el grupo anterior había construido, pero ni rastro de los quince hombres que habían dejado para vigilarlas. Habían desaparecido. Evaporados. White restableció el contacto con los croatoan y estos le dijeron que una «tribu enemiga» había atacado el fuerte y matado al menos a alguno de los soldados. White se enfureció por aquello, obviamente, y cuando uno de los nuevos colonos fue hallado muerto, decidió atacar a la tribu de los chicos malos, los powhatans. Salvo que ocurrió lo siguiente: sus hombres lo echaron todo a perder y en lugar de eso mataron a unos cuantos croatoans, bajo el sempiterno lema: «A mí me parecen todos iguales».

Negué con la cabeza.

—Qué bonito.

—Así que, claro, repentina y razonablemente, los croatoan abandonaron toda buena voluntad anterior y se negaron a facilitarles alimentos. Los colonos habían llegado en verano, demasiado tarde para cultivar nada, y lo poco que traían ya se había estropeado.

—Los primeros colonos eran bastante estúpidos.

—Estúpidos o valientes. O las dos cosas. En cualquier caso, White decidió regresar a Inglaterra para avituallarse. No tenía elección. Pactaron que si los demás colonos terminaban teniendo que adentrarse aún más en el territorio dejarían señales que indicaran la dirección que hubieran seguido. Y también que si debían irse por causa de algún ataque, grabarían una cruz en algún lugar bien visible. El problema fue que cuando White regresó a Inglaterra descubrió que su país estaba en guerra con España, así que no logró emprender el camino de vuelta a Roanoke durante los siguientes tres años.

Pensé en ello un momento. Quedar abandonado en una tierra extraña con unos vecinos que te odian y la comida a punto de terminarse. El jefe se va de excursión y desaparece durante un período de tiempo casi idéntico al que hay entre dos Juegos Olímpicos.

—¿Y cuando regresó…?

—Habían desaparecido. Todos. Nadie vivo, ni rastro de los cuerpos. Sus efectos personales abandonados tal cual. Sin señales de ninguna cruz grabada en ninguna parte. Había, sin embargo, la palabra «Croatoan» grabada en el poste de una puerta.

—Está bien —dije—. Es bastante siniestro. Pero ¿qué ocurrió?

Se encogió de hombros.

—Ese es el último dato fiable que se conoce. White quiso averiguar lo que le había ocurrido a la gente que había dejado atrás, pero al capitán y a la tripulación del barco les preocupaba bastante menos, así que le obligaron a volver a Inglaterra. Intentó que se organizara una nueva expedición hacia finales de la década del noventa del siglo XVI, pero esa vez Raleigh y sus inversores ya habían perdido el interés. Desde entonces han sido muchos los que han intentado encajar las piezas del puzle, empezando por un tipo llamado John Smith que estuvo en la colonia de Jamestown veinte años después.

—¿Y?

—Smith habló con la gente del lugar y sacó unas cuantas

conclusiones, que son en buena medida las mismas que siguen más o menos vigentes. Resulta que la palabra «croatoan» se aplicaba no solo a una tribu sino también a una extensa y no muy bien definida área geográfica. Así que podrían haberlo grabado para indicar un destino, según lo acordado con White. Por otra parte, también podía significar que los propios croatoan hubieran cambiado de actitud y empezado a ayudar a los desventurados colonos. O, si prefieres creer que aquello significaba que la tribu en cuestión había empezado a atacarles, entonces puedes conjeturar que los colonos se vieron obligados a adentrarse en el territorio. Todas esas ideas conducen a la posibilidad de que algunos o tal vez todos los colonos (algunas teorías suponen que los varones fueron asesinados, dejando solo a las mujeres y los niños) fueran asimilados por alguna tribu, cercana o no tanto; y hay un par de pueblos nativos, en especial los lumbee, que llevan mucho tiempo reivindicando esa hipótesis, y algunos de sus argumentos al parecer son muy sólidos. Al menos desde mediados del siglo XIX, empezó a tomarse en serio esa teoría y las especulaciones sobre el asunto se remontan a los tiempos de Jamestown. Un sacerdote de mediados del siglo XVII, cuenta en su diario su encuentro con un grupo de nativos amistosos que hablaban en inglés, y se rumorea también acerca de cierto explorador alemán cuyo nombre no pude descubrir que afirmaba haber tenido varios encuentros con una «poderosa nación de hombres barbados», es decir, posibles descendientes de los colonos.

Creía que lo de las palabras grabadas en la puerta de la cabaña no me había impresionado demasiado, pero, mientras John explicaba todo aquello, sentí un frío repentino, como si me hallara en medio de la nada, en compañía de los muertos.

Zandt agitó un brazo para llamar la atención del camarero. Este llegó apenas a decirle que estaba ocupado cuando captó la mirada en los ojos de Zandt y se fue derecho a buscarle otra cerveza.

—La cuestión es por qué lo habían grabado en la puerta de la cabaña que encontramos.

—¿Una cita? —dije—. ¿Cómo una referencia al misterio de Roanoke? Pero ¿qué sentido tendría?

—Intenta decirnos algo.

—La verdad es que no creo que aquel lugar tenga nada que ver con Paul. No había nada que lo relacionara con eso. Y, de todos modos, ¿por qué se tomaría la molestia? ¿Por qué querría decirnos algo?

—Se pasó medio encierro de Sarah Becker dándole conferencias. Y además está también ese texto que encontraste en internet hace tres meses, aquella perorata en la que contaba que todos, salvo los Hombres de Paja, estamos infectados por el virus social que nos hizo caer en el sedentarismo. Está de misión informativa.

Hicimos una pausa mientras que dejaban las consumiciones frente a nosotros.

—Lo importante acerca de Paul —dije—, es que no se considera un lunático más.

—Ninguno, Ward. Ninguno de esos hombres se levanta un buen día por la mañana y piensa: «Hoy voy a hacer cosas malas». Hacen lo que hacen, algunos entienden que eso está mal, otros no, pero en ninguno de los dos casos es esa la razón por la que lo hacen.

—Sí —dije irritado ante su tono—, lo entiendo.

—Lo hacen sencillamente porque eso es lo que hacen, igual que los yonquis se revientan con el caballo. No es que intenten matarse. No es que intenten joderse la vida. Simplemente tienen que conseguir un poco de heroína, igual que tú necesitas un cigarrillo y otra gente necesita llevar los zapatos impecables o grabar en vídeo su programa favorito o asegurarse tres veces de que ha cerrado la puerta con llave cuando sale de casa. Todos tenemos nuestras fórmulas mágicas, nuestros rituales de conservación, el gesto privado que permite que el mundo siga funcionando.

—¿Y cuál es el tuyo, últimamente? ¿La cerveza?

—Que te jodan.

—¿Qué pasa con Nina y contigo?

—No es asunto tuyo.

—Sí, sí que lo es —dije ahora enfadado—. Hay tres personas en el mundo que conocen la existencia de los Hombres de Paja. Me he pasado tres meses dando vueltas por el país, intentasndo no

cruzarme en su camino. Le pegué una paliza a un pobre desgraciado de Idaho porque pensé que había venido a acabar conmigo. Me he metido en algo muy arriesgado y tengo muy pocos recursos: vosotros dos.

—¿Y qué hay del dinero de tus viejos?

—Se ha esfumado —dije—. No lo he gastado. Me lo soplaron. Se lo quedaron.

—Mierda —dijo—. Lamento oír eso. —Miró al otro lado de la calle por un momento—. Las cosas están jodidas —dijo finalmente mientras contemplaba, al parecer, a un hombre que estaba moviendo los cuadros de lugar en el escaparate de una galería—. Me fui a vivir con ella. Ya sabes que estuvimos juntos antes, cuando yo estaba casado. Pensé que funcionaría. Ambos lo pensábamos. Pero ella… tiene un carácter bastante fuerte.

—Cierto. En cambio, tú eres blando como un oso de peluche. —De nuevo volvió la cabeza, su mirada terminó en mí como si fuera el objeto más interesante o destacado de su campo de visión solo por un estrecho margen—. Siempre lo he creído. ¿Qué estabas haciendo en Florida?

Se limitó a negar con la cabeza. Empezaba a hartarme en serio.

—Está bien, dime, ¿qué más has descubierto?

—Nada —dijo.

—¿Eso es todo? ¿Has hecho todo el camino hasta aquí solo para decirme eso? ¿Esa es la gran noticia?

—No le he dedicado todo mi tiempo, Ward, y además no tengo que darte explicaciones. Intentaba tener una vida. Hay otras cosas que también importan. Los Hombres de Paja no lo son todo en el mundo. El Hombre de Pie es solo un asesino más.

—Tonterías —dije en voz alta—. Mató a tu hija y a mis padres. No es un caso más. ¿Y la conclusión a la que llega tu investigación es una gilipollez que ocurrió hace cuatrocientos años?

—A veces tienes que retroceder un largo camino para hacer lo que se debe hacer.

—¿Y eso… qué significa?

Se encogió de hombros. Había dicho cuanto tenía que decir. —

Y ahora, ¿qué harás?

—Registrarme en algún hotel, supongo.

—El de aquí al lado no está mal.

Tan pronto como lo dije me sentí expuesto y deseé haber mantenido la boca cerrada.

Él sonrió.

—Demasiado caro para mi gusto, Ward.

Hundiéndome más a mí mismo:

—Entonces acepta un préstamo.

—¿Un préstamo? Creí que eras el chico sin recursos.

—John, ¿por qué te pones tan gilipollas?

Se levantó y tiró diez pavos encima de la mesa.

—Porque va a hacer falta más para lidiar con ellos —dijo.

Se alejó calle arriba y no miró hacia atrás. Le estuve observando hasta que desapareció de mi vista, y luego subí a mi habitación para hacer las maletas.

12

Eran poco más de las seis y Tom estaba en el balcón que recorría toda la fachada de aquel edificio de dos plantas en forma de L que era el motel cuando el coche se detuvo en el aparcamiento. Se sentía mejor en muchos aspectos, pero peor en otros. Salir de la comisaría lo había ayudado. Y también cambiarse de ropa. El agente había tenido la paciencia de esperarle mientras Tom elegía unos vaqueros nuevos, una chaqueta de lana y todo lo que debía ir debajo. El resto de sus pertenencias anteriores a Su Tiempo Fuera estaban almacenadas en el maletero del coche de alquiler, que ahora se encontraba en el aparcamiento.

Una larga ducha caliente y un rato sentado en la única silla de la habitación le llevaron al punto de sentirse más o menos capaz de ir a buscar comida. Había guardado la ropa vieja en la bolsa de la nueva. Aunque costara creer que estuviera en condiciones de usarla de nuevo, sentía una especie de vínculo supersticioso con esa ropa. Una parte de su mente —la misma que había sabido conservar cada cartera que había tenido— estaba preparada para conceder cierto ascendente a las cosas inanimadas, para creer que el poder se encuentra encerrado en las cosas mismas. Sin esa ropa, quién sabe lo que le hubiese ocurrido.

Y aunque no habría sido capaz de admitirlo del todo, ni siquiera ante sí mismo, había también otra cuestión. La ropa era su testigo. Había estado allí. Sabía lo que había visto, o sentido. Durante todo el tiempo que había pasado luchando en la naturaleza, desesperado por reencontrarse con la civilización, Tom tuvo un solo pensamiento

en mente: No era solo que ahora, después de todo, quisiera seguir vivo, sino que tenía una razón para ello. Sabía algo. Traía noticias.

La experiencia no resultó como había esperado.

Todavía creía en lo que había visto… o sentido. Era evidente que nadie más le creía. El *sheriff* había definido su posición con extrema claridad, y el ayudante compartía su parecer. Los quince minutos que Tom había pasado en la pequeña tienda de ropa frente al mercado le habían demostrado que las noticias vuelan. Había deducido que la tal Patrice debía de haberse enterado lo bastante de su historia a esas alturas como para ir y soltarles su descorazonadora bomba informativa (luego, se pasó cinco minutos disculpándose profusamente ante Tom, lo cual en cierto modo había empeorado todavía más las cosas). La gente enseguida supo lo que aquel hombre decía haber visto. Y cuando sacó la tarjeta de crédito para pagar sus compras, a Tom no le cabía ninguna duda de que todo el mundo sabía —o creía saber— que era un loco.

«Estaba en Frank's hace dos noches, ¿sabes?, borracho como una cuba. Intentó suicidarse en el bosque, pero no con una pistola ni nada así de macho. Con pastillas, creo. Se desmayó, pensó que había visto algo. Luego estuvo dos días perdido. ¡Qué raro!».

Raro o triste. La chica que estaba detrás de la caja registradora no articuló ni una sola palabra sobre ese particular, pero su muy, muy amable sonrisa lo decía todo. El tipo al otro lado del mostrador en la recepción del motel tampoco le había mirado demasiado a los ojos, pero al final, otra vez, la misma sonrisa sesgada. Tom captó el mensaje. Estaba a un paso de convertirse en el hazmerreír del pueblo. Y a dos pasos de ser algo mucho peor. Si Connelly decía una palabra de lo que había descubierto, las sonrisas amables desaparecerían. Y Connelly no lo sabía todo.

Una parte del tiempo que permaneció sentado lo pasó observando el teléfono, preguntándose si debería llamar a su casa. Habían transcurrido tres, cuatro días. No recordaba si había llamado o no la noche anterior a Su Tiempo Fuera. Sabía que aquel detalle no decía nada bueno de su estado mental. No creía haberlo hecho, aunque sabiamente se negaba a sí mismo la tentación de afirmar

nada con rotundidad. Sentía que le debía una llamada a Sarah, para que supiera que estaba bien, pero a la vez era consciente de que ella no tenía razón alguna para sospechar que no fuera así. Por otro lado, su silencio telefónico no sería sino otra prueba a favor de la corriente de pensamiento «Tom es un gilipollas». Quería contarle las novedades. Tenía que contárselo a alguien, y una de las revelaciones clave que había tenido durante Su Tiempo Fuera había sido comprender que le importaba mucho Sarah. No tenía por qué contarle la razón que lo había llevado a adentrarse en el bosque en primer lugar (aunque tal vez se lo dijera más tarde, debía concederle espacio a la auténtica primicia); podía contarle solo lo que había descubierto. El problema era que, cuánto más trataba de aferrarse al sentimiento que lo embargó durante su estancia en el bosque, el de que estaba en peligro pero que el riesgo valía la pena, más equívocas le parecían sus noticias.

Sin eso, no había motivos para llamar a «casa», ni tampoco nada nuevo que decir. ¿Y adónde le conduciría todo aquel asunto, a fin de cuentas? «¿Esa cosa que todo el mundo sabe que en realidad no existe? ¿El enorme y estúpido peluche que a fin de cuentas siempre resultó ser un fraude? Yo lo vi. Estuve así de cerca de esa bestia mítica. Estaba de pie, junto a mí, y pude oler su horrible aliento. Al menos… eso creo: ocurrió mientras estaba borracho, fuera de mis cabales y medio dormido, y a un par de arcadas de la muerte. Y luego vi una huella. Aunque tal vez no, a decir verdad, en esos momentos oía voces. Esas son mis noticias. P. D.: Te quiero».

Seguro que volvería a ganarse su respeto. Probablemente dejaría caer al teléfono para ir corriendo a su lado. Mi valiente explorador. Mi… maldito idiota retrasado.

No. Lo que Sarah sabía de él hasta el momento era malo, pero no tanto como lo que podría llegar a descubrir un día. Si les quedaba alguna posibilidad de superarlo, alguna posibilidad al fin, las cosas tenían que ir bien a partir de ese mismo momento. Sarah debía creer en su palabra por encima de la de todos los demás. No podía llamarla ahora y quedar como un lunático. Ni siquiera quería mandarle un mensaje de texto. Cuando volviera a comunicarse con

ella, sería para iniciar un camino ascendente. Sin embargo, por mucho tiempo que pasara fuera, en el balcón, no lograba imaginarse en qué lugar empezaría uno de esos caminos.

El coche rodeó el aparcamiento dibujando una suave curva y terminó deteniéndose en el centro. La puerta del conductor se abrió casi inmediatamente y salió un hombre. Era un poco más alto que la media, tenía el pelo castaño, bien cortado y parecía de ciudad.

Levantó la vista hacia el balcón y le dirigió un breve saludo.

—¿No será usted Tom Kozelek, por casualidad?

Tom frunció el ceño por un momento en dirección a aquel hombre.

—Sí —dijo al fin—. ¿Quién es usted?

El hombre esbozó una sonrisa.

—¿Qué le parece? He hecho un largo camino para hablar con usted y, al fin, aquí le tengo, ni más ni menos.

—Vale —dijo Tom—. Pero ¿quién es usted exactamente?

El hombre sacó una tarjeta de su cartera y la levantó. Estaba demasiado lejos para que Tom alcanzara a leer las letras, pero el logotipo le resultaba familiar.

—Soy alguien que quiere escuchar su historia —dijo—. Así que… ¿tengo que subir allí arriba o me permite usted que le invite a una cerveza?

A las siete y cuarto, Al Connelly seguía sentado en su despacho de la comisaría. En realidad, no había ningún motivo para que fuera así. Phil no estaba de servicio, pero su otro ayudante, Conrad, mataba el tiempo fuera, en la puerta. Connelly podría estar ya en casa, pero la verdad era que tampoco allí había mucho que hacer. Estaba a punto de levantarse y salir cuando alguien llamó a su puerta. Levantó la vista y descubrió a Melissa Hoffman esperando afuera.

—Doctora —dijo Connelly—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Bueno —dijo ella—, en realidad, nada. Es solo que… bueno, he descubierto algo y pensé que tal vez debía contárselo.

El *sheriff* le echó un vistazo a la máquina que había en la esquina y vio que estaba medio llena.

—¿Le apetece un café?

Ella asintió y luego se sentó con timidez. Siempre lo hacen. No importa lo mucho que se esfuercen por parecer relajados: todos, salvo unos pocos, muy pocos, ponen cara de querer que les esposen de inmediato, por si acaso tuvieran algún pecado olvidado. Los pocos que no lo hacen son siempre auténticos criminales que en el fondo, muy en el fondo, simplemente no entienden nada de eso.

El *sheriff* sirvió un café para cada uno, tomó asiento y no dijo nada.

—Está bien —soltó ella—. He hecho algo malo. Esta mañana, cuando estuve aquí viendo al tipo de la montaña, al salir, me fijé en una cosa que había en su mochila.

—¿Qué clase de cosa?

—Esto —dijo, y dejó algo encima del despacho de Connelly. Él lo tomó entre los dedos y lo hizo girar. Parecía un puñado de malas hierbas. Viejos hierbajos—. Probablemente no debería haberlo cogido.

—Probablemente —dijo él—. ¿Qué es?

—Fue por eso justamente —respondió ella—. Lo vi allí, en realidad era uno de los muchos que había en la mochila, y me pregunté qué sería. Usted tenía aquí a un tipo haciendo declaraciones descabelladas que todos sabemos que no son ciertas.

—Ya se ha aclarado todo —dijo Connelly con aplomo—. Al parecer, hubo una confusión.

—Ah —dijo Melissa, decepcionada—. Entonces tal vez esto no sea noticia, después de todo. Simplemente creí que mi deber era comprobarlo. Quería descartar la posibilidad de que hubiera conseguido alguna porquería por aquí y que, por lo tanto, pudiéramos tener que vérnoslas con una plaga de drogatas.

—Bien pensado —dijo él—. Y entonces…

—Resulta que tengo una vecina que sabe mucho de hierbas y plantas. Se lo llevé, para ver si podía decirme de qué se trataba.

—¿Podría ser que estemos hablando de Liz Jenkins?

Melissa pareció incomodarse muy levemente.

—Sí.

—Entiende mucho de hierbas, ya lo sé. De hecho, si surge la oportunidad, podría encontrar el modo de aconsejarle que fuera un poco más discreta con el uso que les da. Y a su novio también.

—Lo haré —dijo Melissa—. Y yo también sé todo eso, en parte por eso se lo llevé a ella.

—Ah, ¿sí?

La mujer se ruborizó.

—Sí. Pensé que ella sabría reconocer el tipo de sustancia que a algunas personas les puede apetecer fumar.

Connelly sonrió.

—En cambio, usted estaría completamente perdida.

—Exacto. —Melissa ladeó la cabeza y le devolvió la sonrisa mientras pensaba, por primera vez, que Connelly era mejor tipo y más discreto de lo que creía la mayoría de la gente—. ¿Puedo seguir?

—Me muero de ganas. ¿Sabía de qué se trataba?

—En realidad, son dos cosas. —Melissa puso una hoja de papel encima de la mesa del despacho y la alisó para que ambos pudieran (o intentaran al menos) leer la barroca caligrafía de Liz—. Si lo mira de cerca, verá que uno de los tallos tiene todavía restos de pequeñas florecillas. Yo al principio no las vi. Esa es la que se llama *Scutellaria laterifolia*, o tercianaria o, a veces, hierba de la celada.

Melissa se echó hacia delante para separar otra delgada ramita que a Connelly le parecía indistinguible del resto.

—Y lo otro es *Valeriana officinalis*, o simplemente valeriana. Bien. La *Scutellaria* crece en todo Estados Unidos y también en el sur de Canadá. No es especialmente rara. Lo interesante según Liz, es que un grupo denominado los Eclécticos la usaba en el siglo XIX como sedante y para tratar el insomnio y el nerviosismo.

Connelly asintió, intuía que había algo más.

—Y la valeriana la menciona ya un herbolario anterior a la guerra civil llamado Thompson. Según él, los primeros colonos descubrieron que varias tribus indias la usaban, y la llamó, Liz me mostró la cita, «el mejor nervino conocido», es decir, el mejor

tranquilizante. Hoy en día se usa como tratamiento alternativo para la ansiedad, los dolores de cabeza y, una vez más, el insomnio; y Liz asegura que hay estudios que demuestran que es más eficaz que el Valium.

—Muy interesante —dijo Connelly—. Es increíble la cantidad de cosas con las que puede dar uno yendo por estos bosques.

—Sí, lo es.

—Así pues, me está diciendo que no se trata más que de flora local que se le enredó a ese tipo en la mochila mientras andaba a trompicones por la noche.

—No, Al, no estoy diciendo eso en absoluto. Y no lo digo por tres razones. —Dejó el café encima de la mesa y enumeró con los dedos—. La primera es que sería una coincidencia como una casa que dos hierbas medicinales cayeran en su mochila, y además dos que encajaran perfectamente con las necesidades del estado mental del tipo en ese momento. La segunda es que, si uno se fija en la parte inferior, da la impresión de que han usado uno de los tallos para atar las dos ramas.

—Eso no lo veo —dijo Connelly—. Podría ser solo el resultado de cómo se revolvieron en la mochila.

—Está bien —dijo Melissa—, dejémoslo así. Pero aquí está el quid de la cuestión: la *Scutellaria laterifolia* es caduca. Muere en invierno.

Connelly no dijo nada.

—Al, ese tipo podría haber ido arrastrando su mochila de aquí a Vancouver y nada de eso habría terminado dentro. Lo cual significa que estaba allí deliberadamente.

Connelly la miró durante un largo instante, luego alargó el brazo y cogió de nuevo la jarra de café. La levantó para ofrecerle más, pero Melissa negó con la cabeza. Se tomó su tiempo para servirse otra taza, mientras en silencio deseaba haberse marchado a casa un poco más temprano.

—La verdad es que no veo adonde nos lleva todo esto —dijo por fin—. Muy bien, el tipo hace poco que fue a un herbolario. ¿Qué importancia tiene?

—Puede que ninguna —dijo Melissa—, pero no me lo imagino comprando esa especie de remedios secos y llevándoselos en lo que él mismo reconoció que era una excursión suicida. ¿A usted le parece que tiene sentido?

—No, supongo que no. —Connelly podría haber sugerido que aquellas plantas habrían llegado hasta allí en alguna otra ocasión o excursión anterior, pero ya había advertido que el modelo de mochila que tenía Kozelek se encontraba de oferta allí mismo, en Sheffer—. Entonces, ¿adónde nos lleva esto, señora Fletcher?

Melissa se rio de un modo muy atrayente.

—A ningún lado. Simplemente, pensé que debía comunicárselo. Tenemos una cena en casa de los Wilson esta noche, así que de todos modos nos quedaba de camino. Dejé a Jeff en el Frank s y de hecho, a menos que quiera perder a los Wilson como amigos y compañeros de cena, debería ir a sacarlo de allí antes de que pida otra ronda.

Connelly la acompañó hasta la calle y se quedó observándola mientras cruzaba la carretera mojada en una larga diagonal hasta la fachada del Frank's, bañada en la cálida luz y el neón, poniendo toda su atención en no estropearse los zapatos de vestir. Era una buena doctora, pensó Connelly, y no le importaba si ella y Liz Jenkins pasaban alguna tarde que otra en privado sin hacer nada de provecho. También Al había disfrutado de noches semejantes, en otro tiempo. Era más que probable que la mujer terminara olvidando todo ese asunto de las plantas. En realidad, no la llevaría a ninguna parte.

Pero aun así volvió a su despacho, se sentó y pensó un rato más.

Tom y el periodista apenas habían empezado su segunda cerveza en el Frank's cuando entró la doctora para recoger a un tipo que, presumiblemente, era su esposo. Aquel hombre estaba allí sentado, hablando afablemente con el camarero al otro lado de la sala. Tranquila pero firme, ella le obligó a abandonar la bebida en la barra y se lo llevó afuera. Tom se volvió para verlos pasar por delante de la

ventana y advirtió que la mujer se reía a carcajadas de algo que le había dicho su marido. Tom también había hecho reír a las mujeres una vez. De repente, echó mucho de menos aquel sonido.

—¿Alguien conocido? —dijo el periodista.

Tom negó con la cabeza.

—La doctora del pueblo. La policía la llamó para que me hiciera un chequeo.

—Guapa.

—Eso creo —dijo Tom—. Ocupada, lamentablemente.

—Hoy día todo el mundo está con alguien, Tom. Incluso tú, a juzgar por el anillo de casado que llevas. ¿Hay algo que tenga que saber sobre eso? ¿Sobre cómo terminaste allí arriba tú solo?

—Pasaba ciertas dificultades en casa —dijo Tom—. Vine hasta aquí con la intención de aclararme las ideas.

—Está bien. Por ahora, me basta con eso.

Tom se preguntó cuánto tiempo tendría que pasar antes de que aquel tipo decidiera que tenía que saber más sobre el asunto, y cómo podría hacer para mantenerlo alejado de esa información. Dejó la cerveza sobre la mesa y lo observó. Bastaba con fijarse en sus impecables traje y camisa para dar por seguro que aquel no era más que otro tipo de ciudad, y que probablemente no fuera tan listo como él mismo se creía. Como era habitual en él, sonreía. Tom supuso que aquel rasgo debía de ser muy práctico cuando uno tiene que conseguir que la gente le cuente algo. El tipo —cuyo nombre era Jim Henrickson— trabajaba para el *Front Page*, cuyo logotipo rojo y blanco Tom había reconocido a treinta metros de distancia. Moda, fiestas, famosos… —todo eso combinado con «El escondite de Hitler en la Antártida», «Los alienígenas me abdujeron el sueldo», y «Nace niño-pez en Idaho, hijo de una reina de la belleza». Y ahora, además… «Diseñador suicida encuentra a Bigfoot».

La diferencia radicaba en que los titulares de *Front Page* nunca eran tan manidos como eso, y los redactores invertían no pocas energías en parecer periodistas de verdad. Incluso aunque alguna de las historias cayera de lleno en la categoría de lo freaky, estaban siempre redactadas con sobriedad en el estilo y con un punto de

vista mesurado. Además, llevaba fotografías. El mundo del espectáculo se lo tomaba bastante en serio, y sus redactores de moda y cine recibían invitaciones para todas las fiestas importantes. Para tratarse de prensa rosa, tenía bastante categoría. Aquello suponía una diferencia. Si Henrickson hubiera sido del *Enquirer* o del *World* News, Tom estaría ahora en otra parte. Comiendo, probablemente. Pero de algún lugar tienen que arrancar las noticias, y durante la última media hora Tom había empezado a pensar, cada vez más convencido, que quizá, a fin de cuentas, hubiera encontrado el público adecuado para hacer su gran anuncio.

—Me crees —dijo.

—En realidad, sí.

Tom se sentía exhausto, raro y sensible. El otro hombre lo notó y muy amablemente le dio una palmada en el hombro.

—Está bien, amigo.

—¿Por qué? —preguntó Tom—. Nadie más me cree.

—La razón principal es que no me pareces un mentiroso, y la mayoría de las cosas absurdas que oigo son mentiras más que errores. En segundo lugar, porque, de hecho, esta no es la primera vez que vengo por aquí tras una historia parecida a la tuya. Hace nueve meses, tres cazadores, a ochenta kilómetros al noroeste de donde estamos ahora, cerca de Mazama, informaron de un incidente semejante. Algo se había presentado en su campamento de noche. Un olor acre. Oyeron también algunos ruidos extraños, una especie de gemido. ¿Oíste algo parecido?

—No. Pero estaba… dormía muy profundamente antes de despertarme.

—Cierto. Bueno, se asustaron muchísimo. Eran tres tiarrones, que iban al bosque desde pequeños, y salieron corriendo aterrorizados y sin control.

—No recuerdo haber oído la noticia.

—Léenos todas las semanas. ¿Lo haces?

—No —admitió Tom—. Cuando estoy en alguna sala de espera, más que nada. Lo siento.

—Me da pena lo que insinúas, Tom. Las salas de espera son un

medio importante. Llegamos a hombres y mujeres que están bajo ansiedad predental, más poder para nosotros. No, bueno, no oíste la noticia de los cazadores porque no la sacamos. Puede que a nuestra competencia le basten las habladurías de tres barbudos de camisas a cuadros, pero eso no sirve para los exigentes lectores de *FP*. Nuestro punto de vista es este: aunque tratemos sobre hechos extravagantes, no los tendremos siquiera en cuenta a menos que pensemos que nos encontramos ante un caso.

—¿Y «El escondite de Hitler en la Antártida»?

—¿Qué puedo decirte? —El hombre rio, extendiendo las manos —. Era una formación rocosa extraña y muy antigua, de eso no hay duda. Personalmente, yo no lo habría publicado, no me cuesta admitirlo, pero mi voz es solo una más. Vendimos una gran cantidad de ejemplares, eso puedo asegurártelo. Hitler, el eterno malvado. Lo echamos de menos, ahora que ya ha desaparecido. En cualquier caso, mi opinión es que si algún día llega a encontrarse a Bigfoot en alguna parte, va a ser aquí, en la costa noroeste. Ha habido literalmente cientos de casos de avistamientos a lo largo de los años, empezando por el de un muchacho llamado Elekah Walker, en el siglo XIX. Y además hay muchos otros indicios. En toda esta zona de Estados Unidos se han descubierto esculturas de piedra que representan figuras semejantes a monos, a pesar de que aquí no haya primates autóctonos; o eso dicen.

—¿Y no había además algunas imágenes en vídeo?

El hombre hizo un gesto negativo.

—La película de Patterson. Se descubrió que era falsa, no hace mucho, de hecho. Y todas las demás también… o falsas o probablemente falsas, sin que nada indique lo contrario. Ese es tu mayor problema en este asunto. Hay mucha gente que no quiere que se sepa la verdad. Si les das la menor oportunidad, acabarán contigo. Pero llegaremos hasta el fondo. —Henrickson tomó un sorbo de cerveza, con los ojos resplandecientes de buen humor—. ¿Quieres saber la verdad? Las teorías conspirativas son una patraña.

—Claro —dijo Tom asintiendo—. Vale, ¿cuál de ellas?

—No una. Todas. Las inventan las autoridades, para esconder lo

que ocurre de verdad.

Tom rio.

—Esa es buena.

—No bromeo. La única teoría auténtica es esta, porque la inventé yo. Cuanto más rara parezca, más probable es que una teoría sea cierta. Solo suena extraño en el contexto de las mentiras que nos han entrenado para aceptar.

—Me he perdido —dijo Tom.

—Las autoridades controlan toda la información; así pues, también tienen que haber sido ellos los que inventaron las teorías. Planearon todas esas «teorías conspirativas» porque la verdad sería aún peor si la supiéramos. Por ejemplo: conoces la hipótesis de que nunca aterrizamos en la Luna, ¿verdad?

—Vi un programa en televisión. Además, hay una película…

—Cierto. Pero el hecho es que esa idea es en sí misma una teoría conspirativa falsa, inventada para desviar la atención de la auténtica verdad. No hay Luna.

—¿Perdón?

—No hay Luna. Y tampoco planetas. Todo el mundo se desgañita sobre si fuimos allí o no, y así esquivan la auténtica verdad. Que allí… no hay ningún allí. Galileo se drogaba. Así es, amigo. Esta bola de piedra es todo lo que tenemos. El gobierno sabe cosas sobre los alienígenas y las oculta, ¿verdad? El hecho es que no hay alienígenas porque, véase más arriba, no hay resto del universo. La idea se la inventaron cuando fue evidente que necesitábamos un nuevo horizonte o el martes siguiente nos habríamos matado los unos a los otros. ¿Quién va a llegar antes a la Luna?, ¿nosotros o los ultrapérfidos rojos? Así que fuimos allá, pero luego fue como si enseguida nos hubiéramos aburrido y el asunto ya no nos preocupara en absoluto. ¿No es extraño? Llegamos hasta allí con tecnología de hace cuarenta años, ¿y no lo hacemos ahora que podemos embutir todos esos ordenadores en la cabeza de un alfiler?

—Pero están los transbordadores espaciales.

—Cierto. Y cada tanto uno de ellos revienta. «Y por eso no hemos llegado aún a Marte, chicos y chicas; porque el espacio es

peligroso». Son todo patrañas, y para eso tenemos a los hombrecitos verdes. Nosotros no vamos allí, pero ellos sí vienen aquí abajo, por lo tanto, tienen que existir. Y no hay solo burdas mentiras sobre horizontes lejanos. Dime: ¿quién mató a Kennedy?

—No lo sé. En mi opinión, es algo así como un misterio.

—Cierto. Y eso, ¿por qué?

—Sospecho que me lo vas a contar.

—Para encubrir el hecho de que Kennedy no está muerto.

—¿No está muerto?

—Por supuesto que no, Tom. De hecho, es una historia casi tierna. La gente a la que su familia había jodido lo obligó a quitarse de en medio (la mafia, los nacionalistas cubanos, la CIA); fue algo así como un «Desaparéce o acabaremos contigo». Así que cerró un trato para que él y su único amor verdadero (Marilyn, ¿quién si no?) pudieran desaparecer de escena. Se fingieron sus muertes, y ahora viven juntos en Escocia. Montaron una granja de alpacas. Una de las primeras de Europa, creo. Es un negocio pequeño, pero les va bien y, ya sabes, se tienen el uno al otro, ¿no? Por eso todavía les cae mierda encima a los demás miembros de la familia Kennedy. Algunos saben lo de la granja de amor secreta de JFK. Se supone que tienen que mantener la boca cerrada, o toda la conspiración saldría a la luz y la gente pensaría: «Coño, entonces, ¿qué más no es cierto?». Al primer indicio de que un Kennedy está a punto de soltar la lengua, ¡bum!, se convierte en historia. Desacreditado, muerto, o ambas cosas a la vez. Corre el rumor de que *lady* Di se enteró del asunto. ¿Hace falta que siga?

—No puedes creerte todo eso en serio.

El hombre sonrió.

—No —admitió—. No fue eso lo que le ocurrió a JFK. Pero eso es lo primero que aprendes en el negocio. La verdad es insustancial. Lo que cuenta es lo que la gente cree.

Hubo un ruido a la altura del codo de Tom, y descubrió que había llegado una nueva cerveza. No recordaba que la hubieran pedido. Otra habilidad muy práctica en un trabajo como el de Henrickson.

—Jim, no hace falta que me emborraches —dijo.

—Tom, Tom, Tom —dijo Henrickson negando con la cabeza —. ¡Por Dios! Y tú piensas que soy yo el paranoico. Créeme. Me apetecen unas cuantas pintas, y tú me haces compañía. Ahora ya estás dentro del sistema, y eso significa que no van a tomarte el pelo. Tenemos una historia, espero, y eso significa que te van a pagar un montón. Aunque quiero que me des tu palabra, aquí y ahora, de que vas a hablar de esto solo conmigo y con nadie más.

—Claro —dijo Tom, porque tampoco conocía a nadie más que fuera a escucharle.

—Excelente. Eso quiere decir que solo nos queda una cosa por aclarar.

—Algún tipo de prueba.

—No me refiero a una prueba legal, naturalmente. Si tuviéramos eso, entonces sería yo el que diría: «Que te zurzan, *Front Page*—, vamos a hablar con la BBC, la CNN y el *New York Times*». De todos modos, necesitamos algo. Tienes una descripción que suena prometedoramente parecida a la cosa con la que tropezaron los cazadores, pero podrías haberte enterado de eso en alguna otra parte.

—Pero no había oído hablar de…

—Te creo. Pero otros no lo harán. También tenías una huella, pero ya habrá desaparecido hace tiempo, y por otra parte está el inconveniente de la mujer de Anders y sus estúpidas botas.

—Pero eso todo —dijo Tom—. Eso es todo lo que tengo.

—En realidad, no. —Henrickson negó con la cabeza—. No, según lo que me has dicho. Podrías tener algo de lo que ni siquiera te hayas dado cuenta. Mañana iremos a echar un vistazo.

Tom parecía confundido, nada más.

—Confía en mí —dijo el hombre de nuevo, y le guiñó el ojo.

Connelly salió de la comisaría de noche. Una rápida conversación con la señora Anders había explicado el hallazgo de Melissa: fue ella quien puso allí las hierbas. La situación volvió a ser tranquila y

agradable. Consideró la posibilidad de ir a Frank's para tomar un refresco y unas alitas de pollo, pero aquel había sido un día largo y decidió que una cerveza ante el televisor produciría el mismo efecto. Su casa era grande y estaba vacía, pero habría tranquilidad y ninguna llamada telefónica.

Sonaba bien.

13

Diez minutos después de su conversación telefónica con el *sheriff* Connelly, Patrice seguía de pie en la diminuta cocina de su casa: un rincón de escasos uno treinta por dos metros en el salón principal, con una ventana que daba fuera, a los árboles. En aquellos momentos ella miraba hacia allí, aunque, a decir verdad, no veía nada en absoluto.

Durante casi toda su vida, Bill y Patrice Anders habían vivido en Portland. Cuando los chicos se fueron de casa, a mediados de los ochenta, los adultos empezaron a recordar poco a poco cómo hacía uno para pasar el tiempo libre, como si fueran empleados del zoológico a los que la liberación de los animales en la selva hubiera dejado sin trabajo. Comenzaron a salir de la ciudad los fines de semana, disfrutando de su libertad sin demasiado orden ni concierto; y no volvieron a tener horizontes hasta que descubrieron Verona.

Poco más que un bache en la 101, la autopista de la costa que recorre los estados que limitan con el Pacífico, Verona tiene unas cuantas calles, algunas casas de madera, un supermercado y poco más; es muy probable que uno lo atraviese y pase de largo sin que se le cruce por la cabeza la idea de detenerse. Pero si estuvieras conduciendo sin prisa hacia el sur y mantuvieras los ojos bien abiertos al salir del pueblo, entonces, justo después del puente que hay sobre la ensenada, verías una señal que indica la dirección a

Redwood Lodgettes. Una señal grabada a fuego sobre un viejo tronco de madera, que apunta hacia los árboles. Patrice la vio y allí fueron para echar un vistazo. Aquel capricho cambió el resto de sus vidas.

Los Lodgettes eran un capítulo desaparecido de la historia, el típico lugar de recreo a la antigua usanza que suele marcar el fin de una mañana en la carretera y el comienzo de una tarde de baños, de gritos y de andar descalzo por la orilla del mar para regresar luego con arena y pinaza bajo los pies; mamá contenta porque el lugar era bonito y había donde lavar la ropa; papá aliviado porque el gasto era asumible; y los chicos conscientes de todo eso, aunque de un modo difuso, disfrutando por una vez del calor de los lazos familiares con sencillez. Había distribuidas catorce cabañas en aproximadamente una hectárea de bosque, limitada por una orilla rocosa a un lado y la ensenada al otro. En su primera visita, Bill se empeñó en embozar el plano de su cabaña (la número 2), de lo impresionado que se había quedado con el modo en que lo habían distribuido todo: la sala de estar, una pequeña cocina, el dormitorio, el baño y un trastero, exprimiendo cada centímetro de espacio habitable en aquella robusta construcción de madera de seis por seis metros. Una estufa de leña en la sala de estar la convertía en el lugar perfecto para pasar los tranquilos atardeceres de primavera; el dormitorio resultaba acogedor en las frías noches de invierno. El porche que rodeaba la casa era donde uno vivía durante el verano y el otoño, oyendo los pájaros y el lejano sonido del agua, cavilando sobre lo que le apetecía cenar, con un libro abierto en el regazo para legitimar aquel no estar haciendo nada, incluida la posibilidad de leerlo.

Al atardecer paseaban por el puente que llevaba de vuelta al pueblecito. Descubrieron un bar asentado sobre la bahía mediante unos pilares, con mesas de billar y temas musicales a un volumen apropiado que eran capaces de reconocer; y un poco más arriba en la colina, un restaurante tan bueno como cualquiera de los de Portland. Bebían vino y cerveza del lugar y estaban encantados. Había pasado mucho tiempo desde que todo eso ocurrió. Es difícil que surja la magia a esas edades y en esta época. Verona lo había

conseguido, totalmente. Bill y Patrice se descubrieron respirando más despacio, cogidos de la mano en la playa, sonriendo a los paseantes, contemplando el mar y percibiendo la curvatura de la Tierra. Eligieron los mismos aperitivos tres noches seguidas. La anciana pareja que regentaba los Lodgettes —los Willard— los llamaban por su nombre de pila al segundo día. Cuando llegó la hora de partir, a Patrice tuvieron que llevársela a la fuerza y le arrancó la promesa a su marido de que volverían tan pronto como pudieran.

Se decidió allí y entonces. Cuando hubiera necesidad de apartarse del mundo, allí sería a donde irían.

Pasaron diez años, unas veinte visitas, quizá veinticinco. Los Willard se jubilaron en el 94, pero nada cambió demasiado: Patrice y Bill siguieron pasando allí sus temporadas como las aves marinas que reaparecen en bandadas cada dos años. Estuvieron a punto de llevar a sus hijos, pero la visita no se concretó. Lo cual no era nada extraordinario. Una vez, hablando de John y Nicole, Bill describió la relación que mantenían con ellos como «cordial», y con eso ya estaba casi todo dicho. Todos se querían, de eso no había duda, pero sin perder la cabeza. Ninguno se volvía loco de afecto. El contacto telefónico era regular; las visitas, amistosas. Se reunían para las fiestas importantes, en las que había intercambio de regalos y todo el mundo echaba una mano en la cocina. Sus hijos trabajaban mucho. Si sus carreras eran más importantes que ir a verlos, no había mucho más que decir al respecto. De todos modos, se fueron a Verona. Era agradable tener el lugar para ellos solos, sin tener que preocuparse por si los demás lo encontraban tan cómodo como ellos. No volvieron a sugerir más excursiones familiares.

Más adelante, mientras pasaban en Verona un fin de semana de finales de agosto, les dio por hablar con los nuevos dueños. No tenían una relación muy estrecha —a diferencia de los Willard, Ralph y Becca parecían olvidarles después de cada visita y la afabilidad debía forjarse de nuevo—, pero enseguida se dieron

cuenta de que sucedía algo. Se percibía en el aire la falta de renovación. Lo preguntaron y Ralph se lo confirmó sin demostrar demasiada tristeza: aquel era el último verano de los Lodgettes.

Al oír aquello, a Patrice se le rompió el corazón, y su mano corrió hasta su boca. Apenas les oyó cuando le dijeron que el negocio no daba lo suficiente, y a la vez Cannon Beach, Florence y Yachats se habían vuelto zonas demasiado caras y la gente buscaba lugares un poco más alejados en la misma costa para sus escapadas románticas. Aquello no favorecía a los Lodgettes, los nuevos ricos no querían cabañas rústicas. Lo que buscaban eran reproductores de DVD y zumos ecológicos. La litoterapia era el mínimo indispensable. El establecimiento ocupaba una localización óptima e instalar un hotel *spa* allí sería coser y cantar para alguien que conociera el negocio. Más tarde, John le comentaría por lo bajo a Patrice que si Ralph o Becca hubieran dominado el arte de recordar a sus huéspedes entre estancia y estancia tal vez las cosas hubieran sido distintas, pero así era todo. Un promotor de San Francisco les hizo una oferta que no estaban en condiciones de rechazar.

Se sentaron en la terraza del bar antes de cenar, sorbiendo sus bebidas veronesas: una exótica cerveza para él y un Sweet Manhattan aún más exotico para ella. Hacía mucho, mucho tiempo que Patrice no se sentía tan apesadumbrada. ¿Por qué tenía que ser así la vida? Parecía como si cada año que pasaba el mundo aceptara más y más cosas que no significaban nada para ella, innovaciones que le parecían triviales o confusas pero que se anunciaban como el amanecer de una nueva era. Se lo tomaba lo mejor que podía, ponía todo de su parte para entender los atractivos de los teléfonos móviles, de Windows y de Eminem… ¿Por qué las cosas que sí le importaban tenían que quedar arrinconadas en el proceso? Bill también permanecía en silencio. Tenía aquella mirada, la que ponía cuando intentaba no pensar en algo. Siguió reservado durante la cena, sin molestarse siquiera a repasar la carta de vinos, algo que —desde que más o menos había dejado la cerveza— intentaba acostumbrarse a hacer. Patrice lo atribuía a que se sentía igual que ella, al hecho de que se hiciera las mismas preguntas o, sobretodo,

una pregunta que Patrice estaba demasiado triste para formular en palabras.

¿Seguirían yendo a Verona?

Con la desaparición de los Lodgettes, desvanecido un hotel de los muchísimos que se encontraban en esas guías que les cuentan a las parejas de determinada edad dónde tienen que ir a reavivar su amor (o a enrollarse con sus agentes o vecinas más probablemente), ¿dónde se alojarían? Había otro hotel un poco más lejos sobre la misma autopista 101, al norte del pueblo, pero era un amasijo de ladrillos sin carácter en un predio desarbolado, no un lugar al que uno fuera a propósito o por segunda vez. Podrían intentar volver al establecimiento nuevo cuando hubieran terminado de construirlo, pero eso habría sido un acto de deslealtad a cierto hecho importante, como una infidelidad al sitio antiguo. Ella conocía los caminos entre sus árboles. No podría despertarse por la mañana y tomar el desayuno en una terraza que diera al aparcamiento en el que tiempo atrás estuvo su cabaña.

Así que, ¿qué iban a hacer? ¿Encontrar algún otro lugar? Ella no quería. No quería verse obligada a empezar de nuevo. Tener lo de Verona significaba que se tomaban muchos más fines de semana de lo que hubieran hecho de otro modo. Se ahorraban una decisión. Conocían cada kilómetro del camino, paraban en los mismos lugares para comer, a la ida y a la vuelta. Todo eso iban a perderlo, junto con un número incontable de otros rituales, demasiado pequeños para tener un nombre, hasta el ínfimo chiste que usaban para referirse a la pareja de ancianos gais con la que intercambiaban saludos en la playa («Los dos gentilhombres de Verona»), Por supuesto que habría otros lugares en la costa y tampoco Verona era el paraíso terrenal (el supermercado era testimonial, así que siempre tenían que abastecerse en Cannon Beach), pero sería como buscar una aguja en un pajar. A Patrice le habían robado uno de sus cimientos íntimos, y no lograba descubrir el modo de tomárselo bien.

Mientras andaban cogidos de la mano remontando camino después de cenar, todavía en silencio, Bill la sorprendió sugiriéndole

que tomaran una última copa. Los primeros años lo hacían siempre; cotilleaban sobre los lugareños, Bill se fumaba tranquilamente un cigarrillo en la terraza que daba a la bahía. Poco a poco fueron descubriendo que la cena los dejaba agradablemente cansados, y empezaron a limitarla a un simple paseo hasta casa.

Patrice sonrió, dijo que sí. Estaba contenta. Él era tan bueno… No siempre decía las cosas en voz alta (lo cual la había sacado de quicio en más de una ocasión), pero las entendía. Ella se sentó en la terraza mientras él pedía. Podía ver las luces de algunas cabañas al otro lado de la ensenada, como siempre. Eran como estrellas para ella, algo por lo que guiarse en la vida. Se dio cuenta de que en la siguiente ocasión aquellas luces se habrían extinguido, y comprendió, allí y entonces, que aquella era su última visita. Cuando se volvió hacia el ruido que hizo Bill al salir con una bebida en cada mano, tenía los ojos empañados.

—Lo sé —dijo él, sentándose frente a ella.

Puso su mano sobre la de ella, y miró aquellas luces durante un momento. Luego levantó su copa y la ofreció en brindis. Ella se encogió de hombros. No le apetecía. No había ninguna razón para brindar.

Él insistió, con la copa en alto. Aún más sorprendida, Patrice vio que tenía un cigarrillo en la mano, y por entonces ya casi nunca fumaba. La mujer empezó a sospechar que su mirada distante no significaba lo que había creído. Alzó una ceja inquisitiva y, luego, su copa.

—Tengo una idea —dijo él.

Ahora, de pie allí, mirando todavía al bosque, Patrice podía recordar aquella noche con una claridad que ya no existía para casi la totalidad del resto de su vida. La última gran decisión. Lo último que les pareció todavía dar un paso hacia delante y no quedarse donde estaban, o peor, hacerse a un lado para terminar en un lugar en el que ella nunca había estado.

—Alguna vez hemos hablado de comprar tierras —dijo Bill—.

En algún lugar barato, con árboles.

Era verdad. Lo habían hablado. O Bill lo habló, en cualquier caso. Ella escuchaba, asentía y mostraba una vaga aprobación sin pensar que aquello fuera a ocurrir jamás. No necesitaban ningún otro lugar. Tenían Verona.

Salvo que… ahora ya no.

—Sí —dijo ella.

—Pues puede que ahora lo hagamos.

—Pero no tenemos suficiente…

—Dinero. Sí tenemos. Para la tierra.

—Pero no para construir una casa.

—Cierto. —Tomó aire—. Así que, ¿qué te parece si mañana por la mañana voy a hablar con Ralph y le hago una oferta por una de sus cabañas?

Ella lo miró, deseando que fuera él quien lo dijera.

—La cabaña número 2 —dijo Bill, y para entonces los ojos de su mujer se habían empañado de nuevo—. Hacemos un trato aparte con Ralph. El promotor no las va a querer; son un estorbo. Así no tendrán que tirarla y nosotros podremos llevárnosla a donde queramos.

—¿Puedes hacer eso?

Lo hablaron durante una hora, hasta que a ambos se les desorbitaron los ojos y comenzaron a trabarse al hablar. A la mañana siguiente, Bill cumplió lo prometido.

Ralph hizo una llamada telefónica y media hora más tarde el trato estaba cerrado. Sin embargo, la mirada ausente aún no había abandonado del todo los ojos de Bill: por la tarde las cosas habían progresado y la pareja era propietaria no de una sino de tres cabañas. Bill le dijo a su esposa que podrían tener una para ellos, otra de despacho u oficina y otra para las visitas. Los chicos, tal vez. A Patrice aquello no le preocupaba demasiado. Lo importante era que la cabaña número 2 estuviese a salvo. Seguía deseando que pudiera quedarse en Verona, que los Lodgettes estuvieran allí para siempre, pero, si las cosas no iban a ser así, entonces no se quedarían de brazos cruzados. Le dieron ganas de pegar carteles en la cabaña

indicando que ahora era propiedad suya. Quería levantarla del suelo, ponerla en la baca del coche y llevársela de allí. Quería instalarle un nido de ametralladoras.

Una vez que tuvieron tres cabañas a las que buscarles un hogar, la idea de comprar un terreno pasó de ser un vago ensueño a convertirse en su siguiente obligación. Destinaron unos cuantos fines de semana a buscar algún rincón, y lo encontraron en una zona justo al norte de Sheffer, al este de Cascades. Quedaba a una tarde de viaje desde Pordand, todo por la 5 y luego por la 90; un hermoso pueblecito, encantador sin resultar afectado, y la tierra tenía todavía un precio razonable. Los promotores habían parcelado ya los terrenos junto a la carretera que salía del pueblo, pero no había compradores que fueran tan lejos y algunos de los carteles de «En venta» empezaban a decolorarse. Compraron un lote de dieciséis hectáreas al final de la carretera de acceso, que venía con una tonelada de árboles y un gélido lago particular incluidos. Cruzando la valla de atrás, empezaba el territorio del Parque Nacional, y eso no lo podría cambiar nunca nadie. Esa vez, la cabaña número 2 tendría una residencia permanente.

La mayoría de los servicios ya había llegado, y el resto no tardaría en hacerlo. Contrataron un transporte para las cabañas, y las siguieron con el coche en procesión por la costa. Una de ellas tuvo que ser prácticamente reconstruida del todo en el otro extremo, un gasto extra que no habían previsto, pero, cuando las vio en su lugar, Patrice se quedó helada, las contemplaba con las lágrimas corriéndole por las mejillas. No se volvió hacia Bill. Sabía que a él no le gustaba que lo vieran llorar.

La cabaña número 2 quedó cerca del lago, el «despacho» un poco más lejos en el mismo lugar y la cabaña de invitados justo al otro lado. En cuanto pasaron una semana en sus tierras, Bill y Patrice comprendieron que era allí donde vivían ahora. Vendieron la casa de Pordand, se deshicieron de la mayor parte de sus cosas, y se comprometieron con el lugar. Él reformó y acondicionó a su gusto el despacho y la cabaña de invitados, aprendiendo a hacer cosas que jamás se había dado cuenta de que quisiera hacer. Ella montó un

pequeño jardín alrededor de las cabañas antes de que llegara la nieve y luego se sentaba junto al fuego con un catálogo de plantas y semillas, haciendo planes para cuando llegara la primavera. Pasaron las Navidades en Sheffer, conociendo el pueblo, lo que tenía, lo que no. Sus dos hijos llamaron el día de Navidad, fue agradable.

El 1 de enero de 2001, Bill llevó a Patrice fuera de la cabaña para que viera el banco que había construido junto al árbol más grande que había a orillas del lago: lo había hecho a mano con rústicos troncos que él mismo había llevado allí, en secreto. Se sentaron juntos, temblando, y se tomaron un gran termo de ponche, y ella sentía el calor del abrazo de Bill y más felicidad de la que jamás hubiera creído que pudiera existir.

En marzo descubrieron que Bill tenía cáncer de pulmón. Cuando murió, cuatro meses más tarde, Patrice podría haberlo levantado del suelo con una mano.

14

En una pantalla en algún lugar se ve la imagen, capturada en el pasado, de una mujer sentada llorando en su sofá. El sofá está cubierto con una tela parecida al ante de color óxido oscuro. Parece cuidado, pero de todos modos se nota que es viejo. La pared posterior es blanca, y en ella cuelgan un espejo y un enorme cuadro de unos tulipanes que no está del todo mal. La mujer está en bastante buena forma y está bronceada, salvo los pálidos triángulos que se dibujan sobre sus senos; está desnuda, a excepción de unas bragas blancas y ajustadas. En la mano derecha sostiene un cigarrillo; la izquierda la tiene en el pelo, largo y castaño. Tiene la cara empapada y contraída, los ojos abiertos pero en blanco. Frente a ella hay una mesa auxiliar en donde reposan un enorme cenicero de cristal, dos mandos a distancia y una taza de café medio vacía. Son las primeras horas de una mañana de domingo y parece que la mujer tiene una resaca terrible.

Apura el cigarrillo y lo apaga. El movimiento se ve entrecortado, porque, aunque haga tres meses que eres miembro de esta página, el *software* que utilizas para verla —bautizado con alegría CamFun, un *Shareware* de 12,95 dólares— está programado para actualizar la imagen solo una vez cada dos minutos. La mayoría de la gente se conecta a la página usando sencillamente un navegador, como el Microsoft Explorer. Tú utilizas CamFun porque te permite capturar las imágenes con mayor facilidad, almacenándolas en el disco duro como un archivo de vídeo formado por la secuencia de imágenes, y puedes volver a verlo en cualquier momento que te apetezca, que es

exactamente lo que estás haciendo ahora mismo, de hecho, ver algo que ocurrió hace varias semanas. Llevan unos cuantos días sin actualizar el sitio, lo cual es raro. La otra razón por la que utilizas ese *software* es porque permite elegir la frecuencia con la que se renuevan las imágenes. Así les sacas ventaja a los miembros que tienen derecho solo a una actualización cada quince segundos, o, en lugar de eso, puedes elegir que se actualice cada tres imágenes, o cada seis, es decir, cada minuto o dos. Podría parecer una perversidad, teniendo en cuenta que estás pagando 19,99 dólares al mes para tener derecho al acceso más rápido que se supone hará de la experiencia algo más real. Para ti, en cambio, eso tendría el efecto contrario. Una escena actualizada cada veinte segundos parece algo grabado por una cámara de seguridad: el modo que tiene de mostrar la realidad transmite la impresión de que lo que falta no es importante. Pero sí es importante. La realidad del original se pierde en esas omisiones infinitesimales. Si extiendes los intervalos hasta uno o dos minutos, algo cambia. Lo que falta parece que gana importancia, le confiere más peso a las imágenes, preñándolas con la duración; un encadenamiento de momentos, un estancamiento que se vuelca en un movimiento repentino, la danza de un tiempo tartamudo.

El período de espera para que se actualice la imagen carga la escena de anticipaciones. Dos minutos bastan para que alguien salte de un extremo a otro del sofá, como por arte de magia, o para que encienda un cigarrillo recién sacado del paquete y lo consuma hasta la mitad, aparentemente, en un instante. Basta para hacer desaparecer a una mujer, o arrastrarla a la fuerza desde el sofá hasta la cocina. A la cocina. De nuevo en el sofá. Allí la tienes… ¡blip!… ha desaparecido. ¿Adónde ha ido? Fuera del campo de visión, más allá del alcance del radar/del planeta, pero todavía en su apartamento, supone uno. Blip… allí está de nuevo. Dos minutos son algo real. Pueden pasar cosas en ese tiempo.

El hecho de que la mujer esté semidesnuda es algo casi insustancial. No del todo, por supuesto: las cámaras web de las chicas completamente vestidas tienen un mercado reducido. Ese

tipo de señoritas existe, por supuesto, en grandes cantidades, jóvenes intensas y brillantes con sus páginas web repletas de pensamientos profundos y altamente individuales sobre, esto, cualquier cosa (qué incómodas se sentirían si se leyeran las unas a las otras y descubrieran que tienen idénticos pensamientos profundos y altamente individuales), pero esas no te interesan. Te gusta verles el cuerpo de vez en cuando. Sin embargo, no eres como los demás pervertidos, y últimamente es a ella a quien miras, no a sus pechos (lo cual es así en realidad porque tampoco los enseña muy a menudo). La observas. Es la mujer lo que te intriga.

Esa mujer, que ha decidido organizar su vida de ese modo, tener una ventana en su apartamento a través de la cual la gente — hombres bañados en el resplandor catódico del monitor, o envueltos en la palidez de las pantallas planas, sentados en dormitorios y, estudios por todo el mundo— puede fisgonear. Esa mujer, que tiene una guitarra acústica y la toca de vez en cuando, pero no mucho rato; que se ventila su buena media botella de Jack Daniels por la noche cuando está en casa, que ocasionalmente tiene sexo sin compromiso en ese mismo sofá, encuentros por los que no sientes mucho interés, casi ninguno, aunque algunos los has guardado en el disco duro, y en esas ocasiones incrementaste el número de imágenes por minuto al máximo. Ella no actúa para la cámara durante esos momentos, y sospechas a medias que sencillamente se ha olvidado de que el aparato está allí.

Esa mujer que, por alguna razón, estaba sentada llorando una mañana de domingo de hace cuatro semanas. Ya habías visto esas imágenes antes, y las habías encontrado fascinantes por razones que no alcanzas a comprender. Con un parpadeo, la mujer se vuelve invisible, permanece escondida durante un nuevo período de dos minutos, luego regresa al sofá. Ha encendido otro cigarrillo mientras tanto, y se ha puesto un vestido azul. Se ha echado el pelo hacia atrás para que le quede por detrás de las orejas. Ya no llora, aunque tiene el rostro triste y demacrado. Mira hacia un lado, por una ventana, crees, aunque nunca has visto esa pared del apartamento directamente. Dos minutos más tarde, sus pies están sobre la mesa

auxiliar y se mira las rodillas, el cigarrillo casi consumido. Parece cansada y resignada a una cosa u otra.

¿Cuántos pensamientos le habrán pasado por la cabeza en ese rato? ¿Cuáles? No sabrías decirlo. En algún punto entre ella y tú, esa información se ha perdido, amputada de la realidad por los procesos de digitalización, transmisión, almacenamiento, retransmisión y proyección en rojo, verde y azul. Al menos parece obvio que la pérdida tuvo lugar en algún punto de ese proceso, pero tal vez no fue así. Quizá fuera tan solo en el último segundo, cuando la información trató de saltar el vacío entre la pantalla y la mente de otro ser humano, y se perdió del todo. Todas las diferencias del mundo no son nada comparadas con esto: la diferencia entre ser tú y ser yo. Es eso lo que hace que el abismo existente entre los dioses y los hombres, entre los hombres y las mujeres, entre los vivos y los muertos, parezca casi trivial.

Tú eres tú. Ella es otra persona. Y entre ambos, las estrellas. Tú miras, especulas, piensas. Puedes hacer todo eso sin conocer las respuestas, sin tener que comprometerte con la mundana realidad de la verdad. Tal vez esa verdad sea algo aburrido o trivial, algo a lo que le tienes poca simpatía si lo comparas con la vida real: una uña rota, un toque con el coche, la súbita y vertiginosa toma de conciencia de que se acerca a los treinta y aún no tiene hijos. Podría tratarse de otra cosa, algo más oscuro, más punzante y ajeno al universo de tu comprensión; una mala experiencia con un cliente (asumes con vaguedad que debe de ser puta); malas noticias sobre un amigo (la predecible inmolación con drogas); o alguna otra mala noticia que este perverso mundo viejo siempre tiene a punto. No importa. Esa es la belleza de esta webcam, de todas las webcams, de internet: de nuestro mundo y de lo que es ahora. Puedes observar, interpretar, o simplemente dejar que las imágenes se sucedan frente a tus ojos, hasta que hayas tenido suficiente, y luego sales del archivo y cierras la carpeta profundamente escondida en la que este descansa, y te levantas y vas a dar una vuelta. Es como en las noticias, apenas destellos de Irak o de Ruanda, o de alguna estrella de los *realities*. Se trata de la vida de otro, de los problemas de otro. Estás a salvo de

ellos.

O eso crees… —hasta una hora y media más tarde, cuando un par de agentes del FBI aparecen por tu casa, mientras tú y tu mujer estáis cenando. Te das cuenta entonces, demasiado tarde, de que mirar es una calle de dos direcciones, incluso en internet. Escuchas, sonrojado, durante los últimos momentos de estabilidad en tu matrimonio, cómo la agente de los federales te cuenta que la mujer llamada Jessica está muerta y que en los últimos tres meses el carísimo ordenador que tienes en tu estudio ha sido registrado visitando esa página más tiempo que el de ningún otro.

Eras su mayor fan, en otras palabras, y el FBI quiere hablar sobre lo que le ha sucedido, igual que los policías que hay fuera, y tu esposa parece estar como tallada en el mármol más frío; y no tienes cómo «Salir» de esta, y no hay «Escape».

Cuarenta minutos más tarde, Nina abandonó el salón, dejando al fan de Jessica —cuyo nombre era Greg McCain— sentado frente a Doug Olbrich. Se acercó a Monroe, que había estado escuchando desde el pasillo. McCain estaba de pie, muy erguido, en una esquina del precioso sofá de cuero envejecido que poseía la pareja. Rondaría los treinta y cinco años y llevaba un corte de pelo caro, del estilo de los que solía llevar Hugh Grant. Había pedido que su abogado estuviera presente. Quizá mientras tanto deberían haberlo dejado un poco a su aire, pero Olbrich se había sentado enfrente de él y sin decir palabra. A veces ese tipo de cosas funciona.

Monroe se volvió hacia Nina.

—¿Qué piensas?

—No lo tengo muy claro —dijo—. Su mujer le sirve de coartada para la hora aproximada a la que dispararon a Ryan. Ella afirma que su marido salió a trabajar sobre las ocho menos cuarto, y resulta tan evidente que ahora mismo no le soporta que costaría creer que le estuviera encubriendo por lealtad.

—Descubrir que a tu marido le gusta mirar mujeres por internet no es lo mismo que entregarle por el asesinato de un policía.

O creerle capaz de cometerlo. En cualquier caso, tampoco es imposible ir desde su casa hasta el Knights en un cuarto de hora.

—No, pero sería difícil. Y tengo otra idea.

—¿Cuál?

—Asumimos que el hombre que mató a Ryan fue el mismo que el hombre que mató a Jessica.

—Bueno, claro. No creo que sea de ninguna utilidad…

—Charles, escucha. Jessica tal vez llevaba muerta cuarenta y ocho horas cuando la encontramos; es difícil de precisar a causa del calor. La historia que tenemos entre manos es que un hombre asesina a una mujer, en privado, y luego, un día después o algo así, sale y se carga a un policía como una especie de enorme, inmenso «Miradme todos». Ya te lo dije entonces: es demasiado.

—Explícalo de otro modo.

—No puedo. Todavía. Todo lo que digo es que la única relación entre ambos acontecimientos es la proximidad.

Monroe negó con la cabeza.

—Una coincidencia cojonuda, ¿no te parece?

—No. Podrían seguir teniendo alguna conexión. Solo que puede que no se trate del mismo tipo. Y eso significaría que el asesino de Jessica podría estar en cualquier parte del país a estas alturas. O felizmente sentado en su casa, con la coartada preparada para el día equivocado.

Monroe apartó la mirada, y habló con inusitada discreción.

—¿Y por qué iba otro tipo a matar a un policía?

—No digo que fuera eso lo que ocurrió. Solo digo que, si trabajamos con esa idea, entonces tenemos una pregunta distinta que hacerle a la señora McCain.

Él asintió.

—Házsela —dijo.

Gail McCain estaba en la cocina. Se había quedado de pie, mirando al jardín trasero a través de la ventana, dando la espalda. Nina se preguntó en qué pensaría la mujer que depararía aquella noche.

La pareja no tenía hijos, así que lo más probable era que a su silenciosa y civilizada cena le siguiera un poco de televisión o de trabajo tranquilo, dos personas compartiendo sus opulentos espacios no aptos para niños.

—¿Mi marido está arrestado?

—No —dijo Nina—. Todavía no.

—Entonces no tenemos por qué aguantarlos más tiempo por aquí.

—Puede negarse, por supuesto. Pero en ese caso la policía podría arrestarla para que pudiéramos hablar en algún otro lugar. Y, conociéndolos, seguro que les daría por encender unos cuantos focos muy potentes, ¿sabe? De esos brillantes y que parpadean, los que se reflejan de verdad en las ventanas del vecindario.

—Si tuvieran razones para hacerlo, ya se lo habría ordenado.

—¿Es usted abogada, señora McCain?

—No. Trabajo en televisión.

Algo en el rostro o la voz de aquella mujer alteró medio grado la temperatura de sus neuronas. Se volvió hacia la mujer policía que había junto a la puerta. La oficial era de baja estatura, pero de complexión recia y observaba impasible el pasillo. Llevaba el pelo recogido en una coleta, tan tensa que su frente parecía lo bastante sólida como para aplastar una nariz como si fuera de escayola, o para tirar abajo una pared.

—¿Qué te parece? —dijo Nina—. La señora trabaja en televisión. Qué guay, ¿eh?

—Ya ve —dijo la policía, sin mover los ojos.

Nina se encogió de hombros en dirección a la señora McCain.

—La oficial Whalen es notablemente difícil de impresionar. A mí la televisión me parece algo fabuloso. Así que muy bien por usted.

—Es solo un trabajo.

—Pero uno muy importante, ¿no? Un amigo mío, un hombre llamado Ward, sostiene la teoría de que los productores son los nuevos sacerdotes, y que su trabajo consiste en mediar entre la gente corriente y los reinos celestiales que existen al otro lado de la

pantalla. Di lo correcto, haz lo correcto y aparecerás en algún *reality*, o en alguna comedia, o en la nueva serie que sustituya a *Friends*, directo a los Emmy, a la derecha de Whoopi Goldberg. ¿Usted se siente alguna vez como un sacerdote?

—No tengo ni idea de qué me habla.

—No la culpo. Yo tampoco entiendo a Ward; al menos, no la mitad del tiempo. Sin embargo, lo que quiero decir es que ser abogado le sería de mucha más utilidad en este preciso instante. ¿Está usted segura de que comprende la situación?

—Eso creo.

—Entiende usted que estamos investigando el asesinato de una mujer llamada Jessica Jones, hallada muerta el miércoles por la mañana. Entiende usted que Jessica era una chica web y que su marido era miembro de su página. Eso le daba derecho a ver las imágenes registradas por una cámara instalada en el apartamento de Jessica, que frecuentemente la mostraba desnuda.

La mujer farfulló entre dientes.

—Entiendo todo lo dicho.

—Bien. ¿Diría usted que su marido es tecnológicamente competente?

—¿Qué quiere decir?

—Ordenadores. He visto que tiene muchos en su despacho. ¿Entiende de eso?

—Eso creo. Arregla el mío cuando se estropea. Pero…

—Gracias. Bueno, su marido no parece un sospechoso demasiado probable. Y esa es la razón por la que nos complace que ustedes dos nos ayuden voluntariamente, y por la que seguimos aquí con tanta discreción, sin los focos. Por el momento. Quiero hacerle solo unas cuantas preguntas y ya habremos terminado con usted, ¿de acuerdo? Le dijo al teniente Olbrich que su marido se fue a trabajar el martes por la mañana alrededor de las ocho menos cuarto, ¿correcto?

—No —dijo la mujer, con frialdad—. Le dije que Greg había salido exactamente a esa hora.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Greg siempre se va a las ocho menos cuarto. Esa es la hora en que sale Greg.

—Pero, presumiblemente, algunos días está más cerca de las ocho y otros es un poco más temprano, ¿no es cierto? Su marido también trabaja en televisión, según tengo entendido. Doy por hecho que alguna vez tendrá que asegurarse de que llega un poco antes. No es como fichar al entrar, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Así que debe de tener reuniones a primera hora, alguna vez.

—Así es, por supuesto.

—Y aunque generalmente sale a las ocho menos cuarto, habrá ocasiones en las que saldrá de casa un cuarto de hora más tarde o incluso un poco más. ¿Qué la hace estar tan segura de que esa mañana en particular siguió su horario habitual?

La mujer pareció enfurecerse.

—Porque lo sé y punto. Mire, señora Baynam, ¿está casada?

—No, no lo estoy. —La neurona se calentó aún medio grado más.

—Me lo parecía. Si lo estuviera, sabría de lo que le hablo. Cuando estás casada con alguien sabes lo que pasa en su mundo. Demasiado bien, tal vez. Tienes tu propia vida y la mitad de la del otro. Sé cuando Greg está liado, cuando tiene roces en el trabajo, cuando hay algo que no funciona y las reuniones se multiplican durante todo el día. No, no llevo su agenda en la cabeza y no siempre puedo citarle línea por línea, pero sé qué ocurre en su vida.

—Entonces… Disculpe, entonces, ¿sabía usted lo de la webcam? ¿Sabía usted que pasaba tiempo viendo cómo se desnudaban ciertas chicas, cómo mantenían relaciones sexuales, en vivo, por internet?

—No, no lo sabía, pero eso es…

Nina la interrumpió con delicadeza.

—Distinto. Claro. Usted lo sabe todo acerca de Greg, salvo ese detalle, y eso es perfectamente razonable. Los hombres son muy cautelosos con esos asuntos. No puede esperar estar al tanto de esas cosas. Probablemente debe de haber uno o dos detalles que él tampoco conozca acerca de usted, ¿no es así? Eso también está bien.

Así es la vida de casado, según tengo entendido; pero ya sabe, solo son suposiciones. Opiniones desde los fríos y oscuros terrenos baldíos de la soltería.

—No quise decir…

—Claro que no, Gail. Pero, por otro lado, más allá de estos pequeños detalles, ha dicho que tiene un sólido conocimiento de la vida y los horarios de Greg.

—Sí. Sí, así es.

—Excelente. Nos ha sido usted muy útil. —Nina oyó el timbre desde el otro lado de la casa—. Parece que ha llegado la caballería. De todos modos, creo que el teniente también está a punto de terminar con su marido, así que nos iremos muy pronto.

Nina sonrió con calidez y se alejó.

Luego se detuvo y preguntó, como si preguntara por el nombre de su diseñador de interiores:

—¿Qué estaba haciendo su marido el lunes por la noche?

La mujer se la quedó mirando.

—¿Disculpe?

—¿Qué estaba haciendo su marido el lunes por la noche? En función de lo que usted sabe de sus horarios…

—Estaba…

Nina observó cómo la mujer advertía que había dudado demasiado, que la pregunta, planteada inesperadamente, desde la nada, había atravesado la débil defensa que ella, sin ni siquiera advertirlo, había tenido que construir.

—¿Estuvo fuera esa noche?

—Sí. Tenía… tenía una reunión. Una reunión que acabó bastante tarde.

—¿Cómo de tarde?

—No me acuerdo. Era tarde.

—¿Era una reunión relacionada con su trabajo?

—Sí —dijo—. Eso creo.

—Nos vamos a ir —dijo Olbrich tranquilamente. Ahora, él,

Monroe y Nina estaban solos en la cocina—. Dos personas de su empresa han confirmado que estaba en o cerca de su despacho en los horarios habituales. No estuvo en casa la noche anterior, como has descubierto, y no tenía ninguna reunión. Se trataba, según él, de una visita a un club de *striptease* con un cliente. Y dicho cliente ya ha vuelto a Inglaterra. —Miró el reloj—. McCain no tiene ninguna dirección personal de ese tipo, así que tendremos que esperar hasta el horario comercial de Inglaterra para seguir esa pista. Pero francamente…

Su voz se apagó.

Nina bostezó incontroladamente.

—No tenemos una mierda que lo involucre, y ni siquiera se parece al tipo con el que Jessica estuvo en Jimmy's.

—Cierto. Sí, miraba a Jessica. Sí, de vez en cuando iba a algún local de *striptease*. Cuando «tenía que hacerlo». Un buen trabajo, si te haces con él. Más allá de eso, el tipo es un callejón sin salida. Ahora su abogado está con ellos, dispuesto a pelear, y tiene razón. O nos ponemos serios o lo dejamos por ahora.

Monroe negó con la cabeza y echó a andar por el pasillo.

Olbrich miró a Nina.

—¿Qué problema tiene?

—No le gusta irse con las manos vacías después de haber entrado así.

—Fue una jodida orden suya. Le dije que tenía que ser más sutil.

—Monroe es más bien un jugador del estilo «al frente y adelante».

Siguieron a su jefe por el pasillo y se detuvieron en la puerta del salón. Nina se esperaba alguna insolencia de una u otra parte; con mayor probabilidad, por el lado del abogado —al parecer, en esos momentos, todo el mundo replicaba a los policías, en las películas o en la televisión, así que la gente en la vida real se creía obligada a hacer lo mismo, como para no salirse de su personaje—, pero no sucedió nada.

Olbrich se disculpó sin disculparse. Monroe les pidió que no salieran de la ciudad durante unos cuantos días. Nina estaba a punto

de marcharse de allí sin mirar atrás, pero entonces oyó que una voz femenina la llamaba por su nombre.

«Vamos, mujer —pensó mientras se volvía—, aprieta un poco más y ya verás lo que pasa».

Los McCain estaban juntos, de pie, delante de ella. Su abogado se había ido apagando en un rincón de la habitación y no parecía muy contento.

—Mi mujer dice que debería entregarles esto. Mi abogado no está de acuerdo.

El marido le tendía algo, era más pequeño que un libro de bolsillo pero más o menos de su mismo grosor.

—¿Qué es?

—Un disco duro portátil. Yo, eh…

Su mujer miraba al suelo.

—Termina ya con esto, Greg.

—Hay algunas fotos —dijo—. Películas también. Grabadas de esa página. No sé si serán de utilidad, pero…

Su mujer concluyó en su lugar.

—No las queremos en casa.

Nina cogió el disco.

—Será de gran ayuda.

Una vez se vio libre de su posesión, los hombros del tipo se hundieron con aparente alivio. Nina se dio cuenta de que, lejos de ser un absoluto desastre, aquella velada podría incluso obrar en su favor. Una pequeña culpa de clase media, expuesta ahora a la luz, el destino arrebatándole sus secretos de las manos. No había duda, su mujer le haría pasar un calvario por ello, y estaría dolida, y él tendría que aceptar el papel de cabrón de la casa durante una temporada. Estaba más que claro que aquello reaparecería en sus conversaciones.

Pero ya no era un secreto y tal vez valía la pena pagar un alto precio para poder abrir las ventanas de las habitaciones tenebrosas. Su mujer no se iría a ninguna parte: llevaban una vida maravillosa juntos, y quién coño quiere empezar de nuevo con las citas. Un par de meses más adelante, la vergüenza que habían pasado aquella noche incluso podría resultar en una vida sexual renovada.

Hay gente que sencillamente sigue a flote.

—No sabía que estaba muerta —dijo—. Lamento enterarme.

—Las circunstancias no se han hecho públicas, y queremos que siga siendo así.

Él asintió, apartó la mirada. Su mujer retrocedió un paso, como si se distanciara inconscientemente de aquella noche, pero luego se adelantó junto a su marido para acompañar a Nina a la puerta: para acompañarla fuera de su propiedad, de hecho; una mujer tratando con otra de un modo que los hombres parecen no notar nunca. Diciendo cosas sin decirlas, empujando sin levantar una mano.

Mientras recorría el camino hacia los coches, Nina dio su propio pequeño paso a un lado en el interior de su mente, y se metió el disco en el bolsillo antes de que estuviera a la vista de los hombres. Al día siguiente se reuniría con el resto de las pruebas, así sería.

Pero no esa noche.

15

Llegué a casa de Nina a media mañana. El taxista que me llevó observó la casa con suspicacia.

—¿Vive usted ahí?

—Una amiga mía.

—Valiente amiga —dijo, y salió marcha atrás carretera arriba.

Recorrí el vertiginoso camino que rodeaba la casa. Había estado en casa de Nina solo una vez antes, brevemente, y tres meses atrás, durmiendo en el sofá durante una noche, después de que ella, Zandt y yo hubiéramos llevado de vuelta a Sarah Becker a su casa con su familia. No parecía que le hubiese ocurrido nada bueno al exterior del edificio desde entonces. La casa era de clásico estilo moderno californiano: una hilera de habitaciones cuadradas con una curva para la cocina, que convertía la planta en una L, como si se tratara de un motel muy pequeño. Posiblemente muy impresionante a finales de los cincuenta, una de las Case Study Houses de alquiler reducido, pero saltaba a la vista que tenía los días contados.

Llamé a la puerta.

—Está abierto —dijo una voz desde cierta distancia.

Cuando entré vi que Nina estaba fuera, en la terraza, hablando por teléfono. Me saludó distraída con la mano, sin mirarme.

Me quité la mochila y estuve dando vueltas por la sala de estar durante un minuto. La sala, en cualquier caso. No parecía que nadie hubiera pasado demasiado tiempo allí últimamente. No estaba particularmente sucia, ni desordenada en exceso, pero era porque no había prácticamente ningún efecto personal en esa habitación,

excepto, las estanterías repletas de libros y las cajas de archivos que cubrían el otro lado de la sala. Fui a la cocina y abrí la nevera. Dentro había dos botellas de vino, un envase de zumo de naranja y otro de leche. Nada más, tampoco había nada en los armarios. Era evidente que Nina se mantenía solo a base de combustible líquido.

Cuando regresé a la sala, en cierto modo, me pareció aún más silenciosa. Leí una vez que en la Inglaterra del primer milenio, los habitantes usaban las ruinas abandonadas tiempo atrás de las villas romanas y de las iglesias derruidas como refugios durante sus viajes a través de una tierra básicamente deshabitada. Les llamaban «albergues fríos», pues, si bien allí podía encontrarse protección contra los elementos durante la noche, no albergaban ninguna clase de vida o calor. La casa de Nina transmitía esa misma impresión, y lo digo yo, que me he pasado mis noches en moteles y fabricas con las ventanas tapiadas y enormes anuncios de demolición clavados en las paredes.

—Hola, Ward.

Al volver la vista comprobé que Nina había terminado su llamada y estaba en la puerta. Llevaba el pelo un poco más largo que antes y había perdido algún kilo, ella que era de complexión delgada. Había un no sé qué en ella que me recordaba a algo, o a alguien, pero no pude averiguar inmediatamente de qué se trataba.

—Deberías llamar a la policía —dije—. Alguien te ha robado toda la comida.

—No has buscado bastante. La tengo toda perfectamente almacenada donde la necesito. En el supermercado.

—¿Tienes al menos un poco de café, o de eso se encarga la gente de Starbucks por ti?

Resultó que tenía muchísimo.

—Usé la mayoría de los programas que tengo —dije devolviéndole el disco—. Y no salió nada. Hay un par más de sistemas de búsqueda de patrones que puedo probar, pero podrían dejar huellas, así que los usaré en la copia, si todavía la tienes. La conclusión es

que quien borró el disco lo hizo bien. Está muy, muy vacío. A veces… sencillamente, no hay nada.

—No te preocupes —dijo ella. Estaba apoyada en la barandilla de su terraza, mirando hacia un mar brumoso—. Sabía que había pocas posibilidades.

—¿Estáis más cerca de encontrar al tipo?

Había puesto mi silla tan retirada de la barandilla como pude, para aumentar aunque fuera mínimamente mis posibilidades de sobrevivir cuando todo aquello se derrumbara de repente. Tal vez lograra agarrarme del marco de la puerta en una arremetida o algo así. Nina podría colgarse de mis pies.

—No. Hay policías hablando con los principales usuarios de la página de la chica. No son muchos y ninguno de ellos parece encajar. Hablamos con su fan número uno, pero tampoco creo que tenga nada que ver. Tenemos una descripción muy general del tipo con el que fue vista la noche en que murió, sabemos que a veces trabajaba de camarera y la poli ha hablado con el personal del bar, y eso es todo.

—¿Y quién era ella, por fin?

Nina negó con la cabeza.

—Era de Bay Area. La policía de Los Angeles todavía intenta localizar a su familia en Monterrey. Tienen una dirección que al parecer es actual pero por lo visto los padres están de vacaciones. Sus pocos conocidos en Los Ángeles no parece que sepan nada de ella anterior al momento en que la conocieron. Ya sabes como es esa gente: probablemente ayer fue un mal día, así que, ¿por qué no olvidarlo? Tendrías que haber visto a la tal Jane, la amiga de Jessica. Eran muy colegas, según parece; compartían la inicial y todo eso, iban mucho de copas, ya sabes, como supermejores amigas, en serio. Ahora ella está muerta y la conversación con Jane fue algo parecido a: «Qué agobio. ¿Dónde es la próxima fiesta?».

—Qué bonito.

—¿Qué esperabas? La gente borra su propio pasado en tiempo real. Jessica era una mujer que vivía en un apartamento y que a veces se deprimía y bebía demasiado, y luego murió. Puede que eso sea

todo lo que lleguemos a saber.

Su voz fue apagándose en las últimas frases, hasta que se convirtió en apenas un murmullo.

—Nina, ¿estás bien?

Se volvió hacia mí. Sus ojos eran verdes y brillantes.

—Claro que estoy bien —dijo, más alto—. Es solo que no sé la respuesta a tu pregunta. ¿Quién era ella? Dímelo tú. Tenía un nombre y una guitarra. Vivía, murió. Llegado el día del juicio, es todo lo que puede decirse de cualquiera.

—Una deprimente visión del mundo, pero de todos modos no me refería a eso. ¿Era John, al teléfono? Por cierto, mejor olvídate de lo de «Ha ido a comprar algo para comer». Ya he deducido que no estáis juntos.

Abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

Solté:

—Entonces dime: ¿dónde está?

—No lo sé —susurró—. Me llevó día y medio de mensajes conseguir que me devolviera una llamada, de la que saqué cinco minutos de evasivas y un pitido final. No es que lo esté acosando ni nada de eso. Hemos terminado, y para mí eso ya está bien. Es solo que estoy preocupada. Actúa de un modo extraño. Más extraño de lo habitual.

—Pero ¿qué os ha ocurrido?

—¿Le hiciste la misma pregunta a él?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Nada inteligible.

—Me lo imagino. —Parecía resignada—. Simplemente, no funcionó, Ward. Como se suele decir, quizá no había marcha atrás, y tampoco es que tuviéramos mucho que recuperar. Teníamos una cosa en común… dos, supongo: el tiempo que habíamos pasado juntos antes del asesinato de Karen, y que ninguno de los dos iba a salir en los titulares de la selección de relaciones exitosas.

—Además, los dos dais un poco de miedo.

Sonrió como Dios manda por primera vez desde que aparecí.

—¿Damos miedo?

—En el buen sentido.

—Viniendo de un tipo con costras en los nudillos y un revólver en la chaqueta, lo tomo como un cumplido.

Oculté las manos bajo la mesa.

—Eres muy observadora, deberías trabajar en las fuerzas del orden o algo así.

—¿Quieres contarme lo de la pelea?

No lo hice. Admitir ante Nina lo que había hecho, o que me había puesto lo bastante nervioso como para hacerlo, era algo en lo que no tenía ganas entrar por el momento.

—El tipo no paraba de preguntarme si quería patatas fritas. Reaccioné. Ya sabes cómo va.

Se encogió de hombros.

—John estuvo aquí unas cuantas semanas. Más o menos funcionaba. Salíamos, íbamos de paseo, hablábamos de mi trabajo; porque, por supuesto, él no tenía. Eso fue parte del problema. Tal vez fuera el problema. John era un detective muy, muy bueno. Tiene esa insaciable ansia de descubrir. Si por él fuera, no pararía nunca. Pero no podía volver a la policía de Los Angeles y no sabía a qué otro lugar acudir. Poco tiempo después, cuando regresaba del trabajo, él ya no estaba. Volvía pasada la medianoche. No me contaba qué había estado haciendo. Normalmente salía a beber, pero no era eso. Sencillamente, empezó a no estar aquí. Tenía la cabeza en otra parte. Luego, de repente, desapareció durante cinco días.

—¿Adónde fue?

—A Florida. Su mujer vive allí.

Sabía que el matrimonio de Zandt había terminado después de la desaparición de su hija. También que fue a visitar a su esposa después de que encontráramos los restos de Karen, dieciocho meses más tarde; y recuerdo que la noche anterior me dijo que los asesinos no son lo único importante en la vida.

—Estuvo allí hace dos días.

—¿Crees que quiere volver con ella?

—No lo sé. Tampoco creo que él lo sepa. Ahora mismo hay una sola idea en su mente y es encontrar al Hombre de Pie. En cualquier otro asunto no le funciona la cabeza como es debido.

—Qué gracioso. A mí me dijo exactamente lo contrario.

—John miente. —Lo dijo con una amargura palpable, y luego se lo pensó mejor—. A veces. A veces también dice la verdad.

—Bueno, me temo que sus habilidades como investigador se están oxidando. Todo lo que tiene desde la época de Yakima es una serie de no informaciones sobre la colonia de Roanoke, de finales del siglo XVI.

—¿Qué?

Le informé de cuanto podía recordar de la lección de historia de John. Parecía hundida cuando acabé, y nos quedamos un rato sentados en silencio.

Finalmente, ella se levantó.

—Tengo que ponerme a trabajar. ¿Tienes prisa por estar en algún otro lugar?

Me encogí de hombros.

—No tengo que ir a ningún lugar en particular.

—Bien. Iba a pedirte otro favor.

Después de que se marchó, hice más café. Era agradable estar en una casa, incluso en una tan poco hogareña como la de Nina. En una casa no tienes que pasarte todo el tiempo gastando dinero o haciendo uso de tus mejores modales. Puedes sentarte y ya está. Las cosas no son así allí fuera, en el mundo. Sin embargo, descubrí que tener la oportunidad de no hacer nada sin ser observado ni molestado por otros seres humanos me hacía sentir un poco raro. Así que me puse a trabajar en el encargo de Nina.

Antes de que se fuera, copié todos los archivos del disco que le había dado Greg McCain. El disco original estaría bajo custodia de la policía, junto con el que había salido de la boca de Jessica. No sabía cómo explicaría Nina el sinuoso recorrido de este último, y no me gustaban los riesgos que estaba corriendo. Ella era la única de

nosotros que seguía conectada con el mundo real, y tenía la sensación de que empezaba a ir a la deriva, como una clavija a la que estuvieran sacando muy despacio de su enchufe. Sabía por experiencia que una vez que eso sucede las formas podían cambiar sutilmente, y existía la probabilidad de que ya no volvieras a encajar. Las figuras amorfas que hay en cada esquina y en cada portal hediondo demuestran que la música de la civilización se detiene muy a menudo, y que nunca hay suficientes sillas para todos.

Lo primero que hice fue ver las películas. No eran propiamente películas, sino largas secuencias de imágenes congeladas que avanzaban a intervalos. Había seis. Tres de ellas mostraban a Jessica manteniendo desganadas y alcoholizadas relaciones sexuales con tres tipos distintos; dos en el sofá que ocupaba el centro del minúsculo salón y otra en la cama. Las imágenes tenían poca definición y estaban mal iluminadas, en un caso transcurrían casi en absoluta oscuridad. No había el menor intento de actuar para la cámara, cuya posición permanecía estática. Era como ver a un Ken y a una Barbie aplastándose el uno contra el otro por obra y gracia de la mano de algún crío que no tuviera ni idea de lo que aquella acción podía significar. Por la hora insertada en las tres películas, cabía suponer que recogían el mismísimo final de ciertas noches pasadas de bar en bar. Uno de los otros vídeos mostraba un período de cuatro horas durante las cuales la mujer veía la televisión, hacía un poco de limpieza general, tocaba brevemente la guitarra y trataba sin demasiado empeño de montar un kit de estanterías no muy complicado. La mayor parte de ese tiempo, andaba solo con un par de pantalones cortos de color naranja y nada más. En otra película aparecía sentada sin hacer nada, daba la impresión de que había estado llorando. En el último vídeo la imagen cambiaba a intervalos mucho más largos, cada cinco o diez minutos más o menos, y mostraba a Jessica dormida en el sofá, bajo una manta, iluminada por el parpadeo de un televisor que quedaba fuera del cuadro. Al final se despertaba y se quedaba viéndolo un rato con una taza de café en la mano. Nina me dijo que Jessica andaba por los veintitantos años. En la parte de ese vídeo en la que estaba

despierta, parecía que tuviera cuarenta y cinco.

Luego revisé las fotografías. Había una cantidad ingente. McCain las había ido metiendo todas en una única y enorme carpeta. La arrastré a un programa de visualización y abrí varios archivos al azar. Las imágenes mostraban a Jessica haciendo el mismo tipo de cosas que en los vídeos, pero sin sexo. Siempre desnuda o parcialmente desnuda. Leyendo una revista. Comiendo. Sentada frente al ordenador. Tomando café o Jack Daniel's. Durmiendo. Fumando. Mirando al vacío. El efecto en conjunto era raro, pero empecé a comprender el atractivo que McCain debía de encontrar en Jessica. Yo mismo tenía cierta familiaridad con las webcams: había pasado algunas horas bajas contemplando alguna esquina de Nueva Orleans, o las orillas del lago McDonald, o las vistas exteriores de tiendas de informática en irreconocibles ciudades del Medio Oeste. Me llevó un tiempo descubrir qué sacaba con eso. No lo ves con la esperanza de que ocurra nada emocionante. Todo lo contrario. Lo ves porque su misma falta de actividad discernible, de tema, hace que el paisaje resulte más verdadero. Si observas un hecho en particular, lo único que ves es cómo eso sucede. Ves el momento, el acontecimiento, y te distraes con la larga y lenta marea sin acciones que subyace. Si no ves nada, entonces lo ves todo. Ves la cosa como es.

Esa miríada de imágenes accidentales de Jessica conseguía el mismo efecto. Ni una sola fotografía había sido retocada. En muchas estaba parcialmente fuera de cuadro, o desenfocada. El efecto era el de no mostrar nada en particular, y con eso revelarlo todo. Tu visión de su vida resultaba parecida a la misma que ella tenía, una serie infinita de momentos sin intensidad, sin intención y, en definitiva, bastante aburridos. La colección de McCain trasladaba a su casa la realidad de esa mujer con mayor claridad que cualquier otra cosa que pudiera imaginar, capturándola y rindiéndole culto bajo la forma de los píxeles. Eran sus quince megabytes de fama.

Solo después de haber visto fugazmente su vida anterior al «acontecimiento», eché una ojeada a las Polaroid que me había

dejado Nina. En las fotos aparecía el apartamento de Jessica el día en que la policía de Los Angeles lo descubrió. También en ese caso se trataba de vistas planas, vacías, pero no faltas de intensidad. Cada milímetro cuadrado decía algo bastante directo: su misma existencia anunciaba que la chica que vivía allí había muerto, razón por la cual preferí ver las otras primero.

Las observé con mucho detenimiento durante un rato. Luego volví al principio de los archivos del disco duro, programé el sistema para que las ordenara cronológicamente y las volví a repasar.

Transcurrió un buen rato antes de que descubriera algo.

—¿Lo ves?

Nina asintió.

—¿No hay ninguna fotografía en que se vea mejor?

—Es lo mejor que se puede conseguir. La he ampliado pero… —Pasé a una ventana del navegador que había dejado oculta detrás de la primera—… no vivimos en una película, así que la ampliación se ve fatal.

Nina se inclinó hacia delante y contempló la fotografía en la pantalla. Observaba una imagen granulada que mostraba a Jessica tumbada en la cama, boca arriba. Había el rostro de un hombre sobre el suyo.

Ninguno de los dos tenía interés en el tipo. La policía de Los Angeles se mueve deprisa: ya habían impreso imágenes de los tres hombres que aparecían en los vídeos de McCain y se las estaban mostrando a los conocidos de Jessica, empezando por los del Jimmy's. El camarero del lugar había dicho que ninguno de ellos se parecía demasiado al tipo que había visto con la chica la noche en que murió. Esa era una de las cosas que Nina había logrado aclarar antes de volver a casa a media tarde. Lo que en realidad estábamos mirando era la mesita de noche de Jessica. Podía verse de ella un hueco que enmarcaban la cara y el pecho de Jessica y la de su mejor amigo temporal. En la mesita había una lámpara, un radiodespertador de los baratos, un discreto montón de libros cuyos

estridentes lomos hacían suponer que se trataba de títulos de autoayuda, tres tazas de café y una pequeña fotografía enmarcada.

Nina tomó la Polaroid que mostraba el dormitorio y la examinó.

—Tienes razón —dijo—. No está. Y no vi nada parecido en el apartamento. —En cuanto advertí la discrepancia la llamé y le hice una descripción del portarretratos, y ella pasó por el apartamento de Jessica para buscarlo—. ¿De cuándo es esa imagen?

—De poco menos de una semana antes de que muriera.

—Suponiendo que la fecha que aparece en la imagen sea exacta.

—Lo es. La fecha de creación del archivo lo confirma.

—Una semana. Entonces tal vez podría haberla llevado ella a otra parte.

—No lo has encontrado. Si una foto es lo bastante importante como para que la tengas al lado de la cama, no vas a decidir de repente que ya no la quieres más en casa.

—Podría ser, si se tratara de un ex novio.

—Cierto. Pero mira. —Pasé a una tercera imagen, que mostraba únicamente el marco en la mesita de noche—. Es lo mismo aún más ampliado. He usado un *software* de interpolación que básicamente tiene en cuenta los valores cromáticos de cada píxel, los compara con los que lo rodean e intenta establecer una hipótesis inteligente para ampliar la imagen. No se ve una mierda cuando lo aplicas a una imagen de tan mala calidad, pero de todos modos muestra algo interesante. —Señalé el centro de la imagen—. No podría deducirse ningún rasgo con claridad pero no hay duda de que aquí tenemos dos cabezas.

—Exacto. Jessica y su ex novio.

—No creo. ¿Cuál es el color que hay en la parte superior de ambas cabezas?

—Gris.

—El color del pelo de la gente mayor, en otras palabras. Los padres, tal vez.

—¿Te parece que es eso?

—Puede que Jessica no fuera de visita a casa muy a menudo, pero me sorprendería si no hubiera una foto de su familia en algún

lugar del apartamento. Una bonita foto de papá y mamá, o, si tuviera problemas con uno de ellos o con los dos, la de un hermano idealizado o la de alguna sobrina. Algún recuerdo familiar. Las chicas son así.

—Ah, es eso. ¿Has encontrado ya alguna por aquí? ¿Tal vez escondida entre mis labores de costura y las cartas de amor a Justin Timberlake?

—No —dije—. Pero no he buscado mucho. Y, además, tú no eres una chica.

—Claro. Solo soy una mujer que da miedo.

—No solo —dije—. Pero, en cualquier caso, lo que quiero decir es que falta algo en el apartamento de Jessica.

—¿Crees que el asesino estuvo allí?

—Sí. Y aquí está la prueba. —Hice doble clic en otro archivo, una de las fotografías que McCain había almacenado en la carpeta. Mostraba a Jessica echada sobre la cama en una pose poco elegante. Llevaba un pijama estampado, azul pálido, con florecillas rosas y blancas—. Dijiste que la encontraron…

—Es ese. Ese es el pijama. Joder. Tienes razón. Estuvo allí.

—Creo que llevaba tiempo acercándose a ella; o cazándola, como probablemente lo vea él, y tuvo que pasar tiempo en su casa como parte del montaje del asesinato. El tipo se llevó el pijama y creo además que se llevó otro recuerdo. Puede que dedujera que se trataba de la familia de Jessica y decidiera arrebatarle algo que fuera muy emotivo para ella, algo que le importara.

—¿Y ella no se habría dado cuenta?

—Dime un objeto de esta casa que veas todos los días. Y fíjate en la imagen: la mesa está hecha un desastre. Además…

—Pero ¿y el pijama? Seguramente uno se daría cuenta si desapareciera.

—Eso es lo que estaba a punto de decir. Lo más probable es que él estuviera allí el día anterior a la noche en que la asesinó.

—Entonces, ¿por qué no esperarla y matarla en territorio conocido?

—Porque era la casa de la chica, no la suya. Ya sabes cómo es

esa gente. Quieren modelar el acontecimiento. Tiene que ocurrir según sus condiciones.

—¿Y eso nos ayuda en algo?

—Él descubrió dónde vivía la chica. ¿Cómo? Eso significa que en al menos una ocasión podrían haberlo visto cerca del apartamento. Significa que tuvo que entrar. Y, de nuevo, ¿cómo?

—La policía ya ha peinado el vecindario. Nadie vio nada.

—Pero ¿cómo pudo descubrir el tipo dónde vivía la chica?

—Ward, tienes muy buen ojo, pero no eres poli. Probablemente se limitó a seguirla hasta su casa desde cualquier bar. Lo siento, pero, aunque tengas razón, eso no nos da nada para seguir. Se llevó un pijama y robó una fotografía. Tal vez. Qué gran cosa. Lo apuntaremos todo en el informe, justo debajo de lo de «asesinato».

Me di la vuelta hacia Nina, molesto, pero ella parecía cansada y olvidé lo que estaba a punto de decirle.

—Qué curioso que tú y John no hayáis conseguido que lo vuestro funcione. Siendo ambos tan razonables y abiertos de mente…

Ella sonrió.

—Mira, yo me encargaré de esto.

—Gracias —dije—. Me siento más respaldado que en mis sueños más salvajes. Y ahora vamos a liberar parte de la comida que tienes en el supermercado.

—Ni hablar. Vayamos a algún lugar donde también la cocinen.

Acabamos en Santa Monica, sentados en un local italiano del paseo marítimo. Comimos en un santiamén, y luego nos pasamos al bar y nos quedamos un poco más. Nina quedaba muy bien con una copa de vino en la mano. Encajaba con ella como si aquel lugar le estuviera destinado. Le conté lo poco que había hecho durante los últimos meses y, a medida que nos bebíamos el vino, por fin terminé por contarle lo mucho que echaba de menos a Bobby, y a mis padres, y ella asintió y lo entendió y no dijo nada para intentar que me sintiera mejor. Me di cuenta de que no sabía demasiado sobre

Nina y descubrí que se había criado en Colorado, que había ido a la universidad en Los Angeles, y poco más. Me contó cosas acerca de sus amigas de la universidad que la habían llamado y con las que se suponía que tenía que quedar, y coincidimos en considerar que el pasado es otro país, uno al que el movimiento de las placas tectónicas del tiempo aleja año tras año. A medida que anochecía, el bar se iba llenando, Nina miraba fijamente al personal para alejarlo de mi silla durante mis ocasionales excursiones al exterior para fumar. Con Nina, una mirada basta.

A medida que me iba emborrachando, la gente que me rodeaba parecía volverse cada vez más ruidosa y detestable. El parloteo circundante trataba temas como la industria del cine (claro), el dinero, la salud y el peso, o la moda. Cuanto más inconsecuente fuera el asunto, más alto parecía que quisieran hablar sobre él, una plegaria interminable a los dioses del destino. Me puse cada vez más y más nervioso, hasta que Nina terminó callada, escuchándome despotricar. La moda me saca de quicio. Siempre ha sido así. Este verano iremos todos vestidos de color bermellón, ¿a que sí? ¿Quién lo dice? Cuando vemos un biquini hecho con retales de plástico de colores brillantes, ¿por qué fingimos que alguien se lo va a poner? Porque, le gruñí a Nina, eso es lo que tiene el capitalismo para lucirse. Es nuestra cultura presumiendo de rabo. «Eh, ustedes, sombras en el caos de los no angloparlantes, mirad qué capacidad para crear excedente. Si podemos malgastar todo ese tiempo y esfuerzo en semejante estupidez, imaginad la cantidad de armas, oro y cereales que tenemos almacenados, lo bien alimentados y felices que deben de estar los habitantes de Nuestro Mundo, S. A.» Salvo que en realidad no son felices, y algunos de ellos ni siquiera están muy bien alimentados; pero, claro, nadie sabe ni se preocupa por lo que sucede detrás de todos esos anuncios sobre nuestro estilo de vida; porque la vida, para la gente que cuenta, cada vez es mejor. El país entero se está convirtiendo en un búnker acolchado donde ejecutivos y madres de clase media se sientan a leer libros de autoayuda que tratan sobre lo que pueden hacer para quererse todavía más a sí mismos, como si eso fuera remotamente posible.

Han transformado las encantadoras cafeterías de atmósfera turbia en lugares a los que la gente risueña acude para escribir en su iBook la novela con la que le demostrarán al mundo lo sensibles que son, los bares de ambiente denso y cargado parecen ahora instalaciones para el descanso de los empleados, concebidas según el modelo de negocio de las grandes multinacionales. Hace poco estuve en un bar y olía a incienso. ¿Cómo coño puede ser eso? Que no huela a cigarrillo ya es bastante malo, pero, joder, ¿lavanda con esencias? Nadie supone que dentro tenga que hacer más frío que fuera, ¿o es que no lo ven? Uno no va a dejar de tener miedo tan solo porque finja que todo lo que le asusta ya no está allí.

Parte del problema, proseguí —fácilmente, mi voz podía resultar ahora tan odiosa como cualquiera de las que nos rodeaban—, es que puedo recordar un mundo en el que nadie corría. Ahora correr es la nueva forma de hacer caridad. Correr es de sabios. Correr es el bien absoluto, nuestro camino ritual hacia la aprobación y la benevolencia de los dioses. Si la Iglesia católica estuviera a cargo nuestro, la santidad se otorgaría en relación al tiempo que el candidato ha pasado calzando unas Nike. «Claro, el padre Brian hizo buenas obras y salvó vidas y todo eso, pero ¿cuál era su mejor marca corriendo la milla? ¿El padre Nalgas? Olvídelo. Ese tipo no ha hecho media maratón en su vida». Hemos perdido todo sentido de la proporción, todo sentido de lo que es razonable o sano, mientras los países que nos rodean y que no tienen el tiempo o la riqueza necesarios para dedicarse a todas esas gilipolleces cada vez están más hartos de nosotros y de ver que nos comportamos como si todo el campo de juego fuera nuestro. Pero a quién le importa, ¿verdad? ¡Hay una nueva dieta fenomenal que escala posiciones en la tabla!

—Lo se ha comprado otro pedrusco carísimo. ¡Mira qué mona! ¿A quién le importa un carajo lo que pase en polvorientos agujeros de mierda donde ni siquiera hablan inglés? ¡La vida es genial! ¡Descorcha otro Zinfandel descafeinado!

Me quedé sin aliento y bebí exactamente al mismo tiempo. Advertí que los jóvenes que nos rodeaban me miraban como si acabara de declarar nula y sin sentido la estructura dramática en tres

actos.

—Que os den —propuse en voz alta.

Todos se dieron la vuelta. Incluso Nina se había quedado mirándome, con una ceja arqueada.

—El Prozac no acaba con tus problemas, ¿verdad?

—El mundo está jodido —susurré, incómodo—. Y todos los que están en él también están jodidos. Ven de una vez, Armagedón.

—Sí, todavía me acuerdo de cómo era eso de tener quince años —dijo ella—. No te preocupes: se pasará. —Se levantó—. Vamos, Ward. Estoy bebida. Tú estás borracho. Es hora de irse a casa.

Vi cómo su tarjeta de crédito se deslizaba sobre la mesa y me di cuenta de que en algún momento de los últimos quince minutos ella había pagado la cuenta.

Dejé mi butaca y la seguí fuera del restaurante, sintiéndome estúpido. Eso, y algo más.

Para cuando encontramos un taxi y llegamos en él hasta la casa de Nina, los niveles de vino de mi organismo habían empezado a descender, y comenzaba a estar harto y cansado. La mayor parte del viaje transcurrió en silencio, pero no era un silencio incómodo. Armé un gran escándalo para que me dejara pagar la carrera y luego tropecé estrepitosamente al salir del coche. Nina tenía razón. Los chicos crecen hasta alcanzar un grado de madurez ajeno al paso del tiempo: no importaba lo viejo que a veces pareciera mi cuerpo, los quince años eran como un techo de cristal impuesto contra mi nivel de sofisticación.

Cuando estuvimos dentro, fui directo a la máquina de café. Para hacerlo tuve que pasar por delante del contestador de Nina.

—Tienes un mensaje —dije.

Nina apretó un botón y miró el número que aparecía en pantalla.

—Es Monroe.

El mensaje era breve. Una voz de hombre le decía con brusquedad que le llamara, aunque llegara muy tarde. Nina hizo girar los ojos, pero inmediatamente apretó el botón que devolvía la

llamada.

—Oficina de Charles Monroe. —La voz surgía alta y clara del altavoz del aparato.

—Soy Nina Baynam —dijo Nina frotándose los ojos—. He recibido un mensaje.

La persona que había al otro lado del aparato no contestó, pero no más de tres segundos después estaba en línea la voz del jefe de Nina.

—Nina, ¿dónde demonios estabas?

—Fuera —dijo ella, con evidente sorpresa ante su tono—. ¿Por qué no me llamaste al móvil?

—Lo hice. Tres veces.

—Ah, vaya, estaba en un lugar con mucho ruido —dijo lanzándome una mirada mordaz—. ¿Qué pasa?

—Acabo de recibir una llamada del agente especial al mando en Portland.

De inmediato, Nina se puso más seria.

—¿Otra muerte?

—Sí y no. Ni otro disco duro ni otra chica.

—Bueno, entonces, ¿qué?

Cuando Monroe retomó la palabra lo hizo despacio y con mucho tiento.

—Una prostituta llamada Denise Terrell se presentó anteayer por la noche en una comisaría de policía de esa ciudad. Estaba algo desorientada. Dijo que había hecho una salida de tarde y que «había pasado algo». Lo siguiente que recordaba era que había anochecido y que se había despertado apoyada en un contenedor de basura. Finalmente descubrieron que tenía una conmoción cerebral severa y la llevaron a un hospital. A la mañana siguiente comenzó a acordarse de más cosas y le contó a la policía que la había contratado uno de los clientes habituales de su agencia, pero que había hecho un trato con otro tipo que, de algún modo, se había enterado de que tenía un trabajo con ese cliente en particular. El otro hombre se había puesto en contacto con ella directamente y le había ofrecido dinero a cambio de que le dijera dónde y cuándo iba a tener lugar el

encuentro. Le explicó que el tipo le debía mucho dinero y quería sorprenderle en algún lugar privado, con la guardia baja. La chica, cuyo nombre profesional es Cherri, accedió.

—Charles, ¿hay algo relevante en todo eso?

—La policía de Portland fue a la dirección que la chica les había dado. Encontraron a un hombre muerto. Se llamaba Peter Ferillo. Era propietario de un restaurante y estaba vinculado con el crimen organizado aquí en Los Angeles. Estaba desnudo y apaleado, le habían disparado en la cabeza y lo habían dejado hecho un trapo en una silla. Revisaron la habitación de arriba abajo pero no encontraron nada. Luego, sin embargo, un oficial de patrulla encontró un objeto en un parterre con flores, a unos cincuenta metros de distancia. Era un abridor, con huellas de sangre. La sangre de Ferillo. Obtuvieron una huella. Una huella completa. Y encontraron al dueño.

El vino parecía haberse esfumado de mi organismo. Nina y yo nos mirábamos el uno al otro.

—Nina —dijo Monroe—, la huella pertenece a John Zandt.

16

Mientras conducía, era consciente de la red que lo rodeaba. La red de calles, de gente, de lugares y de cosas. Y de la otra red también, el nuevo mundo. Ese lugar paralelo, con sus direcciones privadas de correo electrónico y sus negocios puntocom. Uno puede descubrir muchas cosas allí, haciendo que la realidad se deslice entre tus manos como si fueses un dios. Lo único que hay en la red es información; pero hoy día todo está en la red; de modo que el mundo entero se ha transformado en información. Todo se ha convertido en una manifestación de esa cosa, de ese banco de palabras e imágenes; todo es algo que se dice o que se ha dicho. Se trata de comprar, o de mirar, se trata de nuestros hábitos y deseos, del contacto con los otros, del voyeurismo, de las aspiraciones y las adicciones. Somos nosotros mismos depurados… nuestra esencia, para bien o para mal. Ya no es una red pasiva. Cuenta nuestra historia, y a veces esa historia requiere algún trabajo. A veces hay que arrancarle las cosas. Encontrar allí a Jessica había sido un nuevo comienzo. Por supuesto que Jessicas hay muchas, pero también hay solo una. Una vez encontrada, puedes abrir una ventana hacia su vida, confirmar su existencia; pero también puedes cerrarla. Puedes cerrar el programa, hacer como si no hubiera nacido. Puedes cerrarlo y reiniciarlo, y entonces el pasado habrá desaparecido y todo estará limpio. La tecla «suprimir» está allí por alguna razón. A veces basta con que empieces de nuevo.

Una de sus colecciones favoritas de imágenes de webcam era de Pittsburgh, una ciudad en la que nunca había estado. La serie

consistía en tres tomas que abarcaban el período comprendido entre las 5.43 y las 6.14 de una mañana de finales de mayo de 2003. Todas habían sido tomadas con la misma cámara, pero con una que cambiaba la dirección y el grado de *zoom* entre las tomas, en lugar de ofrecer siempre la misma imagen. En la primera foto, el cielo del alba ocupaba la mitad superior de la imagen, todo azul y rojo, cubierto de nubes colosales. Abajo, el río Allegheny se desviaba a la izquierda; las luces de los puentes de las calles Seis, Siete y Nueve se reflejaban en el espejo de aguas oscuras que tenían debajo. Por todas partes, en las calles, a ambos lados del río y en el círculo que rodeaba la fuente y el estanque al final de Point State Park y del Gateway Center, había más luces. Pequeños puntos blancos transformados en dorados o rosados por efecto de la agonizante oscuridad y de las limitaciones de la webcam. La segunda toma ofrecía una vista mucho más cercana; en el cuarto de hora transcurrido, la cámara había aumentado mucho el *zoom* y había pivotado en una dirección completamente distinta. Resultaba imposible saber cómo encajaba esa pequeña porción en el conjunto de la ciudad. Los árboles ocupaban ampliamente la imagen, apenas se vislumbraba la curva de una autopista que pasaba entre ellos en dirección a la ciudad y a los pocos tipos madrugadores camino del trabajo, todo capturado con mucho más brillo, porque la cámara tenía que mostrar menos cielo. La última imagen volvía a la confluencia entre los dos ríos, otra vez estaba todo más oscuro y era un plano muy general. El ángulo era ligeramente distinto al primero. Giraba un poco hacia el sur, mirando hacia el Monongahela justo en el punto donde se unía al Allegheny, el puente Fort Pitt seguía a oscuras. Ahora ya no había puntos luminosos en ningún lado, ya fuera porque la ciudad los apagaba a las seis en punto, hasta el último de ellos, o porque, al tener que tomar una porción de cielo mucho más clara, la webcam había compensado excesivamente la luz en las áreas terrestres.

Había pasado una considerable cantidad de tiempo estudiando aquellas imágenes, entendiendo lo que le decía internet sobre la gente que tenía en observación. Le mostraba que se puede vivir en una ciudad, ser uno de sus habitantes, sin comprender ni formar

parte de su retrato más amplio. Como los ratones que viven en una casa de seres humanos… aquella era su dirección postal, pero eso no significaba que tuvieran derechos, que se tuvieran que contemplar solo como un entretenimiento inofensivo, que no fueran justa presa de gatos y trampas. De modo semejante, uno puede sentarse en un restaurante durante todo el día sin llegar a ser otra cosa más que el tipo que ocupa temporalmente el espacio que le pertenece a otro, espacio que uno contrata ofreciendo dinero a cambio de café y hamburguesas. Aunque tengas tu hermosa casita en las afueras, pagas el diezmo en todas direcciones: desplumado por el crédito que te permitió comprar tu propiedad, acosado por los intereses del dentista de tu hijo y el pozo sin fondo del probable-día-de-la-boda-de-tu-hija, pagas también el seguro que cubrirá el tratamiento del tumor de tus padres pero que no les salvará la vida. Tomas tus días y se los entregas a otra gente que hace cosas con ellos, que produce cosas con tus días, que vende sus productos con tu vida. Tus días, tu tiempo, fueron su ingrediente secreto, su quintaesencia; la repartieron gratuitamente en el fondo de sus paquetes, como invisibles palomitas de maíz. En compensación, te ayudaron a pagar algunas deudas con los bancos, los hospitales y el destino; y así seguiste adelante, todos los días, recorriendo el camino que va de tu casa al trabajo, conduciendo un coche que pagas a plazos y que una grúa se llevará de tu garaje, no importa lo ordenado que lo mantengas, si los pagos no están al día.

Sigues así hasta que envejeces y tu vida comienza a ir marcha atrás, y pasas de tener una casa entera a solo una habitación en la casa de uno de tus hijos, suponiendo que quieran hacerse cargo de ti, y finalmente una habitación en el edificio de un extraño, algún tipo de asilo, rodeado de viejos a los que no conoces de nada y que tal vez no te habrían gustado si los hubieras conocido antes: los jóvenes no entienden que las similitudes físicas de los ancianos no significan que sean iguales por dentro. Tampoco todos tienen ritmo. Incluso de forma más acusada que la decadencia de su salud, esta progresión te deja irrevocablemente claro que la vida avanza en una dirección completamente equivocada. Todo ese tiempo pasado como

propietario de una casa, todos esos préstamos y ambiciones, han sido eliminados, borrados del disco duro de tu vida. Te lo han quitado educadamente de las manos, como quien le quita un cuchillo de cocina a alguien demasiado joven. Las cosas que habías adquirido y que te ayudaban a definirte las han regalado o vendido, o tirado, y a ti te han confinado de nuevo en una pequeña habitación, como si volvieras a tener doce años; pero, esta vez, sin sentirte en consonancia con el mundo exterior, a estas alturas todo ha dejado de tener sentido hace ya mucho tiempo. Te sientas en lugares tranquilos y miras por la ventana e intentas no entrar en pánico al advertir lo mucho que estás olvidando aquellos días y qué poco hay para olvidar que valga la pena. Las capas de ego que has ido acumulando durante décadas se han disuelto, reduciéndote de nuevo a la dependencia; y no hay modo de engañarte pensando que esto no es más que una etapa por la que tienes que pasar, que tu tiempo sigue frente a ti. No es así. Ya has tenido tu tiempo. Tu tiempo ha sido y ya se ha ido. Ahora eres solo color en el fondo del tiempo de otro, y probablemente ni siquiera eso dure demasiado.

Mientras tanto, son otros los que conducen por la autopista, yendo y viniendo del trabajo, los que viven en tu antigua casa, y repintan las paredes y tiran abajo tus estantes, y el planeta gira.

Un día, después de un trayecto particularmente arduo de ida y vuelta al lavabo, sentada de nuevo en su silla, exhausta, pequeña, avergonzada, la abuela miró al chico y dijo:

—Es una pena que El haya dispuesto el peor trecho al final.

El chico no lo entendió de inmediato, sino siete meses más tarde, mientras estaba sentado en silencio tras una de las sillas del comedor, dos horas después de haber regresado del funeral de la abuela. Llevaba ya un rato allí sentado, pensando en la anciana, cuando su madre entró en la habitación con un disco en la mano. Se acercó al tocadiscos, lo encendió, se sentó y escuchó.

El chico se quedó helado. No sabía qué hacer. Comprendía que aquel era un momento privado de su madre y que no se tomaría

nada bien descubrir que no estaba sola. Lo entendió con particular claridad cuando oyó un murmullo que podía corresponder al llanto de su madre. Nunca antes había oído llorar a su madre. Y nunca volvió a hacerlo.

Así que se limitó a sentarse y escuchar.

Su madre no se movió de la silla durante todo el tiempo que duró la grabación. Luego se levantó, sacó el disco del reproductor y lo arrojó con furia contra un rincón, donde quedó hecho pedazos.

Salió en un arrebato. La puerta principal recibió un buen golpe.

Cuando la mujer estuvo a una distancia segura, el chico emergió con cautela de detrás de la silla. Su cuerpo le decía que saliera pitando de la habitación, que subiera a su cuarto, que se fuera, que hiciera algo, pero su mente le decía que su madre ya estaba de camino a algún bar y que quería saber qué había sonado. Ganó la mente.

Se acercó al tocadiscos para ver la carátula. Se trataba del *Réquiem* de Fauré, y reconoció aquel elepé porque lo había visto en el cuarto de su abuela: una de las pocas posesiones que se había llevado a su casa cuando resultó que se había hecho demasiado mayor para vivir sola. La carátula era vieja, estaba descolorida y maltrecha, y daba la impresión de que habían metido y sacado el disco de la funda en infinidad de ocasiones, antes, durante la verdadera vida de aquella mujer, cuando podía elegir qué música sonaba en el radio de alcance de sus oídos. Quizá fue eso lo que impulsó al chico a dirigirse al rincón, recoger uno de los pedazos más grandes del disco y llevárselo consigo al dormitorio: la conciencia de que llegaría un día en que los demás lo controlarían de nuevo y que el tiempo entre ambos momentos era todo lo que tenía.

Había cumplido doce años por aquel entonces. Cuatro más tarde, el *Réquiem* de Fauré fue el primer disco que se compró. Al final de su adolescencia era ya algo que escuchaba solo en privado. Había aprendido que Fauré era uno de esos compositores un poco demasiado conocidos. Era como poner *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, o la *Quinta sinfonía* de Beethoven o el *Aria en sol* de Bach.

Quedarás como un ignorante, por mucho que te gusten, porque

estás rodeado de gente que valora las ideas —incluida la idea de que todos ellos son gente muy inteligente y especial, y no una mera parte de la masa indiferenciable— por encima de las experiencias. Gente que cree que es mejor admirar algo que disfrutarlo de verdad, y que, además, en privado vive una vida de constante fragilidad e autoindulgencia.

Gente que no tiene el coraje necesario para darse cuenta de que si actuara con la energía necesaria sería capaz de mover el mundo.

No pasó mucho tiempo antes de que dejara a toda esa gente, a toda la gente, muy lejos tras de sí, cuando encontró su carretera del vicio. Escuchar a su madre, y oír todos esos extraños sonidos, horribles/hermosos, que provenían de su interior, que habían sido reales. Allí había algo que estaba sucediendo, un incidente en tiempo real, un cambio en los colores del mundo, como si la muerte de su abuela hubiera esculpido su marca indeleble en la realidad. Fue como vislumbrar un lago lejano, o una chica durmiendo, o la esquina mugrienta de una calle, franca y vulnerable en su simplicidad, una verdad sin afectación.

La muerte es real. La muerte cambia cosas. Lo demás es relleno, anuncios del patrocinador.

La muerte de la anciana mujer decía algo, especialmente cuando supo que la caída que había matado finalmente a la anciana no fue puramente accidental. La estaban ayudando a bajar las escaleras, al fin y al cabo, y él la había oído pronunciar un «No» apremiante, justo antes de caer.

Pero después todo fue silencio para ella, y ya no gritaba por la noche ni se hacía sus necesidades encima, y su irregular respiración había dejado de existir. La metieron bajo tierra y allí dormía tranquila, y seguramente debía de saber, de uno modo u otro, que su hija había llorado tras su partida.

El peor trecho no tenía por qué estar al final, eso estaba bastante claro. No tenía que ser silencioso y sin sentido. Mientras le importaras a alguien, el final no tenía por qué estar tan mal en absoluto.

Así que, ¿para qué esperar?

Cuando llegó a la ciudad, aparcó. Caminó unos metros hasta su destino. Seguía moviéndose porque el movimiento era mejor. Incluso entonces, esa parte del proceso seguía siendo extraña e ingobernable, y a un hombre inferior se le habría ocurrido la idea de que era así porque el impulso le llegaba de algún lugar que no era su mente consciente. El no. Él sabía que todo aquello tenía sentido, que a veces era para eso para lo que servimos.

Caminó. Esperó a que cayera la noche. Esperó para que otra persona especial ya no tuviera que esperar. En realidad, tenía sus propias razones para hacerlo, desde luego, y para obtener beneficios más amplios, pero eso no impedía que fuera también lo mejor para ella. Sería todo limpio y silencioso.

Realmente, era una situación donde no había nada que perder.

17

El ascensor se abrió. Burt estaba dentro. Sonrió y retrocedió un paso para permitir que Katelyn entrara; luego se dio cuenta de que él tendría que salir con su gran carrito y que eso debía suceder primero, sin importar lo que le dictara, su código personal de caballerosidad. Dudó, se desplazó hacia delante y hacia atrás unos centímetros, luego abrió mucho los ojos y se encogió de hombros. Eso, o algo parecido, ocurría casi todas las noches.

Con expresión de disculpa, se abrió paso con mucho ruido y luego se volvió para sujetar las puertas abiertas.

—¿Recogiendo los menús, señora?

—Así es, Burt. ¿Cómo le va la noche?

—Voy tirando.

Burt era el único empleado negro del Seattle Fairview, aparte del muy célebre Big Ron, el conserje del turno de día. A Katelyn le gustaba Burt. Le doblaba la edad a cualquier otro empleado y trabajaba con el doble de empeño, incluso a las tres de la madrugada. Si te encontrabas con Burt, seguro que estaba haciendo algo. La mera idea de Burt descansando resultaba incongruente.

Una vez se hubo asegurado de que la mujer estaba cómodamente instalada en el ascensor, le guiñó un ojo y siguió su ruidoso camino hacia lo que hubiera que arreglar, o volver a colgar, o arrancar. Katelyn se quedó mirándolo mientras las puertas se cerraban. Ese hombre era también un entregado trabajador nocturno, y algo le decía a Katelyn que además sentía lo mismo que ella, la misma impresión de ocupar una posición especial. Jamás se lo había

preguntado porque, bueno, uno no hace esas cosas. ¿O aquella era una respuesta demasiado sencilla? ¿Acaso creía ella que semejante observación caía fuera de los límites de su relación laboral? ¿Y qué, si era así? ¿Pondría eso de manifiesto alguna maldad en ella? ¿Era la jerarquía más importante para Katelyn de lo ella misma hubiera creído? O quizá lo tratara con condescendencia sin darse cuenta, no lo tomaba en serio porque era viejo o…

Joder, ya era demasiado tarde.

Aquello no era trabajo del encargado del turno de noche, ella lo sabía. Algunos hoteles se lo asignaban al botones como última tarea antes de irse a casa; o, si había servicio permanente de habitaciones, a veces el cocinero del turno de noche ponía el contestador en la hora muerta de[1] alrededor de las cuatro de la mañana y los repartía él mismo, probablemente recorriendo los pasillos con los pantalones bajados, a juzgar por los cocineros del turno de noche que había conocido Katelyn. Una habitación había pedido que le colgaran el menú en la puerta a las seis mejor que a las dos, y ese había sido el primer trabajo del día para el personal de servicio que más tarde estaría repartiendo esos mismos desayunos en el piso de arriba. Aquello a ella le parecía una equivocación. Cualquiera podría pensar que el desayuno es el primer acontecimiento del día, pero no era así. No para los huéspedes. Era el último. Regresaban tras una velada en una ciudad desconocida, a primera hora de la noche, de mal humor, o más tarde y con una educada cara de asco: adivinar cuál de las dos opciones era gran parte de la diversión. A Katelyn le gustaba imaginárselos tirando los zapatos, formalmente sentados a la pequeña mesa que había en todas las habitaciones, o sino repantingados en la cama, con hipo, aferrados al bolígrafo de cortesía, el ceño fruncido en solitaria concentración, marcando casillas con movimientos espasmódicos. Cuando estás de vacaciones o de viaje por trabajo, la llegada del desayuno tiene un significado existencial. Te recordaba quién eras o al menos quién creías que eras a medianoche y hasta las cejas de vino.

Eso creía Katelyn. Intentó explicárselo a uno de los muchachos de recepción y el tipo se la quedó mirando como si le estuviera hablando en mandarín. Algunos la trataban de ese modo dijera lo que dijera. Es raro que el encargado del turno de noche sea una mujer. Tiene algo que ver con sus responsabilidades, tal vez con el hecho de que tengan que enfrentarse a los extraños sucesos nocturnos: explicarle a los no huéspedes que no había servicio de taxi a los suburbios; disuadir a hombres de negocios con los ojos desorbitados de que traigan consigo a mujeres que resulta demasiado obvio que son prostitutas; encontrar a alguien que limpie el vómito del ascensor de en medio (la gente siempre vomita en el ascensor de en medio; nadie sabe por qué, ni siquiera Burt). La mayoría de los encargados del turno de noche no estaban haciendo carrera. Eran como camareros perpetuos, fuera del ritmo del mundo. Llegaban a las nueve, o cuando fuera que cada hotel en particular considerara que terminaba la acción de verdad, se instalaban en la oficina de atrás, y bebían café. Si tenían suerte, seguirían así hasta el amanecer, dedicándole un minuto cada tanto a comprobar que las tareas de mantenimiento, limpieza y reabastecimiento de las horas bajas las había hecho gente que cobraba la mitad que ellos. Si se declarara un incendio, darían órdenes a diestro y siniestro hasta que el problema hubiera desaparecido, hubiera sido olvidado o suprimido, y luego volverían a hojear revistas. Al amanecer se evaporaban como el rocío, de vuelta a sus apartamentos o casitas, para dormir todo el día como vampiros saciados.

Katelyn era diferente. A medida que subía el ascensor por la noche, el reflejo de los espejos que la rodeaban le confirmaba que era joven, femenina y atractiva. Bueno, joven no. Borra eso. Tenía buena piel, de todos modos, y un cabello que requería pocos cuidados. Una nariz con personalidad. Tenía la imagen de una mujer de negocios con su traje gris marengo. No tenía por qué estar allí. No debería, quizá. Se puede llegar a la gerencia de un hotel sin ninguna experiencia, y ella había trabajado con suficientes expertos de las conferencias como para saber que el número de puntos clave de un diagrama no eran competencia para el tiempo pasado sobre el

terreno. Durante el día, un hotel podía parecer una máquina enorme, movida por sus propios mecanismos internos. Claro que, tan pronto como pasabas al otro lado del mostrador de recepción, una vez que habías cruzado unas cuantas de esas puertas con rótulos de «Acceso restringido», te dabas cuenta de que no era exactamente así. Entendías entonces que un hotel era la colisión frontal de mil listas de tareas distintas que se iban completando a diferentes niveles; que era un ordenador de carne y piedra que ejecutaba diecisiete programas al mismo tiempo (algunos nuevos y competentes, otros viejos e infectaos de virus), y que siempre había una caída de sistema a gran escala preparada a la vuelta de la esquina. Tenía sus inercias, de todos modos, el sentido de un ecosistema completamente engranado, un equipo de relevos en una carrera interminable.

De noche era diferente. El *software* se ponía en modo de hibernación y uno tomaba conciencia de los componentes: las mesas, las sillas, los apliques encendidos en las paredes, que proporcionaban reposo y emanaban luz únicamente para sí mismos. Los ascensores, que se encargaban por sí solos de la misión de viajar arriba y abajo, sin razón aparente, que rechinaban y pitaban durante la madrugada. La mayor parte de todo eso, del edificio propiamente, de sus largos pasillos, de sus enormes cimientos, bañados en el ruido sordo de las horas bajas. Los hoteles veían mucha vida. A los hoteles se les maltrataba mucho. La acción que vivía un hotel medio de ciudad provocaría el colapso nervioso de una casa normal en un solo día. Durante la madrugada, el edificio tenía algo de tiempo para sí mismo, para rumiar sus enormes, pausados pensamientos. Pasearse por sus pasillos era como sentarse junto a una gran fiera de ladrillo y oír su respiración en reposo.

Y tal vez esa fuera la razón por la que la mayoría de los encargados del turno de noche no eran mujeres. Katelyn sabía que debería estar en casa, durmiendo, u oyendo la respiración de algún otro ser humano. El gato no contaba. Daba igual lo mucho que le quisiera. Tenía que ser la respiración de un niño, o la de un hombre al menos. Podías quedarte aguzando el oído tanto como quisieras en

su apartamento, pero eso no lo oirías. Debería dejar de engañarse a sí misma.

Esa era la razón por la que estaba allí.

Las puertas se abrieron en el sexto piso y ella avanzó como debía hacerlo un encargado. Seis no eran tantos pisos, pero era todo lo que tenía el Fairview. No hacía mucho que Katelyn se había visto obligada a tratar ese mismo asunto con un cliente descontento que esperaba gozar del mismo tipo de vistas que había disfrutado en uno de los hoteles gemelos que la cadena tenía en Vancouver. Allí el Bayside tenía veintidós pisos y unas vistas soberbias de la bahía Burrard y las montañas: Katelyn lo sabía, pues había asistido allí a un curso de formación. Había hoteles en Seattle con panorámicas más espectaculares, lo reconocía, pero ninguno con la misma calidad de servicio. El hombre la contempló sabiendo que lo habían engatusado con un discurso corporativo, pero parecía bastante contento cuando se fue. Un pedazo de alcornoque, en cualquier caso: le dejaron la bandeja de fruta junto a las hamburguesas ambas mañanas, lo cual hablaba de un conflicto de intereses en algún punto de su discurso.

La brisa era cálida y suave. Caminaba a través de silenciosos y enmoquetados pasillos, siguiendo tres lados de un pequeño cuadrado. Arriba, a través, abajo. No había muchos menús. Los fines de semana en esa época del año eran tranquilos. Había una pareja de turistas en el quinto —después de haberlos visto llegar tambaleándose al edificio pasada la medianoche, Katelyn tenía curiosidad por saber lo que habrían pedido—, pero la mayoría eran tipos de negocios. Esos estarían temprano en pie, sorbiendo el Starbucks gratuito y los cruasanes que servían en el restaurante entre las siete y las ocho y media. En toda la planta había tan solo doce pedidos, la mayoría de la idiosincrática versión del desayuno del hotel de dos huevos. Nada de mucho interés, aunque un pedido de avena irlandesa la hizo sonreír. El huésped en cuestión era un tipo corpulento. Avena no era lo que quería. Se portaba bien. Su mujer

habría estado orgullosa; asumiendo que le creyera, asumiendo que el tema surgiera en alguna ocasión, que no podía ser sino la de una conversación que el marido estaba destinado a perder. Debería haber pedido el desayuno especial, como quería. Aún así, bravo por él.

Al final del pasillo, miró hacia atrás para comprobar que no se había dejado ninguno y luego abrió la puerta de la escalera. El lujoso enmoquetado terminaba justo al otro lado de aquella puerta, un ejemplo de recorte de gastos que ella aprobaba. Los huéspedes usaban la escalera de vez en cuando —normalmente, solo en el caso de que tuvieran fobia a los ascensores, porque eran muchas— y esa era la única imagen que tenían de los interiores. Nada de cuadros en las paredes, nada de alfombra roja con pequeños cuadritos dorados, nada de la opulencia que reinaba en el resto del hotel. Era un…

Katelyn negó con la cabeza. Por Dios, mujer, cállate. No tenía ninguna mística. No era más que una escalera. Forrada de linóleo gris y con buen eco. No erá interesante. No tenía por qué pretender que lo fuera. Nadie la estaba oyendo. Andar arriba y abajo por allí era su trabajo. Y eso era todo.

Oyó el repicar de sus zapatos en la escalera, concentrándose en el mundo que quedaba fuera de su cabeza. Hablar solo era hablar con uno mismo, aunque se hiciera en silencio. Y ella lo hacía, sin cesar, ya lo sabía, lo hacía como si se tratara de los coros de una canción de Shania Twain: una vez y otra y otra, muy alegre y muy pop, algo que suena bien como fondo, pero vacío como una pelota de *ping-pong* si se escucha lo que dice.

Estaba haciendo el giro de la escalera cuando oyó un ruido arriba. Levantó la vista, dispuesta a sonreír, suponiendo que se trataría de Burt, que habría ido a hacer algo en el hueco de la escalera. Allí no había nadie.

Extraño. El sonido no podía ser de abajo, pues veía la puerta de la quinta planta. Echó un vistazo por encima de la barandilla. Ningún movimiento tampoco allí abajo.

Qué más daba. Los hoteles hacían ruidos. Probablemente sería alguien del personal de limpieza que empezaba su trabajo. Aunque —lo comprobó en su reloj—, a las tres y cuarto, aquello no podía ser

cierto.

Abrió la puerta al final de ese tramo de escaleras, medio esperando encontrarse con Burt trajinando sus cosas y pensó que tal vez le diría algo. Algo cordial, para mostrarle que no le discriminaba por su edad, ni había racismo ni actitudes condicionadas por la jerarquía en su supervisión.

El pasillo estaba vacío.

Oh, vaya. Burt no sabría nunca lo que se había perdido.

La quinta planta también estaba a bajo rendimiento. Unos cuantos cafés con tostadas, pero… ajá. Huevos, salchicha, beicon, salchicha extra (?), salteado de patatas y cebolla, avena, fruta, café y té para lo que al parecer eran ¿cuántos, cuatro? Y un desayuno continental con tostadas. Y un bollo inglés, probablemente, aunque la señal era difícil de interpretar. ¿Podrían poner más tostadas? O beicon. Y un zumo de naranja. Para las siete treinta.

Katelyn sonrió. Esos tenían que ser los turistas borrachos. Sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta e hizo unas cuantas modificaciones, reduciendo su pedido a algo que no les aterrorizara cuando lo vieran llegar. También retrasó la hora de entrega a las siete y cuarenta y cinco. Se lo agradecerían.

Siguió caminando. Más tostadas, más huevos. Intentó recordar la última vez que había ido de vacaciones. De eso hacía ya un tiempo, seguro, probablemente antes de que sus padres murieran, y desde entonces habían pasado cinco años. Era curioso lo que uno recordaba. Instantáneas de algunos paisajes. Un lugar favorito para tomar café. La novela mala que leyó. Alguna baratija que se le antojó, compró y ahora descansa olvidada en algún cajón. Sexo vacacional. Jóvenes que a esas alturas ya serán hombres, igual que ahora ella era presuntamente una mujer. Cualquiera de más de cuarenta años que siguiera pensando en sí misma como una chica, se engañaba, por mucho que dijeran las revistas que ganaban dinero gracias a la publicidad de las cremas antiarrugas.

Se oyó el ruido de una puerta que se abría.

Ella se volvió.

—¿Burt?

No hubo respuesta. Habló en voz baja —nadie querría que lo despertaran a esa hora—, pero él la habría oído, y contestado.

¿Un huésped, quizá? Añadió el menú de los turistas a su montón y se fue por donde había llegado. Cuando pasó por delante de la puerta que daba a la escalera advirtió que estaba abierta. No mucho, sino apoyada sobre el pestillo.

Ella no la había dejado así. Había que cerrarla. Las normativas de prevención de incendios eran estrictas en ese punto, y había un cartel que así lo indicaba con bastante claridad. Burt también lo sabía. Extraña hora para usar la escalera en cualquier caso.

Entreabrió un poco más la puerta y dijo:

—¿Hola?

Su voz resonó escalera abajo, pero no pareció que coincidiera con nadie que bajara o volviera a subir. Tan solo otro sonido en su mente. A menos que…

Se dio media vuelta rápidamente.

Detrás de ella, el pasillo estaba vacío. Claro que lo estaba. Pero percibía como si un momento antes no hubiera sido así.

Era un poco siniestro. Burt no haría una cosa sí. Y un huésped tardío tampoco.

Había solo un camino por el que alguien podría haberse ido. Regresó deprisa al vestíbulo de la planta, pasando por delante de los ascensores. Una mirada a los indicadores de planta señaló que ambos se encontraban abajo, en la entrada. Lo cual dejaba…

Miró al otro pasillo.

Vacío. Pares de puertas que se perdían al fondo. En silencio, tal y como debía ser.

Pero entonces oyó un clic. Muy bajito, procedente del fondo.

Así pues, probablemente, un huésped muy tardío. Habría subido por la escalera, por razones que solo él o ella conocían, y se había metido en la habitación. Uno con fobia a los ascensores. Era eso. Ningún drama.

Salvo que… algo no andaba bien.

El huésped tenía que haber pasado justo por detrás de ella, y así lo había notado. ¿No era raro que no la hubiera saludado, por

mucho que estuviera borracho, incómodo por tener que mostrarse tan poco sereno delante del personal?

A menos que el tipo no debiera estar allí.

Ocurría continuamente. Las puertas del hotel estaban abiertas todo el día y la mitad de la noche. Entrabas, dirigías una sonrisa confiada al mostrador de recepción y nadie te ponía problemas. A cierta hora de la tarde o de la noche, incluso tenías todo el tiempo del mundo para entrar a unas cuantas habitaciones.

Katelyn tenía dos opciones. Bajar, coger la radio que debería llevar consigo —maldita sea— y contactar con Burt, o sino espabilar al inútil de seguridad que se pasaba la noche pelándosela en el sótano. A Burt, puestos a elegir, que al menos no la miraría como si se preguntara qué hacía ella de encargada del turno de noche si tenían que darle la mano cuando se hacía de noche. Él no lo diría, posiblemente ni siquiera lo pensaría. Pero otros sí, si oían hablar del suceso.

Lo cual llevaba a la opción dos.

Se alejó de los ascensores y se adentró en el pasillo. Con mucha calma y profesionalidad, recogió un par de menús por el camino. Continentales.

Tras ella, oyó el ruido de uno de los ascensores en movimiento.

Se detuvo y miró atrás, esperando que se detuviera en esa planta y se abrieran las puertas, que quizá llegara otro empleado. Si era así, le llamaría para que acudiese con algún pretexto.

Las puertas no se abrieron. Ella negó con la cabeza, irritada. Aquel era su hotel. No la iban a asustar.

Otro menú. Unos cuantos más vacíos. Otro menú. Se detuvo a media zancada, dio media vuelta.

Extraño. La puerta de la habitación 511 no tenía menú. Pero había colgado un cartel de «Por favor, hagan mi habitación».

Aquello no tenía sentido. ¿Quién cuelga eso antes de irse a la cama?

Empujó ligeramente la puerta, que se abrió unos cinco centímetros.

Dentro estaba oscuro. Extraño otra vez. La puerta debería estar

cerrada, desde luego, las puertas con cierre automático eran la base de la seguridad en los hoteles modernos. Por no mencionar que tenía un pestillo y que, en última instancia, eso debería haberla mantenido cerrada.

Llamó, suavemente. No hubo respuesta.

No sabía si se suponía que la habitación estaba ocupada. Junto con la radio, debería haber llevado también una lista. Nunca le había encontrado el sentido. La gente quería el desayuno o no lo quería. ¿Qué podía hacer ella? ¿Despertarles para comprobar que no se hubieran olvidado?

Pasó la mano entre la puerta y el marco, y pulsó el interruptor de la luz. No ocurrió nada. De repente, aquello se volvía más razonable. Era evidente que había algún problema en la habitación 511, circuitos quemados o algo así. Cosas que pasaban. El cartel de la puerta debía estar allí más bien para recordarle a alguien que tenía que arreglarla.

Pero ¿por qué no se lo habían dicho? Ese era exactamente el tipo de cosas que deberían estar en su agenda. Si la gente no la tomaba en serio, ¿cómo demonios se suponía que podría hacer su trabajo?

La boca de Katelyn se redujo a una fina y tensa línea. Que no la tomaran en serio era algo que no podía soportar.

Abrió un poco más la puerta y dio un paso hacia el oscuro pasillo interior. Se detuvo y aguzó el oído. No oía nada.

Entró en la habitación. La atmósfera era densa. El aire parecía fluir y refluir a su alrededor, una marea acompasada con la respiración de todos los que dormían en el lugar. Normalmente, la luz de la calle y del ambiente habrían mantenido la habitación lo suficientemente iluminada para que las formas de los objetos se percibieran fácilmente, pero las cortinas del fondo habían quedado echadas. Intuyó que la cama estaba vacía y hecha, pero poco más que eso.

Anduvo a tientas hasta la mesa e intentó encender la luz.

Tampoco funcionaba. De acuerdo, o sea que la corriente era lo que estaba definitivamente estropeado. En realidad, no entendía cómo había podido suceder aquello en una sola habitación, pero…

De repente, la habitación pareció oscurecerse aún más y se oyó un suave clic. Se dio la vuelta. El rectángulo de luz amarilla del pasillo había desaparecido.

Oyó algo que podía ser el rumor de pasos sobre la moqueta. Retrocedió, golpeándose con el borde de la mesa.

Tragó saliva.

—¿Hay alguien ahí?

Él no respondió, pero allí estaba. Salió de la oscuridad más profunda y penetró en la claridad de las tinieblas.

Katelyn intentó retroceder, pero no había a donde ir. Él dio otro paso controlado hacia ella, que captó un destello más abajo, al lado de su mano.

Ella se disponía a chillar, pero justo entonces la cara del tipo atravesó un tenue haz de la luz que se filtraba, una nube surgiendo desde detrás de otra nube aún más oscura. Algo en las facciones de aquel hombre detuvo a Katelyn y se quedó mirándolo.

—No —dijo él con firmeza—. No me conoces. Nadie me conoce.

Y entonces se abalanzó sobre ella, cortando el tiempo, con una velocidad que nada habría podido detener.

Nadie recibió sus huevos, o sus tostadas, o su avena irlandesa puntualmente a la mañana siguiente. Hubo muchas quejas, sobre todo de los dos últimos pisos, donde los menús habían desaparecido inexplicablemente. Era ya primera hora de la tarde cuando un huésped se registró en la habitación 511 y descubrió esos mismos menús esparcidos por el suelo de una habitación que, por otro lado, estaba vacía y cuyas luces no funcionaban.

El hotel mantuvo la desaparición tan en secreto como pudo. La policía interrogó primero a Burt, por supuesto, pero estaba tan desconcertado como cualquiera y más triste que la mayoría. Le gustaba su jefa. La noche anterior había estado a punto de decirle algo cuando se la encontró en el ascensor, procuró soltar su «¿Qué tal?» de un modo que resultara un poco más personal, por si acaso

ella pensaba de él que era muy distante porque fuera su jefa o porque era blanca o algo así. Ahora había desaparecido. La mayoría de la gente, al parecer, pensaba que estaría echando una cana al aire y que volvería al cabo de unos días con el rabo entre las piernas. Una mujer en el puesto de encargada del turno de noche significa «nadie me espera en casa», según ellos, y ese tipo de mujeres estaban tan solo a un paso del manicomio o del Prozac Ressort.

Burt sabía que la señora Katelyn no era así, y cuando la noche siguiente las puertas del ascensor se abrieron y ella no estaba, aquel hombre pensó que se había ido para siempre y a ningún sitio bueno.

18

Cuando Nina se despertó justo antes de las cinco, supo que no tenía sentido intentar dormirse otra vez. Ella y Ward se habían quedado despiertos dos horas después de la llamada de Monroe, tratando de entender qué implicaba y qué no. Hasta donde era capaz de imaginar, solo podía tratarse de una cosa. De algún modo, en algún lugar, Zandt habría conseguido pisarle los talones a alguien del entorno de los Hombres de Paja. No podían cazarlo directamente, así que le tendieron una trampa. Se pasó toda la noche intentando contactar con él. Su teléfono estaba apagado.

Ward recuperó la sobriedad muy deprisa, y al final hizo una sugerencia que Nina sabía que debía considerar seriamente. Tenía que quedar con Monroe en algún lugar, en privado, y contarle algunas cosas. No por teléfono. Cara a cara. Si debía convencerlo de que había un grupo de hombres y mujeres operando bajo la superficie de lo que el común de la gente entendía por Estados Unidos, que mataban y mentían, y ahora tenían a su ex amante en el punto de mira, tenían que encontrarse en la misma habitación. Probablemente debería haberlo hecho tres meses antes, pero —atormentados por la paranoia y con varias muertes a la espalda— ninguno de ellos creyó que fuera lo más adecuado.

Ahora, parecía que habían cometido un error al no hacerlo.

Se tomó cinco tazas de café mientras pensaba lo que diría. Cuánto podía revelar de lo que había ocurrido en Los Salones sin que ninguno de ellos terminara en la cárcel. Esperó hasta las siete, momento en que sabía que Monroe ya estaría despierto y en pie. Si

podía interceptarle antes de que se fuera a trabajar, quizá pudieran encontrarse. Se acercaba ya al teléfono cuando este sonó.

Era Monroe. Ya estaba en la oficina. Le dio instrucciones para que se reunieran inmediatamente, y su voz no sonó precisamente como la de alguien a quien se le pudiera contar nada en absoluto.

La estaba esperando en la puerta del ascensor de la quinta planta. Con rostro pétreo.

—Charles —dijo ella rápidamente—, necesito hablar contigo.

Él negó secamente con la cabeza y se dio media vuelta para avanzar por el pasillo. Un poco más adelante, abrió una puerta de par en par y se hizo a un lado, aguardándola. Ella cubrió la distancia apresuradamente y entró.

La habitación 623 era el típico espacio anónimo que existe en cualquier empresa de cierto tamaño de Estados Unidos. Desde la perspectiva de los negocios dice: «Mira, podemos permitirnos lo mejor del catálogo. No nos das miedo». Nina no sabía qué implicaría en las fuerzas de la ley. Una enorme mesa de madera ocupaba el centro de la estancia, pulida hasta alcanzar un extremo brillo rojizo y rodeada de las sillas más caras y menos usadas de todo el edificio. Un ventanal ofrecía una panorámica del aparcamiento; las otras paredes estaban cubiertas de madera hasta a la altura de la cintura, pero desnudas de todos modos. Había una fotografía malísima de alguien recibiendo un galardón (no reciente), y nada más.

Un hombre con traje color gris marengo estaba sentado en una silla que había sido colocada de tal modo que sobresalía por encima de la esquina izquierda de la mesa. Era de mediana estatura y tenía ese tipo de piel que hace que un hombre de cierta edad parezca relleno de plástico sólido. Llevaba el pelo muy bien cortado. Sus ojos eran de color azul, pálido, sin brillo. Sus pestañas, largas. No llevaba corbata y su camisa daba a entender que no tenía por qué llevarla. Rondaría los cincuenta y cinco años. A pesar de ser una suma impecable de todos los cánones estéticos convencionales, Nina

pensó que aquel era el hombre de aspecto más olvidable que hubiera visto jamás. Nada sugería específicamente que no fuera un agente, pero no lo era. Sin duda, no se trataba del Agente Especial al Mando de Pordand, a quien ya conocía.

—Buenos días —dijo ella, ofreciéndole la mano.

Él no se la estrechó. Tampoco se presentó ni sonrió. Nina sostuvo la mano en alto durante cinco segundos, luego la dejó caer. Se mantuvo firme aún unos momentos más, para darle la oportunidad al tipo de que dejara de comportarse como un gilipollas. No la aprovechó. Nina le aguantó la mirada tanto como le pareció necesario, luego la apartó.

Podía jugar ese juego.

—Como quiera —dijo ella.

—Siéntate y no digas nada —soltó Monroe—. Estás aquí para escuchar. Te van a hacer una pregunta directa y luego tendrás que contestarla. En cualquier otro caso, mantén el pico cerrado. ¿Entendido?

Nina supo en ese instante que algo iba muy mal. Monroe tenía sus defectos. Tendía a creerse más listo de lo que era, y a pensar que los criminales —y los demás agentes— responderían a las mismas técnicas de gestión que les aplicaría un vendedor de electrodomésticos. Pero, por encima de todo eso, era un profesional; no obstante, en esos momentos, su tono revelaba ira y resentimiento personales.

La miró todavía un segundo más.

—¿Entendido?

—Claro —dijo ella, separando las manos—. ¿De qué se…?

—El caso Sarah Becker —dijo él, y el corazón de Nina dio un nuevo vuelco.

Aunque guardara relación con lo que quería contarle, ese no era el modo en que podría darse tal situación. No delante de alguien más, y menos aún delante del tipo de la esquina. ¿Por qué no se habría sentado a uno u otro lado, por cierto? Se había buscado una posición imposible de ignorar y Monroe seguía sin presentarlo. Parecía como si no quisiera reconocer su presencia. Era como si

hubiera un fantasma en el extremo de la mesa, uno que Nina pudiera ver y él no.

—Muy bien —dijo ella. Monroe abrió su carpeta. Dentro había unas pulcras notas, pero no se refirió a ellas.

—Los Becker afirman que su hija apareció sin más en la puerta de su casa. Surgida de la nada, después de haber estado desaparecida durante una semana. Dice que la soltaron cerca del lugar donde la habían secuestrado, que según ella fue Santa Monica, y que caminó hasta su casa sola. Sin embargo, un vecino cuenta otra cosa, asegura haber visto como un hombre y una mujer llevaban a la chica hasta la puerta de los Becker y que un coche conducido por una tercera persona los esperaba al otro lado de la calle. El vecino en cuestión es un viejo y normalmente le prestaría atención si no fuera porque una adolescente que encaja con la descripción y el estado de Sarah recibió tratamientos de emergencia en un hospital de Salt Lake City la noche anterior. La internaron a la vez que a una mujer con una herida de bala en la parte superior derecha de su pecho. Ambas pacientes desaparecieron a la mañana siguiente muy temprano. Y todo eso exactamente al mismo tiempo en el que tú te recuperabas de una herida semejante producida, al parecer, en un accidente de caza en Montana.

A Nina le dolía la cabeza, y el corazón le pesaba como una piedra. Se encogió de hombros, sabiendo que no sería capaz de contarle a Monroe nada en absoluto. Ni ahora ni nunca.

—Las observaciones del hospital llamaron mi atención —continuó— porque entre allí y una ciudad llamada Dyersburg, en Montana (la ciudad hacia la cual volaste justo la noche anterior) había una urbanización llamada Los Salones, que actualmente es un socavón al que todo el mundo, desde la policía local hasta la NASA, querría encontrarle una explicación. Los policías están particularmente interesados en el asunto porque tienen un oficial desaparecido, un agente inmobiliario muerto y otras dos víctimas fatales sin causa conocida.

Nina no dijo nada. Monroe la observaba. El hombre de la esquina también la miraba. Al final, aquello la hastió.

Se volvió hacia aquel tipo y preguntó:

—¿Quién es usted exactamente?

El individuo le devolvió la mirada como si la mujer fuera la lista de turnos de vacaciones de una empresa para la que no trabajara.

Cuando Nina volvió a mirarle, los ojos de Monroe eran fríos.

—¿Crees que soy idiota, Nina? ¿Es eso?

—No, Charles, claro que no —dijo ella—. Todo eso son temas obsoletos. No sé más que tú sobre el regreso de Sarah Becker.

Monroe se quedó callado, forzándola a continuar.

—Estaba en Montana, visitando a John, como ya dije en su momento y en muchas otras ocasiones desde entonces.

—Correcto —dijo él, con inexpresiva afabilidad, y Nina empezó a sentirse aún más desconcertada.

Algo en su abrupto cambio de tono le hizo entender que allí había más cosas en juego de las que ella creía y que estaba a punto de descubrir de qué se trataba.

No fue Monroe quien habló luego, fue el hombre de la esquina. Su tono de voz era seco y sin inflexiones, un poco nasal.

—Estamos hablando de John Zandt, ¿verdad?

—Sí.

Nina siguió con la vista clavada en Monroe, percatándose de que tal vez su jefe era más sutil de lo que ella pensaba. La acababa de echar a las fauces de ese otro tipo. Monroe no parecía incomodo ante su mirada.

—El ex detective de homicidios actualmente relacionado con un homicidio en Portland. Cuya hija fue secuestrada en mayo de 2000 y jamás encontrada. Que dejó las fuerzas del orden y desapareció, antes de volver a emerger tres meses atrás como, según tengo entendido, su amante.

—Situación que ya no corresponde al presente. ¿Y en qué sentido podría ser eso de su incumbencia?

Se suponía que la pausa que había hecho antes de la última pregunta debía hacer que sonara contundente. Sin embargo, a ella misma le sonó evasiva. Tampoco importaba demasiado; era evidente que se había vuelto inaudible. Ninguno de los hombres dijo nada.

Dirigió la mirada hacia Monroe, luchando por controlar su tono.

—¿De eso se trata? ¿Un tirón de orejas tres años tarde? Le di información a John sobre el caso del Chico del Reparto, cosa que no debería haber hecho. Eso ya lo sabes. Sabes que en mi opinión él merecía saber lo mismo que nosotros porque su hija había desaparecido; y porque antes había sido él quien nos había ayudado a cazar a un tipo que andaba matando a niños negros, y cuando nosotros no conseguíamos dar ni un paso adelante y los medios de comunicación de toda la ciudad se nos estaban comiendo vivos. Ya me explicaste de qué modo mis acciones incumplían los protocolos del FBI y tus propias ideas sobre separar el trabajo de lo personal y jamás volviste a tener la misma relación conmigo desde entonces. Lo estropeé todo. Ya capté el mensaje. Creía que ya lo habíamos superado. Pasemos página.

Monroe miró por la ventana.

—No estamos aquí para pasar página, señora Baynam —dijo el hombre de la esquina—. Estamos aquí para volver atrás.

—¿De qué coño está hablando?

—Nina…

—Que te den, Charles. Estoy cansada de esto. No sé quién demonios es este tipo ni por qué cree que tiene derecho a hablarme de ese modo.

Monroe puso un maletín encima de la mesa y sacó un ordenador portátil estándar. Lo abrió e inclinó la pantalla hacia Nina. Ni él ni el hombre de la esquina hicieron el menor intento de adoptar una posición desde la que pudieran ver y Nina comprendió que ambos habían visto ya lo que ella estaba a punto de descubrir.

La pantalla se encendió automáticamente, mostrando una ventana negra en el centro. Monroe introdujo una combinación de teclas y la ventana pasó del negro a un rápido movimiento de colores. A Nina le llevó un momento descifrar que se trataba de imágenes tomadas con una videocámara, grabadas desde una carretera.

La calle permaneció vacía un segundo, revelando la parte trasera de una hilera de edificios en el otro lado. Después, la imagen se

amplió bruscamente para enfocar uno en particular. Un edificio de dos plantas, de madera, pintado de color arena con ribetes blancos, nada muy reciente. La imagen estaba tomada en tres cuartos, de modo que mostraba las ventanas de la parte de atrás y de uno de los lados, con todas las cortinas echadas, y una puerta trasera.

Durante algunos momentos no ocurrió nada. Pasaron coches, uno de derecha a izquierda y dos en dirección opuesta. No había sonido, pero Nina no sabría decir si era porque el archivo no lo incluía o porque los altavoces del ordenador estaban desactivados.

La cámara amplió el *zoom*. Costó un segundo ver qué había advertido la persona que grababa. Era la puerta trasera de la casa. Se abrió unos centímetros, revelando la oscuridad del interior. Se cerró de nuevo, un segundo, y luego se abrió lo suficiente para que saliera un hombre. Era de una altura un poco superior a la media y ancho de hombros. Cerró la puerta y cruzó el jardín de atrás de la casa. Se movía de tal modo que un observador accidental no podría haber visto ningún detalle de su cara, y probablemente ni siquiera habría advertido su presencia.

Sin embargo, la persona que operaba la cámara no era ese tipo de observador, así que enfocó con precisión. Nina se mordió el labio.

El hombre era John Zandt.

Avanzó por la carretera y la cámara le siguió hasta un coche que Nina reconoció, un coche que John ya no tenía pero que había pasado unas cuantas tardes aparcado enfrente de su casa hacía unos cuantos años. Abrió la puerta del conductor y, justo antes de que se subiera, la cámara captó un primer plano de su cara por encima del vehículo. Estaba pálido, y tenía bolsas debajo de los ojos. Tenía el aspecto de muchos tipos que Nina había visto fotografiados caminando con las manos esposadas. No se parecía demasiado al hombre al que por un breve lapso de tiempo creyó amar.

Lentamente, el vídeo abrió el cuadro hasta su máxima amplitud, la que mostraba media calle y después se detuvo con brusquedad.

Con rostro estudiadamente neutro, Nina volvió a sentarse en su silla.

—¿De dónde ha salido esto?

—Nos lo enviaron por correo electrónico —dijo Monroe—. Llegó a primera hora de esta mañana.

—Qué curiosa coincidencia —dijo ella—. Ha llegado justo después de que se encontrara el cadáver de Portland.

Los dos hombres la observaban detenidamente. «Que os den —pensó—. Si lo queréis, tendréis que hacerlo vosotros mismos».

—Y bien. ¿Cuál es vuestra opinión?

—Nuestra opinión —dijo el hombre de la esquina— es que el vídeo muestra a su novio de visita en casa de un hombre que fue interrogado en relación a los secuestros del Chico del Reparto, una investigación a la que usted estaba estrechamente vinculada. Stephen DeLong fue entrevistado, ofreció una coartada firme y se eliminó de la investigación.

—Las pruebas circunstanciales de la escena permiten datarla más o menos en la época del caso —dijo Monroe.

—Apuesto a que sí —dijo Nina—. Igual que el gran plano general del final permite que cualquier idiota sea capaz de averiguar dónde lo filmaron exactamente.

Monroe pestañeó. El hombre de la esquina la ignoró.

—Una semana más tarde, los vecinos informaron de un repulsivo olor procedente de la casa que acaba usted de ver. DeLong fue hallado en su dormitorio, muerto por una sola herida de bala. Había pruebas de violencia física contra su persona. Su casa presentaba la parafernalia típica de un distribuidor de narcóticos a pequeña escala, lo que llevó a los investigadores del caso a suponer que la muerte era el resultado de un trato que había salido mal. DeLong fue archivado y olvidado. A nadie le importaba y nadie relacionó su muerte con la investigación en curso.

—¿Por qué deberían haberlo hecho?

—No había razones entonces. Pero, como acaba de ver, hay una apremiante razón para hacerlo ahora. En realidad, necesitamos su colaboración en una sola cosa, señora Baynam —dijo el tipo—. Nos gustaría hablar con John Zandt.

Se inclinó hacia delante.

—¿Dónde está?

Quince minutos después, Nina abandonaba el edificio. Andaba con la espalda muy recta y sus pasos eran firmes y regulares. No se volvió para mirar el ventanal de la habitación 623, aunque suponía que Monroe estaría allí, observando cómo se marchaba. Si lo veía, existía el peligro de que diera media vuelta y volviera a entrar al edificio, subiera corriendo la escalera, e intentara agredirle. Era una mujer fuerte. Tal vez incluso le tumbara. Le sentaría bien, pero también sería tirar su carrera por la borda. Quizá eso ya hubiera ocurrido, pero no sería ella quien tallara la lápida.

En lugar de eso se metió en el coche y salió del aparcamiento. Se tomó su tiempo para coger bien la curva y durante un rato condujo despacio, sin dirigirse a ningún lugar en particular. Al cabo de diez minutos, se debatía entre dos sentimientos, la furia y un ligero miedo de que la estuvieran siguiendo.

Aparcó junto a la primera cabina telefónica que localizó. Se dirigió hacia ella, con la sensación de estar actuando, e hizo dos llamadas. Cuando contestaron a la primera, pidió un favor, esperó mientras su interlocutor le explicaba por qué no podía hacerlo y luego le ofreció una breve pero incuestionable razón de por qué sí podía.

Mientras esperaba a que contestaran la segunda llamada, echó un vistazo a la carretera y vio el típico sedán sin distintivos aparcado a cuarenta metros de distancia. O se trataba de un principiante o le habían ordenado que resultara evidente. Ambas cosas la fastidiaban por igual.

Después de unos diez tonos, descolgaron el aparato al otro lado.

—Las cosas están muy jodidas —le dijo a un contestador—. Mantén las distancias y vigila tu espalda.

Colgó el teléfono y se encaminó al coche. Cuando pasó junto al sedán gris, se asomó y le mostró el dedo medio. El tipo le devolvió una mirada impasible, pero no la siguió. Mientras conducía de vuelta a casa descubrió consternada que tenía los ojos cargados de

lágrimas, hasta que comprendió que la causa de eso era la rabia más que el dolor. La rabia era buena. La ira te conducía a alguna parte.

—Lamentarás este día, Charles —murmuró, y se sintió un poco mejor, pero no por mucho tiempo.

Como agente suspendida de empleo, con un ex novio investigado por dos casos de asesinato y un jefe que ya no confiaba en nada de lo que dijera, no tenía muy claro cómo podía hacer que nadie lamentara nada en absoluto.

—Nos vamos de aquí —dijo Ward.

Estaba empaquetando los componentes del equipo informático en la bolsa que había llevado consigo. Había permanecido en pie contemplando a Nina mientras esta le gritaba al contestador de Zandt desde su teléfono por segunda o tercera vez, hasta que finalmente le arrebató el aparato de las manos.

—No importa quién sea el tipo de traje —dijo él—. Está claro cuál es su trabajo. Es parte de la emboscada contra John y es lo bastante poderoso como para entrar en un edificio del FBI y hacer que el jefe haga lo que diga. ¿Estás segura de que no era ningún jefazo de los federales?

—No lo aparecía.

—Da igual. De todos modos, forma parte de algún cuerpo de seguridad, y también de los Hombres de Paja, o sigue sus órdenes. Lo cual significa que no estamos a salvo en esta casa ni en esta ciudad.

—Pero ¿adónde vamos a ir?

—A cualquier otra parte. ¿Hablas algo de ruso?

—Ward, tenemos que encontrar a John. Corre mucho más peligro que nosotros. Intentan cargarle algo que no hizo.

—Tal vez. O tal vez no.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo es que solo sabemos dónde ha estado por lo que nos ha contado él mismo. Te dice que está en Florida, a mí me cuenta lo mismo. Tiene una razón previa para hacerlo. Ninguno de

nosotros va a rastrearlo, consigue una orden para su compañía telefónica y preguntar de dónde procedían exactamente las llamadas.

—Pero ¿por qué iba a matar a ese tal Ferillo?

—¿Estás diciendo que es imposible? Mató al hombre que pensaba que había secuestrado a su hija. Y entonces todavía era policía.

—Solo digo que tendría que tener una muy, muy buena razón.

—Puede que la tenga. No lo sabremos hasta que no nos devuelva alguna de nuestras llamadas. Mientras tanto, ¿tienes forma de conseguir el registro de las suyas? Si logramos rastrearlas hasta su punto de origen, podremos confirmar un error en su coartada.

—Ya estoy en ello, Ward. Hice una llamada de camino hacia aquí.

—Estupendo. Mientras tanto, coge tus cosas.

—Ward, no voy a dejar mi…

Él dejó de hacer la maleta un instante, se acercó a la mujer y le puso una mano en cada hombro. La miró a los ojos y Nina advirtió que jamás habían estado tan cerca. También se dio cuenta de que aquel hombre se había pasado tres meses en la carretera y no por diversión, sino porque sabía que llegaría un momento como aquel.

—Sí, Nina, lo harás —dijo—. Sabíamos que no teníamos más tiempo que el que tardaran en ir a por nosotros en serio. Y eso es lo que está pasando. Ha comenzado.

Dos horas más tarde estaban en la 99 cruzando Bakersfield en dirección norte. Ward conducía rápido y no decía nada. El móvil de Nina sonó y ella se rompió una uña sacándolo del bolso. Maldijo cuando vio la pantalla.

Ward la miró.

—¿Es John?

—No. No reconozco el número. Podría ser la llamada que estoy esperando. O…

—Si es Monroe no le digas nada y córtale rápido.

Apretó el botón «Responden». Oyó la voz de Doug Olbrich, que

había hecho lo que le había pedido. Nina le hizo las tres preguntas que ya había formulado mentalmente. Cuando oyó las respuestas, cortó la conexión y se recostó en su asiento, sujetándose la cabeza con las manos.

Ward le concedió exactamente veinte segundos.

—¿Qué?

Nina no movió la cabeza.

—Era un tipo que conozco del Departamento de Policía de Los Angeles. Dirige el equipo de investigación que se ocupa del asesinato del disco duro.

—¿Y?

—Le pedí que me consiguiera cierta información y muy deprisa. Tiene a alguien muy bueno para esa clase de asuntos.

De repente, sin previo aviso, golpeó el salpicadero con todas sus fuerzas.

—La he fastidiado, Ward.

—¿Por qué?

—Olbrich ha conseguido los registros de la cuenta de T-Mobile de John. Ha rastreado el origen de algunas llamadas. Descubrió que hace tres días John hizo una llamada a un número que he reconocido como el de tu móvil.

—Sí. Y qué. Quedamos para encontrarnos en San Francisco. Fue cuando me dijo que estaba en Florida.

Ella asintió, no dijo nada. Contemplaba sus manos apoyadas en el regazo. La cutícula de su uña lastimada estaba sangrando.

—Cuéntamelo, Nina.

—John mintió —dijo—. Hacía seis semanas que no estaba en Florida. Estaba en Portland el día en que murió Ferillo.

TERCERA PARTE

LA CAÍDA DE LA LLUVIA

El sentido de la vida es que termina.

FRANZ KAFKA

19

La encontraron entre unos arbustos. Son cosas que le ocurren a la gente. También encuentran a gente en el bosque, o en habitaciones desordenadas y asfixiantes; en callejones, en aparcamientos y en la última fila de un cine; en piscinas y en coches. Te pueden encontrar muerto casi en cualquier parte, pero entre los arbustos suele ser lo peor. El estado y la posición del cuerpo no dan cabida a la reconfortante idea de que quizá esté durmiendo, borracho, colocado, inconsciente por una u otra razón; pero en condiciones todavía de ser traído de vuelta a la fiesta de la vida.

Aquellos arbustos en particular eran parte del perímetro posterior del aparcamiento concertado de Cutting Loose, una peluquería situada en la avenida principal de Snoqualmie. El cuerpo fue descubierto, como ocurre a veces, por un hombre que había sacado a pasear al perro muy temprano por la mañana. Después de haber mantenido la compostura el tiempo necesario para hacer una llamada con su teléfono móvil, esperar cerca del lugar —pero también lo bastante lejos como para no atraer la atención de los curiosos— y finalmente indicarles el camino a dos policías de la oficina del *sheriff*, aquel hombre ahora estaba sentado al otro lado de la calle, apoyado contra una verja, con la cabeza entre las rodillas.

Su perro no se alejaba, confundido por el olor a vómito, pero leal y contento. Cuando volvieran a casa, el perro lo sabía, estaría encerrado el resto del día mientras el humano salía y hacía lo que fuera que hiciese cuando no estaba allí para acompañarle de paseo. Así pues, el animal no tenía ninguna prisa por volver a casa. Si el

precio de un poco más de libertad era tener que quedarse sentado en el asfalto mojado, junto a cierta cantidad de regurgitación, le parecía bien. Lamió la mano de su dueño para comunicarle su apoyo moral. La mano se agitó débilmente en dirección al perro.

Uno de los policías estaba hablando por la radio, comunicaba la noticia. El otro estaba de pie a unos tres metros del cuerpo, con los brazos en jarras. No había visto muchos cadáveres antes, y hay algo en ellos que paraliza por completo. Se alegraba sinceramente de que pronto fueran a llegar otros policías y se encargaran de aquella situación, de que no fuera responsabilidad suya el pasar los próximos días, semanas, o la eternidad entera intentando desentrañar qué proceso había creado esa cosa lívida que-no-podía-estar-más-muerta a partir de alguien que estaba vivo, o cómo aquella mujer habría hecho el viaje desde algún otro lugar hasta allí. No quería tener que pensar demasiado en la mente de un hombre —suponiendo que se tratara de un hombre— al que le había parecido correcto, o cuanto menos oportuno, arrojar a alguien a unos cuantos metros de la carretera, como si se tratara de basura normal y corriente. Peor, tal vez, porque al menos la gente se toma la molestia de meter su basura en una bolsa. A esa otra la habían abandonado como si fuera menos que eso, como si ni siquiera se mereciera el entierro temporal y superficial que la gente dispensa a las latas vacías y a las cajas de cereales.

Oyó que su colega cortaba la comunicación y decidió que ya había visto suficiente. Sin embargo, al volverse, advirtió un destello en la coronilla de la cosa muerta. A sabiendas de que era un error, pero sintiéndose como un auténtico detective, dio un paso en dirección al cuerpo y se inclinó para verlo mejor.

Extraoficialmente, habían decidido que no llevaría ni mucho tiempo ni la intervención de un genio esclarecer las causas de la muerte. La víctima llevaba un traje elegante, o los restos de uno. Por debajo del cuello, su cuerpo no tenía aspecto de nada que apeteciera tocar, pero aquello era el fruto del proceder habitual de la muerte, al fin y al cabo. Era por encima de su cuello donde había ocurrido algo mientras todavía estaba viva. Había alguna cosa que no era como

debía en su cabeza, y además estaba cubierta de sangre seca y marrón y de otro material, más negro, hasta tal punto que se hacía difícil distinguir cualquiera de sus rasgos. Y en mitad de todo eso, justo en la frente, el débil sol de la mañana hacía refulgir algo.

—Con cuidado, colega —le dijo su compañero—. Como contamines la escena del crimen te arrancarán el agujero del culo y se lo pondrán de anillo.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo él.

Se inclinó aún un poco más. No pensaba pasar de allí, eso seguro. Ladeó ligeramente la cabeza para reducir el efecto del destello. El olor era extraño. El aspecto, malo. Resultaba desagradable en todos los sentidos.

En el caos que anteriormente había sido la frente de aquella mujer, había algo que parecía fuera de lugar.

Contuvo la respiración y adelantó su cuerpo unos pocos centímetros más. Desde allí era evitable ver a las hormigas y demás insectos cumpliendo su tarea apresurados, como si supieran que pronto llegaría alguien a arrebatarles aquel tesoro. También se apreciaba algo clavado en la frente de la mujer. El extremo sobresaliente tenía la anchura de una carta, pero era mucho más grueso: alrededor de medio centímetro, quizá un poco más. El resplandor procedía de las partes de aquella cosa que no estaban cubiertas de sangre seca. Parecía hecho principalmente de cromo o de algún otro metal brillante. En la parte de abajo, daba la impresión de que estaba rematado con plástico negro.

De repente, parte del resplandor que aún persistía desapareció, al tiempo que su compañero se inclinaba para verlo y tapaba el sol. Gracias a lo cual, el policía entrevió algo parecido a una etiqueta muy estrecha pegada a un extremo del objeto.

—¿Qué coño es esto? —dijo.

Poco después de las nueve, se había establecido ya que el objeto protuberante de la frente de la mujer era un disco duro, uno pequeño, de los que pueden encontrarse en un ordenador portátil.

No pasó mucho tiempo antes de que esa información llegara a la oficina del destacamento del FBI en Everett, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, a Los Angeles. Y, una vez allí, todo se salió completamente de madre.

Charles Monroe probó todos los números de contacto que tenía, pero Nina Baynam no contestaba. Siguió intentándolo de todos modos, a intervalos regulares. Algo se había ido al garete en la vida de Monroe, de un modo que no terminaba de comprender, y empeoraba más y más a cada minuto. Se había dado la vuelta, había perdido la concentración, durante apenas un segundo, y, cuando se volvió de nuevo, descubrió que sus patitos ya no estaban en fila.

Antes, sus patitos estaban siempre en fila. Ahora, no. Empezaba a parecerle incluso que alguno había desaparecido.

20

Henrickson apagó el motor y se volvió hacia Tom con una sonrisa. Era, según las estimaciones de Tom, aproximadamente la número quince que esbozaba aquel hombre, y apenas eran las diez de la mañana.

—¿Estás preparado para esto?

Tom se agarró a la mochila que llevaba en el regazo.

—Eso creo.

Habían pasado ya cuarenta y ocho horas desde que había regresado a Sheffer. La mañana anterior se había despertado de una noche de insomnio y descubrió que se encontraba demasiado mal para pensar en ir de excursión al bosque aquel día. La adrenalina que de algún modo había logrado arrastrarle de vuelta hasta Sheffer se había agotado, dejándole exhausto, con dolores de toda clase y profundas arcadas. Se dio cuenta además de que debía pensar a fondo algunas cosas.

Henrickson se había tomado bien el aplazamiento, y le había dicho que descansara. Y eso fue lo que hizo Tom al principio sentado en la silla de su habitación, envuelto en tantas sábanas y mantas como pudo encontrar, ordenando las cosas en su mente, pensando qué podría hacer. A primera hora de la tarde salió a dar un largo paseo en coche y regresó después del anochecer. Para ese entonces ya se sentía lo bastante bien como para tomar otra copa con el periodista. La mañana de ese día se había encontrado mejor al despertar, aunque no en plena forma. Más tranquilo, quizá. Más centrado.

Aparcar en el área reservada al final del sendero de Howard's Point le provocó una reacción muchísimo más intensa de lo que había previsto. Si volver a su cubil en lo profundo del acantilado había hecho que se sintiera como un espíritu que regresara a su casa, al salir del Lexus de Henrickson se sintió como si fuera su propio abuelo. El periodista había aparcado en el lado opuesto al que Tom había dejado su coche; y en el que se había caído por primera vez. Pero, de algún modo, aquello hacía que el efecto de superposición resultara aún más incómodo. Cuando el ruido seco que hizo la puerta al cerrarse resonó entre los árboles, el paisaje pareció adquirir una trémula fragilidad, como si lo hubieran pintado a toda prisa sobre algún otro escenario. Había cambiado cierta carga emocional. La última vez que había estado allí estaba borracho; ahora, en cambio, tenía resaca, no se sentía del todo bien y había mucha más nieve que antes.

—Jim, ya sabes que va a resultar muy difícil encontrar el lugar.

—Desde luego. —El reportero había abandonado su traje en el armario y ahora llevaba un par de vaqueros y una chaqueta que tenía pinta de abrigar. Sus botas hablaban de auténtica experiencia en caminatas. En general, ofrecía un aspecto de salud y buena forma, parecía más preparado de lo que se sentía Tom.

—Estabas fuera de ti y era casi de noche. No es el fin del mundo si no encuentras exactamente el mismo punto. Solo que… estaría bien que pudieras.

—¿No podrías decirme al menos qué es lo que estamos buscando?

Sonrisa número dieciséis.

—¿No te gustan las sorpresas?

—No demasiado.

—Confía en mí. Quedará estupendo en el libro: «Kozelek nos guía de vuelta al lugar que cambió la noción de la historia, la biología y de yo qué sé qué coño más, que siempre habíamos tenido. El valiente notario de sus hazañas señala la prueba definitiva. Se fúnden en un viril abrazo». Es uno de esos argumentos con dos colegas. El abrazo es opcional, claro.

Tom asintió y deseó, no por primera vez, no haberle mencionado la idea de escribir un libro. Henrickson había dicho, una vez más, que no estaba intentando emborracharle y él le creyó; pero, hacia el final de la segunda velada, Tom había soltado prácticamente todo lo que había que saber sobre él. Prácticamente.

—Es solo que no quiero volver a perderme.

—Eso no va a ocurrir. He hecho senderismo. Tengo una brújula. Y si tú mismo no tuvieras más que un razonable sentido de la orientación, a estas alturas, ya estarías muerto.

—Supongo que sí.

Tom giró su tobillo con cuidado. Todavía le dolía pero, al parecer, las botas ayudaban. Se puso la mochila a los hombros. En esta ocasión llevaba agua embotellada, un termo de café con azúcar y un par de tortitas. Probablemente habría también algunos cristales en el fondo, pero estaba bien así. La había llevado porque era de antes. Los cristales también eran de antes. Había pensado que quizá podría tirar la mochila en el bosque, para intentar dejar atrás todo lo que representaba.

Caminó hasta el extremo más alejado, vaciló un momento, y luego pasó por encima del grueso tronco que marcaba el límite a la zona de aparcamiento.

Henrickson esperó hasta que el hombre hubo avanzado unos cuantos metros por el camino y luego se dio media vuelta para echar un vistazo al aparcamiento. Por tan solo un momento, había sentido un cosquilleo en la nuca, como si lo estuvieran vigilando. Paseó la vista lentamente a un lado y a otro, pero no vio a nadie. Extraño. En general, solía tener razón en ese tipo de cosas.

Al volver la vista descubrió que Kozelek se había detenido. Ahora que ya había empezado, el entusiasmo de aquel hombre por la excursión aumentaba deprisa, como Henrickson sabía que sucedería.

—Es por allí.

Henrickson pasó por encima del tronco y le siguió a las profundidades del bosque.

Aunque había un banco de nubes hacia el oeste, el sol resplandecía con fuerza. Proyectaba definidas y atractivas sombras sobre la nieve virgen. Los dos hombres caminaron durante un rato, ascendiendo despacio, sin decir gran cosa. En esos momentos la carretera quedaba ya a una buena distancia por detrás de ellos, y no había más ruido que el de su respiración y el de sus pasos.

—Pareces bastante seguro, colega. ¿Te acuerdas de haber subido por aquí?

—No es que me acuerde. Tan solo… reconozco la forma. Puede que suene estúpido, y la verdad es que yo no soy una persona muy de montaña, pero…

Se detuvo y señaló la disposición de los árboles y laderas que les rodeaban.

—¿Por qué otro camino irías, si no?

Henrickson asintió.

—Hay gente que no tiene el menor sentido de la orientación. Como esos muñequitos de juguete. Suéltalos y caminarán en línea recta hasta que choquen contra una pared. Otros, en cambio, lo perciben. Sencillamente saben dónde están. De hecho, también ocurre con el tiempo. ¿Qué hora crees que es? Tómate un segundo. Piénsalo. O en realidad no: en lugar de eso, siéntelo. ¿Qué hora sientes que es?

Tom lo pensó. No sentía ninguna hora en absoluto, pero probablemente habrían pasado unos treinta minutos desde que habían arrancado.

—Las diez y media.

El hombre negó con la cabeza.

—Más cerca de las once. Menos cinco, diría yo —Se arremangó el puño de la chaqueta y miró el reloj. Sonrió, y luego se lo mostró a Tom—. Qué te parece. Menos cuatro.

—Podrías haberlo mirado antes.

—Podría, pero no lo hice.

Tom dejó de caminar. Estaban llegando a una cresta, y momentáneamente no estuvo seguro de qué camino tomar. Henrickson retrocedió algunos pasos y miró hacia el otro camino.

Tom se dio cuenta de que aquel hombre le estaba dando una oportunidad para que considerara las cosas, para que sintiera el camino y experimentó una absurda oleada de agradecimiento. Hacía tiempo de la última vez que alguien había confiado en él, que habían pensado en él como un tipo que supiera cosas. William y Lucy ya habían crecido lo bastante para verle como alguien con más defectos que cualidades. Sarah lo conocía demasiado bien. Era material conocido. La maldición del hombre de mediana edad era saber —o creer— que ya había contado todo lo que tenía por contar. Tan pronto como uno sospechaba eso, empezaba a desear algo, lo que fuera, para demostrar que en realidad no era así: y allí era donde comenzaban los errores, donde ocurrían las cosas malas.

—Es por aquí —dijo, volviéndose a la derecha.

—Siente la fuerza, Luke.

Los siguientes veinte minutos de camino fueron duros, y pasó un rato antes de que ninguno de los dos hubiera recuperado el aliento necesario para hablar. Luego el camino empezaba a descender por el otro lado de la cresta, con un repecho mucho más elevado un poco más adelante. Nada de eso le resultaba familiar pero, al parecer, aquel era el camino por donde había que ir.

Tom le echó un vistazo al periodista, que caminaba a su lado, siguiendo su ritmo con paso tranquilo.

—Llevas mucho tiempo buscando a Bigfoot, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

—¿Y cómo es que nadie cree que existe?

—Oh, sí que creen —dijo—. Es solo una de esas cosas que cuesta encajar cuando uno cree en lo que se supone que debe creer. Nadie quiere parecer un estúpido y esa es otra forma que tienen «ellos» de actuar. Si estás dispuesto a quedar como un tonto de vez en cuando, el mundo se abre como una ostra.

—¿Y qué es, entonces?

—¿Qué opinas tú?

Tom se encogió de hombros.

—Una especie de simio grande, supongo. Una criatura que vivía aquí desde antes de que llegaran los humanos y que luego se recluyó

en las profundidades del bosque. Aquí hay un montón de espacio. ¿Correcto?

—A medias —dijo Henrickson—. Personalmente, creo que son los últimos ejemplares vivos de hombre de Neandertal.

Tom se detuvo, se quedó mirándolo.

—¿Qué?

Henrickson siguió caminando.

—En realidad, no es una teoría nueva. El único problema es conseguir un detalle para que funcione. Ya sabes cómo son los arqueólogos, o quizá no. Bla, bla, no hay pruebas; bla, bla, el registro fósil; bla, bla, mi profesor dice que de eso no hay. Yo lo veo del siguiente modo: tienes al hombre de Neandertal, una de las especies mejor adaptadas que el mundo ha conocido. Esos tipos tenían lanzas hace cuatrocientos mil años. Se extendieron por medio mundo, Europa incluida, cuando no había allí ningún lugar en el que uno quisiera vivir. La Edad de Hielo está en su punto de congelación todavía, hay animales con dientes muy largos, y nada, repito, nada, que les haga la vida un poco más cómoda. Y, aún así, sobreviven durante centenares de miles de años. Tienen rituales funerarios. Tienen dentistas, lo cual debía de ser horrible sin el *Front Page* para amenizar la espera. Fabrican ornamentos y joyería y mantienen lazos comerciales que difunden sus productos por toda Europa. Finalmente aparece el hombre de Cromañón, o sea nosotros, y durante un tiempo las dos especies más o menos coexisten. Luego la de los neandertales se extingue, bum, dejando más o menos los huesos suficientes para llenar una maleta de mano. Y hasta aquí puedo leer.

—Entonces, ¿qué ocurrió? En tu opinión.

—No se extinguieron. Nunca hubo tantos. Simplemente, eran buenos escondiéndose.

—¿Escondiéndose? ¿Dónde?

—En dos tipos de lugares. El primero, los bosques profundos, en el noreste europeo, Finlandia; pero también aquí, en nuestro bueno y viejo Estados Unidos. Los prehistoriadores aseguran que no hay modo alguno de que los neandertales pudieran haber llegado

hasta aquí, pero creo que decir eso es subestimarlos. Podrían haber seguido la costa de Rusia, cruzado las aguas heladas de los Territorios del Norte, y luego seguir bajando por la costa hasta que encontraron algún lugar habitable. Luego, cuando finalmente nosotros llegamos en masa, pusieron rumbo hacia los bosques. ¿Qué otro lugar podría haber sido mejor? Son miles de kilómetros cuadrados de naturaleza salvaje por la que la gente no se preocupa demasiado ni siquiera hoy. Gracias a la cultura de los nativos americanos de esta zona, contamos con algunos indicios muy buenos. Los chinook hablan en sus cuentos de los «pueblos fantasma» que compartían territorio con ellos y con los que la tribu mantenía relaciones laborales. Y luego está la cuestión de la «gente animal»: los okanogan vivieron justo en estas montañas y creían que una vez hubo «animales» que tuvieron cultura antes de que la «gente», con lo que se referían a los humanos, fuera en absoluto capaz de ello.

—¿Y el segundo lugar? ¿El otro lugar en el que se escondían?

—Justo ante nuestras narices. ¿Cuál es la clase de leyenda más común en Europa?

—No lo sé. —Tom ya no estaba seguro de que fuera a encontrar el camino correcto. Habían pasado la parte más profunda de la vertiente y comenzaban a remontar de nuevo. La creciente aridez del terreno le resultaba familiar, pero nada más; el suelo ascendía en todas las direcciones, así que tampoco eso servía de nada. Para entonces, simplemente seguía avanzando, y Henrickson continuaba hablando con la fluidez de quien ha meditado mucho tiempo sobre una misma cosa. Y, si Tom tenía que ser sincero, con la seguridad de alguien que no era tan brillante como se creía.

—Ogros. Elfos. Trols. Todo eso, según mi opinión, ejemplos de supervivientes del hombre de Neandertal. Criaturas que vivieron aquí antes que nosotros y tenían sus propias y singulares costumbres. Que al principio eran corrientes, pero que luego se fueron haciendo más y más raros, hasta que ya casi nadie vio a ninguno. Pero nos acordamos de ellos. El lenguaje funciona de formas extrañas. «¿Existen los gigantes en la actualidad?» Creo que «gigante» no

significa «grande de cuerpo». Significa que quienes llegaban encontraban una especie que les precedía, poderosa y completa es decir, culturalmente grande, como la gente animal de los okanogan.

—Pero se extinguieron.

—No del todo. ¿Qué sería si no lo que escuchamos tan a menudo por todo el mundo? Fantasmas. Sombrías presencias. ¿Y qué más? Alienígenas. Los grises. Quienes, casualmente, parece que por regla general aterrizan con sus naves en pleno bosque, cosa más bien extraña en el mundo de la aviación, ¿no te parece? Alienígenas grises, hadas, espectros, son todas formas de explicar las cosas raras que vemos de vez en cuando. Formas de dar explicación a un montón de especies que creemos extinguidas, pero que simplemente se han confundido con el fondo de las cosas y que merodean a nuestro alrededor, manteniéndose apartadas de nuestro camino.

—Pero ninguna de esas cosas se parece ni remotamente a un hombre de Neandertal —dijo Tom.

—No, por dos razones. La primera es que las historias se amplían cada vez que se cuentan. Durante centenares de años, un par de milenios, las leyendas se han ido engrosando por cuenta propia, con sus propias reglas, trampas y referencias visuales. La segunda es que el hombre de Neandertal tiene un método para nublar nuestro entendimiento.

—¿Qué?

—Se sabe que la boca y la garganta de esa especie tal vez no estuviera preparada para el habla. Y aún así lograron hacer todas esas cosas, así que, obviamente podían comunicarse; y con una eficacia que el lenguaje corporal y un sistema de gruñidos no conseguirían. Mi teoría es que lo hacían, al menos parcialmente, mediante la telepatía. Y siguen haciéndolo, igual que nosotros. La telepatía no es más que la empatia muy amplificada. Cuando se tropiezan con algo que les parece peligroso, como nosotros, envían formas a nuestra mente. Son imágenes que nosotros ya vemos en nuestra mente. Lo que hacen ellos es reflejar nuestra propia imaginación y proyectarla de nuevo hacia nosotros.

—Todo eso no tiene ningún sentido —dijo Tom distraídamente

—. Lo siento, pero no me trago ni una palabra.

—Si tengo razón, y lo que buscamos es un hombre de Neandertal, ¿por qué todo el mundo dice que Bigfoot mide dos metros y medio de alto? Porque la altura asusta. ¿Y por qué hay tanta gente, como tú mismo, Tom, que describe un olor nauseabundo? ¿Por qué tendrían que ir, ellos o cualquier otra criatura, apestando por todas partes? No hay ninguna razón. Simplemente nos hacen pensar que es así, como cualquier otro mecanismo de protección, uno de los más viejos del mundo. Se oculta fabricando una cortina de humo en nuestras mentes. Por eso es tan difícil encontrarlos. Más cerca de la civilización, creeremos que hemos visto un fantasma. Aquí fuera, verás algo más parecido a su forma verdadera, porque una parte de nosotros siempre ha sabido que siguen ahí.

Tom se detuvo y se volvió para mirar al periodista. Por una vez, el tipo no sonreía. Estaba mortalmente serio. Aunque Tom agradecía tener a alguien a su lado, hubiera preferido que aquel hombre creyera que lo que andaba suelto por allí era una especie de primate desconocido hasta la fecha más que en una teoría que implicaba la existencia de las hadas y el control mental.

Pero, para entonces, esa era una preocupación secundaria. Tom tenía su propia primicia.

—Estoy completamente perdido —dijo.

Una hora más tarde, las cosas no habían mejorado. Henrickson tuvo paciencia, caminaba a menudo a cierta distancia de Tom para permitir que se orientara, animándole a que tomara la delantera y diciéndole que ya lo alcanzaría si gritaba para decirle que había vuelto a encontrar el camino. Sin embargo, Tom no lo encontraba. Cuanto más lejos iba, menor era la sensación de saber dónde estaba. Al final terminó por detenerse.

Henrickson lo llamó desde atrás.

—¿Nos estamos acercando, colega?

—No —dijo Tom—. No sé dónde coño estamos.

—No hay problema —dijo Henrickson al llegar donde estaba Tom.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un mapa. Lo desplegó, consultó la brújula que llevaba atada a su abrigo con una cuerda y luego señaló un pequeño círculo en el mapa.

—Estamos en algún lugar de por aquí.

Tom miró. «Por aquí» era un área de espacio en blanco con unas cuantas líneas topográficas agrupadas muy juntas: la última media hora había sido un continuo bregar arriba y abajo.

—En medio de la nada.

—No del todo. Esto de aquí es un arroyo —dijo el periodista, indicando una línea ondulante—. ¿Crees que estamos lo bastante cerca como para que se trate de tu acantilado?

—En realidad, no lo sé. Supongo que podríamos echar un vistazo.

—Hagámoslo.

Al cabo de unos veinte minutos, empezaron a oír el rumor tranquilo del agua. Rodearon una gran formación rocosa para dar finalmente con un bravo riachuelo, de metro y medio de ancho, aproximadamente, cuyo curso transcurría entre orillas musgosas y sobre un lecho poco profundo. Tom negó con la cabeza.

—No es este. Y comienza a dolerme el tobillo.

Henrickson miró corriente arriba.

—Puede que fuera remontando este camino.

—Tal vez. —Tom se sintió estúpido, a pesar de haber sabido de antemano que aquello iba a ser casi imposible y de que se lo hubiera advertido al periodista—. La verdad, no lo sé.

Henrickson conservaba el mismo aspecto saludable y lozano que cuando salieron, pero hacía ya rato que no sonreía.

—Ya sé lo que estás pensando, colega —dijo de todos modos—. Y no hay problema. Como imaginarás, realmente tengo ganas de encontrar a ese bicho. Porque, eh, ¿qué otra cosa puedo hacer, si no? ¿Volver a la ciudad y meterme en un atasco? Mejor estar aquí fuera caminando. Sigamos por aquí un rato. Sabemos que andamos tras uno parecido y el mapa no muestra ningún otro que quede cerca.

Pero antes creo que estoy listo para mi primer chute de cafeína.

Tom revolvió la mochila, pero Henrickson levantó una mano.

—No es necesario. Yo mismo lo cojo.

Abrió las cremalleras y Tom oyó las manos del otro hurgando en la parte de arriba de la mochila.

—Cuidado —dijo Tom—. Hay cristales ahí dentro.

—De acuerdo. Pero, hummm, ¿por qué?

—Hay un par de botellas rotas de cuando vine aquí por primera vez. No la limpié del todo bien. Deben de estar al fondo, pero…

Se dio cuenta de que el otro hombre no le escuchaba y de que sus manos no estaban ya en el interior de la mochila.

—¿Estás bien?

No hubo respuesta. Tom se volvió y vio que Henrickson sostenía algo entre los dedos que no era el termo de café; lo estaba examinando.

—¿Qué es eso?

—Dímelo tú. Estaba en tu mochila.

Tom observó más de cerca y vio un ramito de plantas mustias.

—No tengo ni idea.

—Probablemente no sea nada. Debe de haber caído dentro de tu mochila, supongo.

Levantó la vista hacia Tom y en esa ocasión la sonrisa le dividió la cara en dos.

—Sigamos andando, ¿qué te parece? Adelante y arriba. —Mientras proseguían su camino, sorbiendo el café dulce y caliente, Tom advirtió que el paso del otro hombre parecía haber aumentado una marcha.

Otros cuarenta minutos los llevaron unos centenares de metros más arriba. Seguían el riachuelo entre subidas y bajadas, y rodeando salientes. No parecía que las orillas ganaran altura. En esta ocasión fue el periodista quien se detuvo.

—No me gusta la pinta que tiene esto —dijo. Sacó de nuevo su mapa—. Ya debemos de estar por aquí. —Señaló otro espacio en blanco en el mapa—. Que es mucho más al este de lo que me gustaría estar. Según lo que tú me has contado.

—¿Qué es esa línea negra?

—Una carretera. Ahora bien, es factible que no la vieras cuando intentabas encontrar el camino de vuelta, pero… observa las líneas. Parece que por allí desciende, y es probable que eso te atrajera. De lo contrario no habrías tardado dos días en volver a casa. Así que… ¿qué? ¿Estás de acuerdo?

Tom se había quedado con la boca entreabierta. Poco a poco la volvió a cerrar. Habló a regañadientes.

—Sí, es solo que…

—Percibo confusión interior. Mala cosa para las tripas.

—La mujer. Patrice. La que tenía las botas.

—¿Qué pasa con ella?

—Estuvo allí. Vio mi mochila y, según contó, dejó las huellas. Connelly dijo que ella vive en alguna parcela de por aquí cerca. Lo cual significa… —Se detuvo.

—Que ella sabrá cuál es ese lugar y quizá sea capaz de conducirnos hasta allí. ¿Eso es lo que querías decir?

Tom asintió.

—¿En serio no lo habías pensado antes, o simplemente es que no querías que nadie más se metiera en la historia?

—Sinceramente, no se me había ocurrido. Me encontraba muy mal cuando estaba en la comisaría.

—Joder. —Henrickson se quedó plantado con los brazos en jarras y por un momento miró hacia otro lado. Luego negó con la cabeza—. Muy bien, colega. Debería haber unido yo mismo las piezas. Y sí, entiendo que estaría de puta madre que llegáramos al lugar por nosotros mismos. Pero no vamos a llegar, ¿verdad?

—Jim, lo siento.

—Está bien. Creo que lo que vamos a hacer ahora será volver al coche y pedir refuerzos. Si esa mujer puede llevarnos hasta allí nos ahorrará un montón de tiempo, y el tiempo es esencial.

Henrickson sacó otra vez el mapa y miró la brújula.

—Atajaremos por aquí —dijo—. El sentido de la orientación está muy bien, pero mejor volvamos por la vía rápida, ¿te parece?

Dio media vuelta y avanzó a grandes zancadas por el camino que

los había llevado hasta allí; Tom le siguió.

Les llevó algo más de una hora regresar al comienzo del sendero, ayudados por una ruta que era más directa y casi siempre en bajada. En cuanto pasó por encima del tronco que delimitaba el aparcamiento, Tom supo que algo había cambiado. Ya no era el líder, ahora iba a la zaga. No era así como debían ser las cosas. Si era necesario, haría algo para que cambiaran.

Henrickson fue marcha atrás y siguió la carretera durante los tres kilómetros de regreso hasta Sheffer. Paró en una cabaña cafetería que había junto a la calzada e hizo unas cuantas preguntas mientras esperaba a que le rellenaran el termo. Cuando volvió a meterse en el coche, guiñó un ojo.

—Me parece que hemos encontrado lo que buscábamos —dijo —. A unos cuantos kilómetros en la otra dirección. Una urbanización llamada Cascade Falls. No llegó a cuajar. Pero hay una habitante segura. La fumeta de allí dentro dice que le parece que se llama Anders.

—Eso es —dijo Tom—. Patrice Anders. Es ella.

—Aleluya. Estamos de nuevo en marcha, amigo.

Tardaron casi media hora en recorrer la carretera hasta la autopista, seguir hacia el norte y luego desviarse en dirección a las montañas. La carretera empezó a estrecharse muy pronto, como si remontaran un arroyo hacia una fuente insignificante. Habilitado en realidad por el constructor, aquel sendero no hacía más que proveer un camino hacia las tierras que habían intentado vender. Pronto aparecieron los grandes árboles a ambos lados.

—Seguro que esta es la carretera menos transitada del mundo — dijo Henrickson alegremente.

Tom miraba por la ventana y se preguntaba qué razón podía llevar a alguien a vivir en un lugar como ese. De vez en cuando se veía algún que otro cartel clavado en uno de los árboles más cercanos a la carretera. Uno podía comprar un terreno, ir hasta allí y vivir. Y luego, ¿qué?

Finalmente, Henrickson aparcó y apagó el motor. Justo en frente, a la derecha de la carretera, había un portón. Se leía el nombre Anders, bien visible, en un cartel de madera que habían clavado allí.

Salieron, levantaron la tranca del portón y siguieron andando entre los árboles. Al cabo de unos doscientos metros, descubrieron una pequeña construcción, justo enfrente. Cuando llegaron allí, Tom se preguntó si sería aquel el lugar indicado. La casa parecía pequeña, fría y vacía, a pesar de la luz encendida que había sobre la puerta.

—No es gran cosa —dijo.

Más bien tenía aspecto de cabaña con porche, apenas una construcción de madera cuadrada con una cochera en uno de los lados. La entrada de la casa estaba allí debajo, daba al camino: una puerta con el número 2 marcado a fuego a la altura de la cintura. Había cuatro pequeños paneles de cristal en la parte superior, la vista del interior quedaba oculta tras una gruesa cortina.

Henrickson llamó.

—Maciza, eso te lo aseguro, maldita sea.

Cuando tras unos segundos no hubo respuesta, volvió a llamar. Tom, mientras tanto, se paseaba por una pequeña cresta que había delante de la casa. Había otra pequeña cabaña a unos veinte metros de allí, entre los árboles, pero estaba a oscuras y un poco descuidada. Cuando se alejó un poco más distinguió el débil destello de un estanque helado, presumiblemente también dentro de los límites de la propiedad. En la otra orilla había una hilera de árboles, aparte de…

Siguió paseando y creyó entrever una nueva cabaña. Pensó en llamar a Henrickson, pero luego, por alguna razón, no lo hizo. En lugar de eso, retrocedió.

Henrickson llamaba por cuarta vez.

—No hay nadie en casa —dijo—. Probablemente haya vuelto a Sheffer, a disfrutar de las luces y el ambiente de la gran ciudad. Lo cual es una pena. Sin embargo… —Miró su reloj—. El tiempo pasa. Dijiste que, según ella, el lugar en el que te encontrabas estaba a una

buena caminata desde su propiedad. Quizá ya no podríamos ir y volver hoy, de todos modos.

Se apartó de la puerta y se acercó hasta una de las dos ventanitas de la otra pared. También esta tenía su cortina, pero de un material más fino. Tom miró a través de ella junto a Henrickson, pero no pudo distinguir gran cosa del interior.

—Por hoy hemos terminado —decidió Henrickson—. Nos vamos al pueblo, a relajarnos. Veremos si es posible conseguir el número de teléfono de esta mujer y así mañana podremos hacer las cosas como es debido. Pero ahora tengo un hambre de oso. Sin ofender.

Echaron un último vistazo por la ventana y luego partieron camino arriba, hacia el portón.

Hasta que no entraron de nuevo en el coche y el ruido se perdió entre los árboles, la cortina de la puerta principal no se movió.

21

Cuando estuvo segura de que los hombres se habían marchado, Patrice abrió la puerta y salió afuera. Se quedó un rato así, aguzando el oído, pero oyó tan solo lo que oía siempre en su propiedad: nada en absoluto. No contaba el viento de otoño, ni los pájaros en primavera ni los zumbidos de los insectos en verano. Eso no eran ruidos.

Las huellas en la nieve indicaban que los hombres habían seguido el sendero y luego rodeado la cabaña. También se dio cuenta de que uno de los hombres había…

Siguió las pisadas que se arrastraban por encima de la pequeña cresta y luego descendían hacia el lago. Se detenían unos pocos metros más allá. Patrice comprendió que, a menos que aquel hombre hubiera sido muy poco observador, tendría que haber sido capaz de descubrir la pequeña construcción que había en la otra orilla. Aunque no le hubiera oído llamar o mencionárselo al otro hombre. Aquello no tenía por qué significar necesariamente nada. Quizá solo estuviera aburrido, tuviera frío o hambre. De todos modos, tampoco habría importado. En esa cabaña no había nada más que herramientas, humedad y el recuerdo de una noche de pasión cuando se suponía que tenían que estar reparando el tejado.

Descendió hasta el estanque de media hectárea que marcaba el inicio de la zona silvestre de la propiedad. Se sentó en el banco que había al lado del gran árbol a unos pocos metros de la orilla y miró por encima de las aguas heladas.

—Ya vienen —dijo en voz baja—. ¿Qué hago? Él no contestó.

Nunca lo hacía. Nunca supo siquiera de lo que hablaba. Pero ella siempre preguntaba, por si acaso. A los hombres les gusta sentirse implicados.

En los meses posteriores a la muerte de Bill, Patrice se halló en un extraño mundo nuevo en el que parecía que todo se había roto primero y pegado después sin terminar de encajar bien. Aprendió que una nevera parece fría si solo guardas lo que necesitas, sin las cosas inesperadas de las que se encaprichaba tu compañero. Recordó que los trozos de papel en realidad no vienen con los garabatos ya hechos; que en los sobres, en las facturas, en los recibos, no nacían espontáneamente esbozos de árboles, gatos o barcos. Sin ellos, tenían un aspecto extraño. Una de las cosas más duras que aprendió fue que ya no había cabida para cierta clase de información. Podía pasarse el día con el cartero o charlar en la cola del supermercado, pero no podía decirle a Ned que su nariz estaba rara, o volverse hacia alguien y cantarle la melodía de algún anuncio tonto que le hacía gracia. Ese es el tipo de cosas que hacen pensar a la gente que la vieja bruja se está volviendo loca, qué historia tan triste, tendrían que hacer algo. Algo existía un tiempo y luego desaparecía, como una gota de lluvia sobre el asfalto caliente. Nadie veía, salvo ella, un vídeo que ya no funcionaba.

Pasabas un día y te preguntabas cuál era tu recompensa. Enseguida quedaba claro que el premio era tener que soportar también el día siguiente. Lo pasabas, larga hora tras larga hora, y al final levantabas la vista sin esperar gran cosa. Habías empezado a entender cómo funcionaba ese marcador. Aparentemente tranquila, pero con un grito creciente, como el rumor de una máquina de vapor olvidada en un rincón del sótano, pasabas también ese mañana, y la plana y árida llanura de sucesivas mañanas después de esa. Y finalmente transcurrían las suficientes para darte cuenta de que te habían tomado el pelo, de que al fin y al cabo no hay mañana sino la maldita extensión de un hoy sin fin. ¿Qué puedes hacer? Rebelarse no lleva a ninguna parte. Si estás dejando de fumar y de

repente te cuesta demasiado, y decides que la posibilidad de no fumar mañana no es un premio lo bastante importante como para seguir sin fumar hoy, entonces puedes entrar enfurecido en un estanco, comprarte un paquete de tabaco, abrirlo y sentirte feliz y decepcionado, intrépido y culpable. Ese triunfal fracaso no existe con la muerte. No puedes decir: «Al diablo con todo. Tráeme a mi marido de vuelta». La gente comprende vagamente ese aspecto del asunto. No pone el mundo a prueba porque entiende que terminar articulando esa demanda y ver cómo se la deniegan, la volvería completamente loca. De forma indirecta, adquieren esa áspera sabiduría, la de que no hay salida, que no pueden dejar de dejarlo, e ir a buscar al paquete de emergencia de su amor; no pueden rescatarlo, a él o a ella, del lugar donde ha estado escondido todo ese tiempo, encima de un armario de la cocina o detrás del váter del piso de arriba; no pueden desempolvarlo y recorrer su pelo con los dedos y besarle suavemente los labios para despertarle, a él o a ella y al mundo entero, a una nueva normalidad, como si todo el episodio no hubiera sido más que una pesadilla o una idea estúpida.

Después de toda una vida haciendo y pensando inconscientemente lo correcto, Patrice cayó presa de la mayor incorrección política. Observaba cómo la gente hacía cola en el supermercado, gente vieja, tan malhumorada que es un auténtico dolor de muelas tenerla cerca. Seis meses atrás se habría preguntado qué podía haberlos vuelto tan amargados, o si había algo que ella pudiera hacer para ayudarles. Ahora, lo único que pensaba era lo injusto que era que siguieran vivos. Un día vio en televisión una maratón benéfica en apoyo de un hospital infantil, y se preguntó cómo era posible que la gente se obcecara tanto con esos niños que habían hecho tan poco por el mundo, mientras que otras personas como Bill habían tenido mucho más tiempo para convertirse en parte de la vida de los demás. La de ella, por ejemplo. Y una vez que alguien intentó ponerle un lazo contra el sida, en una calle de Snohomish, una tarde, le dio un golpe al chico en cuestión y lo apartó de su camino. El chico, que tenía ojos de cordero y era guapo, se volvió hacia su compañera de trabajo, una adolescente de

impactante belleza que destilaba compasión, e hizo un comentario.

Patrice lo fulminó con la mirada.

—¿Te follan por pena?

El chico se sonrojó. Cuando llegó al coche, Patrice estaba al rojo vivo de repugnancia hacia sí misma, pero una voz interior seguía maldiciendo.

Durante un tiempo, tras unos meses, pareció que las cosas se calmaban un poco, como si su cabeza comenzara a adaptarse al nuevo régimen. Pronto quedó claro, sin embargo, que aquello era simplemente la calma que precede a la tormenta. Empezó a patinarle de mala manera. Los días se le hacían cada vez más duros, más largos, casi imposibles de soportar.

Entonces, una larga noche de diciembre de 2001, cuando se acercaba su primera Navidad sin él, algo estalló en su cabeza. Tenía un cedé con las canciones favoritas de su marido, elegidas por él mismo para que sonaran durante su funeral, en Portland. Canciones que ella había disfrutado con él, o piezas clásicas que Patrice jamás había oído pero que, evidentemente, su marido apreciaba, en esa pequeña parte que les separaba; esa parte de él que era anterior a ella y ahora se había ido sin ella. No lo había escuchado desde el funeral. Cuando terminó de sonar aquel día, fue eso: el fin de la novedad, el fin del avance, el fin del fin del fin. Aquella noche lo puso por segunda vez y lo escuchó entero. Encontró una enorme botella de *whisky* escocés que perteneció a Bill y se la bebió entera. Jamás había hecho nada remotamente parecido en toda su vida.

La medianoche la sorprendió tambaleándose entre los árboles de fuera, el pelo suelto azotado por un frío vendaval, descalza y casi insensible. Había hablado y gritado y gruñido y llorado. Tenía la garganta seca e irritada. Había dejado la puerta de la casa abierta y el viento la golpeaba, muy lejos de donde se encontraba ella. No se sentía una loca. Le apetecía arrancarle los ojos a todo el mundo. Le apetecía encontrarse con alguien, quien fuera, y aplastarle el cerebro con una piedra. Estaba atrapada en un torbellino de horror, y aquella noche supo que había atravesado el centro de todas las cosas. El centro, la verdad, era esta:

El infierno es estar vivo, y estar vivo es todo lo que hay.

Quitarse la vida habría sido como rendirse. El bando de los muertos es mayor y más fuerte que ningún otro. Siempre había sido así y siempre lo sería. La muerte es el hombre, no hay duda, pero no iba a ponerse de su parte. ¿Quién quedaba, entonces? Ya no podía tomarse a Dios en serio. Estaba harta de disculpar sus mierdas seniles, de ayudarle a salir de sus deslices interminables, maquillando y enmendando su vergonzoso registro de caprichos. Para ella, Dios había desaparecido, pero la muerte tampoco se la llevaría a cambio de nada.

Enfrentada a eso, tomó una decisión mientras permanecía de pie, aullando a orillas de un frío, frío lago, sorbiendo aún de la botella de *whisky* de su marido muerto. Ya no sería, en términos de lo que ella entendía por jerga popular, la zorra de nadie. Ya no le debía lealtad a nada ni a nadie. Ni persona, ni dios, ni idea, ni verdad, ni promesa. Nada lo valía, no se podía confiar en nada. Antes estaba Bill. Ahora no había nada.

Pero luego, dos semanas después, encontró algo, algo en el bosque, o ese algo la encontró. Y cambió de opinión.

El cielo había oscurecido y el lago parecía una losa de mármol negro. Hacía frío. Era hora de volver adentro. Se quedó sentada un rato más, sin embargo, porque adoraba aquella vista y temía que las cosas estuvieran a punto de cambiar. Temía que, aunque los hombres se hubieran ido, regresaran, y que se viera obligada a defender la única cosa que le importaba de verdad.

Pues que así fuera.

22

Terminamos en el Morisa, una ruina venida a menos cerca del centro de Fresno. El hotel tenía el aspecto de haber sido diseñado para soportar un bombardeo sostenido. Y eso nos gustó. Llegamos a la ciudad tarde, a la noche siguiente y decidimos no ir más lejos. Si no teníamos un plan, ni ningún lugar en particular al que dirigirnos, existía la posibilidad de que tomáramos muchas direcciones equivocadas. Fuimos a la recepción por separado y reservamos habitaciones en plantas distintas; subimos y nos fuimos a dormir. A la mañana siguiente, temprano, dimos una vuelta por el centro. Caminamos y caminamos pero no podíamos decidir adonde ir ni qué hacer. Hay algo muy alienante en las tiendas cuando uno no tiene la intención de comprar. ¿Quién es toda esa gente? ¿Qué compra? ¿Y por qué? Resultan no menos extrañas e irrelevantes que las fachadas tapiadas y los callejones cubiertos de grafitis entre almacenes abandonados. Curiosamente, creí reconocer algunas letras en la puerta de una de ellas, pero una inspección más atenta demostró que la segunda era una B, no una R. Creo. No estoy seguro. Estaba bastante paranoico.

Las últimas horas de la mañana nos sorprendieron de vuelta en mi habitación del hotel. No era grande ni habían renovado la decoración en los últimos tiempos. Me senté en la silla. Ella se sentó en la cama. Nos tomamos el café en cuanto llegó.

Nina se arrepentía de haber abandonado Los Angeles. Quería regresar. No iba a permitírselo. Comprendía que tuviera la sensación de estar huyendo: estaba huyendo. Además, ella tenía un trabajo,

aunque en esos momentos le hubieran pedido que no lo ejerciera. Según Nina, encontrarse en esa situación por culpa de su relación con un hombre (una relación que había terminado, por otro lado) era el tipo de cosas que indignan a cualquier mujer. Y tampoco era que Nina fuera cualquier mujer. Sentía una ira profunda. La enfurecía tanto que Zandt le hubiera mentido que no volvió a conectar el teléfono. Yo intenté llamarlo, unas cuantas veces, pero no conseguí nada salvo oír la vieja voz robótica de siempre que me informaba de que su teléfono estaba apagado. Podría estar en cualquier lugar del país haciendo Dios sabe qué, o en graves aprietos. Por lo que nosotros sabíamos, podía estar muerto.

Ninguno de los dos consideraba imposible que Zandt hubiera matado a Ferillo. Ambos sabíamos que, durante la búsqueda inicial de su hija, cuando aún estaba en las fuerzas del orden, había acorralado y matado por su cuenta y riesgo al hombre que estaba convencido de que era el responsable. El problema fue que hubo un nuevo secuestro después de aquello. Ahora temamos un nombre para aquella persona, Stephen DeLong, y sabíamos además que era tan solo una de las muchas personas que raptaban chicas por orden de los Hombres de Paja, cuyo jefe, por otra parte, era mi hermano. La súbita aparición de un vídeo que inculpaba a John en el asesinato de DeLong —y que evidentemente había permanecido en la recámara durante largo tiempo— demostraba que iban tras él y que estaban dispuestos a hacer cuanto fuera necesario para poner serios obstáculos en su camino. La cuestión era saber si la muerte de Ferillo constituía un ejemplo más de ese proceder o era parte de su causa.

Nina hizo dos llamadas desde la línea fija de la habitación. Con eso estableció que Ferillo tenía un restaurante llamado Dinning Room en la calle Stark de Portland. Cuatro años antes había sido arrestado durante una investigación antimafia en Los Angeles, y estuvo a punto de pasarse una buena temporada a la sombra. Tiró de algunos hilos, y logró librarse, e incluso encontrarse en situación de verse convertido en el propietario de un afamado tugurio de comidas respaldado por la flor y nata del noroeste de Oregón. Pasar de

mafioso de segunda a restaurador adinerado supone dar un poderoso salto, pero no revelaba nada acerca de por qué Zandt podría haber decidido irrumpir en su vida, o de por qué alguien habría decidido que pareciera eso.

Después de las llamadas, nos quedamos un rato sentados en silencio. El café se enfrió lentamente, pero seguimos tomándolo de todos modos, hasta que sentí el estómago revuelto. La ventana estaba abierta de par en par y observaba desde arriba los edificios destartalados mientras un cielo iracundo descargaba sobre ellos una lluvia persistente. Resultaba absurdo estarse sin hacer nada, pero se me ocurría otra alternativa. No teníamos modo alguno de encontrar a John ni de acercarnos más a la investigación sobre Ferillo.

Entonces, de repente, una luz muy tenue se abrió paso en mi mente. Parpadeó, brilló durante un segundo, luego volvió a aparecer, un poco más intensa.

—Llama a Monroe —dije, despacio.

—Ni hablar.

—Míralo desde su punto de vista. No es ningún idiota. Sabe que te ocurrió algo gordo a finales del año pasado. A ti te disparan y Sarah Becker vuelve con sus padres. Pero no le cuentas nada; y ahora resulta que alguien con quien mantienes una relación muy estrecha va por ahí haciendo cosas muy malas.

—O eso parece.

—Da lo mismo. Aunque no hubiera nadie presionando a Monroe, ahora mismo estarías en la cuerda floja de todas maneras.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—¿Qué quieres decir?

Concentró en mí su mirada.

—Lo que quiero decir es que hay algo en tu voz que no entiendo.

—Cuéntame de nuevo lo que ocurrió cuando fuiste al motel Knights. El día en que encontraron el cuerpo de Jessica.

—Ward…

—Limítate a contármelo.

—Recibí una llamada de Charles. En mi móvil. Dijo que

alguien acababa de cargarse a un poli en un coche patrulla y que luego había desaparecido.

—¿Y después?

—Nada. Me dijo donde estaba y que quería verme por allí.

—Por el asesinado de un poli.

Dudó.

—Sí.

—Que no tiene nada que ver con el FBI y ningún interés para la agencia. A menos que…

Permaneció en silencio durante unos largos veinte segundos ensamblando las piezas.

—Oh, Dios.

—Sí. Tal vez.

Parpadeó velozmente.

—Entonces, ¿por qué diablos íbamos a hablar con él?

—Porque no tenemos a nadie más. Y porque entonces le harás esa pregunta y verás lo que contesta, y si no tiene una buena respuesta, entonces… o bien nuestros problemas son peores de lo que pensamos o bien tenemos algo con lo que trabajar.

Evidentemente, ya había tomado la decisión antes de que yo hablara. Se levantó de la cama, sacó su teléfono del bolso y lo conectó. En un par de segundos emitió varios pitidos.

—Mensajes —dijo.

Escuchó. Luego apartó el aparato de su oreja y una extraña expresión apareció en su rostro.

—¿John?

Negó con la cabeza.

—Monroe. Cuatro veces. Ningún mensaje. Solo «Llámame».

—Entonces llámale. No al número de la oficina. Al móvil.

—Pero si rastrea la llamada sabrá dónde estamos.

—Ya sabe donde estamos. Vamos, hazlo.

Marcó. Oyó los tonos, con la vista fija en mí.

Luego:

—Charles, soy Nina.

A dos metros de distancia pude oír la inmediata avalancha

verbal. Nina lo escuchó durante un momento.

—Pero ¿qué…? Joder. Charles, te llamo luego.

Cortó la conexión. Por un instante parecía haberse quedado sin habla.

—¿Qué? Nina… ¿Qué?

—Han encontrado a otra mujer con un disco duro.

A las cinco y media empezó a oscurecer, nosotros estábamos sentados en el coche, a treinta metros de un lugar llamado Daley bread. Estábamos allí porque aquel negocio grande, anónimo, me había llamado la atención la noche anterior. Y lo elegimos porque se encontraba en una calle amplia, a tiro de piedra de la autopista 99, con accesos tanto en dirección norte como sur. Fácil de llegar, fácil de abandonar rápidamente. Fuimos temprano, queríamos ver si habían destacado a alguien, si avisaban a la policía local o al FBI o… a quien fuera. Si podía confiarse en Monroe aunque fuera un poco, en otras palabras.

Durante media hora no vimos a nadie salvo a un puñado de ciudadanos desaliñados que se arrastraban con sus jirones de manta alrededor de los hombros, alternados con grupúsculos de jóvenes acomodados. Ambas categorías parecían profundamente desvinculadas y resultaba difícil entender que habitaran partes de un mismo espacio, como si fueran dos especies distintas que solo por casualidad se parecían un poco la una a la otra. Observamos cómo cada grupo se acercaba y luego se alejaba. Algunos miraban con curiosidad el interior del coche y se preguntaban, dudando, por qué dos personas estarían sentadas allí un frío y oscuro atardecer. Nosotros les devolvíamos la mirada. Estábamos casi tan paranoicos como se puede estar. Cuando no había nadie alrededor, sencillamente, vigilábamos la calle en ambas direcciones.

A las seis y cuarto, quince minutos antes del encuentro acordado, abrí la puerta y salí.

—Ten cuidado —dijo ella.

—No te preocupes. No sabe qué aspecto tengo.

—No. Pero otra gente sí.

Recorrí la carretera a paso moderado, intentando ubicarme en algún lugar entre los desahuciados y las jóvenes *fashion*. Aguardé un instante en la acera de enfrente de la cafetería; fuera no vi a nadie que pareciera de las fuerzas del orden, y a muy poca gente dentro.

Mientras cruzaba la carretera me di cuenta de que cualquiera con media neurona habría mantenido oculta la dirección exacta de la reunión hasta que Monroe hubiera llegado a la ciudad, para ponérselo más difícil a la hora de movilizar a los agentes locales, si es que tenía pensado hacerlo. Con más fuerza que nunca, deseé que Bobby estuviera cerca. O mi madre. Sin ninguno de los dos, sabía que siempre sentiría una parte de mis espaldas al descubierto.

Formulé una pregunta, en silencio y sin mover los labios.

—¿Es esta una idea estúpida?

No hubo respuesta.

En el restaurante hacía más calor y el ambiente estaba un poco cargado. Una chica de aspecto cansado vino directa hacia mí con una carta en la mano.

—Me llamo Britnee —dijo, innecesariamente, pues llevaba puesta una placa del tamaño de un plato—. ¿Cenará solo esta noche?

Le dije que sí y que le había echado el ojo a uno de los reservados que se extendían a ambos lados de la zona central de la sala. Como tan solo había otras dos parejas en todo el lugar, en realidad, no tuvo más opción que dejarme sentar donde le había pedido.

Pedí chile sin mirar el menú. Cuando se fue a despertar al cocinero, adopté la posición que Nina y yo habíamos acordado. Me senté en el lado derecho del reservado, con la espalda apoyada en el muro bajo que lo separaba de su reservado gemelo al otro lado. No se podía ver ninguna mesa desde allí, pero podría escuchar.

Saqué una revista gratuita que había conseguido en el vestíbulo del hotel, hundí la cabeza y me puse a leer.

Cinco minutos más tarde oí que se abría la puerta del restaurante. Un vistazo bastó para ver a Nina entrando. Britnee intentó mandarla a una de las mesas junto a las ventanas, supuestamente por la fabulosa vista que ofrecían de la fría y empapada calle que había fuera, sin embargo, Nina insistió. La perdí de vista mientras la camarera la acompañaba, pero un minuto después oí el rumor de alguien acomodándose en un viejo asiento forrado de piel sintética al otro lado del muro de separación.

Permanecimos sentados y en silencio durante un rato. Oí cómo otra camarera arrastraba los pies hasta donde Nina se había sentado y le preguntaba si quería algo de beber, y oí también la respuesta de Nina. Sonido de calidad, iba a funcionar muy bien.

Seguí deslizando la vista por encima de los anuncios de comercios locales en los que no tenía ningún interés y de restaurantes con mucha historia, negocios familiares, idénticos, al parecer, a los que pueden encontrarse en cualquier ciudad del país. Resultaba extraño saber que Nina estaba al otro lado haciendo lo mismo. De vez en cuando echaba un vistazo a la calle. No ocurría nada.

Luego, finalmente, oí la voz Nina, muy queda.

—Aquí está.

Eché otra mirada fugaz a la puerta y vi a un tipo de constitución atlética, que rondaría los cincuenta. Llevaba traje y una gabardina *beige*. Entró en el restaurante con paso rápido, y pasó por delante de Britnee antes siquiera de que esta tuviera la oportunidad de sugerirle un agradable asiento en la terraza. Evidentemente, había localizado a Nina desde el exterior.

—Hola, Charles —oí un momento después.

Se oyó el rumor de alguien sentándose.

—¿Por qué no podíamos encontrarnos en tu hotel?

—¿Cómo sabes que estoy en un hotel?

—¿Dónde ibas a estar si no?

Hubo una larga pausa, y luego Nina dijo:

—Charles, ¿estás bien?

—No —dijo él—. Y tú tampoco lo estás. Han comprobado el

vídeo. Es John, y no está trucado. Su huella dactilar en el abridor de Portland tampoco es falsa, y ahora hay un testigo ocular que asegura haber visto a un hombre abandonar el edificio llevando casi a rastras a una mujer. El hombre le dijo al testigo que la mujer estaba bebida y que la llevaba a su casa. Y el retrato robot se parece tanto a Zandt que es increíble, además la chica confirma el parecido. También hablé con Olbrich, y ya sé lo que investigó para ti. John estaba en Portland esa noche.

—Gracias, Doug.

—Es un policía, no tu jodido servicio personal de información. Zandt mató a Ferillo, Nina. Acéptalo. También golpeó a la chica con la fuerza suficiente como para provocarle una conmoción. No sé qué demonios tiene en la cabeza, pero protegerle no te va a hacer ningún bien.

—Ir tras él tampoco va a ayudarte. Estás involucrado.

—¿Qué quieres decir?

En ese momento ocurrieron dos cosas. La primera fue que llegó la camarera con mi chile y tardó tanto tiempo en dejarlo encima de la mesa e hizo tal ruido como era posible. También tuvo la ocurrencia de preguntarme un montón de cosas. Dónde me hospedaba, cuánto disfrutaba de estar justo allí, en la histórica Fresno, si estaba seguro de no querer la guarnición de aros de cebolla: podía volver y traerlos en un momento. Contesté a todo tan rápido y monosilábicamente como pude.

La segunda fue que Nina se calló.

No necesitaba verla para saber que había bajado la mirada hacia la mesa, incapaz de dar el siguiente paso. Así que tomé una decisión. Fue un error. Me levanté, abandoné mi comida y rodeé la separación entre los reservados.

Arrastré una silla hasta el extremo del reservado en el que Nina y Monroe estaban sentados el uno enfrente del otro, con sus bebidas intactas. Monroe se me quedó mirando.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Eso espero —dije—. Soy amigo de Nina. Le voy a hacer una pregunta que ella no quiere hacerle.

—Nina, ¿conoces a este tipo?

—Sí.

—Su nombre es Charles Monroe. Mi nombre es Ward Hopkins. Soy una de las dos únicas personas que puede confirmar lo que Nina acabará por contarle. Probablemente la única a la que usted vaya a escuchar, pues es poco probable que usted se tome en serio la palabra de John Zandt.

—Tampoco tengo intención de escucharle a usted, sea quien sea. Nina…

—Me escuchará —le dije—. Después de que nos haya explicado cómo sabía que había un cadáver en el Knights.

No se lo esperaba. Intentó intimidarme con la mirada, pero es curioso: desde la muerte de mis padres, resulta mucho más difícil asustarme. Nunca fue fácil, y ahora es difícil. Es como si a una parte de mí, en lo más hondo de mi ser, ya nada le importara un bledo.

Nina lo observaba atentamente:

—¿Vas a responderle?

No dijo nada, vi el cambio en la expresión de Nina, y me di cuenta de que repentinamente creía en lo que yo le había sugerido antes.

—Maldito bastardo —dijo ella.

—Nina… No sé lo que te habrá contado este tipo, pero…

—¿En serio? —dije—. Se lo explicaré en pocas palabras. Si matan a un poli, es un problema del departamento de policía de Los Angeles, es asunto y trabajo suyo. No es cosa del FBI a menos que los policías elijan que así sea, cosa que no harán. Los federales son el hermano mayor al que nunca quisieron; esto no es *Expediente X*, donde los llaman solo porque han oído proferir insultos en un aparcamiento, o porque alguien hablaba con defectos de pronunciación, o por nada en absoluto que tenga alguna sustancia o en lo que parezca que alguien de traje pueda ser de alguna ayuda. Robos y Homicidios tiene una sección especial dedicada a los asesinatos de perfil alto, tienen divisiones enteras que lo dejarán todo para perseguir a alguien que mató a uno de los suyos. Así que, ¿qué hacía allí? ¿Y tan rápido? ¿Cómo es posible que estuviera en el

lugar antes de que nadie hubiera entrado en la habitación del motel? ¿Antes de que nadie supiera que allí había algo que encontrar?

Monroe negó con la cabeza.

—Esto es ridículo. Nina, este tipo está loco y nosotros ya tenemos bastantes…

—Charles, mírame y cállate.

Ni siquiera reconocí la voz de Nina. En algún lugar de su interior había un sonido entre el silbido y el gruñido desencajado, como el de algún gato grande y sin domesticar al que hubieran tenido mucho tiempo enjaulado y que finalmente se hubiera hartado de que lo marearan.

Monroe la miró. Yo también.

—Charles, ¿dónde están mis manos?

Él fijó la mirada en Nina.

—Bajo la mesa.

—¿Qué crees que sujetan?

—Oh, joder, Nina…

—Correcto. Y voy a dispararte aquí y ahora a menos que comiences a decir cosas que pueda creer.

—Hay gente que sabe donde estoy.

—No, no lo saben —dijo ella—. De ningún modo hubieras comprometido tu reputación anunciando que te marchabas al interior a hablar conmigo, no con toda esa mierda sobre John flotando en el ambiente. A menos que hayas traído a otra gente, claro, cosa que hasta ahora no parece haber sido el caso.

—Claro que no —dijo Monroe con un momentáneo enfado, tan enorme sin embargo que resultaba difícil no creerle—. Por el amor de Dios, hemos trabajado juntos mucho tiempo. Estamos en deuda el uno con el otro.

—Cierto. Eso pensaba yo. Hasta que ayer me suspendieron. Tú, si no me equivoco.

—No tenía elección. Sabes que Zandt te ha comprometido demasiado.

—¿Comprometido? ¿A mí me hablas de estar comprometido, Charles? Empieza por responder a la pregunta de Ward. Mis manos

siguen exactamente donde estaban y todavía sostengo exactamente lo que te he dicho antes.

Monroe permaneció en silencio, con la mirada gacha, enfocada en su mantel individual. En él no había más que fotografías de alimentos con alto contenido graso, y sabía que aquello no lograría mantener su atención durante demasiado tiempo.

—Las cosas se están poniendo mal —dijo, al fin. Su voz era tranquila—. Y no solo para ti. —Levantó la vista—. Pero es por tu culpa. Por lo que sea esa misión personal tuya en la que andas metida. ¿Por qué no me contaste lo que ocurrió el año pasado?

—Para protegerte —dijo ella—. No podías hacer nada para ayudarnos y nosotros no sabíamos en quién podíamos confiar. Si es que había alguien.

—Lo siento, pero eso me suena a paranoia.

—No lo es —dijimos simultáneamente.

Monroe me miró directamente por primera vez.

—¿A quién jodisteis? ¿Con quién coño tratáis?

Nina me miró. Yo asentí.

—Se hacen llamar los Hombres de Paja —dijo ella—. No sabemos cuántos son, ni siquiera quiénes. Antes eran los dueños de un buen pedazo de tierra en Montana y ese es el lugar que saltó por los aires.

—¿Lo hicisteis vosotros?

—Fueron ellos. Estaba vigilado —dije—. Era un terreno plagado de pruebas. Cuerpos. Muchos cuerpos. Esa gente mata por diversión. Tienen una cadena de suministro de víctimas que usa a gente como Stephen DeLong. El hombre al que una vez llamaron el Chico del Reparto era otro de sus proveedores. El más importante, un asesino en serie por derecho propio y parte de la organización general, además es mi hermano. Se hace llamar el Hombre de Pie. Fue clave en otra de sus actividades. ¿Se acuerda de la explosión en la escuela de Evanston del año pasado?

—Sí. Culparon a dos muchachos.

—No fueron ellos. Fue él. Y también de otros sucesos semejantes y tiroteos ocurridos en Florida, Inglaterra y Europa en

los últimos veinte años. Tal vez más. El grupo ya existía a mediados de los sesenta. Hacían cosas así y lo organizaban todo para que otras personas cargaran con las culpas.

Monroe parecía desconcertado.

—Nina, ¿tú te crees todo eso?

—Creerlo es irrelevante. Es todo cierto. Hay un grupo de gente que vive en los intersticios de este país, y hace mucho tiempo que es así. Son poderosos y matan. A esos es a quienes estamos jodiendo. Y ahora, por última vez, cuéntame lo de Jessica.

Dudó solo un momento. Su decisión estaba tomada.

—Recibí una llamada —dijo sereno.

Aunque Nina sabía que ya llegaba la información, me pareció que estuvo a punto de disparar. Y creo que Monroe pensó lo mismo.

Luego hubo un largo momento de silencio.

Finalmente, Monroe abrió la boca y habló de nuevo. Chasqueaba al hablar. Tomó un sorbo de refresco y enseguida un buen trago.

—Recibí una llamada la noche anterior —dijo—. A mi móvil personal. No hay mucha gente que tenga ese número. De hecho, supuse que serías tú. Estaba en el teatro con Nancy. Fue en el entreacto, estábamos en el bar, había mucho ruido. La voz de un hombre dijo algo, pero no pude oírle bien y luego, cuando salí, ya había colgado. No tenía razones para… Luego, a la mañana siguiente, estaba de camino al trabajo y recibí una segunda llamada. De nuevo era un hombre, me preguntó qué diablos pasaba conmigo, ¿no me interesaba? Le dije que no sabía de qué me estaba hablando. Me dijo que acababan de dispararle a un policía y que debía ir directo al motel Knights. Que sería…

—Sería algo bueno para ti —dijo Nina, como si Monroe acabara de admitir que le gustaba darles de fumar *crack* a los niños mientras les pegaba.

—Sí —dijo él—. Eso fue exactamente lo que dijo.

—¿Era el mismo número desde el que te habían llamado la noche anterior?

—Sí. Por lo que yo sabía, podía tratarse de alguien del departamento.

—¿Sin declarar su identidad? Sí, claro.

—Si iba a ser bueno para mí también lo sería para el departamento.

—Hablas con las paredes, Charles. No te creo y no me importa. Fuiste hasta allí porque te habían avisado de que había algo que merecía tu atención, algo bueno para tu carrera, y me arrastraste contigo sabiendo que era sucio. No le dijiste a nadie que tenías información previa. Le encargaste a Olbrich que reuniera a un equipo especial de trabajo y los tuviste a todos rompiéndose los cuernos hasta que empezó a verse claro que no iban a ninguna parte. Cuando estuvimos en casa de los McCain y yo pregunté si estábamos seguros de que el asesino del policía hubiera matado también a Jessica, tú ya sabías que podían ser casos diferentes.

—El hecho de que pudiera ser no significa que fuera así.

—Oh, vamos. Incluso trataste de apartarme de esa idea. Luego, la mañana siguiente a que John llegara repentinamente a lo más alto de la lista de los más buscados por el asesinato de Ferillo, recibes otro *e-mail*. Ilocalizable de nuevo, me imagino.

—No importa cómo llegó, Nina. Es real. Y baja de una vez del burro, joder. Tú lo sabías. Tú sabías que Zandt había matado a DeLong y ocultaste las pruebas.

—No lo sabía en su momento. No me lo contó hasta finales del año pasado.

—Da igual. En el mismo minuto en que le oíste decir eso te convertiste en encubridora, así que no…

Interrumpí.

—¿Quién era el tipo que estaba con usted cuando le mostró la grabación a Nina?

—No lo sé —dijo con amargura—. Llegó esa misma mañana y ya lo sabía todo sobre el asunto. Sobre todo. Tenía una autorización de la Agencia de Seguridad Nacional, pero ayer intenté rastrear su procedencia y me dijeron que no existía. Insistí, di unos cuantos gritos y…

—Y ahora las cosas se han puesto feas para ti también —dijo Nina.

—Solo indirectamente. —Resopló con pesadumbre—. Han reabierto el expediente de Gary Johnson.

—¿Qué?

—Un abogado de Luisiana afirma de repente tener pruebas de que intervenimos los informes forenses. Más concretamente, de que tú lo hiciste mientras yo miraba para otro lado. Alguien quiere desacreditarte, y, como agente a cargo en ese caso, me va a tocar compartir la paliza. ¿Satisfecha?

—Te comprometiste solo, Charles. No me culpes.

—Entonces tú tampoco reclames ninguna integridad moral. Retuviste pruebas de un homicidio, mentiste acerca de lo que ocurrió el año pasado, ¿y de verdad te crees que no sé que te quedaste con el disco duro de Jessica durante cuarenta y ocho horas? Bastaría con eso para arruinar tu carrera; ambas cosas fueron decisión tuya y errores tuyos.

—Ahora ha habido otro asesinato con disco duro —dije yo—. ¿También recibió un aviso particular sobre eso?

—No. Y mira… a todo esto, ¿quién coño eres?

—Los padres de Ward fueron asesinados por los Hombres de Paja —dijo Nina—. Nos ayudó a salvarle la vida a Sarah Becker, y ahora mismo es la única persona del mundo en quien confío. Creo que con eso basta. Háblame del nuevo asesinato.

—Nina…

—Te metiste en esto por Jessica. Si este es un nuevo asesinato obra del mismo hombre, entonces tenemos una mínima posibilidad de resolver el caso, y esa es la única salida de esta situación en la que todavía habría alguna jodida opción de que tu vida volviera a su cauce.

—Y la tuya también.

—La mía ya se ha ido a pique. Cosa que me fastidia bastante. Quiero encontrar a los responsables. Ward y yo tenemos asuntos pendientes con ellos.

—Se llamaba Katelyn Wallace —dijo Monroe—. Trabajaba en

el turno de noche del Fairview de Seattle. Alguien fue y se la llevó por la fuerza de un hotel lleno de huéspedes y con el conserje de noche allí delante, de servicio con ella. La encontraron sesenta kilómetros al este, entre unos arbustos, en un pequeño pueblo llamado Snoqualmie. Tenemos la mitad de la matrícula de un coche al que vieron pasar de madrugada, pero era de alquiler y esa es una zona vacacional. El cuerpo de Katelyn estaba más perjudicado que el de Jessica. Se supone que el asesino está perdiendo el control; y sí, es la opinión de los de Perfiles, pero las fotografías lo sostienen. No se molestó en vestirla con ropa de andar por casa, y en esta ocasión el disco no descansaba simplemente en su boca. Lo incrustó en un agujero que le había hecho en la cabeza. Dentro encontraron la misma pieza musical que en el de Jessica.

—¿Algún texto?

—No. Tres fotografías de paisajes en un plano muy general. De baja calidad. Hechas con cámara web. De Pittsburgh, lo creáis o no. Así que los federales de esa zona están ahora en alerta, pero quién sabe lo que eso significa, si es que significa algo.

—¿Qué sabe acerca de la mujer? —pregunté.

—Era de San Francisco. Cuarenta y dos años, se había trasladado a Seattle doce años atrás. Ningún novio conocido, pero muchos amigos y un gato, y nadie a quien se le ocurra quién podría haberle hecho algo así. Hasta donde sabemos, se trata de una víctima al azar.

—No lo creo —dije—. ¿Para qué cruzar medio país si vas a elegir una víctima al azar y luego a dejar bien clara tu firma usando el mismo *modus operandi*? Tiene que haber alguna conexión entre ellas. ¿Le habló Nina de la fotografía que faltaba en el apartamento de Jessica?

—Sí. Investigamos a los tres tipos de los vídeos. Dos eran habituales de ese bar llamado Jimmy's, el otro era alguien que había conocido en una fiesta en Venice Beach. Ninguno parecía encajar, aunque uno de ellos confirmó que Jessica tenía una fotografía de sus padres junto a la cama; al parecer, disfrutó del detalle. Pero ahora, el asqueroso de Webdaddy, Robert Klennert, cree que a lo mejor se

acuerda de alguien que intentó averiguar la dirección de Jessica a través de un *e-mail* dirigido al portal, unos dos meses atrás. Pasa muchas veces, al parecer; todas sus chicas reciben correos semejantes. Él se limita a rebotarlos sin contestar. No se acordó de que había uno en particular para Jessica hasta que empezó a rastrear sus archivos. Puede que no signifique nada.

—O puede que se trate del asesino intentando encontrar algún modo de entrar. Lo cual supondría un tiempo bastante largo de inactividad, ¿no? ¿Hay señales de que se hayan llevado algo de casa de la tal Katelyn Wallace?

—¿Cómo podríamos saberlo? No tenemos la suerte de contar con todo un muestrario de imágenes en esta ocasión; Katelyn no era zorra por internet. Era una mujer ordenada que trabajaba mucho.

—Esas también mueren. Pero… estamos dando por hecho que el asesino se llevó la fotografía como si se tratara de un recuerdo al azar. Algo personal, un modo de meter sus dedos en la vida de una mujer a la que pretendía matar. ¿Y si fuera más que eso?

Nina me miraba.

—¿En qué estás pensando?

—Están intentando que el asesino sea atrapado —dije hablando despacio, procurando no entorpecer el camino de mis pensamientos —. Por eso avisaron a Charles. Es evidente. Pero ¿por qué? ¿A quién podrían querer los Hombres de Paja que atrapasen?

Levanté la vista, y fue entonces cuando lo vi.

Si hubiera hecho lo que se suponía que tenía que hacer, y me hubiera quedado en el otro reservado vigilando mientras Nina hablaba, lo habría visto antes. Pero la cuestión fue que apenas logré atisbar a un hombre delgado, con el pelo corto y gafas, de pie, a la puerta del restaurante. Miraba hacia dentro, justo hacia nosotros.

—Mierda… —fue todo lo que llegué a decir antes de que se oyera el ruido de algo que se rompía, dos chasquidos y el sonido sibilante de una bala atravesando el panel que había detrás de nosotros.

Me alejé del reservado y fui a por mi pistola. Fui rápido, pero Nina lo fue aún más, pues ya tenía la suya en la mano.

Ambos empezamos a disparar antes de que Monroe se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Con la otra mano, agarré una silla y la arrojé torpemente contra la ventana, intentando darles el tiempo suficiente para que salieran del reservado.

La silla se desvió, pero Nina estuvo ágil. El hombre siguió disparando a través del agujero en el cristal. Tiros precisos, uno tras otro.

Me agaché procurando quedar por debajo de su línea de visión, tiré del brazo de Nina y la arrastré bajo la mesa. Hubo gritos a nuestro alrededor. Britnee estaba tumbada en el suelo, los cristales rotos encima de su rostro.

Vi cómo el hombre pasaba corriendo por detrás de la ventana, poco más que una sombra, pero no estaba huyendo. Avanzaba por la acera para entrar en el restaurante.

—Oh, joder —dijo Nina, y al volverme vi que Monroe se había desplomado sobre la mesa.

Ella quiso acercarse, pero la cogí de nuevo del brazo y tiré hacia abajo.

—Déjalo.

Oí cómo se abría la puerta del restaurante, gritos de intensidad renovada.

—Ward, está herido.

—Lo sé.

Luego el hombre giró y se metió en nuestro pasillo. Supongo que una parte de mí esperaba que fuese mi hermano, pero no lo era. Era más joven, atlético aunque de pecho voluminoso. Llevaba pantalones militares y un abrigo. Se detuvo al fin, al parecer, no temía lo que pudiéramos intentar nosotros, y apuntó hacia Nina.

Le disparé. Le di justo en el pecho.

Salió impulsado hacia atrás, estrellándose contra una mesa.

Se quedó tumbado durante quizá cinco segundos, tiempo suficiente para que yo pudiera empezar a levantarme, antes de que se pusiera en pie repentinamente.

No salía sangre de ninguna parte de su cuerpo, y comprendí que llevaba un chaleco antibalas. Retrocedí, intentando resguardarme

detrás de cualquier cosa antes de que volviera a disparar. Nina abrió fuego por detrás de mí, pero falló. El hombre disparó dos veces y ambas fueron muy cerca. Yo disparé de nuevo, apuntando más alto, pero fallé. Acertar la cabeza de un hombre en movimiento es muy difícil. Ya solamente apuntarle no es fácil. Tienes que tener muchas ganas de que alguien muera. En esos momentos, yo las tenía.

El ruido de un nuevo disparo llegó desde otro ángulo y pensé: «Oh, joder, hay otro»; pero entonces vi que era Monroe. Tenía el abrigo cubierto de sangre y estaba atrapado en el reservado pero había retorcido la parte superior de su cuerpo y vaciaba el cargador contra aquel hombre.

Aproveché la oportunidad, agarré de nuevo a Nina y la empujé hasta dejarla detrás del panel de separación. Allí estaba mi camarera, acurrucada, intentando gritar con la respiración cortada, así que, en lugar de eso, emitía los mismos ruidos que haría un ratón golpeado con un martillo.

En la pared del fondo divisé un par de puertas batientes.

Más disparos de repente, como el ruido de lentas palmadas.

—Ward, tenemos que ir a por Charles…

—Es demasiado tarde.

La empujé de nuevo a través de las puertas batientes que conducían a una reducida cocina. Se resistió al principio, pero luego me siguió mientras me abría camino entre dos hombres lívidos de terror y cruzaba la puerta trasera. Resbalé en el descansillo de una escalera, pero me agarré a la barandilla y logré bajar.

Pasamos corriendo por delante del restaurante. Los disparos habían cesado. Eché un vistazo al interior y vi al hombre de pie junto al reservado en el que Monroe yacía ahora boca abajo sobre la mesa.

El hombre se volvió y nos vio. Y luego echó a correr hacia la puerta. A correr deprisa.

—Métete en el coche —grité.

Nina siguió corriendo.

Me giré y apunté con mi revólver calle arriba, caminando hacia atrás tan rápido como podía. Había disparado su primer tiro antes

de que me diera tiempo de advertir que había salido a la calle.

Disparé y volví a alcanzarle, en el estómago, derribándole hacia atrás una vez más. Me volví y esprinté hacia el coche justo cuando se encendían las luces y se oía el ruido de arranque del motor.

Después fue como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el hombro. Perdí el equilibrio, el golpe me hizo caer rodando y me desplomé sobre el pavimento. Me levanté, todavía inseguro sobre lo que había sucedido, pero acalorado, y con cierto malestar devolví los disparos.

El coche avanzó bruscamente y la puerta se abrió de golpe. Todavía tenía las piernas colgando fuera cuando Nina apretó el acelerador y salió marcha atrás a sesenta kilómetros por hora. Una vez estuve dentro y con la puerta cerrada, dio un brusco giro y salió lanzada calle arriba.

—¿Adónde se supone que estoy yendo?

Me miró por el rabillo, y la súbita apertura de sus ojos me confirmó lo que ya sospechaba.

Me llevé la mano al hombro izquierdo. Estaba húmedo y caliente.

—A donde sea —dije mientras el dolor se abría paso repentinamente como el filo de un cuchillo.

23

Al salir del Henry's Dinner se encontraron bajo una llovizna ligera pero persistente. Tom tembló terriblemente a medida que el frío caló en él. Solo se había comido la mitad de su menú, encogido junto a Henrickson en una mesa en la esquina del fondo. Tom vio que algunos lugareños los miraban. Podía adivinarse lo que estaban pensando: «Bigfoot existe, colega», o quizá «Tonterías, colega», y aquello no ayudó demasiado a su apetito. Henrickson había estado inusualmente callado mientras comían y ya había pasado un buen rato desde su última sonrisa. Tal vez él también estuviera cansado, aunque no lo parecía. Sus movimientos seguían siendo resueltos y precisos, y comió deprisa y metódicamente, liquidando con facilidad un filete de pollo frito. Había pedido que se lo sirvieran poco hecho; algo que Tom no había visto nunca, ni la camarera tampoco a juzgar por el modo en que lo miró. Cuando no comía, miraba por la ventana como si deseara que cayera la noche.

—Muy bien —dijo, mientras Tom intentaba arrebujarse en su abrigo para protegerse del viento. Miró calle arriba.

—Supongo que deberíamos ir volviendo al motel.

Tom se sorprendió. Daba por hecho que se dirigirían al bar. No es que le apeteciera una copa. La caminata del día lo había dejado exhausto, y la cena caliente y contundente lo hizo sentir soñoliento y cansado como un perro. La cama era una buena alternativa. Pero, si se quedaba solo en aquella habitación, pensaría en llamar a Sarah, y seguía sin tener ninguna prueba.

—¿Quieres que te invite a una cerveza? —la pregunta hizo que

se sintiera torpe.

—Claro —dijo Henrickson despacio—. ¿Por qué no?

Había algo en su tono que llevó a Tom a preguntarse si tendría alguna razón oculta para aceptar, una razón que nada tenía que ver con las ganas de tomar una copa o de estar en compañía de Tom. Pero cuando estuvieron sentados a la barra del Big Frank's —donde reinaba el glacial— el hombre hizo sonar su copa contra la de Tom.

—Perdona si parece que estoy en otra parte —dijo—. Es que no puedo evitar sentir que el tiempo se escapa. Esto es importante para mí.

—Lo sé —dijo Tom—. Mañana lo encontraremos. Te lo prometo.

—Suena bien —dijo el hombre, con los ojos en la puerta—. Pero pongamos nuestra atención en lo que va a ocurrir aquí y ahora.

Tom se volvió y vio a un tipo enorme que cruzaba el bar en dirección a ellos. No iba deprisa, pero había determinación en sus pasos.

—Oh, mierda —dijo Tom—. Es el *sheriff*.

Tom observó cómo Connelly y el periodista se miraban el uno al otro de arriba abajo. Luego el policía desvió su atención hacia Tom.

—Señor Kozelek —dijo—. Veo que aún no ha sido capaz de renunciar a la hospitalidad de Sheffer.

—¿Quién fue? —preguntó Tom—. ¿La camarera? ¿Uno de los muchachos sentados en el rincón de aquel restaurante?

—Lamento no entender lo que dice —musitó Connelly.

—Creo que insinúa que alguien lo ha informado a usted de que todavía estaba en el pueblo —dijo Henrickson—. Me inclino a pensar que está en lo cierto.

—Esto no es *Twin Peaks*, hijo. Pasaba por casualidad y los vi entrar.

Henrickson tomó un sorbo de su cerveza y miró al policía por encima de la montura de sus gafas.

—¿Tiene usted algún problema con nosotros, *sheriff*?

—Ni siquiera sé quién es usted.

—Soy escritor.

—¿Y qué hace alguien como usted aquí, en Sheffer?

—Un reportaje. Ciudades vacacionales con encanto en el noroeste del país.

—Y el señor Kozelek le ayuda, ¿no es así?

—Podría decirse.

—Nunca he tenido mucho tiempo para los escritores —dijo Connelly—. Al parecer, la mayoría solo dice mentiras.

A Tom no le gustaba la forma en que esos dos hombres se miraban. Intentó pensar en algo que decir, algo banal que distendiera el ambiente. Entonces levantó la vista al oír la puerta del bar abrirse de nuevo. Dos personas entraron en la sala, sacudiéndose la lluvia del pelo.

—Hola —dijo una de ellas, una mujer.

Tom advirtió que se trataba de la doctora que lo había examinado. Se acercó y se unió al grupo.

—Melissa —dijo ella atenta—. No se preocupe, estaba bastante hecho polvo cuando nos conocimos. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien —dijo Tom.

Su marido se había quedado detrás de ella. Asintió hacia Connelly y se dirigió al otro lado del bar, a la zona del billar, en el rincón más alejado. Tenía el aire de ser un hombre de los que no gastan palabras en cortesías.

—Eso es bueno —dijo Melissa, mirando a Tom del modo en que lo hacen los doctores: con cálculo brillante y distanciado, como sugiriendo que la opinión que él mismo tuviera sobre su estado de salud, aunque de cierto interés, no tenía importancia alguna para el diagnóstico.

—¿Nada de náuseas? ¿Dolores de cabeza?

—No —mintió—. Me encuentro muy bien. Gracias.

—Excelente. Ah, si yo fuera usted, dejaría las hierbas medicinales durante un tiempo. Uno nunca sabe qué efectos pueden tener algunas de esas sustancias.

Connelly pareció crisparse ligeramente.

—Eso ya está aclarado —dijo el policía—. No pertenecían al señor Kozelek.

Henrickson ladeó la cabeza.

—¿Hierbas?

Melissa ensayó una sonrisa, como si de repente no estuviera muy segura de dónde se había metido.

—Encontré algunas —dijo ella—. Un ramillete. En la mochila del señor Kozelek.

—Melissa, hágame un favor, ¿quiere? —dijo Connelly—. Me reuniré gustoso con ustedes en un momento. Pero hay algo que tengo que discutir con estos chicos primero.

—Claro —dijo ella, retrocediendo afable. Normalmente, se habría sentido rechazada, pero en esa ocasión Tom había visto algo en sus ojos que no era evaluación profesional, sino los placenteros y prolongados efectos de un buen porro—. ¿Quiere una cerveza?

—Estaría muy bien.

Los tres hombres observaron como ella se encaminaba hacia el otro lado del bar, y luego se volvieron para mirarse de nuevo unos a otros.

—Entonces, si esas plantas no pertenecen a Tom —dijo Henrickson—, ¿cómo llegaron hasta allí exactamente?

—Pensé que no sabría usted de lo que hablaba.

—Lamento que se haya llevado esa impresión. De hecho, creo que hablaba de la valeriana y la terciaria que Tom tenía en su mochila.

—¿Qué? —dijo Tom. Se volvió hacia el policía—. ¿De qué habla?

—Me ha ganado —dijo el policía.

—No lo creo. —Henrickson metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña bolsa de plástico. La dejó encima de la barra—. ¿Es este el tipo de cosas que encontró la doctora?

Connelly apartó la mirada.

—Las plantas me parecen todas casi iguales.

—A mí, no. Sé que ambas son hierbas medicinales y sé que las usa un grupo particular de gente.

—Los indios nativos.

—Un poco antes que eso, de hecho. Así que, dígame, *sheriff*. A

juzgar por la reacción de Tom cuando encontré esto antes, no creo que tenga nada que ver con el hecho de que estuvieran en su mochila. Pero posiblemente usted pueda contarme cómo ocurrió todo.

—Las puso allí una mujer llamada Patrice Anders.

Henrickson sonrió.

—¿Es eso cierto? Nos referimos a la mujer de las botas.

—Cuando tropezó con las pertenencias del señor Kozelek en el bosque, le resultó evidente que el dueño de todo aquello debería encontrarse en un penoso estado mental. La señora Anders está interesada en las terapias alternativas. Dejó esas sustancias en su bolsa con la esperanza de que, si volvía en sí, pudiera reconocerlos y usarlos.

En esta ocasión, Henrickson rio abiertamente.

—Está usted de broma, ¿verdad?

—Eso es lo que ella me dijo.

—Déjeme aclararle un par de cosas. Resulta que ella andaba por allí dejando huellas con su peculiar calzado, muy oportunamente, por cierto, y tropieza con el pequeño campamento de Tom. ¿Y eso le hace adivinar que Tom tiene la cabeza hecha un lío, y de ahí que le deja algunas hierbas medicinales por si acaso llegara a averiguar lo que son y decidiera tomárselas? ¿Hierbas que por casualidad llevaba consigo mientras andaba de paseo por el bosque? ¿Y hierbas que la mayor parte de pueblos modernos servirían en infusión o al menos mezcladas con té?

—La gente hace cosas extrañas.

—Sí, ya lo creo. Seguro que sí. Bueno, gracias, *sheriff*. Esas plantas me habían inquietado desde que las encontré. Me alegra haber escuchado una explicación tan franca y creíble. —Henrickson se levantó y le sonrió a Tom—. Bueno, colega, es una pena que no nos hayamos tropezado antes con este caballero. Al parecer, tiene todas las respuestas. Y ahora noto un poco el cansancio de nuestra excursión de hoy, así que creo que ya es hora de echar una cabezadita.

Connelly no se movió.

—En verdad, caballeros, preferiría que consideraran la posibilidad de trasladarse a algún otro pueblo de nuestro encantador noroeste.

—Puede que sí —dijo Henrickson—. Y yo preferiría que dejara de acosar a mi amigo. Él sabe lo que vio, y yo también. Vio al Bigfoot.

—Eso no existe. Vio un oso.

—Perfecto. Usted siga creyendo eso. Pero a menos que no le dé cierta oficialidad al asunto de molestar a mi amigo, yo diría que es hora de que lo deje en paz.

Henrickson hizo un guiño y se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás. Extremadamente confundido y nada seguro de si las cosas habían cambiado a mejor o a peor, Tom le siguió.

Tan pronto como estuvieron fuera, el periodista echó a andar más deprisa, en dirección al motel, bajo una lluvia que empezaba a convertirse en aguanieve.

—¿Jim? —dijo Tom, luchando por seguirle el ritmo—. ¿De qué diablos iba todo eso?

—Sabía que había descubierto algo cuando encontré esa cosa en tu mochila. Lo que no esperaba era que me lo sirvieran en bandeja.

—Explícate.

—Has oído hablar de los remedios medicinales ¿verdad?

—Claro. La gente que usa plantas para curar enfermedades, en lugar de fármacos. Como… no sé, la aromaterapia, por ejemplo.

—No —dijo Henrickson, mientras cruzaba la valla baja del aparcamiento del motel—. Algo distinto. La gente ha usado plantas desde hace mucho, mucho tiempo. Las medicinas no son otra cosa que un tipo especializado de comida, ¿no es cierto? En los setenta encontraron una tumba neandertal en Irak. El cuerpo había sido enterrado junto a ocho tipos de flores distintas, casi todas ellas usadas aún hoy en día por los herbolarios. Los neandertales sabían de esas cosas desde hace al menos sesenta mil años, probablemente, mucho más. Y esa es la razón por la que estaban en tu mochila.

—No lo capto. ¿Por qué?

—Porque la criatura que viste regresó. Volvió y metió esas cosas

en un lugar donde pudieras encontrarlas.

Tom dejó de andar.

—¿Un hombre de Neandertal me prescribió unas hierbas?

—Ahí lo tienes. —Henrickson sostuvo la llave de su coche en alto y apretó el botón. Las luces del Lexus parpadearon—. Adentro.

—¿Y ahora, qué?

—Métete en el coche y te lo explicaré.

Tom se sentó en el asiento del copiloto. Henrickson describió un círculo cerrado con el vehículo y salió a la carretera principal, pasando por delante del Frank's en dirección este.

Tom creyó ver, pero no podría asegurarlo, a Connelly observándoles desde las ventanas del bar.

—Jim, ¿adónde vamos?

—A hablar con alguien —dijo el hombre—. Alguien que sabe mucho más de lo que le dejan decir.

El tipo no dijo nada más durante la siguiente media hora de viaje. Tom supo adonde se dirigían mucho antes de que el coche se desviara por la solitaria carretera que llevaba a la urbanización que nadie había querido comprar. Henrickson aparcó en la desierta y ventosa carretera, a diez metros de la entrada de la propiedad Anders. Dejó el motor en marcha pero apagó las luces. La oscuridad cayó como una piedra.

—Espérame aquí.

Tom vio cómo el otro salía del coche y avanzaba. En cuanto Henrickson traspasó la señal de madera, resultó difícil distinguirle. Al cabo de diez minutos, regresó.

—Esta vez hay alguien en casa —dijo. Su rostro tenía una apariencia dura y fría, y había hielo en su cabello—. O no se ha escondido lo bastante bien como para acordarse de apagar todas las luces.

Avanzó con el coche y cruzó la entrada. Condujo despacio por el camino que se abría entre los árboles.

—No has vuelto a encender las luces.

—Correcto.

Cuando tomaron la penúltima curva, se hizo visible el lago, gélido bajo la irregular luz de la luna. Tenía un aspecto átono y sobrenatural, como orgulloso de que nada hubiera cambiado para él, de que haber sido siempre así. Entonces Tom divisó la oscura silueta de la cabaña, camuflada entre los árboles, con dos pequeños rectángulos de tenue luz.

Henrickson aparcó el coche, apagó el motor. Se quedó un momento sentado, observando la casa.

—Muy bien —dijo—. Allá vamos. Cierra la puerta despacio.

—Mira, Jim —dijo Tom—. No podemos hacerlo ahora. Deberíamos haber llamado. No podemos presentarnos sin más. De repente, dos tipos en su puerta, se morirá del susto.

Entonces Henrickson se volvió hacia él e hizo algo con la boca. No era una sonrisa. Tampoco se reía. Era parecido a las cosas que le había estado haciendo antes, sin embargo, y eso hizo que Tom se preguntara, con discreta y sumisa desesperación, si nada de lo anterior habría sido tampoco una sonrisa, después de todo.

—Sal —dijo el hombre.

Tom bajó del coche en mitad del frío, entrecerrando los ojos contra el aguanieve. Cerró su puerta silenciosamente, mirando hacia la cabaña. Si Henrickson estaba en lo cierto, aquella mujer había mentido para hacerles pasar por locos. Al menos una vez, quizá dos. Desde luego, Connelly la creería a ella y no a los otros dos, sobre todo teniendo en cuenta que odiaba la sola mención de la palabra «Bigfoot». Y con sus mentiras, aquella mujer había destruido su historia.

Si deshacer aquel entuerto conllevaba una pequeña sorpresa nocturna, que así fuera.

Se volvió ante el ruido que hizo Henrickson al abrir el maletero del coche. El hombre sacó una gran mochila y se la puso a la espalda con un solo y diestro movimiento, luego se inclinó de nuevo hacia el interior y rebuscó con las dos manos. Cuando se hubo levantado nuevamente, Tom se quedó mirándolo boquiabierto.

—¿Qué coño es eso?

Era una pregunta estúpida. Resultaba obvio qué era lo que el hombre se había colgado del hombro. Un rifle. Igualmente obvio era que el objeto más corto y compacto que tenía en la mano respondía a la definición de revólver de alto calibre. Ninguno de ellos con aspecto de ser artículos habituales en las tiendas de caza. Parecían más bien el tipo de armas que uno ve en las noticias, con columnas de humo por detrás, a lo lejos.

Henrickson cerró el maletero.

—El bosque puede ser peligroso —dijo.

—Ahora desde luego que lo es —dijo Tom—. Joder. Mira, ¿podemos dejar todo eso en el coche?

El otro tipo se había dado la vuelta y avanzaba hacia la cabaña. Repentinamente, muy poco seguro sobre lo que estaba sucediendo, Tom se apresuró tras él. Cuando lo hubo alcanzado, Henrickson ya había llamado a la puerta. Esperaron. Henrickson tenía ya la mano levantada de nuevo cuando se detuvo, con la cabeza ladeada. Tom no había oído nada.

Se oyó el ruido de dos cerrojos descorriéndose, y luego la puerta se abrió.

Patrice Anders estaba de pie al otro lado. Al fondo había una pequeña y acogedora habitación. La mujer parecía un poco más vieja de lo que Tom la recordaba, y más pequeña. Pero no asustada, y menos aún sorprendida.

—Buenas noches, señor Kozelek —dijo—. ¿Quién es su amigo?

—Ya sabe quién soy —dijo Henrickson.

—No —dijo ella—, no lo sé. Pero sé por qué están aquí.

—Eso debería facilitarnos las cosas.

Ella se encogió de hombros.

—A mí, sí. No voy a contarles nada.

—Sí que lo hará —dijo Henrickson.

Algo había cambiado en su voz. Avanzó más allá de la mujer y, penetrando en la cabaña, rastreó con los ojos las paredes y el resto de superficies. Arrancó el teléfono del enchufe, encontró el móvil de la mujer, lo arrojó contra el suelo y lo pisó.

—Jim —dijo Tom, aterrado—, este no es modo de llevar las

cosas.

—¿De llevar qué? —dijo la mujer. Intentaba mostrarse impasible, pero se le estrangulaba la voz y su rostro estaba tenso—. ¿Para qué cree usted que está él aquí?

—Es periodista —dijo Tom, haciéndose a un lado—. Quiere escribir una historia sobre lo que vi. Eso es todo.

Patrice lo miró.

—Oh, Dios, es usted un idiota —dijo.

—¿Qué quiere decir? —soltó Tom.

Estaba cansado de sentir que todo el mundo lo entendía todo menos él.

—No está aquí para escribir. Es un cazador. Está aquí para matar.

—¿Para matar, qué?

—Osos, supongo. Lo único que tenemos en estos bosques.

Tom miró a Henrickson y tuvo que admitir que su amigo ya no parecía un periodista. En parte por las armas, y en parte por el modo en que abría los armarios que se alineaban en la pared del fondo, revisando su contenido como si el hecho de que fueran las posesiones de otra persona no tuviera la menor importancia.

—Jim, dime que eso no es verdad.

—La señora Anders oculta lo que sabe, pero por otra parte ella y yo estamos completamente de acuerdo —dijo Henrickson sin darse la vuelta—. En ambas cosas, mis intenciones y tu inteligencia. Ajá. —Sacó un grueso rollo de cuerda y se lo tiró a Tom—. Átale las manos a la espalda.

—Me tomas el pelo —dijo Tom—. No voy a hacer eso.

El cañón del rifle de Henrickson dio un giro dibujando un corto y definido arco que terminaba en la cara de Tom. Ni siquiera lo vio venir.

Chocó al retroceder contra la cocina, resbaló sobre la alfombra, cayó al suelo. Fue consciente solo a medias de que Henrickson se le acercaba y cerraba la puerta principal de una patada; luego, de cómo agarraba a la anciana por el pelo. Sacudió la cabeza para intentar despejársela. Sentía como si alguien le hubiera hecho pasar a

martillazos un destornillador por ambos lados de la nariz.

—De todos modos, tendrás que hacerlo tú —oyó que decía la mujer, entre las neblinas de conciencia—. Porque no voy a ayudarte.

La respuesta de Henrickson fue un golpe que dejó a la mujer tendida en el sofá. Después caminó hasta donde se encontraba Tom, sosteniendo la cuerda.

—Vamos a encontrar esa cosa —le dijo tranquilamente—. Y yo voy a hacer lo que he venido a hacer.

Tom levantó la vista hacia él, sintiendo cómo la sangre manaba de su nariz y comprendió a su vez por qué la voz de Henrickson sonaba diferente. Su acento había desaparecido, el tonito campechano y el vocabulario pintoresco. Tom tuvo la impresión de que jamás había estado en la misma habitación con ese hombre y que cualquiera que oyera aquella voz con toda probabilidad podría recordarla durante el resto de su vida. Esa voz decía que te conocía, que lo sabía todo de ti, y sobre todos los demás también.

—Vas a ayudarme porque de lo contrario voy a hacer que la mates, y no creo que lo disfrutes.

Todo lo que Tom pudo hacer fue negar con la cabeza.

—Lo harás —dijo Henrickson—. Después de todo, no sería la primera vez. En circunstancias distintas, lo admito.

—Cállate —dijo Tom. La mujer lo miraba ahora.

—Tom ya está fichado —le contó Henrickson a la mujer—. Era socio de una empresa de diseño en Los Angeles. Todo en su lugar, un buen coche, una bonita familia, sesiones regulares de sexo con una de las bellas y jóvenes diseñadoras encargadas de los Apple de pantalla grande. Una noche estuvieron trabajando hasta tarde en la oficina, de camino a casa tomaron una copa, y en la esquina del apartamento de la chica Tom se saltó un semáforo en rojo, no podía llegar tarde, otra vez no, y un Porsche se empotró contra el lado del copiloto. La chica murió convertida un cuadro abstracto. Y con ella, el pequeño que llevaba dentro y del que Tom no sabía nada. Tom estaba justo por debajo del límite y, afortunadamente, el conductor del Porsche iba borracho como una cuba. Así que Tom se libró.

—¿Eso crees? —gritó Tom. Se dio impulso para levantarse. Se

pasó las mangas por debajo de la nariz, victorioso, sin preocuparse demasiado por cuánto le dolía—. ¿De verdad crees que me libré?

—Tú estás vivo, ellos muertos —dijo Henrickson—. Saca tú mismo las conclusiones.

Tom inició un movimiento, pero el tipo adivinó sus intenciones antes de que las llevara a cabo. Un rápido gesto y el cañón de su revólver quedó firmemente plantado en medio de la frente de Patrice.

—Haré que la mates y luego, cuando hayamos terminado, dejaré que te vayas —dijo Henrickson—. No pudiste matarte la última vez. Dudo que ahora seas capaz de ello. Dejaré que deambules durante un año o dos, y entonces iré a buscarte y te sacaré de tu miseria. Tal vez. O, si no, podemos ir en busca de esa cosa, la fotografiamos y luego escapa, tan lejos que nadie sabrá adonde ha ido. Todo saldrá bien. Conseguirás el reconocimiento y le darás el sentido a tu vida que, ahora ya lo sabes, no deben buscarse en las bragas de una mujer. Sarah podría incluso dejar que volvieras con ella.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque no es humano —dijo tranquilamente la anciana mujer.

Henrickson soltó una breve carcajada.

—Tom, ¿vas a atarle las putas manos o qué?

Tom miró a Patrice, una mitad de su cara estaba roja, pero los ojos eran claros y miraban a los suyos.

—No lo hagas —dijo ella—. No por mí. Por ellos.

Pero Tom apartó la mirada, y cuando el rollo de cuerda chocó contra su pecho, esa vez sí, lo cogió.

24

—Ward, tranquilízate, por el amor de Dios.

—Duele.

—Bueno, tranqui.

—Al diablo con eso. Tranquis los adolescentes. Yo ya soy lo bastante viejo como para admitir que me duele, el muy hijo de puta.

Estaba sentado en el asiento del copiloto con los pies fuera. Nina, agachada en el exterior frotándome el hombro con una tela empapada en desinfectante. No tenía ni idea de dónde nos encontrábamos, salvo que nos habíamos detenido en el aparcamiento de una gasolinera justo a las afueras de un pequeño pueblo cuyo nombre no sabíamos.

—Está limpia —dijo ella—. Eso creo.

Miré mi hombro por el rabillo del ojo y descubrí un desgarro irregular en el músculo deltoides. Todavía sangraba, pero menos de lo que lo había hecho durante la mayor parte de los ochenta kilómetros desde Fresno. Dolía, sin embargo, aunque me había tragado un puñado de los analgésicos más fuertes que encontramos en el supermercado donde compramos el trapo y el desinfectante. Me dolía como si tuviera ocho años y un abusón me estuviera machacando el hombro a puñetazos, sin parar, tan fuerte y tan deprisa que los impactos se fundían en un único, largo y agudo dolor.

Nina me miraba. Tenía un aspecto juvenil e inquieto, como si esperara haber hecho algo suficientemente bien; y también como si esperara que yo no me siguiera quejando durante mucho rato. Era

consciente de que el agujero en mi hombro no era nada comparado con el disparo que ella había recibido en Los Salones. También sabía que debía dar gracias de que la bala no hubiera terminado unos veinte centímetros a la derecha, en mi espalda.

—Gracias —dije—. Me siento mejor.

—Mentiroso —dijo ella. Se levantó y miró por encima del techo del coche, hacia la gasolinera, donde un hombre con barba estaba apostado en una ventana—. Nos están vigilando.

—No es más que el pringado de la caja, preguntándose si vamos a poner gasolina o qué. Está bien. No todo el mundo nos persigue.

—Una teoría atractiva —dijo ella—. ¿Tienes alguna prueba?

—En realidad, no.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tendrás que llamar a alguien —dije—. Cuéntales lo de Monroe.

—Ya lo sabrán —dijo ella con pesar—. Debe de llevar la identificación encima.

—No me refiero al hecho —dije—. Quiero decir lo que ha ocurrido. Y lo que eso significa.

—No lo sabemos —dijo ella—. No estamos seguros.

—Sí que lo estamos.

—No vi al hombre que salió del Knights y mató al poli. Me baso solo en las declaraciones de los testigos.

—Lo sé. Pero seguro que sonaban muy parecidas al hombre que acaba de intentar matarnos. Hasta en la ropa.

—Es una descripción muy general. Probablemente los mercenarios que usa esa gente no tengan un aspecto muy diferente unos de otros.

—No me refiero solamente a la cuestión del físico. Hablo del tipo de hombre que entraría en un restaurante y seguiría disparando, ante testigos, incluso aunque hasta tres personas le estén respondiendo a balazos. No intentes desintegrar el átomo. No creo que tengamos que buscar a dos personas en este caso.

—Entonces, ¿quién es él? De nuevo hay algo que da vueltas en tu cabeza y me gustaría que me contaras de qué se trata.

—Tenemos que seguir —dije—. No solo porque necesitamos alejarnos lo más posible de ese desastre. Sino también porque hay una mujer con la que tenemos que hablar esta noche, y está a un largo trecho de distancia desde aquí.

—¿Dónde?

—Al norte. Cógeme la mochila, por favor. Tengo la dirección allí.

La señora Campbell no estaba en casa.

Esa vez llamé mucho antes de que llegáramos a San Francisco. No hubo respuesta, ni contestador. Resulta gracioso lo rápido que uno se acostumbra a que las casas tengan memoria, y traten con los desconocidos, y te cojan los mensajes. Esa casa no estaba dispuesta a ayudarnos. Así que nos limitamos a conducir hasta allí. Mientras tanto, Nina seguía negándose a llamar al FBI de Los Ángeles. O bien ya sabían lo de Monroe o bien se enterarían pronto. De todos modos, no se sentía inclinada a confiar en ellos. Me pareció que era un error, que declarar nuestra situación y nuestra inocencia tan pronto como fuera posible tenía mucho sentido. Puede que hubiera algún sujeto extraño paseándose por las oficinas del FBI: eso no significaba que la organización entera estuviera podrida. No pude convencerla. Al final terminamos dejándolo. Cuanto más tiempo pasaba con Nina, más claro veía que había defensas interiores —un castillo entero, con su foso, su torre y probablemente también su reserva de aceite hirviendo—, que iba a ser muy difícil o hasta imposible de asaltar.

El dolor de mi hombro resultaba soportable, siempre y cuando no dejara de engullir calmantes. Lo más problemático era que empezaba a ponerse rígido. Para cuando llegamos a San Francisco lo sentía como si me lo hubiera cosido alguien que no se hubiese tomado la molestia de aprender cómo funcionan los tejidos por dentro. Eso me confinó a la tarea de lector de mapas, lo cual, probablemente, constituía una buena división del trabajo. Nina conducía bien. Su sentido de la orientación no era tan estupendo;

los inconvenientes del espacio tridimensional parecían irritarla. No me gustaría verla al volante de un todoterreno. Sospecho que no haría sino pasar directamente por encima de cualquier cosa que encontrara en su camino.

—¿Por qué ahora? —dijo al fin—. ¿Por qué esperar tres meses para destaparlo todo? Está bien, tú estabas en paradero desconocido y eras difícil de localizar. Pero a John y a mí podrían habernos quitado de en medio.

—Supongo que ese será el tiempo que les habrá llevado reagruparse después de que Los Salones volara por los aires.

—Pero no podían estar todos allí. Si son tan poderosos como pensamos, tienen que ser más. ¿De verdad creemos que el tipo que vi con Monroe era uno de ellos?

—Yo sí —dije—. Y eso me asusta.

—A mí también. Pero eso hace que resulte aún más difícil de creer que no pudieran matarnos.

—Está claro como el agua que esta noche lo han intentado.

—Sí. Pero ¿por qué no antes?

—Trabajas para el FBI. Si aparecías en un contenedor se hubieran hecho algunas preguntas. Preguntas que no se olvidarían. No me cuesta imaginarme a Monroe convirtiéndolo en una cruzada.

—Por el bien del departamento, por supuesto. Pero yo seguiría estando muerta.

—Esta gente tiene una perspectiva muy amplia. La cabaña que encontramos cerca de Yakima indica que se dedican a esto desde hace mucho tiempo. Iban a dejar que sudáramos la gota gorda, basándose en que no somos peligrosos, y liquidarnos cuando se presentara la oportunidad, después las cosas se complicaron en cuanto John se cargó a ese tal Ferillo. Debe de haber encontrado un palo bien gordo con el que revolver en su mismo nido. Desde luego, tenían a alguien vigilándole desde que desapareció su hija, alguien que lo grabó saliendo de casa de DeLong. Evidentemente, decidieron dejarlo pasar, tal vez les conviniera el retiro de DeLong de todos modos. Pero después John hizo algo lo bastante gordo como para que desempolvaran el asunto. John es la clave de todo

esto.

—Si no llama pronto, lo mataré yo misma.

—Genial —dije—. Yo te ayudo.

Eran alrededor de las nueve de la noche cuando nos acercábamos. Llamé de nuevo. Seguía sin contestar. O bien tenía sus propias razones para no levantar el teléfono, o bien no estaba en casa. Lo primero no tenía mucho sentido. Lo segundo me preocupaba.

Nina aparcó justo frente a la casa, en la que había una sola luz encendida, encima de la puerta. Salimos y echamos un vistazo.

—No hay nadie en casa, Ward.

—Tal vez.

Subí los escalones y toqué el timbre. Se oyó su eco en el interior. No se encendió ninguna luz. Nadie acudió a la puerta.

—Esto no me gusta —dije—. La gente mayor no sale mucho. Siempre está en casa.

—Quizá deberíamos hablar con los vecinos.

Por un instante me dediqué una mirada a mí mismo y luego otra a ella. Su camisa tenía una considerable salpicadura de sangre. La manga de mi chaqueta colgaba hecha jirones, oscura y ensangrentada bajo la luz de la calle.

—Sí, claro.

—Ya veo —dijo ella—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Saqué la tarjeta de crédito, que seguía sin funcionar, pero que nunca tuve el coraje de tirar.

—Ah, fantástico —dijo ella.

Se dio la vuelta y vigiló las ventanas más próximas mientras yo me aplicaba con la tarjeta en la ranura de la puerta de casa de la señora Campbell.

Cinco minutos después confirmamos que no estaba en casa. Casi me había convencido de que la encontraríamos con un hacha en la cabeza. Sin embargo, todas las habitaciones estaban vacías y ordenadas.

—O sea que ha salido —dijo Nina—. A lo mejor solo se trata del que tiene más vida social que tú.

Nos sentamos a esperar hasta las nueve y media. Luego fue Nina la que permaneció sentada mientras yo paseaba. Finalmente terminé en el recibidor, y vi algo que hacía tiempo que no veía. Una mesita de teléfono. Uno de esos muebles diseñados para colocar un teléfono encima, de la época en la que poder hablar con gente que estaba lejos se consideraba un milagro. Junto al teléfono había una pequeña libreta forrada con un adorno floral.

Una agenda telefónica.

La cogí, pasé páginas hasta dar con la letra D. Ningún nombre que reconociera. Luego, dándome cuenta de que yo hubiera hecho lo mismo, comprobé la letra M.

Allí estaba.

Levanté el auricular y marqué. Era tarde. La señora Campbell me había dicho que Muriel tenía hijos, pero no sabía de qué edad. Probablemente iba a llevarme una bronca, suponiendo que contestara al teléfono.

—Casa de los Dupree.

—¿Está Muriel?

—¿Quién es?

—Me llamo Ward Hopkins. Nos conocimos hace…

—Ya me acuerdo de quién es. ¿Cómo ha conseguido mi teléfono?

—Estoy en casa de la señora Campbell. Está en su agenda.

—¿Y qué diablos hace allí?

—Necesitaba hablar con ella urgentemente. Vine a verla. No estaba en casa. Me preocupé y pensé que tal vez podría echar un vistazo dentro.

—¿Y por qué se preocupó? ¿Sabe algo que yo no sepa?

—Muriel, por favor, podría simplemente decirme dónde está.

Hubo una pausa, y luego dijo:

—Espere.

Amortiguaron el sonido del teléfono. Oí que hablaba, pero no comprendí una sola de sus palabras. Luego volvió a oírsela con claridad.

—Dice que hablará con usted —declaró Muriel, dejando bien

claro que le parecía un error—. Será mejor que venga.

Fueron veinte minutos de trayecto a través de la ciudad. Muriel Dupree no se mostró muy hospitalaria cuando abrió la puerta, pero al final nos dejó entrar. Miró a Nina con suspicacia.

—¿Quién es ella?

—Una amiga —dije.

—¿Sabe que tiene sangre en la blusa?

—Sí —dijo Nina—. Ha sido un día muy largo. Ward también tiene lo suyo.

—Es un hombre. ¿Qué esperaba?

La casa de la señora Dupree era pulcra y espaciosa, una de las mejor decoradas que había visto en mucho tiempo. En pocas palabras, la casa de alguien que apreciaba y disfrutaba de una vida ordenada. Nos condujo por un pasillo hasta el fondo, donde la cocina desembocaba en una sala de estar. La señora Campbell estaba en una silla al lado del fuego. Parecía más frágil de lo que la recordaba.

—Si no le importa que se lo pregunte —dije—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Hay alguna razón para que no sea así? —dijo Muriel.

La miré y me di cuenta de que la señora Campbell significaba mucho para ella. Y también de que, bajo el «que te den» exterior había algo más. Preocupación, seguro. Miedo, quizá.

Me senté en un extremo del sofá.

—Señora Campbell —dije—. Tengo que preguntarle algo…

—Lo sé —dijo ella—. Así que, ¿por qué no vas al grano?

—… Pero ¿por qué está usted aquí?

—Han pasado algunas cosas curiosas —dijo Muriel—. Joan oía ruidos extraños en el exterior de su casa, de noche. Donde ella vive, eso no es raro. Pero luego, otro día, un hombre se plantó en su puerta y le hizo muchas preguntas.

—¿Cuándo fue eso?

—El día después de que vinieras tú —dijo la señora Campbell —. Está bien, Muriel. Hablaré con él.

—¿Qué aspecto tenía el tipo?

—De tu estatura. Un poco más ancho de hombros.

Miré a Nina.

—John. Al menos, eso espero. Es detective. Y perfectamente capaz de haberla encontrado en una lista de antiguos empleados.

—Sabía que trabajé allí, eso seguro. No supe las respuestas a sus preguntas, sin embargo. Se fue. Era educado. Pero no tenía aspecto de tratar a todo el mundo con la misma consideración.

—¿Sobre qué le preguntó?

—Sobre lo mismo que tú. Pero ahora ya sé las respuestas.

—Cuando hablamos por última vez, usted me contó algo sobre una familia que había acogido a Paul. La de la mujer que tenía un perro que murió en circunstancias extrañas.

—Lo recuerdo.

—¿Su apellido era Jones?

La cabeza de Nina se volvió para mirarme.

—No —dijo la señora Campbell—. Era Wallace. Jones era la otra familia. Los que lo abandonaron cuando tuvieron una niña.

Sentí vértigo.

—¿Cómo ha logrado acordarse de eso?

—Ella me pidió que lo buscara —dijo Muriel tranquilamente—. Después de que usted se fuera, me llamó. Al principio pensé que se habría enfadado porque le había puesto en contactó con ella. Pero no fue así.

—Le pedí a Muriel que hiciera un poco de investigación para mí —dijo la anciana—. Que recuperara la pista de un par de colegas mías. Gente que trabajaba allí por entonces. A una la encontró en Florida, naturalmente, tostándose la piel como un cocodrilo. A la otra en Maine. Se había trasladado allí para estar cerca de su familia, y luego sus hijos habían muerto antes que ella. Así es la vida, supongo. Bastarían los recuerdos de tres personas distintas para descifrarla. —Se mordió el labio superior—. Así que, cuéntame, ¿qué ha ocurrido?

—Paul ha matado a dos mujeres —dije—. A Jessica Jones la encontraron muerta en un motel hace cinco días en Los Angeles. A Katelyn Wallace, ayer por la mañana.

—¿Dónde?

—En el norte. Al este de Seattle. Las asesinó y dejó sus discos duros borrados e incrustados en sus cuerpos. Al parecer, tiene algo que ver con deshacerse de su pasado, limpiar una vida, o quizá también con algún tipo de purificación.

—Oh, Dios mío —dijo la anciana.

Le temblaban las manos. Muriel se adelantó y con delicadeza puso las suyas sobre las de la anciana.

—¿Jessica y Katelyn eran hijas de sus familias de acogida? —preguntó Nina—. ¿Las mató por eso?

—Fueron familias que intentaron acogerle con buena voluntad; de hecho, procuraron darle un hogar. Algo que había en él lo hizo imposible. Es evidente que necesita echarle la culpa a alguien. Está borrando su propio disco. Es… Señora Campbell, ¿tiene usted idea de dónde viven ahora los padres de Katelyn Wallace?

—Murieron —dijo Muriel—. Hace cinco años. Por causas naturales. Bueno, más o menos naturales. Fue la naturaleza, al fin y al cabo. Estaban en una barca que se hundió en la bahía. Al parecer, nadie pensó que hubiera nada raro en eso.

—¿Y qué pasó con los Jones? —pregunté.

—No sé nada de ellos.

—La policía de Los Angeles tiene agentes buscándolos en Monterey —dijo Nina—. Te lo dije. Tenían una dirección pero no había nadie en casa. Los vecinos dijeron que hacía seis semanas que no les veían. Creían que se habían ido de vacaciones.

—A lo mejor es así —dije yo.

Pero pensaba en dos personas, más o menos de su misma edad, cuyos cuerpos había visto en una desolada llanura, ochocientos kilómetros al norte de donde me encontraba. John los había fotografiado y podría haberlos rastreado; si es que hacía algún progreso en una investigación que había decidido ocultarnos tanto a Nina como a mí. No estaba lo bastante seguro como para decir nada. Era igualmente posible que John hubiera estado en Florida, hubiera hablado con la amiga de la anciana y hubiese reconstruido así la historia.

Nina me miraba.

—¿Cómo lo sabes, Ward?

—No lo sé —dije, distraído—. Me preguntaba simplemente por qué el asesino se habría llevado una fotografía de los padres de Jessica. Si quieres llevarte un recuerdo, el típico talismán, generalmente eliges algo más cercano a la víctima. Una parte del cuerpo, tal vez, una prenda. En lugar de eso, se llevó una fotografía en la que ni siquiera aparecía la víctima. Monroe dijo que se registró un intento de localizarla hace meses; ¿no suena eso como si estuvieran siguiendo a alguien, más que al *modus operandi* de un asesino en serie? Y supongamos que el tipo que mató a Jessica fuera distinto del que mató al policía. ¿Qué motivación podía tener este último? Solo la de levantar la liebre sobre el asesino de Jessica. Encuentras a una mujer muerta en un motel casposo y solo la policía le dedicará cierto tiempo, aunque sea guapa y tenga un disco duro en la boca. Si le añades el plus del policía al que se cargan en pleno día, entonces, de repente, tienes a un equipo trabajando en el caso a tiempo completo, a un teniente de Homicidios y a un jefe del FBI compitiendo por la cuota de pantalla; súmale además que al del FBI lo habían llamado antes para darle una pista.

—Pero ¿qué nos indica que fue el Hombre de Pie quien mató a Jessica?

—Nina, ¿qué más necesitas? Acabas de oír a la señora Campbell confirmando la única conexión posible entre las dos mujeres asesinadas según el mismo patrón. Ha sido Paul.

—Sí. Pero ¿cómo lo sabías antes de llegar hasta aquí?

—No lo sabía. Solo que… Tan pronto como ese tipo intentó matarnos en Fresno, y parecía posible que pudiera tratarse del mismo hombre de Los Angeles, pensé, bueno, ¿de qué otro modo encajarías todo?

—Pues de un millón de modos, Ward. Muy bien, el tirador trabaja para los Hombres de Paja. Quizá. Muy bien, está intentando dirigir nuestra atención hacia un asesino. Tal vez. Pero ¿cómo llegaste de ahí a la conclusión de que tu hermano era el asesino? ¿Cómo es que era esa la única solución?

No entendía adonde quería llegar.

—Porque… Porque supongo que, si intentan que alguien sea atrapado, tiene que tratarse de alguien a quien no puedan atrapar ellos mismos. Solo puede ser alguien que esté ahí fuera, que sea lo suficientemente peligroso, autónomo y esté lo bastante alejado de los estándares humanos como para que necesiten la ayuda de las fuerzas regulares del orden.

—Pero ¿por qué iban a querer atraparlo? Él es uno de ellos. Les proporcionaba gente a la que asesinar y los ayudó a volar edificios y a organizar tiroteos. ¿Por qué…?

—Porque también hizo cosas, como matar a mis padres y secuestrar a la hija de Zandt, que pusieron a cuatro personas capaces y armadas tras su pista. Les mataron al abogado. Su lujoso nidito de Montana quedó reducido a cenizas. ¿Y quién sabe en qué más andará envuelto ahora? Si Paul se vuelve contra ti o eres tú quien decide expulsarle, apuesto a que terminarás por enterarte jodidamente bien.

De repente me di cuenta de que las dos mujeres mayores nos estaban mirando y de que habíamos estado gritando. Intenté hablar con más calma.

—Nina, no veo cuál es el problema. Acabas de oír que…

—Ward, por el amor de Dios… podría ser John.

La miré, súbitamente confundido.

—¿Qué quieres decir?

—¿A quién sabemos que los Hombres de Paja se quieren quitar de en medio? A John. ¿A quién incrimina el vídeo que nos hicieron llegar? A John. ¿Quién mató a un hombre que solo podía tener relación con ellos? John. ¿Cómo sostener que no fue John el que mató a esas mujeres?

—Porque… ¿Por qué demonios iba a hacer eso?

—Formaban parte de la vida del Hombre de Pie. Ya sabes lo que le hizo tu hermano. Se llevó a Karen. La mató, pero ni siquiera tuvo prisa en hacerlo. Desapareció con ella y solo se demostró que estaba muerta cuando dispuso sus huesos como un juego de pistas que debía conducir a John a una trampa con la que pretendía

matarle a él también. Se apoderó de la vida de John y la destruyó.

¿Hasta dónde crees que puede llegar John en su intento de venganza?

Abrí la boca. La cerré de nuevo.

Nina permaneció en pie. Estaba furiosa, jamás la había visto tan enfadada, jamás.

—Que te jodan, Ward. Esperaré en el coche.

Salió de la casa a largas zancadas y dando un portazo. Me volví hacia las dos mujeres, que me miraban como gatos curiosos.

—Gracias —dije—. Tengo que irme.

Desde el piso de arriba me llegó el murmullo de una voz infantil que llamaba a su madre.

—Oh, vamos —dijo Muriel—. Ya empezamos.

Llegué a la puerta antes de que la señora Campbell pronunciara palabra.

—Ya lo ves, nunca me preguntaste lo que yo creía que querías saber.

Me volví.

—¿De qué está hablando?

—No sé nada sobre cómo se atrapa a alguien —dijo—, pero supongo que te gustaría saber adonde fue a parar al final.

—¿Cuándo? —dije, sin la más remota idea de qué me estaba hablando, esperando casi oír el ruido que haría el coche mientras Nina se alejaba por la carretera.

—Por aquel entonces. La familia que lo acogió —dijo—. Mi amiga de Florida fue la que trabajó en el caso. Dijo que la familia se había trasladado a Washington porque la madre de la mujer se estaba haciendo mayor y ya no podía cuidar de sí misma tan bien como antes. La última vez que Dianne supo de ellos fue un año antes de la mudanza. El marido se había largado con una muchacha a la que había conocido en un bar.

—¿Se acordaba del nombre?

—Sí. Se acordaba porque se parecía al de un guitarrista ya muerto que había sido muy famoso no hacía mucho. Dianne estaba muy atenta a esas cosas entonces. Se escribe diferente, de todos

modos.

Negué con la cabeza.

—¿Quién?

—Se llamaban Henrickson —dijo—. Vivían en un lugar llamado Snowcalm, algo así, cerca de Cascades.

Nina condujo hasta el aeropuerto en un silencio que resultaba tenebroso y mortal. Intenté hablar con ella, pero era como un chófer fantasma, atrapado en cierta dimensión paralela o en el pasado. Así que no dijimos nada, y yo me quedé sentado pensando en John Zandt, y en lo que sería capaz o no de hacer. Recordé además algo de lo que me dijo en nuestro encuentro junto a ese hotel de San Francisco, algo que en ese momento no parecía tener demasiado sentido: «A veces tienes que retroceder para hacer lo que se debe hacer».

Ahora podía encontrarle un sentido.

Nina detuvo el coche en el aparcamiento y salimos. Fue derecha hacia la escalera y yo la seguí, forcejeando con mi bolsa.

—Nina —dije en voz alta.

Mi voz rebotó en el sucio asfalto y volvió a mí plana y vacía.

Ella se volvió y me dio un golpe en la cara. Me pilló tan por sorpresa que me tambaleé hacia atrás. Se abalanzó, entonces, abofeteándome, y luego gritando otra vez algo que no logré entender.

Intenté alzar la mano izquierda para rechazar sus golpes, pero el dolor que eso me causó en el hombro bastó para que el movimiento resultara torpe e incompleto. Vi que ella lo advertía y que, a pesar de todo, hacía un nuevo ademán de pegarme —de hecho, el de darme justo en el hombro—; luego, en el último momento, se contuvo.

En lugar de eso, me miró, con unos ojos más verdes y brillantes de lo que jamás se los había visto.

—¡No vuelvas a hacerlo nunca más! —gritó—. ¡No vuelvas a hacerlo nunca más!

—Nina, no sabía si…

—No me importa. No lo hagas y punto. No me trates como si pudiera bastarme cualquier cosa que me contaras, como si fuera una jodida… cría que se traga todo lo que le dan. Fue John quien lo hizo y si lo vuelvo a ver alguna vez le partiré la puta nariz.

—Fantástico, pero no la tomes por eso con…

—¿Con el pobrecito de Ward? En dos días me han suspendido en el trabajo, mi ex ha empezado a matar gente, Dios sabrá a cuántos, he perdido a mi mejor amiga y he visto cómo le disparaban a mi jefe hasta matarlo ante mis propias narices. Todavía tengo sangre suya esparcida en la camisa, como todo el mundo no deja de indicarme. Así que no, no te atrevas…

Dejó de gritar, parpadeó dos veces, rápidamente, y advertí que sus ojos parecían más brillantes no solo porque yo estaba más cerca, sino porque estaban cargados de lágrimas. Asumí el riesgo y posé la mano en su hombro. Se la sacudió de encima con odio y, repentinamente, sus ojos se secaron de nuevo.

—Nina, lo siento. Mira… Solo es que no estoy acostumbrado a tener que decir las cosas. Me he pasado tres meses viviendo en el vacío y ya antes no era precisamente la persona con más aptitudes sociales del mundo. Toda mi vida he confiado en la comodidad que me brindaban los extraños, el servicio de habitaciones, los camareros. No es más que mi falta de costumbre a tener a alguien a mi lado a quien deba escuchar o que me importe un bledo.

—No estoy diciendo que yo tenga que importarte un bledo. Lo que digo es que no me mientas. Que no me escondas las cosas. Nunca.

—Muy bien —dije—. Lo entiendo.

Y así era, además, o así lo creía yo. John la había herido en lo más hondo. Y ahora mismo yo era lo más parecido que tenía a mano. Vista la magnitud de su enfado, pensé que John tenía suerte de estar en cualquier otra parte.

Nina dio un paso atrás. Miró hacia otra parte y soltó aire en una única y severa exhalación.

—¿Te he hecho daño en el hombro?

—Es el menor de mis problemas —dije—. Pero tengo la cara

como si me la hubieran estampado contra un muro. Te lo digo, cuando abofeteas a alguien, lo dejas bien abofeteado.

Levantó de nuevo la mirada hacia mí, con la cabeza ladeada.

—Cierto. Ahora ya sabes eso de mí. Así que no me obligues a repetirlo.

—Lo intentaré.

—No se trata solo de que lo intentes. Cualquiera puede intentarlo. Necesito que lo hagas mejor que eso.

—Muy bien —dije, serio—. Confía en mí. No volveré a hacerlo.

—Bien —dijo, y esbozó una sonrisa más breve que el aleteo de un pájaro pero que aún así me erizó el vello de la nuca—. Porque, recuerda, también tengo una pistola.

Se volvió con brío y emprendió la marcha hacia la escalera.

—Joder —dije—. De verdad que no eres como las demás.

—Oh, claro que sí —dijo, y ahora ya no sabía si bromeaba o no —. Lo que pasa es que vosotros, los hombres, no tenéis ni idea.

Cogimos el último vuelo a Seattle, y por los pelos. Cuando llegamos y nos hicimos con un coche de alquiler, era cerca de medianoche. Después de comprar un mapa y cenar una hamburguesa del Spinner's de Tacoma, nos sentimos preparados para ponernos en marcha, aunque, para entonces, ninguno de los dos se moviera ya demasiado deprisa.

Conduje procurando evitar que mi hombro se agarrotara por completo, y dejando además que Nina hiciera lo que habíamos acordado durante el vuelo. Todavía no le diría nada al FBI —por lo que ella sabía, el tipo que se había sentado en la sala de juntas al lado de Monroe tal vez estuviera aún en la ciudad, y ocupándose de su caso—, pero había una persona que estaba dispuesta a sondear.

Llamó a Doug Olbrich. Hablaron durante cinco minutos. Yo tenía bastante trabajo batallando con el sistema de carreteras estatales de Seattle-Tacoma como para prestarle demasiada atención a lo que decían, pero al menos algo en la conversación sonaba positivo.

Terminó la llamada y se quedó un momento contemplando el espacio, luego tamborileó los dedos sobre el salpicadero —tap, tap —, como había hecho el día anterior, pero en esta ocasión no parecía tan harta de todo.

—¿Cómo va el marcador?

—Podría ser peor —dijo—. Monroe no está muerto.

—Estás de broma.

—No. El cabrón aún está vivo. Impresionante. Está claro que tiene muchísimas más pelotas de lo que yo creía. Le hicieron cinco agujeros y estuvo en cirugía seis horas seguidas. Está muy mal. Dicen que en el mejor de los casos tiene un veinte por ciento de probabilidades a su favor. Pero aún no está muerto.

Me sentí vergonzosamente culpable de haber abandonado a Monroe, de haber dado por hecho que ya estaba entre los justos.

—Hiciste lo correcto sacándome de allí —dijo Nina—. De lo contrario, probablemente yo no estaría aquí ahora.

—Aún hay malas noticias. Puedo percibirlo en tu voz.

—Doug fue hasta mi casa para ver si me encontraba. Alguien la había puesto patas arriba. Estaba todo destrozado y se habían llevado mis archivos. —Se encogió de hombros y su voz sonó más fatigada que triste—. Tenías razón, Ward, era hora de irse.

—Lo siento.

—Qué se le va a hacer —dijo con firmeza—. El asunto Gary Johnson se está enturbiando. Resulta que el abogado de Luisiana tiene una montaña de dinero cubriéndole las espaldas y un viento favorable muy poderoso.

—¿En serio? Me pregunto de dónde habrá salido todo eso.

—Desde luego. Monroe lo tiene complicado aunque sobreviva. Ya sabes cómo van esas cosas. Una vez que alguien levanta ese tipo de piedras tienen que encontrar algo que justifique haberla levantado en primer lugar. Sé que yo no dejé ni un cabo suelto en el caso Johnson, pero ¿quién puede asegurar que Monroe no cortó por lo sano? Quería sacárselo de encima. Así es como llegó a su puesto.

Se calló y permaneció en silencio durante un rato. La dejé en paz hasta que estuve seguro de avanzábamos por la 18, con la 90 a la

vista y un cigarrillo en la mano.

—No le has contado lo que sabemos —dije entonces.

—Lo que creemos saber.

—Como quieras. No se lo has contado.

—No —dijo tranquilamente—. ¿Me convierte eso en una mala persona?

Me reí, pero luego me di cuenta de que ella no estaba sonriendo. La miré durante un momento, pensando que era muy difícil llegar hasta el fondo de su personalidad.

—Ante los ojos de la ley, sí. Por ocultación de pruebas. Algo que supone pena de cárcel. —Ella asintió, pero no dijo nada—. Vamos, Nina —dije—. El trato es a dos bandas.

—Lo sé —dijo ella—, así que aquí lo tienes: no se lo he contado porque no creo que haya nadie más, aparte de nosotros, que vaya a acabar esto donde hace falta.

—¿Dónde?

—Hay un lugar para los hombres que clavan cosas en el cuerpo de las mujeres, y no es la cárcel.

—No has querido decir eso.

—En este mismo segundo, eso es lo que quiero decir. Aunque se tratara de John. Y tampoco se lo dije a Doug porque mencionó algo de pasada y después yo no me sentía capaz de… —Se volvió hacia mí y finalmente sonrió—. Todavía te quedan unos cuantos kilómetros, ¿verdad?

—Supongo que sí. ¿Cuántos necesitas?

—¿Recuerdas el coche del que habló Monroe, el que fue visto pasando por Snoqualmie la noche antes de que encontraran el cuerpo de Katelyn?

—¿Qué pasa con él?

—Hace tres horas que un *sheriff* local lo comprobó en el sistema. Había pasado desapercibido porque era un coche de alquiler y no tenía delitos relacionados, pero Doug vio que lo habían registrado y dijo que alguien debería pasar a echarle un vistazo mañana, si es un día tranquilo. La llamada llegó desde ochenta kilómetros más al interior, en las montañas, pasado Snoqualmie. Creo que deberíamos

llegar allí primero.

—Entonces, ¿adónde nos dirigimos exactamente?

Miró el mapa un instante, luego indicó con el dedo un punto que parecía estar justo en medio de las montañas.

—A este lugar. Sheffer.

Alrededor de la una de la madrugada, Nina se dispuso a dormir, con la cabeza recostada en el respaldo pero los brazos firmemente cruzados. Oía su respiración mientras conducía a toda velocidad en dirección este por la ruta 90. El paisaje estaba demasiado oscuro para comprobarlo, pero algún órgano primitivo me indicaba el lento incremento de la altitud. De vez en cuando, nos cruzábamos con algún coche; algún otro viajero, en algún otro viaje.

Subimos aún más, y reduje a ochenta, luego a sesenta, a medida que la carretera se hacia más sinuosa. Empezaba a hacer mucho frío; además, los fantasmas de la niebla se colgaban de los árboles que aprisionaban la carretera, iluminados por las luces de sodio y por una luna que seguía intercambiando su lugar con las nubes que había muy por encima de nuestras cabezas. En un momento dado me detuve en el arcén, para hacerme una idea más clara de hacia dónde estábamos yendo. Nina se movió, pero no se despertó, así que volví a arrancar con tanta delicadeza como pude.

Justo sobre la cresta de una montaña tomé una salida que conducía a una carretera local, más pequeña y con una señal que indicaba el camino hacia Sheffer, a quince kilómetros de distancia. Después de haber sentido que las montañas y los árboles constituían poco más que el paisaje, enseguida tuve la impresión contraria, de que yo era un intruso entre ellos.

Sheffer era pequeño, y cerrado. Eran las dos y cuarto de la madrugada. Avancé despacio por la calle principal, sintiéndome como un invasor alienígena que hubiera elegido el momento adecuado para desplazarse. Pasé por un supermercado, un bar, un par de restaurantes. Luego vi el cartel de un motel, justo al otro extremo.

Entré en el aparcamiento e hice una pronunciada y lenta curva para estacionar. No había ninguna luz encendida en la oficina. Fuera de temporada, en una ciudad tan pequeña como esa, no creí que hubiera conserje de noche. Todo parecía indicar que me esperaban un par de horas frías y entumecedoras sentado en el coche.

Apagué el motor, abrí la puerta y salí rápidamente antes de que, el aire fresco de la montaña penetrara en el coche. Mi intención era fumarme un último cigarrillo antes de procurar dormir un poco.

Mientras estaba allí de pie, dando caladas, me di cuenta de que había aparcados cuatro coches más. Siempre hay coches en los aparcamientos de los moteles, pero nosotros buscábamos uno en particular.

No sabía la matrícula que andábamos buscando. Nina no me la había dicho y probablemente yo no la habría recordado de todos modos. ¿Y de verdad podía estar aparcado frente a un motel, sin más?

Caminé hacia el primero de los vehículos y miré por la ventanilla. El asiento trasero estaba repleto de chucherías vacacionales: forros polares de reserva, mapas de caminos, y una selección de objetos de colores chillones para evitar las preguntas del estilo: «¿Falta mucho?».

El siguiente estaba a unos quince metros. Hacía mucho frío, y ya había terminado el cigarrillo. Consideré la posibilidad de abandonar. Sin embargo, seguí adelante. No parecía el tipo de coche que alguien querría alquilar. Era grande, y estaba oxidado y cubierto de barro. Pero de todos modos me incliné para echarle un vistazo.

Oí el ruido de una ligera pisada en el último instante e inicié un movimiento de giro.

Al instante vi las estrellas, que enseguida fundieron a negro.

25

Algo rojo, como una luz al otro lado del puerto entre las tinieblas de la noche. Un sonido, quedo, como el rumor del agua en la orilla: el tipo de ruido que el mundo hace cuando cree que no hay nadie escuchando. Una apacible ensoñación, durante un minuto, antes de que surjan dos clases de dolor como si alguien estuviera ajustando lentamente dos largos tornillos. El dolor en mi hombro. Otro en la parte posterior de mi cráneo.

Levanté la cabeza, abrí un poco más los ojos. Comprendí que el resplandor rojo provenía de un despertador. Me llevó un momento enfocar los números como era debido. Indicaban que apenas eran las cinco de la mañana. En la habitación reinaba un silencio mortal, el tipo de silencio en el que crees poder oír el murmullo de la alfombra. Olía a motel.

Al parecer, estaba sentado en una silla echado hacia delante. Mi cabeza todavía transmitía la sensación de flotar en un éter esponjoso, los pensamientos lanzándose como críos demasiado ambiciosos. Quise cambiar de postura y descubrí que no podía. Aquello me asustó hasta que me di cuenta de que mis tobillos y mis muñecas estaban atados a las patas delanteras de la silla. Entonces me asusté de otro modo.

Dejé de intentar moverme y en lugar de eso volví la cabeza. Un dolor me atravesó, desgarrándome desde la sien hasta el hombro, y lo único que pude hacer fue contenerme para no gritar. Probablemente no había razón alguna para ello. Solo que, cuando te encuentras atado a una silla en una habitación oscura, ocurre algo:

tiendes a no querer recibir más atención de la que ya has recibido.

Esperé un momento, mientras frente a mis ojos aparecían destellos luminosos. Luego lo intenté de nuevo, esa vez más despacio. La habitación estaba muy oscura de hecho, la clase de oscuridad que solo se consigue muy lejos de la luz ambiental de una ciudad. Había la penumbra suficiente para que mi corazón diera un vuelco cuando vislumbré a otra persona de pie junto a la ventana.

Mis labios se separaron con un chasquido perceptible, pero no hablé. Tal vez no pudiera. Mantuve la cabeza rígida y los ojos muy abiertos y pude ver que la silueta junto a la ventana no estaba de pie, sino sentada con las piernas cruzadas tras una mesa.

Finalmente conseguí hablar:

—¿Paul?

—Claro que no —repuso de inmediato una voz—. ¿Crees que aún seguirías vivo si así fuera?

En ese momento, mentalmente, abandoné toda esperanza. Tal cual. No tenía ni idea de cómo habría logrado encontrarnos el tipo del restaurante de Fresno. Pero sabía que no podría escapar una segunda vez. No atado a una silla. Me pregunté dónde estaría Nina y deseé que estuviera viva, o si no que jamás me enterara de lo contrario.

Percibí el rumor de un roce, y me di cuenta de que aquel era el mismo sonido que había oído mientras intentaba recuperar la conciencia.

Provenía del pesado abrigo de aquel hombre, al levantarse de la mesa.

Dio los cuatro pasos que nos separaban y se quedó un momento de pie, mirando hacia abajo. Luego se indinó para acercar su rostro al mío.

—Hola, Ward.

—Cabrón hijo de puta.

Era John Zandt.

Se sentó en un extremo de la cama, delante de mí, pero no hizo el

menor movimiento destinado a desatarme.

—¿Dónde está Nina?

—En la habitación de al lado, atada igual que tú y con el cartel de «No molestar» colgado en la puerta.

—Gritará cuando se despierte. Gritará tanto que no lo vas a creer.

—No si está amordazada. Y si tú intentas siquiera respirar hondo te voy a dar tal golpe que no te despertarás en una semana, o tal vez nunca más.

—¿Qué estás haciendo, John? ¿Qué te pasa?

—Nada —dijo él—. Simplemente intento que no estropeéis las cosas.

—¿Estropear, qué? ¿Tu oleada de crímenes?

—¿A quién crees que maté?

—A Peter Ferillo, para empezar.

Suspiró.

—Sí, lo maté, es verdad.

—¿Y a quién más?

—¿Por qué crees que hay alguien más?

—De lo contrario, ¿por qué lo preguntarías? ¿Mataste a esas mujeres? ¿Mataste a Katelyn y a Jessica para vengarte de Paul?

—Deja de llamarlo así. No merece un nombre.

—Pues tiene uno. Ve acostumbrándote. ¿Las mataste, sí o no?

—¿De verdad piensas que podría matar a una mujer?

—¿Cuál es la diferencia? ¿Por qué está bien matar a un hombre? En cuanto empiezas a hacer semejantes distinciones se reduce la distancia entre tú y Paul. Pegaste a la chica de Ferillo con fuerza suficiente como para provocarle una conmoción. ¿Dónde encajas eso en tu nuevo espectro moral?

—No estaba planeado así. Sabía lo que tendría que hacer para que Ferillo hablara y sucedió que me puse demasiado nervioso, nada más. La dejé en el lugar adecuado para que la encontraran enseguida.

—Eres todo un caballero. Y una vez que el tipo hubo cantado, tenía que morir, ¿verdad?

—Sí, después de descubrir que mientras estuvo en Los Angeles ayudó a transportar muchachas y a llevarlas hasta sus asesinos. Tal vez pensara que solo iban a adiestrarlas para convertirlas en putas; al menos eso fue lo que dijo. Pero ¿sabes qué?, con eso basta.

Pude adivinar en el rostro de John que no estaba preparado para rememorar la muerte de Ferillo sin alterarse.

—John, desátame. Por el amor de Dios.

Negó con la cabeza.

—Eso no va a suceder. Te entrometerás. Simplemente, no estás preparado.

—Que te den.

De repente, tenía sus dedos en la cara.

—¿Lo estabas la última vez? ¿Cuándo lo tenías a tiro? ¿Mataste al hombre que descuartizó a mi hija cuando lo tuviste delante?

No podía responder a eso. Sabía que no podía.

—Él está aquí, ¿no es cierto?

—Sí —dijo John—. Está aquí buscando algo porque cree que todo va a salir bien.

—Metió la pata, ¿verdad? Ya no es el psicópata favorito de los niños malos. Lo han expulsado y ahora quieren matarle.

—No eres ningún estúpido. Eso lo admito.

—Cuéntamelo, John. Tengo derecho a saber. Y además, desátame o dame una copa. Hace muchísimo frío.

Se metió en el baño. Un par de tintineos en la oscuridad, y luego reapareció con un vaso que contenía tres centímetros de un líquido ambarino. Abrí la boca y él vertió el contenido. Me hizo toser, pero enseguida el calor fluyó en mi pecho.

Retrocedió, caminó hasta la ventana. Se quedó un momento mirando el aparcamiento.

—Ya no está hospedado aquí, ¿verdad?

—Lo estuvo, junto con otro tipo que lo acompaña. Llegué al atardecer y ya no estaba. Pero sigue todavía en los alrededores.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está loco. Cree estar a punto de dar el golpe maestro que transformará el mundo a su imagen y semejanza.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Negó con la cabeza.

—No te lo creerías.

—¿Sabes que las mujeres muertas pertenecían a las familias que lo acogieron cuando era un crío?

—Sí. Investigué a la gente que había trabajado en su caso. Hablé con la anciana de San Francisco. Sumé dos más dos.

—¿Por qué Ferillo?

—Hacía de avanzadilla para los Hombres de Paja, una de las muchas que tienen por todo el país. Lo arreglaron para que escapara de la justicia años atrás. No creo que comprendiera en qué estaban metidos, pero formaba parte de su sistema de blanqueo de dinero, a través del restaurante. El apartamento en el que murió pertenecía a un hombre llamado George Dravecky. Dravecky es un promotor inmobiliario, un hombre muy rico. No tenía casa en Los Salones, pero rellenó la solicitud original, corrió con los gastos iniciales. Es uno de ellos.

—¿Cómo lo descubriste?

—Hago bien mi trabajo.

—Ya no eres policía y es obvio que no has querido involucrar a Nina, ¿cuáles son tus fuentes de información?

—Un tipo con el que había trabajado en la policía de Los Angeles. En otros tiempos solía meter mano en las bolsas de pruebas farmacológicas que aparecían de vez en cuando, para uso personal. Nada grave, pero ahora ocupa un puesto más jerárquico y no tiene ningún interés en que todo el mundo lo sepa. Así que hace lo que le pido.

—¿Doug Olbrich, por casualidad?

John sonrió fugazmente. Me lanzó una mirada desagradable.

—No eres ningún estúpido.

—No. Solo tengo tendencia a confiar en la gente equivocada, especialmente en aquellos que creía que eran mis amigos. ¿Conoce Olbrich el resto de la historia?

—No. Es solo un policía.

—¿Hablaste con Dravecky?

—Sí. Confirmó lo que sospechaba. No tienes ni idea de a qué enfrentamos.

—Creo que sí.

—No, en realidad no. Mencioné Roanoke para ver si te provocaba algo. Observé tu rostro buscando una señal que me indicara que habías hecho algún avance por ti mismo, pero no vi nada. ¿Cómo es posible, Ward? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Intentar sobrevivir.

—Esconderte, querrás decir. ¿Para qué? Una vez conoces la existencia de esta gente, no hay vuelta atrás. No puedes sentarte a ver la tele y hacerte una paja. Ya no hay familia feliz, paseos por la playa ni vida normal. No hay nada que hacer ni adonde ir.

—John, ¿qué es lo que crees saber?

—No fueron los indios los que mataron a los habitantes de Roanoke, Ward. Fueron los Hombres de Paja.

Lo miré.

—¿Qué?

—La tribu croatoan lo sabía. Ellos les contaron a los nuevos habitantes que «otra tribu» lo había hecho, que otra tribu había matado a los quince que quedaban de la segunda expedición. Esa otra tribu eran los Hombres de Paja. Ancestros suyos, tratando de acabar con otros europeos antes de que pusieran el pie en un país que les había pertenecido durante mucho, mucho tiempo. Eliminaron también a la siguiente expedición, pero se quedaron con las mujeres y los niños… adivina para qué. Hicieron lo mismo con los españoles y con todos los demás siempre que pudieron. Por eso la palabra «Croatoan» estaba grabada en la cabaña. Fue un modo de exculparse; ahora significa «Nosotros estuvimos aquí» o «Este lugar es nuestro».

—Pero ¿quiénes son?

—Nadie y todos. Vinieron de todas partes del mundo en diferentes épocas. Fenicios, romanos, irlandeses, antiguos egipcios, portugueses, escandinavos. Los romanos conquistaron la mitad del mundo, desplazando a cientos de miles de personas por los

continentes… ¿De verdad crees que unos cuantos no pudieron desplazarse los centenares de kilómetros necesarios para rodear el Atlántico Norte? Llegaron en grupos, era gente que no quería vivir bajo las nuevas reglas del mundo, que no se adaptaba al rumbo que tomaron las cosas, especialmente después de que el cristianismo comenzara a arrinconar a las demás creencias. Hay rastros de ellos en todo el país, fragmentos de pruebas destruidas. Artefactos occidentales en estratos que no corresponden, antiguas monedas chinas en el noroeste, relatos de nativos que hablan inglés o galés, un santuario egipcio escondido en el Gran Cañón, escrituras en caracteres célticos grabadas en las piedras de Nueva Inglaterra, megalitos en New Hampshire, leyendas de indios pelirrojos en Oregón. El Nuevo Mundo siempre ha atraído a quienes no les gustaba el viejo, a aquellos que pensaban que estaba siendo contaminado por el virus de la civilización moderna… y gradualmente esos grupos se pusieron en contacto y comenzaron a trabajar juntos. Cada tanto surge una nueva historia… el viaje de san Brandán o el mapa de Piri Reis, que ha estado escondido y muestra partes del mundo que no conocíamos… Los Hombres de Paja querían el lugar para ellos, su país, su reino, su guarida privada… en parte porque los estaba haciendo ricos.

—¿Cómo exactamente?

—Cobre. Desde el 3000 antes de Cristo, medio millón de toneladas de cobre fue extraído de la Península Superior, en Michigan. Cinco mil minas extendidas en un radio de ciento ochenta kilómetros y explotadas a lo largo de miles de años.

—Jamás he oído nada sobre eso.

—Extraño, ¿verdad? Sobre todo si se tiene en cuenta que han dejado millones de herramientas y miles de agujeros. ¿Adónde fueron a parar las quinientas mil toneladas de cobre? Fueron exportadas a todo el mundo, y es lo primero que enriqueció a los Hombres de Paja… y les dio el poder para mantener el lugar en secreto. Cuando alguien de por aquí les causaba problemas, simplemente lo borraban del mapa. Eliminaron a los anasazi cuando les pareció que su civilización se estaba desarrollando demasiado.

Exterminaron a los roanoke. Casi hicieron lo mismo en Jamestown. Matarona todos los pioneros que pudieron. En la entrada del día viernes 18, hacia la mitad del diario de Patrick Breen, un miembro de la expedición de Donner, hay una referencia muy extraña: «Hoy no he visto a ninguno de esos extraños de los ranchos». ¿Qué extraños? En el resto del diario no hay ninguna referencia a esos «extraños». ¿Qué hacían allí, en un lugar tan remoto en el que los miembros de la primera expedición se morían de hambre por todas partes y, curiosamente, comenzaban a devorarse los unos a los otros? ¿Quiénes eran esos extraños?

—Hombres de Paja, probablemente, según tu hipótesis.

—Sí. Ellos estuvieron aquí antes que nosotros. Han estado aquí siempre. La gente lo sabía y ocasionalmente entraba en contacto con ellos, pero eso no concordaba con los mitos de origen del país que hemos forjado, así que gradualmente se ha dejado de mencionarlos.

—¿Y ellos se dieron por vencidos?

—Por supuesto que no. Pero no puedes combatir un flujo de millones de personas sanas, pues jamás ha habido muchos Hombres de Paja. Se desvanecieron entre las sombras, hicieron sus negocios de un modo muy discreto. Creo que ahora tienen contacto con los neoliberales, pero jamás lo demostraré. Ganan dinero y hacen lo que les gusta, ese tipo de cosas que nosotros consideramos que no se deben hacer, perpetran atrocidades solo para mantener y honrar a los dioses. Es su modo de actuar.

—El asesinato no es un sistema de creencias.

—Sí lo es, Ward. Eso es exactamente lo que es. Todos lo hemos hecho. Hoy en día solo se mata por odio, por codicia o como castigo, pero durante cien mil años nuestra especie creyó en un tipo de asesinato que tenía que ver con la vida y la esperanza.

—¿Cuál?

—El sacrificio. Sacrificábamos animales y nos sacrificábamos los unos a los otros. El sacrificio es un homicidio con fines mágicos, y el asesinato en serie es una versión desviada de ese instinto. Convierte a jovencitas y chicos descarriados en símbolos de los «dioses», perfectos, inalcanzables, crueles, y su *modus operandi* es una versión

putrefacta de un antiguo ritual.

—No lo entiendo.

—Los pasos son los mismos. Hacen sus preparativos, eligen a la víctima y la llevan a un lugar secreto, luego la bañan, la alimentan e intentan comunicarse con ella… la honran antes del sacrificio. Incluso llegan a mantener relaciones sexuales con ella; en cierto modo, se trata de un intento de aparearse con los dioses, pero es también porque la disfunción sexual es la única cosa capaz de apartar al hombre moderno de la civilización y hundirlo en sus impulsos primarios más elementales. Luego sacrifican a la víctima, o la «asesinan», por usar otra palabra. A veces se comen algunas partes para adquirir su poder. A menudo conservan un trozo de la víctima o algo de su vestimenta, como si se tratara de la piel de un oso o del colmillo de un lobo, y lo colocan en un lugar especial, para que el muerto continúe estando con ellos de algún modo. ¿No te suena familiar?

—Sí —admití.

—Luego entierran los restos, devolviéndolos a la tierra, o los distribuyen; el desmembramiento, la división del cuerpo en partes, es también una característica del sacrificio. Entonces permanecen inactivos durante un tiempo, hasta que el ciclo vuelve a comenzar… y la música de las esferas les indica que ha llegado el momento para un nuevo sacrificio.

—Pero los asesinos en serie no son sacerdotes.

—No. Son lunáticos, y por eso llega un momento en que el ciclo comienza a acelerarse. La mayor parte de los asesinos sabe, en el fondo, que están equivocados. Son conscientes de que están a merced de una disfunción neurótica que intentan racionalizar pero no logran comprender. Al final el proceso se acelera porque dejan de querer dejarlo. Pero los Hombres de Paja creen que lo que hacen está bien. Esa es la diferencia. Creen que está mejor que bien, y eso es esencial, pues es lo que ha puesto a nuestra especie en la situación en la que está. Ellos creen que, si se mata a la criatura correcta en el momento indicado, todo seguirá su curso. El acto mágico originario. Se acogen a la antigua creencia que dice que matar es correcto.

Se calló. Su mandíbula se adelantó en un gesto beligerante y todo su cuerpo tembló, revelando que se negaba a ver las cosas de otro modo. Yo lo miré sin saber qué decir. No sabía cómo hacerle entender que saber un poco es algo peligroso, que no todo lo que había leído en internet era cierto, que el deseo de hacer que cada dato cuadrara en un plan predeterminado era un signo de manía. No sabía cómo decirle que, si realmente creía en todo lo que me había contado, había perdido la cabeza. Cuando un hombre armado te ha atado a una silla, no quieres emplear ninguna de esas palabras.

—¿Todo eso te lo contó Dravecky?

—Una parte de la historia. También me confirmó que la opinión entre algunos de la «tribu», usó esa palabra, era que el Hombre de Pie se había convertido en un estorbo, y me explicó lo que está haciendo aquí. Un sacrificio que no se ha realizado en mucho, mucho tiempo.

—¿Paul piensa que los Hombres de Paja lo readmitirán si lo logra?

—Dudo que eso le preocupe. Ese hombre cree que hasta los Hombres de Paja se están ablandando.

—¿Dónde está Dravecky ahora?

—En el río Columbia.

—Genial. Eres un fenómeno. Dime, John: ¿mataste o no a esas mujeres?

—No.

La palabra fue pronunciada inmediata y sencillamente. Seguía sin saber qué pensar.

—Entonces, ¿qué está haciendo Paul aquí?

John negó con la cabeza.

—Tú no crees lo que te he contado —dijo—, y no me importa. —Se puso en pie y sacó algo de su bolsillo. Era un trozo de tela gruesa, de unos sesenta centímetros de largo.

—No me la pongas…

Pero con un movimiento rápido la mordaza estuvo en mi boca. La ajustó con fuerza. Luego se puso en cuclillas frente a mí y me miró fijamente a los ojos. No había notado, mientras él hablaba, que

las cortinas habían comenzado a iluminarse. Empezaba a amanecer. En la penumbra pude distinguir el penetrante azul del iris de sus ojos, los oscuros círculos del centro. No podía ir más allá.

—No te interpongas en mi camino, Ward —dijo—. Su muerte es mucho más importante para mí que tu vida.

Comprobó las ligaduras, se enderezó y rio.

—¿Quieres saber que me ha hecho reír? Hace cuarenta años pensaban que el país se encaminaba hacia la ruina liberal, que pedía su propio final. Entonces sacrificaron al rey. El 22 de noviembre de 1963.

Yo solo lo miré. Él me guiñó un ojo.

—Mataron a JFK.

Luego se dirigió a la puerta, se internó en el azul oscuro de la madrugada y desapareció.

26

Durante la noche, el hombre armado permaneció sentado en la silla, muy erguido, en la puerta principal. El otro hombre, Kozelek, trató de hablarle en dos ocasiones sin éxito, así que se dio por vencido. Se había desplomado en otra silla y se había quedado un rato mirando el vacío. Luego dio unas cuantas vueltas en la cocina, hasta que encontró una botella de vino. Se la bebió en veinte minutos y se quedó dormido. Sus sueños no parecían resultarle muy agradables. Pronunció el nombre de una mujer dos veces.

Mientras tanto, Patrice yacía de su lado del sofá. Poco podía hacer con las manos atadas a la espalda. Había permanecido un rato con los ojos abiertos. Cuando se dio cuenta de que eso apenas la ayudaría en caso de que quisieran hacerle daño, dejó que se le cerraran. Sin embargo, no durmió. El sueño no se le acercó.

Salieron con las primeras luces del alba. El hombre de las armas, Henrickson, obligó a Patrice a ir delante. Kozelek se tambaleaba tras ella. En parte, quizá por la resaca, aunque también podía atribuirse a un problema en una rodilla. O más bien parecía que se hubiera rendido en un sentido general.

Henrickson caminaba detrás de los dos. Cada tanto, Patrice miraba hacia él para ver dónde se encontraba. Aunque la noche había cubierto el suelo de nieve, después de la lluvia y el aguanieve, él lograba moverse casi sin hacer ruido.

Patrice los condujo por la costa norte del lago. Tenía poco sentido no hacerlo, no llevarlo a donde creía que quería ir. Estaba mucho más lejos de lo que aquel tipo pensaba y no sacaría de ello lo

que imaginaba —eso supondría tener que ir aún más lejos, adentrarse más en el bosque, una distancia que tendría que recorrer solo—, pero tal vez tuviera otras ventajas.

Cuando pasaron por delante de la segunda cabaña, ella levantó la vista y vio su reflejo en la ventana sucia. Sonrió, solo por si acaso algo de Bill todavía estaba allí y por si no regresaba.

—Espero que no me estés tomando el pelo —dijo Henrickson.

Tom se detuvo, contento de tener una excusa para descansar. Dos horas seguidas caminando, siempre cuesta arriba, lo habían dejado al límite. El cielo, al principio de un pálido azul eléctrico, se había vuelto gradualmente oscuro y estaba moteado de nubes que llegaban como manchas de barro. A Tom le dolía la cabeza, y a pesar de lo mal que se sentía era inevitable no apreciar la similitud con la primera vez que regresó al lugar al que ahora se dirigían con el cerebro hecho trizas. Desde luego que no lo había planeado de aquel modo. Lo único que quería era quedarse dormido y la borrachera se lo facilitó. Ahora también querría estar dormido. Dormido o lejos de allí. La absurda creencia de que, de algún modo, sería capaz de salir adelante, de que su hallazgo iba a reencauzar su vida, había desaparecido.

Henrickson se plantó justo enfrente de la anciana.

—Les dijiste a los policías que el lugar estaba a una hora de camino desde tu propiedad. A menos que seas propietaria de todo un parque nacional, empieza a ser difícil de creer.

—Mentí —dijo ella simplemente.

—¿Está muy lejos todavía?

—Bastante.

—Tal vez estés intentando que nos perdamos —dijo Henrickson —. Comprendería que eso pudiera parecerte un buen plan. Pero soy capaz de caminar mucho más que los dos juntos, y seguiré adelante después de que ambos estéis completamente rendidos. Claro que habrías impedido que encontrara el lugar hoy. Pero ahora sé que es aquí donde hay que buscarlo y aquí me quedaré. Tarde o temprano

lo encontraré y les encontraré, y todo cuanto habrás logrado será que vosotros dos estéis muertos y que yo haya perdido un poco de tiempo.

—¿Qué diferencia hay? —dijo Tom—. Si lo único que vas a hacer es dispararle, matar a esa cosa extraordinaria, ¿a quién le importa si es: hoy o la semana que viene?

—¿Qué crees que hay exactamente ahí fuera? —le preguntó Patrice mirándole con curiosidad.

—Ya lo sabes —dijo Tom.

Ella se encogió de hombros.

—Yo solo sé que hay osos. Animales, nada más, que llevan mucho, mucho tiempo aquí y se merecen que los dejemos en paz.

Tom miró a Henrickson.

Este no dijo nada, solo hizo un gesto en dirección al camino.

Así que anduvieron un poco más. Al cabo de un rato, Tom se puso a caminar al lado de la anciana. Hablaba y la mujer parecía escucharle. Le contó su paseo por el bosque y lo que le había llevado hasta allí, y al final sorprendió a su propia boca revelándole lo que nadie más sabía. Salió despacio, pero sin pausa. Le contó cómo había desviado la vista para mirar a la chica que ocupaba el asiento del copiloto en su coche, lo destrozada que estaba y con qué firmeza luchaba por seguir viviendo. Le contó los problemas que tenía con las cuentas de la empresa para la que había estado trabajando, ciertas discrepancias que con toda seguridad saldrían a la luz más tarde o más temprano. Los restaurantes son caros, los regalos también, y los gustos de Rachel nunca habían sido baratos. Es difícil manejar un romance sin que tenga implicaciones económicas, sobre todo si es tu mujer la que comprueba el estado de las cuentas y de las tarjetas. Sarah habría descubierto los gastos aunque no se reflejaran más que en las extracciones del cajero. Las cuentas de la empresa eran más complejas, y existía la posibilidad de que esos gastos pasaran inadvertidos. Pero también había alguna posibilidad de que no fuera así, y Tom sabía que, a causa de lo que había ocurrido, su nombre encabezaría cualquier lista. Lo que realmente estaba mal, admitía, era que se sintiera más culpable por eso que por la muerte de

Rachel. Claro que no debería haberse enredado con ella, pero era muy guapa, y, una vez empezado, era difícil de parar. No debería haber intentado atravesar el cruce aquella noche; sin embargo, la llegada del Porsche y de su conductor borracho escapaban completamente de sus manos. Fue él quien estuvo allí, tomó las decisiones y elaboró el método. Lo había hecho por voluntad propia, sabiendo que estaba mal. Todo el mundo comete errores, y era capaz de clasificar cualquier cosa en esa categoría. Errores muy humanos. Pero el robo no. Comenzó, deliberadamente, y luego no pudo parar. Las oportunidades de contárselo a Sarah fueron y vinieron durante la semana posterior al accidente. No aprovecharlo había sido su segundo crimen, o había duplicado la magnitud del primero, no estaba seguro. Había cruzado la línea. Ahora estaba atrapado al otro lado.

La anciana escuchaba, y no decía mucho. Contárselo hizo que se sintiera un poco mejor, pero no mucho, y se dio cuenta además de que lo único que hubiera cambiado las cosas habría sido contárselo a Sarah. El crimen contra la empresa era el robo; el crimen contra ella era haberle mentido. Y el segundo era mucho peor. Decidió que por la noche, sin importar lo que hubieran encontrado o no aquella la tarde, llamaría a casa. Hubo un tiempo en que Sarah le quiso, y tal vez aún fuera así. Por fin, le contaría lo que había hecho, y tal vez eso mismo supusiera toda la redención que podía esperar.

Finalmente, a una hora que —sus maltrechas tripas se lo indicaban— pasaba del mediodía, llegaron a donde se dirigían.

Habían seguido las crestas de una colina durante un buen tiempo. Por aquel entonces, Tom ya no tenía ni la más remota idea de dónde se hallaban. Durante un rato creyó que tal vez Henrickson tuviera razón, que la mujer podía estar intentando desorientarlos. Pero la observó con atención y vio que no dudaba jamás, ni siquiera un momento; el engaño, en cambio, habría exigido que eligiera el camino equivocado que debía tomar. El progreso había sido lento pero constante. La mujer los conducía por un sendero, luego por

otro, los obligaba a rodear ciertos relieves y a superar otros. Para alguien de su edad, estaba en una forma sorprendente. Sin embargo, de vez en cuando, se le escapaba algún gesto de dolor, y en dos ocasiones resbaló y se precipitó sobre sus costillas, incapaz de usar las manos para detener el golpe. Después empezó a ir más despacio y a cansarse.

Y entonces se detuvo. Jadeaba. Indicó con la cabeza.

—Es allí abajo.

Henrickson la adelantó y se acercó al borde del barranco. Miró hacia abajo durante unos instantes y luego le hizo señas a Tom para que se acercara.

—¿Es ese el lugar?

Tom avanzó y se detuvo a su lado, mirando el lecho de río. Al principio le pareció igual a cualquiera de los otros que habían cruzado. Luego localizó la zona en la que se había sentado en la oscuridad y a la que había vuelto después, a la mañana siguiente. No hacía ni siquiera una semana, pero le pareció una eternidad. Como si aquel fuera un lugar al que se viera condenado a regresar una y otra vez.

—Sí —dijo—. Allí es donde ocurrió.

Ese momento definitivo, antes del cual todo parecía gris y confuso.

—Bien —dijo Henrickson. Se alejó del borde y regresó hasta donde se encontraba Patrice—. Gracias, señora.

—Pero ¿qué tiene todo esto que sea tan importante? —dijo Tom —. ¿Por qué querías volver aquí? ¿O fue solo parte de tu plan para fingir ser lo que no eres?

—En absoluto —dijo el hombre—. Seguidme.

Se dio la vuelta y emprendió la marcha por el margen del precipicio. Los otros dos le siguieron. Al cabo de cinco minutos, Henrickson comenzó a ir hacia la izquierda otra vez, entre los árboles que había apiñados al filo del vacío. Al cabo de unos minutos, se detuvo.

Tom observó. El hombre les había llevado hasta el tronco que había entre las dos vertientes del acantilado.

—Señora Anders, ¿sería tan amable de decirle a Tom lo que tenemos aquí?

—Un árbol caído —dijo ella.

Henrickson negó con la cabeza, caminó los escasos metros que lo separaban del margen del precipicio y luego puso un pie sobre el tronco. Examinó su extremo y enseguida cruzó caminado hasta el otro lado como si tuviera tres metros de anchó.

—Ambos extremos han sido trabajados —dijo el hombre agachándose para examinar la madera—. Y han recortado algunas ramas a lo largo del tronco. Lo han desviado, además, unos veinte grados con respecto al ángulo en el que cayó. Me sorprende que no te dieras cuenta, Tom.

—No estaba bien —dijo Tom. Aquello era verdad, pero con franqueza tampoco él podía creer que no lo hubiera advertido. Una vez te fijabas, resultaba muy obvio.

—En esta época se puede cruzar el río por abajo —dijo Henrickson—, pero cuando llega la primavera hay que hacer un larguísimo camino en ambas direcciones para lograrlo. Esto es un puente y alguien lo construyó. Algunos de nuestros amigos del bosque lo dispusieron así. La conciencia materializada. Están aquí pero quieren estar al otro lado. Así que construyen un dispositivo simple. Tom, aquí tienes tu prueba. Te dije que la caminata valdría la pena.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho algún tipo cualquiera? ¿O que no lo han abandonado los leñadores?

—Porque sé que jamás se ha talado en esta zona y porque es poco probable que un ser humano hiciera este trabajo con herramientas de piedra. —Desvió la mirada hacia Patrice—. Solo un árbol caído, ¿eh?

—Es todo lo que veo. Me parece que tú ves cosas que tal vez solo están en tu mente y no exactamente lo que tienes delante. Hay mucha gente así.

Regresó por el puente y, una vez más, sonrió. Miró hacia el precipicio.

—Como quiera. Pero sigamos un poco más por este camino. A

ver qué encontramos.

Caminaron durante otros diez minutos, manteniéndose siempre junto al barranco. Las vertientes se hacían cada vez más empinadas y profundas, y la corriente iba aumentando en anchura y rumor, deslizándose en saltos de una delgadez invernal, aunque sin tregua.

Finalmente llegaron a la cima de aquella cresta y Tom profirió un grito ahogado.

Bajo sus pies, el suelo caía vertical. A la izquierda, el río se precipitaba en el vacío, para verterse sin remedio en un amplio cuenco rocoso a unos sesenta metros por debajo de donde estaban. El bosque se extendía al otro lado, una escarpada alfombra verde moteada de blanco, sin límites, hacia Canadá y más allá. Por encima podía verse la fina estela de humo de un avión que cruzaba la estrecha banda de cielo abierto. Era la única intervención humana que podía apreciarse. Aparte de eso, era como si los seres humanos jamás hubieran estado allí. Tom observó una nube que llenó aquel vacío hasta que el cielo quedó todo cubierto de gris. Luego volvió la cabeza para mirar de nuevo hacia el bosque.

—Es hermoso —dijo.

—Imagínate cuando esto era todo lo que había —dijo Henrickson, en voz baja, de pie junto a él—. Cuando aquí no había nadie más.

Lo único que pudo hacer Tom fue negar de nuevo con la cabeza, enfrentado al mundo tal y como fue antes de las palabras. Movía la cabeza una y otra vez, despacio, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. No sabía por qué.

—Quiero darte las gracias, Tom —añadió Henrickson, y de repente volvió a hablar con acento de las montañas y se convirtió de nuevo en la persona que Tom había creído conocer—. Las has pasado canutas, colega, y estos tiempos no han sido fáciles para ti, lo sé. ¿Sabes qué es lo más curioso?, que en realidad he disfrutado de tener alguien con quien hablar.

Tom dejó de mover la cabeza y asintió. Levantó la vista, vio la difusa figura de la anciana, con las manos todavía a la espalda. La mujer le sonrió, tristemente, y luego apartó la mirada.

A continuación, Henrickson puso una mano sobre el hombro de Tom y lo empujó al vacío.

Sintió como un vértigo, el error absoluto de saber que no hay nada debajo, como si hubiera regresado al puente que había encontrado por sí solo y la vocecilla de su cabeza no hubiese estado allí para ayudarle. Luego, la ligereza de la caída libre, rápida y breve, antes de empezar a golpearse contra todo. Esa vez las colisiones no eran rozaduras, sino fugaces impactos rompehuesos, que lo hacían girar dando tumbos, convertido en una muñeca de trapo. Otro momento de caída en picado ininterrumpida y finalmente se estampó contra el suelo como un vaso.

Quedó incrustado entre dos grandes rocas ocultas bajo un saliente cubierto de musgo a unos diez metros del suelo. Intentó proferir algún sonido, pero lo único que oyó fue un burbujeo líquido. Sentía el cuerpo retorcido y machacado; la ropa, desgarrada y manchada de sangre, y a su pierna izquierda le había ocurrido algo horrible. El agua fría corría sobre sus pies y sobre su mano izquierda extendida, pero no podía sentirla. Aunque se había roto la cabeza y el hueso de la mejilla, todavía podía ver, y su brazo derecho aún respondía un poco.

Durante los siguientes veinte minutos logró tan solo una cosa. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta. Navegó trabajosamente por los menús hasta llegar a la aplicación para escribir mensajes de texto y, con un pulgar que alternativamente temblaba y se atascaba, llegó a escribir: «vi a bigfoot. tq».

Y luego murió. De todos modos, no había cobertura.

Cincuenta metros más cerca del cielo, Patrice observaba al otro hombre con la mirada vacía.

—¿Tenías que hacerlo?

—Sí. No espero que lo entiendas.

—¿También vas a arrojarme a mí?

—Con un humano basta. Y tú tienes aún trabajo por hacer.

—Este lugar es todo lo que conozco y no puedo ir más lejos.

Quieres un oso, pues tendrás que ir a buscártelo tú mismo.

El hombre negó con la cabeza.

—No te creo. Si es necesario, haré que me cuentes dónde viven. Pero por el momento vamos a volver al río, donde Tom vio a su «oso», y nos sentaremos a esperar.

—¿Crees que pasarán por casualidad?

—No, pero sé que ellos significan mucho para ti, lo cual me hace suponer que tú debes de significar algo para ellos. Cuando sepan que estás allí, tal vez decidan venir a vernos.

—¿Cómo si yo fuera una especie de madre oso? Claro. Mis propios hijos hace dieciocho meses que no vienen a verme.

—Patrice, estás empezando a cansarme con tantas negativas.

—Sabrán que no estoy sola.

—Por supuesto que lo sabrán. Especialmente cuando empiece a hacerte ciertas cosas. Aunque nos conocemos poco, sospecho ya que sabrás guardar silencio, pero oirán tu malestar de otras formas. Y vendrán.

La mujer dejó caer su mirada hacia el suelo, consternada.

—Pensaba que alguien vendría —dijo por fin—. Pero creía que no sería más que un cazador. Algún idiota con ganas de labrarse una fortuna o de salir en *The Tonight Show*. Pero tú no eres uno de ellos.

—No —dijo él—. No lo soy.

—Entonces, ¿qué eres?

—Mi nombre es Paul —dijo—. A veces me llaman el Hombre de Pie. Hago solo lo que tiene que hacerse.

27

Dormí un rato. Increíble, puede que penséis, pero igual que los culpables se duermen en su celda, la espasmódica tensión de sus vidas momentáneamente resuelta por una encarcelación de la que ya no pueden huir, cuando te encuentras firmemente atado a una silla te sientes totalmente liberado de la obligación de actuar.

Una vez despierto, ya no pude volver atrás. Estar despierto era peor. Me daba libertad para pensar, y también para intentar huir. Lo probé meciéndome en la silla, haciendo fuerza con la espalda para levantar las patas del suelo. Cuando un movimiento precipitado estuvo a punto de acabar con todo el tinglado volcado hacia delante —la huida perfecta hacia una cara aplastada y un cuello roto—, decidí abandonar la competición. A la mierda. No soy Jackie Chan.

Sin embargo, no hacer nada era aún peor que todo lo demás. Observaba cómo la cortina se iluminaba cada vez más, oía los sonidos del mundo que se despertaba fuera: neumáticos sobre la grava, lejanos estallidos de risa de medio segundo, ruidos metálicos, canto de pájaros, toses. Empecé a percibir un dolor en la parte baja de la espalda que se agudizaba con cada segundo, y mi hombro ardía ahora como el fuego. Contemplaba el reloj y esperaba con ansiedad que cada número se incrementara aunque solo fuera por una unidad —a veces pensaba que se había roto de lo mucho que tardaba—, pero cuando ocurría, nada cambiaba.

Fue una espera interminable hasta las 12.51 cuando, finalmente, Nina echó la puerta abajo acompañada de dos hombres a los que no había visto jamás.

—Estoy seguro de que se parecía a usted —dijo el más corpulento. Me habían dicho que su nombre era *sheriff* Connelly. El otro se llamaba Phil, era joven, activo y rubio ceniza—. Pero ya veo que usted no es el mismo.

—Se llama Paul.

—Oyeron al señor Kozelek llamándole Jim.

—Podría estar utilizando el apellido Henrickson.

Connelly asintió, despacio.

—Sí, es él.

—¿Es un asesino en serie? —Phil tenía los ojos como platos.

—Algo así.

Estábamos en la comisaría. Tomábamos café. Todavía sentía las manos entumecidas y tenía problemas para sostener mi taza. Nina no lo llevaba mejor, la señora de la limpieza del motel la había encontrado atada y fue a buscar a la policía antes de pensar en desatarla. Estaba pálida, y tenía un aspecto general demacrado y exhausto. Por mi parte, lo que me apetecía era encontrar a John Zandt y darle en la cabeza más de una vez, no solo por lo de la noche anterior.

En media hora les ofrecimos a los polis un relato muy resumido de lo que había sucedido y de lo que sabíamos. En esa versión había sido el Hombre de Pie el que nos había atado y no John. Nina dejó claro que era agente federal, y consiguió disuadir al jefe de policía de que les avisara. Por el momento. Una doctora de agradable sonrisa nos reconoció, vendó la herida abierta de mi hombro y luego se fue. Sentía los ojos secos, ásperos y, muy abiertos, y la luz de la sala me resultaba demasiado brillante.

Phil negó con la cabeza.

—Menuda mierda.

—¿Qué está haciendo aquí en Sheffer? —dijo Connelly—. ¿Y adónde ha ido?

—No lo sé —dije—. Pero… —Miré a Nina—. Ayer por la noche dijo algunas cosas raras. Cosas sobre sacrificios. Al parecer, está embarcado en algún tipo de extraño ritual de purificación. Ya se ha cargado a todos los que tenían algo que ver con su pasado, así que

no puedo imaginar quién puede ser el siguiente de la lista. A menos que tenga que ver con la gente para la que trabajaba.

Connelly miraba justo por encima de mi hombro, la de su rostro era una expresión extraña.

—El señor Kozelek pasó cierto tiempo en el bosque —dijo—. Regresó un poco destemplado y asegurando que había visto ciertas cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Nina.

—Decía que había visto a Bigfoot.

Me sorprendió mi propia risa.

—Claro.

Connelly sonreía nervioso.

—Eso mismo. Era un oso, desde luego. Pero ese hermano suyo pasó mucho tiempo con el señor Kozelek, y no veo por qué iba a hacerlo si lo que contaba el señor Kozelek no fuera de su interés. ¿Se le ocurre alguna otra razón?

No podía. Negué con la cabeza.

Connelly apartó la mirada, se mordió el labio.

—Phil, llama a la señora Anders de mi parte, ¿quieres?

—¿Por qué…?

—Hazlo y ya está. El número es el 4931.

El joven agente cogió el teléfono y tecleó el número. Dejó que sonara durante un rato y luego hizo un gesto negativo.

—No contesta.

—Prueba con el móvil.

Le dio también ese número. El agente probó, esperó y de nuevo indicó que no contestaba. El *sheriff* se mordía el labio pensativo.

—¿La has visto por el pueblo esta mañana?

—No.

—Yo tampoco. —Connelly se levantó—. Y la mencioné ayer por la noche. Creo que será mejor que vayamos a echar un vistazo. Phil, consígueles abrigos y guantes a esta gente. Y mira también si tenemos botas del número adecuado.

—Claro.

—Y luego abre el armario y tráenos unas cuantas armas.

—¿Cuáles?

Connelly me miró y yo asentí.

—Las grandes.

Salimos a paso ligero hacia el aparcamiento que había detrás de la comisaría y comprobamos que había empezado a llover. Ninguno de los policías pareció advertirlo. Si vives en el noroeste, la lluvia es cosa de todos los días. Connelly nos indicó un vehículo y su agente subió a otro.

—No intentes llegar antes que yo —le dijo—. Quédate bien pegado detrás y síguenos, ¿entendido?

Nina y yo subimos al asiento trasero. Connelly montó delante y cerró la puerta. Encendió el motor y luego se volvió para mirarnos.

—Qué curioso —dijo—. Vi a Henrickson y a Kozelek saliendo del pueblo ayer por la noche, alrededor de las ocho y media; fue cuando apunté la matrícula. Más tarde pasé por el motel. No había ni rastro del coche. Pero entonces llegan ustedes, a altas horas, y resulta que él está allí preparado para atarles.

No dijimos nada.

Connelly suspiró.

—Ya me lo imaginaba. El otro tipo, ¿va a darnos problemas?

—No lo sé —dije.

—¿Está con ellos o con ustedes?

—No está con nadie.

—¿Lo demás que me contaron es cierto?

Nina replicó:

—La mayor parte.

Connelly volvió la mirada al frente y puso primera.

—Fantástico. Me alegra tanto que vengan todos ustedes al pueblo…

Maniobró rápidamente en el aparcamiento y desembocamos en el negro y empapado repecho de la carretera principal; esperó a que su agente lo alcanzara y luego aceleró. Más tarde supe que dos minutos después de que salieran los coches patrulla una mujer que estaba en la cafetería Izzy s vio partir otro vehículo por detrás del bar llamado Big Frank's y que este nos siguió fuera de la ciudad.

Los siguientes quince minutos los pasé frotándome las manos para que volvieran en sí. Nina hacía lo mismo. Quería contarle más cosas de las que había dicho John, pero no parecía el momento adecuado. Connelly nos conducía a buena velocidad por una carretera por la que circulaban muy pocos coches. Aunque apenas eran las dos, el cielo hacía cuanto podía para que pareciera más tarde. La lluvia había cesado, pero no por las buenas. Estaba refrescando.

Nos desviamos, justo después de una cafetería, por un estrecho camino que no tenía aspecto de merecer nombre. Llevábamos en él no más de treinta segundos cuando a través de la radio nos llegó la voz crepitante del otro agente.

—Jefe —dijo—. Se ha equivocado de desvío. Cascade Falls está más arriba.

—Mantén los ojos fijos en la carretera y sígueme, nada más —dijo Connelly—. Vamos por otro camino.

El trayecto duró mucho más de lo que me esperaba. Por cuanto había podido deducir, la mujer a la que íbamos a ver vivía en una parcela no lejos de la carretera principal. Y el camino por el que avanzábamos no parecía llevar a ninguna parte. Al cabo de veinte minutos se estrechó, convirtiéndose en un único carril, y el *sheriff* redujo la velocidad a causa de la nieve que había aún. A los lados crecían árboles altos, y no había rastro de las típicas señales con las que los kiwanis del lugar anunciaban con orgullo que financiaban el mantenimiento de aquella carretera. Siguió conduciendo. De vez en cuando, yo miraba por la luna trasera y veía al ayudante de Connelly que seguía con obstinación nuestro camino. Mantenía una distancia de frenado decente, pero estaba lo bastante cerca como para que pudiera observar su expresión perpleja.

Entonces Connelly redujo la velocidad, sin ninguna razón aparente a mis ojos. Miraba de reojo hacia fuera, por el flanco derecho del vehículo. Miré fijamente a Nina.

—*Sheriff*, ¿está seguro de que sabe adonde nos dirigimos?

—Lo estoy —dijo—. De hecho, ya hemos llegado.

Apagó el motor y salió. Cuando Nina y yo estuvimos fuera, a un lado de la carretera, el lugar en el que nos encontrábamos nos

pareció aún más remoto. Los árboles y los arbustos impedían ver mucho más allá en ninguna dirección, y el suelo era una alfombra de nieve virgen. La carretera desaparecía completamente unos treinta metros más adelante.

Phil había aparcado justo detrás de nosotros.

—Jefe, ¿dónde estamos?

—Al final de la vieja vía de servicio —dijo. Señaló hacia los árboles por encima de mi hombro—. ¿La ven?

Si prestabas mucha atención, era posible atisbar la figura de una construcción derruida, escondida entre los árboles a unos diez metros de distancia.

—Muy bien —dije—. ¿Por qué?

Connelly se colgó el arma al hombro y echó a andar.

—Hablé con la señora Anders hace un par de noches —dijo—. Y me contó que no había sido del todo honesta cuando nos explicó dónde había encontrado las cosas del señor Kozelek. Le pareció que aquel hombre no estaba del todo en sus cabales y no quería que regresara de nuevo allí. Me dio indicaciones de dónde había sido. Si Henrickson ha dado con ella, como supongo, entonces la habrá obligado a llevarle hasta ese lugar.

—¿Está cerca?

—No —dijo, abandonando la carretera y adentrándose en el bosque. Vi que había una zona en la que los árboles eran más delgados y parecían un poco más jóvenes. Una antigua vía de saca para leñadores, supongo, ya regenerada—. No tanto como eso. Este atajo nos ahorrará parte del camino. Luego la travesía se complica.

Por lo que a Nina y a mí se refería, la travesía se complicó casi de inmediato. Parecía que subíamos y subíamos. Al cabo de una hora no había ya el menor indicio de que estuviéramos siguiendo un camino. No veía por dónde iba. Ahora, los árboles que nos rodeaban eran grandes y robustos; y el terreno, empinado. No soy nada aficionado a las excursiones, como le dije a Zandt, y el trayecto me resultaba bastante penoso. Con la nieve cubriendo el suelo, era

difícil conjeturar qué había debajo. A veces eran rocas, y a veces pisabas en un lugar que parecía firme y, sin previo aviso, te encontrabas hundido hasta las rodillas. Empezó a oscurecer, en parte por la nube que cubría el cielo entero. Y seguía sin llover. Ya hacía frío cuando emprendimos la marcha, pero pronto empecé a recordar esos momentos como un idílico período de bienestar. Si era verdad que Kozelek se había pasado dos días allí fuera, resultaba extraordinario que hubiera salido con vida. Igualmente extraordinario me parecía el tesón de los pioneros que habían forjado los primeros caminos a través de aquel paisaje. Lo que ocurre con nosotros es que siempre queremos estar del otro lado. Traemos nuestras sierras mecánicas y nuestros camiones, sudamos y hacemos que así sea. Pero date la vuelta un momento y descubrirás que la naturaleza recupera terreno, y lo recupera deprisa.

—¿Estás bien?

—Más o menos —dije.

Nina y yo caminábamos juntos, a un par de metros de los dos policías.

—¿Y tú?

—Supongo que sí. Tengo un frío increíble.

Y cansancio, y hambre. Llamé al *sheriff*.

—¿Estamos cerca ya?

—No —dijo, sin volverse—. A mitad de camino.

—Joder —dijo Nina en voz baja—. Odio la vida al aire libre. Es una mierda.

Seguimos caminando. A media voz le conté a Nina más sobre lo que John había dicho la noche anterior. Ella estuvo de acuerdo en que todo aquello sonaba a que había perdido la cabeza. De todos modos, es curioso, la primera vez que oyes algo así te suena a extravagante, deslavazado, como si no tuviera sentido. Pero cuando lleva un tiempo en tu cerebro es como si el resto de pensamientos que hay allí se apartaran para hacerle hueco. Todo lo de los asesinos en serie y un abortado instinto para el sacrificio resultaba más fácil de acomodar. Como teoría, tenía tanto sentido como cualquier otra. Me costaba más creer que cualquier rumor anómalo que circulara

sobre mi país pudiera atribuirse a los Hombres de Paja. Sin embargo, había muchas cosas en ellos que los alejaban de lo humanamente normal. Así que, ¿quién sabía?

Al cabo de un rato dejamos de hablar, básicamente porque nos quedamos sin aliento. Phil también parecía estar haciendo un esfuerzo, pero Connelly mantenía un ritmo regular. Era notable el ruido de cuatro pares de botas sobre la nieve, cuatro ritmos de respiraciones jadeantes. La combinación de cansancio, falta de sueño y la presencia casi constante del blanco frente a mis ojos comenzaban a producir un efecto hipnótico. Dejé de pensar, solo me fijaba en el siguiente paso, en qué roca pisar; acusando los repechos y las hondonadas, oliendo las agujas de pino y la corteza, en un aire de una pureza impactante. Mi rostro empezó a perder elasticidad, lo sentía entumecido cuando me lo frotaba; y, al parpadear, se producía un destello ante mis ojos. De vez en cuando, tropezaba, y Nina también.

—Alto.

Cuando Connelly habló, lo hizo en voz baja, despacio y con contundencia.

Me habían arrancado de una ensoñación; levanté la cabeza y frené en seco.

—¿Qué? ¿Ya hemos llegado?

El hombre se volvió para mirarnos de frente, pero no contestó. Tan solo entrecerró los ojos para mirar hacia el bosque, hacia el camino que habíamos recorrido, a nuestra izquierda. Tras la caminata, el silencio se hizo muy pesado, y me zumbaban los oídos!

—¿Qué ha oído? —preguntó Nina.

Connelly permaneció en silencio durante otros veinte segundos.

—Nada —dijo al fin—. Pero he visto algo. Volví la vista para ver si ustedes dos seguían el ritmo y creí ver una sombra allí atrás, a unos treinta metros al otro lado.

—Hay muchas sombras —dije yo—. Está oscureciendo.

—Tal vez —dijo. Miró a su ayudante—. Nuestros amigos saben de otra persona que podría estar interesada en Henrickson. Es posible que ande por aquí.

—Ah, ¿sí? —dijo Phil, suspicaz—. ¿Y quién es ese?

—Un ex poli. El Hombre de Pie le ha jodido bastante la vida —dijo Nina. Se desvió un par de metros en la misma dirección hacia la que Connelly miraba, y observó también muy fijamente entre los árboles—. Le tiene tantas ganas como nosotros.

—¿El tipo es peligroso?

Asentí.

—Pero no para nosotros, espero.

De repente, Nina se puso a gritar, asombrándonos al resto de nosotros.

—¡John! —chilló—. John, ¿estás ahí?

Cuatro pares de ojos bien abiertos escrutaron el espacio entre los árboles. No parecía que nada se moviera.

Lo probó de nuevo.

—Si estás ahí, John, sal. Nosotros también queremos atraparle. Sigue el buen camino. Ven con nosotros.

Nada se movió. Nina negó con la cabeza.

—Son solo sombras —dijo. Frunció el ceño y luego alzó la vista —. Oh, joder, genial. Ahora se pone a nevar.

Tenía razón. Diminutos copos blancos comenzaban a precipitarse en espirales.

—Ojalá no hubiera hecho eso —dijo Connelly—. Aquí el sonido viaja lejos. Puede hacerlo, en cualquier caso. No quisiera que ese tipo supiera que estamos en camino.

—Oh, ya lo sabrá —dijo ella—. ¿Verdad, Ward?

—Sí. Y debo aclarárselo, *sheriff*, no supondría ninguna diferencia. Ese hombre no va a correr, no va a esconderse. Hará simplemente lo que tiene pensado hacer.

El policía se descolgó el arma del hombro y la tomó entre sus manos. Adoptó la posición de firmes y se quedó mirándome. Aunque Connelly era diez, quince años más joven de lo que jamás lo fue él, había algo de mi padre en sus ojos; un frío cálculo de su situación y la sensación de no comprender del todo la noción de retirada.

—Muy bien —dijo—. Que así sea.

El viento arreció entonces y la nieve se arremolinó alrededor de su rostro.

28

Patrice tenía más frío del que jamás había sentido en su vida. El hombre había permitido que se pusiera un abrigo antes de salir de la cabaña y, durante la mayor parte de la travesía, había deseado que no hubiera sido así. Cuando estás en movimiento, un abrigo no sirve de nada: son las partés que no cubre, la cara y las manos —especialmente las manos, cuando las llevas atadas a la espalda—, las que más se enfrían. Todo lo que conseguirás con un abrigo es sudar. Pero durante las dos horas que llevaban sentados esperando, se lo agradeció muchísimo. Probablemente ya habría muerto sin él, lo sabía. La nariz le había goteado un poco y el agua se había congelado en pequeños cristales alrededor de sus fosas nasales. Le preguntó al hombre si podía atarle las manos por delante, para que pudiera tenerlas más calientes, pero él había dicho que no. La mujer sabía por qué. Los brazos y los hombros comenzaban a dolerle. Mucho. Patrice sabía que aquello era solo el principio de lo que aquel tipo le haría, si no conseguía lo que pretendía quedándose sentado y nada más. El hombre creía que con eso podía cambiar algo de lo que sucedería allí. Ella pensaba que se equivocaba.

La nieve empezó a caer justo después de las cuatro. La luz empezaba su agonía, y, mientras algunos de los copos centelleaban al caer, otros parecían pequeñas sombras flotantes. La anciana sabía que para algunos habitantes del lugar la nieve era una cruz que había que soportar. Para ella, no. Incluso después de tres años, seguía viéndola como algo mágico. La entristecía; a veces, le traía recuerdos de Bill, y de sus hijos, cuando eran mucho más jóvenes; pero nadie

había dicho que la magia fuera únicamente del género feliz.

El hombre la había obligado a sentarse cerca de la pared empinada del barranco, que ya era algo. Al menos así el viento la azotaba de un solo lado. Mientras tanto, él permanecía sentado en la orilla baja, al otro lado de la corriente, con el arma en el regazo, en absoluto silencio. Si tenía frío, no lo demostraba.

La nieve llevaba cayendo unos veinte minutos, cada vez con mayor intensidad, cuando la anciana vio que levantaba repentinamente la vista. El tipo aguzó el oído un instante.

—¿Oyes algo?

—A gran distancia —dijo él.

—De verdad que no tengo ni idea de lo que hablas, ¿sabes? Tom vio un oso. Es eso. Te he traído hasta aquí porque eres un hombre muy malo y pensé que era mejor si te congelabas en algún lugar en donde nadie pudiera encontrarte jamás.

—Tal vez —dijo él—. Te creo capaz. —Sonrió—. Me gustas. Me recuerdas a alguien.

—¿A tu madre?

—No —dijo él—. A ella, no.

—¿Todavía vive?

Él no dijo nada y la anciana comprendió con repentina certeza que la madre de aquel hombre estaba muerta, pero no enterrada en ningún lugar convencional, y que él sabía dónde reposaban sus huesos.

—Eres hijo único.

La cabeza de Henrickson se volvió hacia ella.

La mujer se encogió de hombros.

—Solo muevo la boca para evitar que se me congele la cara. —Aquello era verdad. Durante sus años en la enseñanza había aprendido que en ocasiones puedes ganarte a los chicos hablando mucho con ellos. Ese hombre no era un chico, eso lo sabía. Era un psicópata. Pero quizá funcionara.

—Eh, y puede que nos oigan. Y vengan a ver de qué estamos hablando. Así que ¿lo eres o no?

—Terminé siéndolo —dijo él, sin emoción—. Tuve tres madres.

Ahora están todas muertas, lo cual me da fuerza. Nací en un bosque, mi padre mató a mi madre, y luego apareció una gente y lo mató a él. Se quedaron conmigo y con mi hermano durante un tiempo, y luego lo adoptaron a él y se libraron de mí. Hubo gente que intentó que viviera en distintos lugares, pero no lo hice, hasta que al fin fui a vivir con mi última madre no lejos de aquí.

—¿Te trataba mal?

—Patrice, estoy tan lejos de la psicología popular que no te lo creerías.

—Entonces, ¿a quién te recuerdo?

—A la mujer que fue mi abuela durante un tiempo.

Patrice supuso que aquello era algún tipo de cumplido, que ese era su sentido.

—¿Por qué quieres hacer esto?

—Matar es lo que hacen los animales. Los carnívoros matan para comer. Los perros salvajes matan a los cachorros de otros perros salvajes. Las moscas ponen sus huevos en la carne de los mamíferos moribundos. No les importa y a nosotros tampoco debería importarnos. Los tratantes de esclavos en Zanzíbar arrojaban a los hombres y mujeres enfermos a las aguas de la bahía para no tener que pagar impuestos por bienes que no podrían vender. Los campesinos rusos de Siberia vendieron carne humana durante los mortíferos inviernos de los años veinte. Somos el animal que inventó máquinas voladoras y luego las estrelló en edificios llenos de individuos de su propia especie. Somos los que ensayamos con todo rigor el genocidio. Los humanos somos animales, matamos y destruimos.

—Me gustaría oírte decir eso como si pensaras que está mal.

—No está bien ni mal. Simplemente es la verdad. Una pistola no es más que un puente que mata. Es uno de nuestros inventos. Nuestra especie desembarcó en Europa, donde había seres viviendo desde hacía centenares de miles de años y en unos pocos milenios fue nuestra. ¿Cómo crees que ocurrió eso?

—Estábamos mejor adaptados.

—Solo en un sentido. Nuestra ventaja era la voluntad de matar

otras criaturas de apariencia humana. Matamos neandertales hasta que ya no quedaron, y entonces empezamos a matarnos entre nosotros. No sentimos ningún respeto por animales como las hienas o los buitres, que son carroñeros. Glorificamos a los leones, a los tigres, a los tiburones; animales con sangre fresca en sus mandíbulas. El hecho de que produzcamos palabras, habilidades y delirios de grandeza espiritual no supone ninguna diferencia. No hay mal. No hay bien. Solo hay comportamiento, y el nuestro es ese.

—Entonces ve a matar a alguien. Es evidente que ya lo has hecho antes, ¿verdad?

Él no contestó, lo cual casi era peor. Incluso tan congelada como estaba, Patrice sintió un escalofrío en el cuello. Sabía que estaba con alguien que no comprendía las mismas cosas que los demás.

—Entonces ve a matar a algunos humanos más. Somos millones. ¿Por qué no matar a más?

—Porque ahora es momento de hacer esto.

—Eso es lo que te lo dicen las voces, ¿no?

—Nadie ha hecho esto desde hace muchas generaciones. Mataban otras cosas. Símbolos de poder, mujeres, niños. Están todos a la espera del hombre salvaje, el sacrificio verdadero.

—Por el amor de Dios, ¿y cómo se supone que funciona eso?

—Funciona.

—¿Matas a alguien y de algún modo eso armoniza la música de las esferas? ¿Lo crees en serio?

—Es verdad, y si hubieras nacido hace solo unos pocos centenares de años, lo sabrías. Ahora creemos en la higiene dental. Creemos que importa el operador de telefonía que elijamos. Procuramos no pisar entre las baldosas.

—Estás loco —dijo ella.

—No lo creo. —Sus ojos eran penetrantes en la creciente penumbra—. Y tu opinión me tiene sin cuidado.

—Entonces no me cuentes nada más. No quiero oírlo.

—Excelente. Pero esto tienes que saberlo. ¿La abuela que te he mencionado antes…?

La mujer tragó saliva.

—La maté. La empujé escaleras abajo cuando tenía doce años. Sé que era eso lo que en realidad quería. Murió rápido y bien. Si tus amigos no aparecen pronto, tú también vas a morir. Pero será muy, muy despacio. Perturbarás el sueño de todo el mundo a diez mil kilómetros a la redonda.

Sin darse siquiera cuenta de que lo hacía, Patrice encogió un pie apartándolo de aquel hombre. Eso era lo más lejos que podía ir. Y todavía se sentía demasiado cerca. En alguna ocasión había pensado, durante el último par de años, que estaba preparada para la muerte. No quería seguirle el juego, pero sin Bill no había gran cosa que la atara al mundo, y tal vez ya fuera hora de ir a bailar con la Parca. Acurrucada en la nieve con alguien que parecía a la vez algo más y algo menos que un ser humano, supo entonces que no era verdad. Cuando te encuentras con la Parca de verdad, te das cuenta de que bailar con ella no va a resultar nunca nada heroico ni lleno de sentido. Te matará, sencillamente. Y la mujer no tenía ninguna intención de unirse a su multitud silenciosa.

Se preguntó qué diría a continuación. Nevaba ahora con mayor intensidad, casi había oscurecido por completo; y ella allí, atrapada en el bosque, maniatada, con un lunático.

De repente, el hombre se levantó.

Miró hacia lo alto del barranco que había detrás de ella. Luego se volvió y miró atrás. Tenía la cabeza inclinada, la boca entreabierta. Cruzó el arroyo y se encaramó hasta lo alto del barranco como en un solo paso.

—Ya vienen —dijo.

No parecía complacido. Patrice ni siquiera sabía con seguridad de qué le hablaba. El tipo se quedó allí un momento, de pie, como si oliera el viento, y luego desapareció como la luna al pasar por detrás de una nube.

Patrice pensó en correr, pero tenía las piernas adormecidas y sabía que no había adonde ir. En lugar de eso se acurrucó aún más, con los ojos cerrados, y pensó en Verona.

29

Esa vez lo oímos todos.

El chasquido de algo que se rompía, no muy cerca. Fue lo bastante fuerte como para cortar el ruido del viento creciente y el sonido irregular, ardiente, de mi respiración en mi propia cabeza. Connelly se volvió veloz.

—Agáchense.

Nina puso la mano sobre mi espalda y me empujó. Nos apartamos, en cuclillas. Intentamos correr pero la cosa terminó en un apresurado ir tropezando sobre una capa de nieve de treinta centímetros de espesor. Nos separamos detrás de dos árboles, cerca de un saliente de roca de un par de metros de altura, pistola en mano.

Observamos cómo Connelly y su ayudante retrocedían hacia nosotros, con los rifles en posición de disparo. La voz de Phil era queda y quebrada, pero sus pasos hacia atrás, firmes y mesurados.

—¿Lo ves?

Connelly negó con la cabeza; mantenía su rifle en movimiento, trazando un suave arco de treinta grados.

Rodearon el saliente hasta donde nos encontrábamos nosotros. Cuando llegaron, eché un vistazo hacia atrás; no siempre es fácil decir de dónde viene un sonido en el bosque, y he visto muchas películas. No pude deducir gran cosa. La tierra se expandía oscura, más árboles, rocas, arbustos, nieve. Los contrastes convertían todo aquello en uno de esos dibujos de Escher en los que las distintas interpretaciones van y vienen ante tus ojos y luego se funden todas

en un turbio «no sé». No hubo ningún movimiento que pudiera ver. Miré de nuevo adelante. Tampoco nada se movía allí, salvo la nieve que caía. Todos volvíamos la cabeza, despacio, éramos todo ojos y oídos. Los segundos se sucedían.

El instante pasó. La tensión de mis piernas empezó a aflojar. Mi mano derecha, sin el guante, me transmitía una sensación de frío e inutilidad. Cambié la pistola a la mano izquierda y me apreté la derecha bajo la axila, con un gesto de dolor cada vez que el movimiento brusco repercutía en el hombro. Me sentí mejor cuando de nuevo tuve la pistola en la mano derecha, aunque aquel metal, al parecer, no fuera más que a congelarla.

—No es John quien está ahí fuera —dije—. Seguramente.

—No. Ya estamos cerca. Es el Hombre de Pie.

—¿Y ahora, qué? —susurró Phil.

—Proseguiremos —dijo Connelly. Mostró un pequeño dispositivo escondido en la palma de su mano. Me pregunté cómo iba a seguir el camino que llevaba hacia donde nos dirigíamos en la oscuridad. Apretó un botón y una diminuta pantalla se iluminó por un momento, luego se apagó—. No pueden ser más de trescientos, cuatrocientos metros hacia delante.

—Debe de habernos oído llegar.

—Nosotros somos cuatro y él solo uno —dijo Nina—. No se nos echará encima. Esperará hasta que nos separemos; o nos movamos sin pensar. Luego nos atrapará uno a uno.

Connelly asintió.

—Entonces, ¿cómo quiere que lo hagamos?

—Mantengámonos juntos. ¿Está seguro de que es justo ahí enfrente?

—Bastante.

—Entonces giramos hacia allí, subimos por la izquierda y llegamos por un lado. ¿Qué es lo que tenemos enfrente, exactamente?

—Es un barranco. Hemos llegado desde la cima. El terreno es más suave hacia el norte, donde estamos nosotros, y más escarpado por el otro lado. Las riberas se allanan hacia la derecha y se hacen

más altas al este, hacia la izquierda.

Nina me miró.

—Qué te parece: nos desviamos a la derecha e intentamos llegar remontando la corriente.

—Suena bien.

—Vamos allá, pues.

Nos movíamos más despacio ahora, y respirábamos sin hacer ruido. De repente veía cada pedazo de madera que sobresalía de la nieve, y me aseguré de no acercarme en lo más mínimo. Avanzábamos muy juntos, en un cuadrado imperfecto a menos de dos metros los unos de los otros, cada cual muy atento a su cuadrante.

Connelly seguía guiándonos a la izquierda. El suelo comenzaba a elevarse abruptamente, convertido en una cresta escarpada y tuve que usar la mano para agarrarme a las rocas mientras ascendíamos. Me sentía exhausto, mareado y con el cerebro embotado. Mi pie resbaló sobre una roca húmeda y me aplasté la rodilla, pero apenas me di cuenta. De un modo o de otro, me dolía la mayor parte del cuerpo. Cuando llegué a la cima, doblé la cintura y estiré un brazo hacia abajo; Nina atrapó mi mano y se impulsó hacia arriba.

El suelo del bosque caía a ambos lados, como si nos abriéramos camino sobre el lomo de un animal inmenso.

Nos deslizábamos entre los árboles, agachados, apenas respirando ya.

De repente, se levantó un viento aullante y se arremolinó a nuestro alrededor procedente de los kilómetros de bosque que había por debajo. Arrastraba un frío que era como una aguja clavada en ambos oídos, e hizo temblar todas las ramas que nos rodeaban.

—Joder —susurró Nina.

El sonido siguió y siguió, un vasto temblor envuelto en un gélido alarido. Se percibía como si fuera un objeto, costaba avanzar en su contra, y quizá alguno de nosotros se irguió un poco, quizá incluso más de uno. Lo justo nada más.

Se oyó un sordo crac y un gemido, y vi que Connelly se volvía

con un movimiento brusco y caía sobre su espalda.

—Oh, mierda, jefe…

Fui vagamente consciente de los rápidos movimientos de Nina y Phil a mi alrededor, cubriéndose tras los árboles. Yo me arrojé hacia delante en el suelo y me arrastré hasta quedar a la altura del *sheriff*.

El rostro de Connelly estaba en tensión.

—Estoy bien —dijo.

Abrí las solapas de su abrigo y vi una mancha oscura que se extendía en la parte inferior izquierda del pecho. Le puse la mano sobre la herida, presioné con fuerza. Su respiración era profunda y constante. Era un tipo duro.

Miré a un lado y descubrí a Nina agachada a unos tres metros de distancia, con los brazos muy firmes, apuntando su revólver hacia el camino por el que habíamos venido. El ayudante, en cuclillas, seguía con la espalda contra un árbol. El viento se desvaneció convertido en un rumor de fondo.

—Phil, ven aquí —dije. Se levantó. Hubo un nuevo par de restallidos sordos—. ¡No te levantes!

Se puso boca abajo y reptó veloz hacia mí, al estilo militar. Nina disparó dos ráfagas en dirección al ruido.

—Mierda, jefe —dijo Phil cuando vio la sangre.

—Quédate con él —dije.

Me escabullí hacia donde se encontraba Nina.

—¿Lo has visto?

Ella negó.

—Demasiado oscuro. Puede que llevara media hora siguiéndonos, esperando a que el día se pusiera así.

—Por la dirección en que ha herido a Connelly, el disparo tiene que haber venido de algún lugar de por allí —dije señalando abajo a la derecha—. Intenta rodearnos para atraparnos por detrás. —Levanté la vista hacia el muro de roca que quedaba a nuestras espaldas—. Voy a subirme a esa cresta, y bajaré serpenteando para tratar de hacerle lo mismo a él. Si ves que algo se mueve, dispárale. Date el gusto.

—Ten cuidado —dijo ella.

—Lo intentaré. —Ya había iniciado el movimiento para irme, pero ella me agarró del brazo. Miré su rostro frío, pálido—. Está bien —dije—. Haré más que eso.

Le hice señas a Phil para indicarle lo que me proponía. Él asintió, y se volvió de modo que su rifle quedó apuntando en la misma dirección que el revólver de Nina.

Luego me encaramé rápidamente a las rocas. Cuando alcancé la cima hubo otro restallido procedente de abajo, seguido inmediatamente por dos disparos más de Nina. La oí maldecir y luego recargar.

Me arrastré unos diez metros y luego permanecí tumbado sobre mi estómago, mirando hacia abajo. En este punto la vertiente caía abrupta, fría y vacía. No había dónde fijar la mirada allí abajo, ningún patrón reconocible. Las siluetas de los troncos, las ramas y las rocas se extendían sin fin y al azar; y, tan pronto como movías la vista, perdías la pista de lo que habías mirado antes. Todo lo que se podía hacer era tomárselo con calma, mover la cabeza despacio…

Lo vi.

Alcancé a verlo tan vagamente que podría haberse tratado de una sombra, un fugaz producto de la imaginación aplicada a la oscuridad y a la nieve que flotaba a la deriva. Pero entonces lo vi de nuevo, y supe que era él, moviéndose.

Estaría a unos treinta metros, justo donde pensamos que debía de estar.

Me arrastré un poco más por la cresta hasta ocultarme tras un grupo de árboles. Me incorporé flexionando una rodilla. Miré enfrente y evalué la situación. Si no me había visto adoptar aquella posición, probablemente podría conseguirlo. Podía salir corriendo desde detrás de los árboles, girar deprisa hacia la izquierda y descender en dirección a un par de enormes y robustos árboles que podía distinguir enfrente. Consideré la posibilidad de vaciar el cargador durante ese trayecto. Suponiendo que lograra llegar hasta allí sin que me cortaran el paso, recargaría al abrigo de los árboles, preparado para la segunda fase. Entonces seríamos solo él y yo, cuerpo a cuerpo, y de lo único que debía asegurarme era de que

fuera yo y no él el que quedara de pie.

Uno contra uno: no había razón alguna para que no saliera según lo había planeado. Tal vez. Metí la mano en el bolsillo derecho del pesado abrigo, para comprobar que las recargas estaban donde yo creía. Así era. Mi corazón latía con fuerza, sabía que aquel era uno de esos momentos en los que tienes que lanzarte sin más, en los que el plan es menos importante que la velocidad y la confianza.

Me desplacé lentamente un poco más a la derecha —despacio, apenas dos metros— y con eso tenía que bastar; inclinado hacia delante, dispuesto para salir a la carrera, me tambaleaba. Eché un último vistazo de comprobación a un lado.

Había alguien de pie allí.

Una mujer joven. Estaría a unos cuatro metros, sobre un terreno más elevado. Llevaba un pijama floreado y tenía los pies descalzos. Se encontraba entre dos árboles, medio en la sombra; la nieve se arremolinaba a su alrededor y vi que una parte se posaba sobre sus hombros y sobre su larga melena. Solo lograba distinguirle los ojos, la línea de sus pómulos.

Era Jessica Jones.

—Cuidado —dijo—. Hay varios.

Y luego desapareció.

Me falló el equilibrio, cuando estaba a punto de salir corriendo, y caí de espaldas contra una roca. Me quedé un momento allí, helado, parpadeando a toda velocidad, contemplando el lugar donde ella había estado. Miré a derecha y a izquierda. Se había desvanecido.

Rápidamente me arrastré hasta donde creí haberla visto. Allí no había nadie, pero la nieve del suelo estaba revuelta. Me pareció ver algo que podría haber sido una huella, puede que incluso dos, pero, estando tan lejos, eran demasiado grandes. Y además, ¿quién diablos andaría por allí fuera descalzo?

De repente, ya no podía hacer lo que iba a hacer. Di media vuelta, me deslicé cresta abajo y corrí hasta Nina en cuclillas. Ella se quedó mirándome.

—¿Qué coño…?

—Creo que son más de uno —dije, evitando su mirada.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién está con él?

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué has visto? ¿Qué te ha ocurrido, Ward?

No respondí, no podía. No sabía qué decirle. En lugar de eso me escabullí hasta la mitad del camino, de donde se encontraba Phil manteniendo su posición junto al *sheriff*.

—¿Cómo lo ve?

—Me encuentro bien —dijo Connelly. No lo parecía—. No necesito ninguna niñera. Concéntrense en cargarse a ese capullo.

—Son al menos dos —dije—. Así que, Phil, vamos a necesitarte de vuelta allí abajo.

Phil bajó la mirada hacia su jefe, que asintió secamente.

—Tú solo procura que no te maten —susurró Connelly—. El día ya se ha estropeado bastante sin haber tenido que hablar con tu madre.

Phil regresó conmigo medio agachado.

—Me pareció oler algo extraño antes —dijo—. ¿Usted no olió nada?

—No —respondí—. ¿Extraño como qué?

Negó simplemente con la cabeza.

Cuando regresamos donde se encontraba Nina, ella me observó severa.

—¿Qué pasa, Ward? ¿Qué ha ocurrido allí arriba? Estás raro.

—Nada. Es solo que tuve un presentimiento. Ahora…

Y entonces llegó. Un disparo procedente de algún lugar por encima y a la izquierda.

—Mierda —dijo ella—. Tenías razón.

—¿Hay alguien más de su lado? —dijo Phil—. ¿Quién?

—No lo…

Por un segundo, la absurda idea de John y Paul uniendo sus fuerzas cruzó mi mente. Claro que no. Entonces quién…

Allí terminó el pensamiento, porque apareció un hombre corriendo por la colina hacia nosotros, como una sombra fugaz, disparando mientras avanzaba.

Nina y yo abrimos fuego al mismo tiempo. Ambos fallamos. Phil se arrojó al suelo dando una voltereta y terminó golpeándose contra un árbol. Se preparó para disparar, pero dudó un instante de más. Yo permanecí erguido y apreté el gatillo un par de veces.

El tipo hizo algo parecido a un salto con tirabuzón y se dejó caer contra el suelo. Le disparé un par de veces más, oí un alarido.

—Nina, mantén la posición —dije—. Phil, ven conmigo.

Nina levantó la vista, levantó un pulgar.

Le indiqué a Phil que volviéramos por la cresta. Corría tras él agachado, nos separamos para rodear a Connelly. Una serie de chasquidos resonó a nuestro alrededor, desde la posición original del pistolero.

—Mierda —dijo Phil—. Pensé que le había dado.

—Hay tres, entonces —dije—. Dios.

Permanecimos muy juntos y en silencio durante un momento. Mirando al frente. El bosque parecía aún más denso y oscuro allí arriba. Temblaba y me sentía extraño. Noté un cosquilleo en el cuello, volví bruscamente la cabeza a la izquierda y creí ver a alguien corriendo entre los árboles, unos veinte metros más allá; pero no podía ser, porque, al parecer, otra vez no llevaba más que un pijama y sería una locura salir a pasear por un lugar como aquel con tanto frío y estando tan oscuro. Me sentía exhausto, confundido e imaginaba figuras en las sombras, proyectaba imágenes sin sentido. Debía andarme con cuidado. Agaché la cabeza y respiré hondo un par de veces.

Levanté de nuevo la vista cuando se oyó un único restallido enfrente y algo hizo silbar el aire que había entre nuestras cabezas antes de terminar rebotando contra la roca detrás. Phil y yo devolvimos el fuego.

Entonces oí como, por debajo de nosotros, Nina volvía a disparar.

—Joder —dije muy nervioso—. Phil, mantén la posición. Cárgate a ese tipo si puedes. Yo retrocedo.

—Déjelo en mis manos —dijo Phil. Una vez más se tumbó sobre su estómago y reptó a toda velocidad. Tuve la impresión de

que aquel hombre había visto unas cuantas películas de guerra en sus ratos libres. Me parecía estupendo.

Me enderecé más de lo que hubiera debido y en una carrera tambaleante regresé a donde se suponía que Nina tenía que estar. No logré encontrar ni rastro de ella, pero sí que pude oír disparos entre los árboles que había a la izquierda. Pasé junto al cuerpo del primer tipo, en el suelo, y le miré la cara: fría, delgada, dura. No le reconocí.

Hubo más disparos en los árboles de enfrente, difíciles de percibir, pues de nuevo el viento arreciaba transformado en una voz. Me alejé corriendo hasta donde el ruido de las armas se hacía audible. No podía determinar si había una pistola disparando o dos.

Salté desde lo alto de un saliente en la roca y a punto estuve de partirme el tobillo, pero me mantuve de pie por un pelo. Topé con una capa de nieve más gruesa y tuve que luchar para abrirme paso, trabadas las piernas, deslizándome y escurriéndome como si se tratara de avanzar entre melaza congelada.

Finalmente logré salir de allí y llegar a un terreno más rocoso. Los disparos habían cesado, pero no lograba ver a nadie.

—¿Nina?

No hubo respuesta. Giré sobre mis talones haciendo un círculo completo, eché a correr en la dirección en que creía haber visto algo.

Llevaba recorridos apenas cuatro o cinco metros, estaba aumentando la velocidad cuando, de repente, me encontré sin aire en los pulmones, tumbado sobre la espalda, con nieve en las orejas y una roca clavándose en mi columna.

Alguien había salido de detrás de un árbol. Enseguida un pie presionó con fuerza mi pecho. Luchaba por respirar, sin aliento, mientras el dolor desgarraba mi espalda con agudas punzadas. Gemí sin ni siquiera haberlo pretendido. El pie apretaba aún más, y apareció un rostro un metro por encima del mío.

Pelo corto, gafas redondas.

Era el pistolero del restaurante de Fresno. Colocó el cañón de una escopeta en mitad de mi frente. Se apoyó en ella con todo su peso.

—Hola, capullo —dijo.

Nina se encontraba a unos cincuenta metros de distancia. Había oído algo corriendo entre los árboles, algo a lo que no parecían entorpecerle el paso ni las rocas, ni la nieve ni las impredecibles irregularidades del terreno. Ese tenía que ser Paul, pensó. Daba igual quién estuviera con él, aquellos tipos de los que no sabían nada, a los que jamás habían conocido pero que de todos modos querían matarles; Nina creía que la única persona que podía moverse así en aquellas condiciones era el Hombre de Pie.

Así que descendió por la pendiente corriendo tras aquel sonido, disparando indiscriminadamente, y llegó a ver fugazmente algo que se movía por debajo. Pero al cabo de unos pocos minutos se detuvo, agotada, y ya no pudo ver ni oír nada más.

Entonces oyó el sonido de un grito detrás de ella.

—Ward —se dijo, y enseguida se encontró remontando de nuevo la orilla. Resbaló, se aplastó la cara contra la roca.

Siguió adelante.

El hombre presionó con más fuerza el cañón contra mi cabeza.

—Así que tú eres el hermano —dijo—. Estuviste de suerte en el restaurante. Esta noche, no tanto. Al parecer, no tienes lo que tiene él. No eres más que otro aficionado.

Tosí. Poco más podía hacer.

—Él también morirá esta noche —añadió el tipo, hundiendo aún más el cañón—. Gracias a tu amigo.

—¿Quién?

—El tal Zandt. ¿Cómo crees que supimos a dónde había que ir? Nos propuso un trato.

—¿No mató a Dravecky?

—El jefe está sano y salvo. Por supuesto, tu amigo cree que va a salir de esta. No podría estar más equivocado.

Por un momento, pisó mi pecho aún con más fuerza. Sus ojos

centellearon detrás de los pequeños círculos de cristal. El goce que le causaba el hecho de que yo no pudiera respirar era evidente.

—Así que *au revoir*, pedazo de mierda. Es hora de largarse.

Pude ver su dedo presionando lentamente el gatillo de la escopeta, sentí allanarse el suelo por debajo de mí como si se convirtiera en una losa.

Cerré los ojos. No quería que la última cosa que viera fuese la cara de aquel tipo.

Se oyó el ruido de un revólver, cerca. Luego dos disparos más, casi inmediatamente.

Abrí los ojos justo en el momento en que el hombre caía de espaldas. Volví la cabeza. Nina apareció ante mi vista a toda velocidad.

Cayó a mi lado sobre una rodilla.

—¿Estás bien?

La sangre resbalaba por su mejilla.

Aturdido, me incorporé apoyándome en los codos. Estaba bien, en el sentido de que podía moverme y podía sentir que todo me dolía un montón, lo cual probablemente significara que no tenía la espalda rota y era capaz de hacer cualquier movimiento sin problemas.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

—No te escandalices. ¿De qué estaba hablando? ¿Dijo algo sobre John? Me pareció oír su nombre.

—No. Andan detrás de Paul.

Me tomó del brazo y me ayudó a ponerme de pie. Recuperé el equilibrio, aspiré dos profundas bocanadas de aire con las manos en las rodillas.

Al incorporarme, vi que Nina estaba junto al otro tipo. Oí tres disparos a cierta distancia por delante de nosotros. Nina no se movió.

—Nina…

—Espera un minuto —dijo.

El tipo del suelo intentaba incorporarse, la sangre manaba de su muslo y de su nuca. Se movía despacio pero como si pudiera

mantener aquel ritmo. Nina le dio una patada en las costillas.

—Esto es por Monroe —dijo, en voz baja, tensa y firme—. Es un gilipollas pero es mi gilipollas.

—Es un hombre sucio —dijo el tipo. Su voz era poco más que un suspiro.

—¿Y quién no? —Nina tenía el rostro demudado—. Y si ya lo habías avisado, ¿por qué demonios mataste al policía?

—Para asegurarme. Monroe no hizo nada la primera vez.

—El oficial se llamaba Steve Ryan.

—Da igual —sonrió—. No hice más que mi trabajo.

—Correcto —dijo Nina. Asintió, una vez. Se dio la vuelta para alejarse.

Luego se volvió y le disparó en la cabeza.

Se inclinó para decirle:

—Esto es de parte de su esposa.

30

Patrice llevaba quizá diez minutos hecha un ovillo cuando oyó ruido de correteo por encima de ella, algo o alguien se abría paso entre los arbustos, en el borde del barranco. Debatió consigo misma qué debía hacer. A la hora de la verdad, todo el mundo cree sinceramente que, si uno se queda muy quieto y no mira a ningún lado, los monstruos no le ven.

Pero decidió que tenía que averiguarlo.

Levantó la cabeza y vio a la muerte avanzando a brincos por el lecho del río. Permaneció un momento indecisa en medio del agua; al parecer, había olvidado que Patrice estaba allí. Pudo verla considerando sus opciones.

Luego cruzó el río y desapareció detrás de un par de grandes árboles. No había ido lejos, sin embargo. Patrice lo sabía.

Registré el abrigo de aquel hombre y cogí todas las balas que pude. Luego me di cuenta de que no quería usar su arma; lo arrojé de nuevo todo a un lado.

—Algo ha ocurrido allí arriba —dije.

—Mierda —dijo Nina—. Sí. Oí los disparos.

Nos apresuramos a remontar el camino por el que habíamos venido. Hacía frío, y el viento todavía gemía y lo agitaba todo, y me sentía muy lejos de casa. Ahora cojeaba, y el tremendo dolor en mi costado derecho, que se extendía hasta la espalda, me indicaba que me había roto alguna costilla. Habíamos ido más lejos de lo que

creía. Pasaron cinco minutos antes de que viera a Nina detenerse y erguirse, y entonces desvié la mirada y descubrí que enfrente había alguien de pie, cerca de la cima de aquella cresta.

—No dispare. —Era Phil—. Dios —dijo—. ¿Están bien, chicos? ¿Qué le ha pasado?

—Tumbamos a uno —dije—. ¿Qué tal te ha ido a ti?

Movió negativamente la cabeza, se volvió y echó a andar veloz hacia la posición de Connelly. Lo seguimos.

—Fui tras él —dijo—. No pude encontrarle. Y entonces se puso a disparar desde algún sitio. Estuvo endiabladamente cerca de volarme la cabeza. Devolví el fuego, me puse a cubierto tras una roca e intenté rodearla por el otro lado, pero di con un precipicio enorme y pensé, mierda; esto es el fin. No tengo ningún lugar a donde ir, y…

Por un momento pareció avergonzado.

—Quizá tuve ocasión de disparar un poco antes. Pero no lo hice. Nunca antes había intentado matar a nadie. Así que me levanté a medias, pensando que tenía que encontrar algún modo de volver al otro camino, y fue entonces cuando vi a ese otro tipo.

—¿Qué otro tipo?

—No lo sé. Salió de la nada. Lo vi un solo segundo. Hizo así. —Phil reprodujo con mímica el gesto de alguien que se llevara un rifle al hombro—. Y disparó antes incluso de estar en posición. Un solo tiro. Bang, tal cual. Me agaché como si hubiera caído. No oí nada más durante un par de minutos. Así que finalmente asomé la cabeza para mirar. El tipo del rifle había desaparecido. Y había un cuerpo tumbado unos diez metros de mi posición.

—¿Tú no le disparaste?

—No, se lo acabo de decir. Pero está clarísimo que alguien lo hizo. Fui y miré el cuerpo. Un agujero, justo en mitad de la frente, como si alguien le hubiera pintado una diana. O sea que ¿quién demonios es ese tipo? ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Debe de ser John —dije.

Nina negó con la cabeza.

—John es un hombre de ciudad. No le veo capaz de acercarse

sigilosamente a uno de estos tipos y derribarle de un solo disparo. Hasta donde yo sé, no ha usado un rifle de caza en su vida.

—Entonces, ¿quién?

—El Hombre de Pie —dijo ella—. Tiene que ser él. Los demás vinieron hasta aquí para matarle a él, no a nosotros.

—No me convence. Habría dejado que nos mataran primero.

—Eres su hermano, Ward.

No veía qué diferencia podía significar eso.

Cuando llegamos donde se hallaba Connelly, lo encontramos incorporado. Apoyado contra un árbol, pero de pie.

—Joder, *sheriff*, vuelva a sentarse.

—Estoy bien —dijo.

—Señor, con el debido respeto, en serio que no lo está —dijo Nina—. Sangra como un cerdo empalado.

El hombretón bajó la vista, vio las densas manchas oscuras que empezaban a extenderse por sus pantalones.

—Es verdad. Entonces será mejor que nos demos prisa.

Rebuscó otra vez en el bolsillo de su abrigo y sacó su GPS. Le temblaba la mano, pero no demasiado. Tras un rápido destello de la pantalla, indicó con la cabeza hacia delante y a la derecha.

—Podríamos también ir directos hacia allí ahora —dijo.

Avanzamos entre los árboles. Pasamos junto al cuerpo del otro pistolero, tumbado de espaldas en el suelo. Phil tenía razón. El hombre que le había matado sabía disparar.

El terreno se niveló un poco al cabo de un rato, curvándose para formar vertientes a ambos lados, como si estuviéramos entrando en un medio túnel flanqueado de árboles y sombras: la erosión de alguna gran corriente de agua antigua, supuse, o de algún glaciar aún más remoto. El viento se enfureció de nuevo, nos empujaba, y nosotros avanzamos un poco más deprisa, esperando que encubriera el ruido de nuestros pasos.

Connelly trastabilló, se detuvo; se tambaleó hacia delante y cayó. Me arrojé hacia él pero se golpeó despacio en la cabeza.

—Id —dijo…

Me quité el abrigo y lo extendí sobre él.

Y proseguimos. Los arbustos eran densos, enormes algodones helados. Las ramas más bajas de los árboles se azotaban por delante y por detrás, una y otra vez, sin fin, como si las agitaran las manos de un lunático. Algo profirió un grito a la izquierda de donde estábamos. Creo que fue el viento.

Nina levantó un brazo, se detuvo.

—Allí.

Observé. A unos sesenta metros se adivinaba que los árboles daban paso a un vacío negro.

El borde del barranco. Tenía que ser eso.

Phil susurró:

—¿Vamos a ir derechos hasta allí?

—No —dijo Nina—. Tú desvíate muy a la derecha. Yo seguiré hacia delante. Ward, tú ve por la izquierda. Al primer atisbo, disparad y luego gritad.

Asentimos. Phil se desvió enseguida, abriéndose paso a través del sotobosque tan silenciosamente como pudo.

Nina me señaló con un dedo a modo de advertencia, a un par de escasos centímetros de mi cara, luego se desplazó deprisa hacia delante. Giré noventa grados y me encaminé en paralelo al filo del barranco tan rápido como pude.

Todo iba bien, me decía a mí mismo, hasta que oí el ruido de un disparo.

Entonces quedó todo en manos de los dioses. Esperaba que estuvieran prestando atención y que no nos guardaran ningún rencor.

Nina redujo progresivamente la velocidad y fue más silenciosa. Cinco minutos de arduo trayecto hacia delante le habían permitido avanzar tal vez treinta metros. Un vistazo a la derecha le desveló una sombra desvanecida que avanzaba rodeando por un lado aquel agreste y alto valle. Phil. Desapareció de su vista tras unos momentos, probablemente detrás de los árboles, o en una zona más baja del terreno. No podía ver a Ward a su izquierda. El terreno era

difícil y escarpado en aquella dirección. Tendría que alejarse mucho. Nina esperaba que ninguno se perdiera. Esperaba que no murieran todos. No allí fuera, en un lugar tan frío.

Además estaba oscuro como el infierno. Los árboles delimitaban ahora su único camino hacia delante, pero los arbustos lo complicaban. Se escondió rápidamente bajo un árbol que había cedido, precariamente apoyado contra los otros, aún vivos. Por debajo del sonido del viento podía oír el del agua, enfrente. Un solitario y risueño chapoteo. Es curiosa la forma en que, tan solo por el sonido, puede adivinarse que el agua está espantosamente fría.

Adelantó, con cuidado, un pie al frente. Intentó resbalar pero la nieve y la maraña del bosque lo hacían imposible. Tuvo que seguir levantando los pies en pequeños y cautelosos pasos.

Y entonces: pop. Oyó el ruido de un disparo.

Volvió velozmente la cabeza. ¿De dónde había venido? Por favor, que al menos no fuera de la izquierda…

Oyó un grito después, apagado, poco claro. Venía de la derecha, estaba segura. Tenía que ser Phil. Había dado con algo.

Dejó a un lado la cautela y se abrió paso, resuelta, hacia delante. Ahora tenía que llegar allí abajo deprisa. Esperaba que Ward también hubiera oído los ruidos. Llegaría muy rápido, sabía que sería así.

Sostenía la pistola muy firme al frente, apartaba la cara de la áspera maleza, intentando evitar las abrasivas ramas y sus frías y húmedas bofetadas, impulsándose hacia delante con tanto ímpetu y velocidad como podía. Era lo mismo que luchar para abrirse paso entre espinosas telarañas. Se puso de lado, con la idea de atravesar la nudosa vegetación que se alzaba como una barrera. Oyó otro disparo, se dio cuenta de que probablemente aquello significara que había problemas y, abandonó el mínimo dé prudencia.

Cuatro pasos más y luego cayó.

Había ido demasiado lejos. Más que demasiado. Consideré que era una buena distancia para empezar, pero luego, cada vez que

intentaba regresar descendiendo por el precipicio, algo se interponía en mi camino. Arboles, en pie y caídos. Troncos cubiertos de vegetación que resultaban demasiado difíciles de sortear. Cúmulos de rocas en amenazantes y resbaladizos enjambres, que se abrían súbitamente hacia abismos imposibles de saltar y que debía rodear. Me vi obligado a desviarme más y más lejos a la izquierda, a lo largo de una cresta cada vez más estrecha.

Al final abandoné ese recorrido, sudado y sin aliento, y seguí recortando todavía más lejos por la ladera hasta cruzar un paso rocoso, y por fin tuve el camino libre durante un rato. Al parecer, seguía sin poder descender y regresar. El tiempo pasaba. Estaba tardando demasiado. Deseé que hubiera luz. Deseé que Nina hubiera llamado a los federales o al ejército o a las *girl scouts*. No nos cubrían las espaldas más que dos polis, y uno de ellos estaba temblando, agazapado al pie de un árbol, cien metros por detrás de nosotros.

Finalmente parecía que hacía algunos progresos, avanzando frenéticamente a tientas por un trecho de rocas o por un claro, hacia una grieta que había en la cima y que me pareció que podría atravesar.

Entonces oí el ruido de un disparo.

Y tal vez un grito, un par de segundos después, pero no estaba seguro.

Me metí la pistola en el bolsillo y me agarré de las rocas que tenía enfrente. Las atravesaría pasando por encima, y que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. Trepé y crucé las rocas con esfuerzo, me dejé resbalar por el otro lado y vi que enfrente se abría un espacio más despejado. Por fin.

Toqué el suelo y corrí y corrí.

Caía deprisa, intentaba agarrarse a lo que fuera, perdió la pistola. La caída fue veloz y estrepitosa, pero le pareció más larga que todo eso; luego impactó de bruces contra algo duro que la hizo girar sobre sí misma tan deprisa que la cabeza le dio vueltas. Aterrizó en el suelo

de costado, como un saco de troncos arrojado desde un avión.

Inmediatamente se sentó, aturdida, y se lanzó hacia delante. Cuando estuvo a cuatro patas, miró a derecha y a izquierda, adelante y atrás, intentando localizar la pistola.

Vio que se encontraba en cierto lugar rocoso y oscuro, y que el agua ahora estaba mucho más cerca.

Pero ¿dónde estaba la pistola?

Esperaba que no hubiera quedado atrapada por encima de ella, encajada en alguna grieta o raíz. La quería allí y ahora. La quería con desesperación.

Avanzó a gatas, palpando el terreno con las manos. Su cabeza seguía aún confundida y mareada a causa de la caída y le resultaba difícil ubicarse en el espacio. Fría grava bajo sus manos. Húmeda. Afilada. Oscuridad, difícil de descifrar. ¿Era eso de enfrente más penumbra, o era un muro de roca?

Algo emitía un sonido parecido a un gemido, a la derecha. No cerca de allí. No lograba ver nada ahí. «Los gemidos no pueden ser buenos. A menos que sea él. A menos que Phil le haya dado. O a menos que sea solo el viento. Si no es el viento o el Hombre de Pie, entonces no es bueno». ¿Cómo podía estar segura de que aquella era la dirección hacia Phil? ¿Y si era hacia donde se encontraba Ward? ¿Estaba cerca del barranco? ¿Era eso el barranco?

¿Dónde estaba la pistola? ¿Dónde estaba la puta pistola? ¿Dónde estaba la puta, puta pistola?

Vio algo enfrente, pálido, pero no era nieve. Observó con mayor atención y comprendió de qué se trataba. Una anciana, acurrucada, diminuta, bajo un gran abrigo. Estaba sentada al otro lado del río bajo y ancho, con la espalda bien pegada a la alta pared de roca.

Miraba a Nina, los ojos muy abiertos, sin parpadear, sin hacer ningún ruido. Su cabeza y sus hombros estaban cubiertos de nieve, como una estatua escondida en un cementerio abandonado, lejos de cualquier camino transitado.

La silueta y posición de la mujer dieron por fin una referencia visual a Nina. Estaba cerca del fondo de un precipicio —el precipicio tenía que ser— de paredes empinadas pero de suelo

bastante llano y quizá de unos cuatro metros y medio de ancho, que se estrechaba rápidamente en ambas direcciones.

Parpadeó para fijarlo en su mente y luego buscó la pistola de nuevo, obligándose a hacerlo despacio en esta ocasión, como si no tuviera importancia, como si fuera un pendiente que se le hubiera caído allí, en Malibú, y el taxi estuviera pagado por un cuarto de hora, y la gran pregunta de la noche fuera si tomar un entrante o dos aperitivos, o quizá solo una botella de vino frío.

Allí estaba. Gracias a Dios.

Nina se abrió paso con dificultad a través de la corriente, y sacó la pistola de las aguas poco profundas. La sacudió, cambió el cargador. Corrió muy agachada hacia el otro lado y se acuclilló junto a la mujer. Habló en voz bajísima, tratando de controlar su respiración, de mantenerla regular.

—¿Es usted Patrice Anders?

La mujer seguía mirándola. Había hielo en sus pestañas. Estaba a dos pasos de convertirse en un polo. Pareció que su cabeza se movía un poco. ¿Eso era un sí?

Nina le sacudió el hombro con delicadeza.

—¿Señora?

—Sí —dijo ella, en voz alta.

—Chsss… ¿Hay alguien con usted? ¿Sigue él por aquí?

Más bajo:

—Está aquí. En alguna parte.

—¿Quién? ¿El tal Tom o es Henrickson?

—Ese… no es su verdadero nombre.

—En realidad, sí lo es.

Nina se arrodilló junto a ella, y miró en la dirección en que apuntaba el rostro de la mujer. No lograba ver nada salvo las paredes rocosas del curso de agua, allanándose un poco del lado izquierdo.

Luego oyó de nuevo un grito de dolor.

—No se mueva —dijo. Entonces se dio cuenta de por qué la postura de la mujer parecía tan extraña. Tenía las manos atadas a la espalda. Intentó torpemente deshacer el nudo con sus propios dedos entumecidos. La cuerda tenía una capa de hielo y parecía que le iba

a llevar una eternidad iniciar el menor movimiento. Por fin, la desató. La mujer puso las manos delante despacio, muy despacio, como si temiera que los brazos se le fueran a romper.

—No se mueva todavía —dijo Nina—. En serio.

Se escabulló detrás de la hilera de arbustos y siguió agachada mientras se abría camino por uno de los lados del barranco. No iba a soltar la pistola, otra vez no, pero seguía resbalando en las rocas mojadas con solo una mano para sostenerse. Se agarraba a las ramas para darse impulso, y funcionaba, pero no era muy rápido. Los regueros de agua le helaban la mano. Con lentitud, recorrió diez o doce metros a contracorriente, cada paso era un suplicio.

Esperaba que Ward estuviera al llegar. Lo esperaba en serio, muy en serio.

Más adelante, las paredes no alcanzarían más de dos o dos metros y medio. Pudo ver que algo yacía en el fondo.

Era Phil.

Estaba vivo pero se agarraba muy fuerte el muslo con ambas manos, su cuerpo se retorcía en un lento giro. Procuraba con todas sus fuerzas no hacer ningún ruido, tenía los ojos desorbitados de dolor como si fueran dos blancas canicas, pero se le escapó otro gemido cuando la vio.

—Me disparó —dijo, como en un ronco resuello—. Henrickson. Me cogió la pistola.

Con un movimiento brusco de cabeza le indicó el camino por el que ella había venido, paralelo al río.

Pero, en lugar de eso, Nina miró tras él, escrutando la cima de las paredes del barranco. El hecho de que hubiera ido en la dirección que le había indicado Phil no significaba nada en absoluto. Podía estar de nuevo allí arriba ahora.

O, de hecho, podía estar… Consideró rápidamente la posibilidad de seguir remontando la corriente más allá de donde se encontraba el ayudante, intentando trepar por alguna de las paredes, y volver así a terreno elevado, por encima del resto, con la esperanza de que el Hombre de Pie volviera abajo. Que fuera él el pez en la pecera en lugar de ella.

Pero sabía que no podría escalar y sostener la pistola al mismo tiempo, y sabía también que su espalda sería una diana inmensa para alguien que supiera cómo matar.

—No te sueltes la herida —dijo, y se arrastró de vuelta en la otra dirección.

Esta vez permaneció alejada de los muros y siguió recto por en medio de la corriente. El agua le llegaba casi hasta las rodillas, fría como ninguna otra cosa que hubiera sentido antes. Fría y ruidosa; agua tumultuosa, y seguía el viento aullador, y la oscilante cortina de la nieve interminable. Parecía que fuera a continuar cayendo hasta que lo hubiera cubierto todo para siempre.

No podía volverse y mirar a su alrededor porque los guijarros y rocas del lecho estaban demasiado sueltos bajo sus pies. Así que mantenía una trayectoria recta por el centro, fijando los ojos entrecerrados hacia delante, tratando de localizar a la tal señora Anders para saber lo cerca que estaba de donde había empezado. Pensó en gritar por si acaso Ward podía oírla, pero tal vez el Hombre de Pie estuviera mucho más cerca; comprendió con dolorosa claridad lo estúpido que había sido su plan de «disparar y gritar» y deseó que hubiera sido idea de otro y no suya.

Seguía sin ver a la mujer, y eso la asustaba y la empujaba a seguir avanzando más deprisa.

Entonces, por el rabillo del ojo, atisbo a alguien de pie sobre el lado izquierdo del barranco. En un lapso de tiempo demasiado breve para ser medido, vio que tenía un rifle encajado en el hombro y supo que no era Ward; y, con una velocidad que eludió su mente consciente por completo, pivotó, levantó las manos y disparó tres veces.

Dos de los sonidos se desvanecieron en sendos chasquidos. El último devolvió el eco de una seca y sonora bofetada. La silueta resbaló, y cayó deslizándose por la baja pendiente del barranco.

Nina corrió a través del agua, olvidando el frío; todo era tangencial y sin interés salvo el hombre que había en el suelo frente a ella. Mantenía el arma apuntando hacia él, acercándose lentamente hasta que estuvo a unos dos metros.

Con una vez nunca bastaba. Debería dispararle de nuevo.

Su dedo se tensaba sobre el gatillo cuando el tipo se incorporó y mostró su rostro.

—Oh, Dios —dijo ella, aterrada—. John…

Luego se oyó el ruido de alguien que aterrizaba suavemente tras ella. La pistola saltó de sus manos, un brazo le rodeó firmemente el cuello y un frío círculo de metal se apoyó en su sien.

—Hola, agente Baynam —dijo una voz—. Excelente trabajo.

31

Corrí casi hasta más allá del fin del mundo.

Si no me hubiera agarrado en el último minuto con la mano izquierda, habría ocurrido. Habría llegado precisamente a esa zona rocosa elevada, abría dado un paso de más y enseguida hubiera zarpado hacia la noche eterna. Pero, al final, mi estómago se curvó hacia fuera, suspendido en el vacío, y durante una fracción de segundo tuve la terrorífica visión de un enorme precipicio, y sentí cómo se inclinaba la rama, y oí el rugido del agua que caía en algún lugar muy, muy por debajo de mí.

Me di impulso hacia atrás y le di la espalda al precipicio rápidamente, desesperado y aterrorizado. Mis pulmones gritaban, me dolían como si estuvieran repletos de esquirlas de cristal. Mis pulmones me odiaban muchísimo.

Me asomé tambaleante y lo vi, sí, había llegado al barranco, pero ese no podía ser ningún punto cercano al indicado. Aquel lugar tenía unos doce metros de ancho y sus vertientes eran tan escarpadas y profundas que parecían obra de un único y violento golpe de hacha gigante.

De todos modos, tenía que ser ese. Así que debía regresar.

Me mantuve a un par de metros del borde y me abrí paso entre los arbustos. Los árboles eran allí un poco más pequeños, pero aquello no ayudaba demasiado: lo único que suponía eso era que la maleza tenía espacio de sobra para expandirse, y realmente le ponía ganas al proceso. Enseguida me encontré vagando de nuevo lejos del barranco, forzado a deshacer el camino por el que había venido.

Seguí luchando por avanzar, acelerando cuando podía, pero bregando siempre a contracorriente. Empezaba a pensar que tendría que desandar todo el camino recorrido cuando me detuve en seco.

Había ido observando las hileras de árboles que había entre el precipicio y yo, y me pareció ver algo, apenas una sombra de algo en el filo mismo del barranco. Me abrí camino hasta el lugar, sabiendo que la distancia sería aún demasiado amplia.

Pero cuando llegué allí comprendí lo que había visto.

Había un gran tronco caído que cruzaba el precipicio. Se había desplomado justo al través, de hecho. Tenía una extraña apariencia de puente. Al otro lado, la vegetación clareaba mucho más. Resultaba difícil no verlo como una invitación.

Me abrí paso hasta el extremo del tronco, le di un puntapié. Era sólido. La orilla del otro lado, al parecer, me proporcionaría una despejada carrera hasta donde se suponía que debería estar, o como mínimo, mucho más cerca de lo que me encontraba entonces.

Asumiendo que fuera capaz de recorrer cuatro metros por encima de un horrendo vacío que caía vertical contra un amasijo de frías y escarpadas rocas, usando para ello un tronco cubierto por una capa de diez centímetros de nieve.

Olvidémoslo. No le iba a servir de nada a nadie con el cráneo reventado. Me di la vuelta.

Entonces oí tres disparos más. Y algo parecido a la voz de Nina profiriendo un ruido que no sonaba precisamente a grito de triunfo.

Subí al tronco de un salto. Respiré hondo.

No sabía qué otra cosa podía hacer más que enfrentarlo a la carrera.

Patrice observaba lo que sucedía delante de ella. Vio a Henrickson aterrizando en el río como si se tratara de una película marcha atrás. Jamás había visto a nadie con menos probabilidades de tropezar o caer. En un fluido movimiento, había desarmado a la mujer y le había puesto un revólver en la cabeza.

Arrojó el rifle del otro hombre al agua con el pie, y luego

arrastró a la mujer unos cuantos metros hacia atrás, hasta que estuvieron en mitad de la corriente.

El hombre del suelo parecía estar sufriendo, pero intentaba no demostrarlo. Patrice sabía que así era como funcionaban las cosas con los hombres. Salvo algunas veces, cuando gemían como condenados. Incluso Bill. El cáncer destroza las agallas de cualquiera.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, John?

—Dravecky —le dijo el hombre, no sin satisfacción—. Incluso los psicópatas del mundo quieren librarse de ti. Eres el paria de los parias. No tienes ningún lugar a donde ir.

—Siempre hay algún lugar —dijo Henrickson—. Encontrar a Dravecky y matarle era la prioridad número uno. La número dos será su colega de la Agencia de Seguridad Nacional en Los Angeles. ¿Diste ya con él, Nina?

—Sí.

—Imaginé que tal vez sería así. No te preocupes. Son mucho menos importantes de lo que se creen.

Patrice vio que el hombre del suelo se movía de repente, y luego que tenía un revólver en la mano. Pero Henrickson se desplazó al mismo tiempo, retrocedió dos metros más, y ahora tenía a la mujer justo en frente de él: ocultaba su cuerpo detrás del de ella, su cabeza detrás de la suya.

—¿Qué vas a hacer, John? ¿Le dispararás a ella para darme a mí?

Patrice observó el rostro de la mujer y se dio cuenta de que en realidad no estaba segura de lo que haría el otro tipo. Intentaba moverse, ofrecerle al otro una diana que no fuera una parte de su propio cuerpo, pero el hombre que tenía detrás era hábil y rápido.

—¿Qué es más importante para ti? ¿Meterme una bala a mí por amor a Karen y matar a tu amiga, la agente, en el proceso? Quizá debería ahorrarte la decisión y matarla yo mismo.

El hombre del suelo se enderezó. La mano que sostenía el arma no parecía muy firme.

—Dispárale y te dispararé a ti —dijo.

Patrice pensó que no tenía ni la más remota posibilidad de darle

al tipo, aunque se asomara un par de centímetros. Y sabía que Henrickson pensaba lo mismo y también que, tal vez, aquello no impidiera que el hombre herido lo intentara.

Entonces se dio cuenta: «No me ha mirado».

Henrickson no había echado ni siquiera un vistazo en dirección a ella desde que había regresado al barranco. De todos modos, Patrice suponía que aquel hombre era de los que saben cuantas monedas llevan en el bolsillo, hasta el último centavo, si es que alguien de su calaña tiene la menor necesidad de llevar monedas en el bolsillo. Pero quizá no fuera ella precisamente lo primero que aquel tipo tuviera en mente.

¿Podría hacerlo? ¿Podría dar un salto, arrojarse sobre él o sobre algún lugar cercano? ¿Desequilibrarle lo suficiente al menos para que el hombre de la pistola pudiera disparar?

No estaba segura. Pero pensó que podía intentarlo.

Descruzó lentamente los brazos. Le dolían como si le estuvieran metiendo alambre al rojo vivo por los huesos. Intentó mover los pies y no sucedió gran cosa, pero no importaba. En realidad, no era necesario que lo atrapara. Bastaba con hacer algo inesperado.

Se impulsó hacia delante.

No se movió. Empujó de nuevo. No podía moverse. Era como si algo la tuviera cogida por la espalda. Se había quedado tan congelada, con las piernas tan trabadas, que…

No. Algo la estaba agarrando de la espalda.

Volvió la vista. Algo le había puesto las manos sobre los hombros. Lentamente se dio la vuelta.

Tom Kozelek estaba agachado detrás de ella. Desprendía un olor cálido y extraño. La asía cuidadosamente de los hombros con sus grandes manos, tirando de ella, impidiendo que se moviera.

«Mantente a salvo —le dijo él, en su mente—. Viene un hombre».

Luego la soltó, se fundió con el fondo y desapareció. Patrice creyó oír un leve chapoteo en el agua que caía aún tras de sí.

Pero seguía sin poder moverse. No habían sido más que sus piernas congeladas, después de todo.

Llevaba recorridos ya tres cuartos del camino y entonces mi pie resbaló. Resbaló como si hubiera pisado sobre hielo con un zapato de hielo. Lancé ambas manos hacia delante y recé. Choqué contra el borde con arbustos cogidos en ambas manos. Trepé, pies y manos agitándose como los de un perro. Superé más rocas, raíces y nieve; y por fin di con algo sobre lo que podía posarme.

Corrí. Los pulmones ya no me dolían; ni las costillas ni la espalda ni el hombro. Mis pies encontraban donde dar cada paso como si estuviera corriendo por una llanura de hierba recién cortada; los arbustos quedaban atrás como brumosos ensueños y los árboles definían un sendero que siempre había estado allí, como si las montañas se hubieran dado forma a sí mismas tiempo atrás para ofrecerlo. No podía ver gran cosa a través del manto blanco que se precipitaba, pero sabía dónde tendría que estar, si es que podía llegar allí lo bastante deprisa.

Tuve que desviarme hacia arriba brevemente, pero solo unos cincuenta metros. Después atajé hacia atrás y a la derecha, recto hasta el filo del barranco que ahora ya podía ver. Corrí agachado y deprisa, sin preocuparme del ruido. Era demasiado tarde para preocuparse por eso, o por cualquier otra cosa.

Me deslicé hacia un árbol y me di impulso para quedar a un lado de este, en cuclillas. Saqué la pistola y le metí un cargador nuevo. Tomé aire y me erguí.

—Hola, Ward —dijo una voz desde abajo—. Te estaba esperando.

Avancé medio paso y luego retrocedí otro medio, más cerca del árbol. Miré hacia el barranco. Había alguien al fondo, tendido en el suelo junto a la pared que caía por debajo de mí, revólver en mano. Primero pensé que era Paul, luego vi que se trataba de John, y me di cuenta de que no podía ser él quien me hubiera llamado.

Tal vez a unos diez metros de distancia se hallaba Nina, en diagonal río arriba. Estaba de pie, de un modo muy raro, justo en medio del agua. Entonces vi que era porque tenía el brazo de un hombre alrededor del cuello y una pistola apoyada en la sien. Paul.

—Suéltala —grité.

—No si no es para arrojarla.

—Dispararé.

—No lo creo. John no pudo, y tú tampoco podrás.

Comprendí que tenía razón. Se había ladeado de tal modo que su espalda quedaba contra la vertiente opuesta del barranco. Estando John y yo del mismo lado, ninguno de los dos podía dispararle sin atravesar a Nina primero.

La miré.

—Hazlo, Ward —dijo ella.

Di un paso atrás, poniéndome más a cubierto. Paul disparó y pensé que había matado a Nina, pero luego me di cuenta de que había desviado el revólver hacia delante apenas un segundo. La bala silbó a través del viento justo al lado de mi cabeza. El arma fue inmediatamente colocada de nuevo sobre la sien de Nina.

—Sí, hazlo —dijo—. Vamos, te toca a ti.

—¡Ward, por el amor de Dios, dispárale a él! —gritó John.

—No tengo ángulo.

No sabía qué hacer. Intenté remontar un poco la orilla, pero Paul podía verme y alteraba su posición justo lo suficiente, manteniéndose todavía a cubierto de John y de mí.

—¿Qué vas a hacer? —grité—. ¿Retroceder hasta Seattle? Es una excursión jodidamente larga, te lo advierto.

Rio sin más.

Era solo un juego. Paul sabía que yo llegaría. Me había esperado. Quería que fuera uno de nosotros quien hiciera aquello, hostigado hasta el punto de cometer un error terrible.

Y, si no, lo haría él mismo, sin pestañear, y entonces seríamos él contra mí y un hombre que estaba tendido en el suelo como si le hubieran disparado. En aquellos momentos, no sentía un gran aprecio por John, pero me veía incapaz de hacer algo que comportara que le volaran la cabeza.

Justo entonces, John disparó.

Falló. El Hombre de Pie dio otro paso atrás, arrastrando a Nina consigo.

Miré barranco arriba y advertí que si la mataba entonces y corría

remontando la corriente, podría alejarse antes de que yo consiguiera acercarme lo más mínimo. Sabía que el tiempo se acababa.

Mataría a Nina y luego huiría.

Su vista estaba fija en mí. Comprendí que me cedía la decisión. Percibí lo que me estaba diciendo: que aquel era un momento para hacer lo que creyera mejor, nada más, y ver cómo resultaba.

Di un paso hacia atrás en el camino por el que había venido, dejando que mis brazos cayeran un momento. Se me estaban enfriando las manos. La cabeza también, vacía y ocupada en una única y simple decisión.

Lo único que lograba ver era la cara de Nina.

Entonces algo se movió en el borde de mi campo de visión, justo en lo alto del lado opuesto del barranco. No muy en el borde, un poco atrás. Vi que algo se movía, muy despacio.

Me erguí.

—Que te jodan, Paul —dije—. No voy a hacer esto por ti.

—Como quieras —dijo él. Me miró directamente a los ojos y apretó con más fuerza el revólver contra la cabeza de Nina—. Lo haré yo por ti.

La figura del otro lado se deslizó para acercarse un poco más, llegando casi al límite de la vertiente. Seguí mirando a Paul, no permití que mis ojos parpadearan en absoluto.

—Ward, dispárale. O lo haré yo.

—John, no hagas nada.

Esperé un instante. Luego me desplacé rápidamente a mi izquierda. Grité:

—¡Ahora!

Paul se giró y retrocedió para mantener a Nina entre él y yo.

Connelly disparó. Aprovechó el tiro y le encajó una bala en la parte superior del hombro de Paul, haciendo buen uso de su posición elevada en la vertiente opuesta del barranco.

Paul giró en redondo, con la pistola en el aire, y por un precioso momento fue a él a quien pude ver, solo a él, sin nada en medio. Disparé tres veces. Hombro, brazo, pierna.

Torpemente, dio la vuelta, e intentó mantener cogida a Nina,

pero ella forcejeó para soltarse, le dio una patada y consiguió librarse. Él intentó correr, pero solo consiguió avanzar unos pocos metros antes de desplomarse.

Entonces yo ya me deslizaba vertiente abajo. De camino volví a disparar. En esta ocasión le di a la masa de su cuerpo y el impacto lo arrojó contra la pared de roca, mientras la pistola volaba lejos de su mano.

Rápidamente me interpuse entre él y John. No podía asegurar que aquello fuera a suponer ninguna diferencia. Pero John no disparó.

Crucé el río. Caminé a través del agua fría hasta la otra orilla. Me detuve a un metro y medio.

Levanté el brazo. Le apunté con mi revólver. Paul se había desplomado a los pies de la pared. Estaba destrozado y sangraba profusamente. Resultaba difícil creer que se trataba de él.

Levantó la vista hacia mí.

Su rostro era tan idéntico al mío…

CANNON BEACH

Cuatro días después, seguimos un consejo de Patrice. Condujimos hasta Portland y luego nos desviamos hacia el oeste por la autopista 6. Había llovido todo el camino desde Washington, y seguía lloviendo mientras avanzábamos hacia la costa a través del bosque de Tillamook State. Es un bosque estupendo. Tiene muchos árboles. Antes no los tenía. Durante muchos años lo talaron y luego, en 1933, un incendio masivo, el Fuego de Tillamook, devastó una franja justo en el medio. Cuando terminó, más de ciento veinte mil hectáreas de árboles centenarios habían desaparecido, y se dice que las cenizas aún calientes llegaron a caer sobre barcos que se encontraban a ochocientos kilómetros de la costa. Pero, finalmente, el fuego se extinguió y se plantaron más árboles y se vigiló su crecimiento. Por cierto extraño capricho del destino, el bosque se incendió de nuevo en 1939,1945 y 1951, como una recurrente maldición que lo azotara cada seis años. Así que la gente fue hasta allí y plantó otro puñado de semillas: clubes de jardinería, *scouts*, asociaciones cívicas, todos pasaban allí los fines de semana, haciendo el bien. Ahora parece un bosque normal. A menos que sepas lo que le ocurrió, pensarás que siempre estuvo igual. Así somos. A veces.

En realidad, a ninguno de nosotros se le ocurrió detenerse y dar un paseo. Ni habría sido de otro modo aunque no hubiera sido un día tan lluvioso. Habíamos visto ya suficientes árboles por un tiempo.

Nina no me hubiera permitido dispararle a Paul.

Iba a hacerlo. De verdad. No veía qué más podía tener sentido.

Aquel era el hombre que había matado a mis padres y me había arrebatado la vida. Él había matado a la hija del hombre que yacía al otro lado del barranco, sus ojos en mi espalda como agujeros ardientes. Había matado a gente cuyos nombres jamás iba a descubrir, gente a la que tal vez nunca contarían entre sus víctimas. No sé sí John tenía razón en odiarme por no haberle disparado la última vez. Pero pensé que la tendría si no lo hacía entonces.

Nina se acercó por detrás. No dijo nada, ni trató de detener físicamente mi mano. Simplemente advertía su presencia allí atrás, lo bastante cerca como para sentir el calor de su respiración en mi cuello. Observé como el hombre que había a mis pies intentaba moverse, sus manos resbalaban contra las rocas como dos pequeñas y pálidas criaturas, cercanas al final de su vida. No sé qué es lo que sucede con los locos, pero tienen verdadera fuerza de voluntad. Quizá sea porque carecen de los controles y equilibrios que poseemos los demás, o tal vez me engañe a mí mismo: quizá simplemente resulte que sus mentes son más claras, libres de las ansiedades y de la moralidad que nos envuelven al resto. Tal vez tengan el coraje de dirigir su pensamiento mágico hacia las estrellas. Sin embargo, ahora no le bastaba con la fuerza de voluntad a Paul. No podía moverse, no tenía arma y ya no heriría a nadie más.

Todavía podía dispararle, lo sabía. Ninguno de los presentes me culparía por ello. Connelly observaba desde lo alto del barranco. Su rostro era céreo y, desde donde me encontraba, podía oír su respiración, pero el extremo de su rifle seguía bastante firme. Parecía capaz de disparar de nuevo si no era yo quien lo hacía. Ya sabía lo que deseaba John. No conocía la opinión de Phil a ese respecto: parecía un tipo agradable, nada propenso a lastimar a nadie, pero —dado que el Hombre de Pie le había disparado en la pierna y le había hundido un rato la cabeza debajo del agua— sospechaba que estaría a favor de la línea dura en este punto.

Al final, dejé caer el brazo.

—Jodido inútil —murmuró John.

Nina se le acercó, se agachó, y dijo algo en voz baja a su oído. Se quedó hablándole durante un breve instante, y luego cogió el

revólver de su mano.

Volvió y permaneció apuntando con él al Hombre de Pie mientras yo ayudaba a Connelly a descender por la pared del barranco. Tenía un aspecto horrible, aunque no peor de como me sentía yo. Cualquier hombre capaz de llegar solo desde donde le habíamos abandonado hasta el borde del barranco no iba a dejar que su alma se le escapara tan fácilmente. Fue cojeando a mi lado hasta donde Nina nos indicó que había caído Phil. Procuró colaborar, pero al final fui básicamente yo el que llevó medio a rastras a su ayudante hasta donde se encontraban los demás. Fue todo muy aparatoso. Lo apoyé contra el muro más alejado, el opuesto al que ocupaba Paul. Connelly se dejó caer para sentarse junto a Phil, su rifle apuntando con decisión hacia Paul.

No sabía qué ocurriría a continuación. Seguía nevando. Había amainado un poco, pero no parecía que estuviera a punto de parar. Habíamos quedado varados muy lejos, en mitad de la nada. Ni Phil ni Connelly podrían volver a casa por sus propias fuerzas, y la radio del *sheriff* no captaba ninguna señal. John parecía más en forma: a juzgar por su abrigo, el disparo de Nina no había hecho más que arrancarle un pedazo de carne del brazo. Sin embargo, no iba a decirme nada. Ni siquiera me miraría a los ojos.

Nina trajo a la anciana. Yo ni siquiera había advertido que estuviera allí. Se la veía más o menos tan congelada como podría imaginarse en alguien que hubiera sido encontrado en plenos hielos perpetuos montado sobre un lanoso mamut. Hablaron durante un momento y luego Nina se acercó a Connelly y le pidió su GPS.

—No lo va a necesitar —dijo la anciana—. Conozco el camino.

De todos modos, Nina se lo metió en el bolsillo. Se me acercó, me frotó el brazo un momento, luego se quitó el abrigo y me lo dio.

Inmediatamente ella y la anciana se marcharon río arriba.

—Iré con vosotras —dijo John. Se ayudó con las manos para ponerse en pie.

—No hace falta, gracias —dijo Nina.

—Tal vez. Pero hay osos por aquí. Antes vi uno. Vi algo, vaya.

Nina me miró. Yo me encogí de hombros. Encontré una gran

roca plana en la que acomodarme a un par de metros de Paul, y observé cómo se iban.

Ocurrieron dos cosas durante aquella noche que no entendí.

La primera fue menos importante. Advertí que Phil y Connelly estaban hablando, en voz baja, y me volví para escuchar.

Oí que Phil decía:

—Siempre lo supiste, ¿verdad?

—Estaba con tu tío esa noche —dijo Connelly.

Parecía que iba a decir algo más, pero entonces miró en dirección a mí y vio que los estaba escuchando.

Le hizo un guiño a Phil y negó con la cabeza. Después de aquello ya no hablaron más.

Al cabo de una hora, más o menos, se durmieron. No sabía si eso era una buena idea, pero se habían recostados juntos, era lo más calientes que podían estar. De todos modos, no iba a ser capaz de mantenerles despiertos toda la noche. Estaba tan cansado que ni siquiera podía garantizar que yo mismo lo lograra. Ambos respiraban pesadamente. Solo tenía que prestarle atención a eso.

Mi propia cabeza me parecía una piedra montada en equilibrio sobre otra piedra. Me sentía como si hubiera corrido durante tres meses y luego, al llegar al final de la pista, hubiera visto que allí no había nada, ninguna meta, solo más de lo mismo. Ahora Paul parecía haberse quedado inconsciente, pero temblaba mucho. Se me ocurrió que todavía tenía una pistola en la mano. Y también me pareció improbable que Nina supiera cuántos agujeros tenía Paul. Uno más pasaría muy probablemente desapercibido. Tal vez la clave para encontrar esa línea de meta se hallara en mi mano derecha. Quizá dispararle a Paul era la única cosa que lo terminaría todo para mí.

Me levanté con agilidad, me acerqué un poco más.

Un disparo.

Los demás se despertarían, pero podía decir que se había movido.

Creía saber por qué Nina me había detenido. No quería que cometiera un asesinato a sangre fría. Supongo que también pensaría

en los familiares de las víctimas reconocidas del Hombre de Pie —las familias de las chicas que habían desaparecido en Los Angeles dos años atrás, y cualquier otra con la que finalmente resultara involucrado—, en que tenían derecho a algo más que a saber de cierta ejecución llevada a cabo en lo profundo del bosque, lejos de la vista de nadie, a kilómetros de distancia. Sabía que esa convicción representaba una gran parte de lo que la había mantenido en su puesto de trabajo a lo largo de los años, intentando sacar de circulación a los malos a pesar de las circunstancias y de que enseguida aparecían otros para ocupar su lugar. Tuvimos que mantener la existencia de Los Salones en secreto, es cierto, pero entonces no teníamos ningún prisionero en nuestras manos.

Al final, no fue ninguna de esas cosas lo que me hizo volver a guardar el arma en el bolsillo. Si soy honesto, debo reconocer que no sé lo que fue.

De pie, me quité el abrigo de Nina y lo extendí sobre el cuerpo de Paul encajando los bordes en sus costados. Su rostro era de un blanco puro, los labios virando hacia el azul.

Me descubrí llorando.

Me descubrí sentado junto a su cabeza. Me descubrí posándola en mi regazo, donde estaría más caliente, y pasándole un brazo por el otro lado.

No sé por qué. No lo entiendo. Sabía a cuanta gente había matado. Sabía que nos habría matado a Nina, a John y a mí. Pero eso fue lo que sucedió.

Connelly se despertó al cabo de un rato, pero no dijo nada. Entonces me dormí apoyado torpemente contra la pared del barranco, fue un sueño sembrado de temblorosos calambres. Dormí hasta que me despertó un fuerte estruendo por encima de mí, y una forma diferente de viento.

Abrí los ojos para ver a Connelly y a Phil de pie, apoyados el uno en el otro, bajo una luz blanca, mirando al cielo al tiempo que la camilla descendía lentamente desde el helicóptero.

Fui el último en ser izado, el último en abandonar aquel frío lugar. Tenía la cabeza a punto de reventar, y estaba tan cansado que

apenas lograba ver. Mientras me subían girando entre el ruido, el viento y la nieve revoltosa, eso era todo cuanto podía hacer para seguir resistiendo.

Miré hacia abajo una vez, pésima idea, y por un extraño momento, en un vaivén de la luz, me pareció ver un pequeño grupo de siluetas ahí abajo, en el barranco, mirándome de pie mientras ascendía hacia el cielo. Parpadeé para enfocar, pero fue como si ya hubieran desaparecido de la vista.

Luego un remolino de nieve cubrió el cielo por completo, y unas manos tiraron de mí para meterme en una máquina voladora de metal.

Una vez llegamos al océano, giramos a la derecha y seguimos hacia el norte por encima de la carretera de la costa. No está permitido comprar terrenos en la costa de Oregón, por eso conserva un aire salvaje, antiguo, como de lugar en el que pueden suceder cosas extrañas. Sí, tiempo atrás la gente solía encontrar trozos de cera de abejas entre la arena y más en el interior, varias toneladas en total; al parecer, algunos tenían símbolos grabados, y entre ellos algunos eran probablemente de origen chino antiguo. Sé que esta parte de lo que me contó Zandt es cierta, pero no creo demasiado en el resto. Las formas son solo formas. No tienen por qué describir nada que sea real.

No sabíamos dónde estaría John entonces. Aquella noche había desandado renqueante la mayor parte del camino junto a Patrice y Nina, sin decir nada. Supongo que debió de ayudarlas, cubriéndoles las espaldas. Una penitencia. O algo así. Pero, cuando se acercaban a la civilización, desapareció. Nina se pasó diez minutos llamándole por el bosque, pero nunca respondió.

Eso era lo que tenía aquel hombre, según diría Nina más tarde: nunca responde a tus llamadas.

No le conté lo que el tipo de gafas redondas me había dicho sobre John, ni lo que había hecho. Probablemente me hubiera dicho la verdad, pero no creo que eso fuera a cambiar demasiado las cosas.

También me parecía posible que Dravecky recibiera pronto otra visita suya. A mi entender, John jamás debería haber matado a Peter Ferillo. Había cruzado un feo río al hacer eso y nunca regresaría a nuestra orilla.

El resto del trayecto en coche ascendiendo por la costa nos llevó cuarenta minutos. Durante la mayor parte de ellos, Nina estuvo sentada con los pies sobre el salpicadero, mirando al mar. Justo después de pasar Nehalem, sonó su teléfono. Miró la pantalla y respondió.

—Doug —dijo cuando hubo terminado.

—¿Y?

—No ha muerto.

—¿Cuál de ellos?

—Ninguno. El heroico Charles Monroe mejora a pasos agigantados, a juzgar por su tono. Me equivoqué seriamente al juzgar a ese hombre.

—No, no es eso —dije—. Es solo que todavía no está preparado para abandonar la escena.

Eran buenas noticias, de todos modos. Entre Monroe y Doug, las cosas podían volver a su lugar, más o menos. A Nina le había sentado como una patada descubrir que Doug había tenido tratos con John a sus espaldas, pero eso no era nada comparado con las ventajas que significó para nosotros. Ya nos habían borrado de los hechos sucedidos en el bosque, al norte de Sheffer. Todo se organizó con la ayuda de Connelly antes de que nadie más se viera involucrado. En cuanto a lo que concernía a la ley de aquellos lugares, nosotros habíamos desaparecido del pueblo tan pronto como la doctora me hubo curado el hombro. Solo Connelly y su ayudante fueron al bosque. Uno de los tipos del helicóptero era sobrino del *sheriff*, así que por ese lado nos cubrirían. Connelly tenía nuestras pistolas, para burlar a balística en los casos de los pistoleros muertos y de Paul. Un revólver hallado en el coche que habían utilizado los sicarios de los Hombres de Paja probablemente vincularía al asesino de gafas con el tiroteo contra Charles Monroe. Patrice Anders corroboraría la versión de Connelly. Era un hueso

duro de roer. Tuve la impresión de que ella y el *sheriff* mantenían cierto asunto en común del que no se habló, algo de lo que se sentían responsables. También me pregunto cómo supo Connelly adonde debía dirigirse exactamente en el bosque. Da igual. Dejemos que la gente guarde sus secretos.

—¿Dónde está Paul?

—En un hospital seguro de Los Angeles. Los médicos no dejan de darle vueltas a cómo pudo salir con vida de esta.

Sabía ya, de alguna manera, que seguía vivo. Tal vez sobreviviera, o tal vez no. No estaba en mis manos, y así era como debía ser.

—Dios cuida de los niños, de los borrachos y de los dementes criminales.

Nina sonrió.

—Me parece que lo que en realidad le está devolviendo la salud a Monroe es saber que tiene al tipo que hacía llamar el Chico del Reparto hecho pedazos y confinado en un hospital con un guarda a cada lado. Finalmente, Charles ha resuelto el caso y sus problemas se desvanecerán.

—Lo cual significa que las cosas también mejorarán para ti, ¿verdad?

—Ya veremos.

Hablaba en voz baja. Observé la carretera y luego la miré.

—¿Qué? —dije—. ¿Qué ocurre?

Ella hizo que no con la cabeza.

—En realidad, nada. Doug acaba de contarme una cosa sobre una chica llamada Jane que entrevisté la semana pasada. Hace dos noches fue a una fiesta en alguna gran casa de Mulholland Drive. Ahora está en el hospital con quemaduras de cigarrillos y la mandíbula rota.

Contemplaba la carretera a través del parabrisas con aire triste y cansado.

—¿Por qué somos así?

No tenía ninguna respuesta a esa pregunta suya.

Llegamos a Cannon Beach justo antes de las cinco. Circulamos despacio por el pueblo, que no es mucho más que unas cuantas hileras de casas de playa hechas de madera, una calle principal con un mercado y un par de pretenciosas galerías comerciales, y otra calle, o casi, hacia el este. Había oscurecido, todavía llovía y reinaba la típica calma de temporada baja, pero en el extremo norte del pueblo encontramos un lugar llamado Dunes que nos gustó. Había un cartel luminoso que rezaba: «Habitaciones libres», y eso era lo principal. A juzgar por el aparcamiento vacío, tendríamos casi todo el lugar para nosotros.

Conseguimos un par de habitaciones y nos fuimos a dormir.

La mía estaba en el tercer piso. Era grande y tenía una chimenea en la pared. Casi toda la pared exterior era de cristal, orientada hacia el mar. No podía ver más que oscuridad, pero de todos modos me senté a la mesa que había enfrente. En un arranque saqué mi portátil —el portátil de Bobby— y conecté el cable de red en la clavija que había en la pared. Me encontré abriendo un explorador y tecleando una dirección.

Unos segundos más tarde, la tenía en mi pantalla. La página web de Jessica. Todavía estaba allí. Evidentemente, el tipo que la administraba no se había molestado aún en eliminar el sitio. Puede que nunca se tomara la molestia: unos cuantos megas subidos a un servidor en alguna parte, ¿quién iba a darse cuenta? Se reuniría con el resto de cosas, los recuerdos efímeros, las palabras y las fotografías de la web. ¿Era eso la inmortalidad? No. Como dijo alguien: ser inmortal es cuestión de no morir. De todos modos, era algo, mejor y peor que nada.

Había una página de bienvenida con el resplandeciente, sonriente rostro de Jessica. Un enlace a la webcam de la propia página, que no funcionaba. En otra página se citaban sus aficiones —componer canciones, lo cual, supuse, explicaba la guitarra— y luego había también unas pocas páginas con imágenes de muestra. Solo en una de ellas aparecía semidesnuda, y la pasé de largo. Eran las otras las que hablaban. Fotografías de una mujer joven, haciendo su vida, mirando su televisor y leyendo sus revistas. El modo en que

de verdad había sido, todavía allí: algo más que un cuerpo frío en el cajón de un armario de la morgue, en Los Ángeles. Todavía me costaba sacarme de la cabeza la idea de que la había visto en el bosque, pero sabía que había sido tan solo una ilusión de mi mente.

Usé algunos trucos informáticos y fui más allá del explorador, hasta la carpeta del propio servidor. Copié los contenidos en mi ordenador. Para salvaguardarlos, supongo, por si acaso el administrador encontraba tiempo para hacer la limpieza. Cuando terminé, me di cuenta de que entre todos ellos había un archivo de texto. Lo abrí. Era corto, unas pocas y breves entradas de un diario que, estaba claro, Jessica había decidido no colgar en la página. Los federales ya lo tendrían y sin duda no habría allí nada que pudiera ser de ayuda. La última entrada llevaba fecha de tres días antes de su muerte. Era sobre un tipo llamado Don, al que creía gustarle un poco, y se preguntaba si debería llamarle alguna vez.

Cerré el ordenador de Bobby y pensé en él durante un rato, en el silencioso rincón que ocupaba en mi cabeza. Allí es donde van todos: a los cementerios de tu cabeza. Allí, detrás de tus ojos, donde no puedes verles por mucho que te vuelvas. Pero las cosas que hicieron, las personas que fueron, siguen siendo reales. Ese no tiene por qué ser un lugar solitario. De vez en cuando, puedes hacerle una visita.

A la mañana siguiente me desperté tarde. Había parado de llover pero el viento había regresado con fuerza. A través de la ventana podía ver ahora una amplia franja de playa —agua gris, arena gris, cielo gris— entre escarpados arrecifes.

Un rato más tarde, Nina llamó a mi puerta.

—¿Estás listo para dar un paseo?

—¿Por qué? ¿Por el día tan hermoso que tenemos?

Deambulamos por las calles desiertas, tomamos uno o dos cafés, nos sonreímos ante algunos ejemplos de arte barato. Pasamos unas pocas horas en la arena, solos en el mundo, a veces juntos, a veces separados. Contemplamos las grandes olas salvajes rompiendo sobre las rocas, jaleando a los osados pájaros mientras revoloteaban frenéticamente en el caos que reinaba por encima de nosotros. A

media tarde, el viento se había vuelto tan fuerte y violento que podías dejarte caer contra él con los brazos extendidos y confiar en que te mantuviera en pie. Así lo hicimos, mientras la arena se arremolinaba a nuestro alrededor y el mundo daba vueltas.

Cuando se puso de nuevo a llover, encontramos un lugar medio a cubierto, al pie de las altas rocas, y nos sentamos, un poco separados, y observamos el mar. Comprendí entonces por qué reaccionamos al rumor de las olas, y de la lluvia que cae, y del viento entre los árboles. Porque no significan nada. No tienen nada que ver con nosotros. Escapan a nuestro control. Nos recuerdan un tiempo, muy temprano en nuestra vida, en el que no entendíamos los ruidos que nos rodeaban sino que simplemente los aceptábamos en nuestros oídos y así nos ofrecían un bendito descanso en nuestros continuos y pobres intentos de transformar nuestro mundo en mágica escritura o pensamiento sin fin. Sonidos sin significado, que nos encantaban ante la ansiedad que nos producía la acción, la voluntad de dar forma, de intentar comprender y cambiar. Tan pronto como cogimos algo y lo usamos con algún propósito, estuvimos preparados y condenados a un tiempo. La capacidad para fabricar herramientas nos concedió el mundo y nos arrebató nuestra mente.

Durante una hora no hicimos nada, dos personas en el fin del mundo, de espaldas a todo. Cuando oscureció, regresamos al hotel. Me di una ducha, me cambié de ropa y luego crucé la pasarela de madera para ir a llamar a la puerta de Nina.

—Hola —dijo.

—¿Quieres tomar una copa?

Arqueó una ceja.

—¿Me estás proponiendo una cita o algo así?

—No —dije—. Nada de eso.

Un par de calles más allá encontramos un lugar llamado Red's Tavern donde podías sentarte y tomarte una cerveza muy fuerte que fabricaban ellos mismos en el piso de arriba. Al cabo de un rato, el bar comenzó a llenarse de gente del lugar, y finalmente apareció una banda al fondo. Un par de guitarras, otra metálica, un violín, una

washboard; los tipos se sentaron y empezaron a tocar, entrando y saliendo según se les antojaba. La luz era tenue y cálida, y entonces me di cuenta, por primera vez, de que la mujer que había delante de mí tenía reflejos rojizos en el pelo. Escuchamos la música que interpretaba la banda, y aplaudimos y cantamos juntos cuando lo hicieron todos los demás; y vimos a las camareras bailando y riendo detrás de la barra mientras llenaban jarras con una cerveza tan limpia como agua de río, y finalmente conseguí un bol de chile que no estaba nada mal.

La banda seguía tocando, pero a menos volumen, cuando les dejamos. Regresamos al hotel andando, compramos una botella de vino en el supermercado que quedaba de camino. Encendimos el fuego de mi habitación y entreabrimos un poco la ventana para poder oír el murmullo de las olas y el chisporroteo del fuego al mismo tiempo. Nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada en un extremo de la cama, y hablamos durante un largo rato, hablamos hasta que se hizo tarde y ya no parecía tarde en absoluto.

Seguimos echando leña al fuego porque no queríamos que se apagara, y finalmente la habitación estuvo lo bastante oscura y cálida, y ya no fueron necesarias más palabras.

Ella dio el primer paso.

Así es ella.

MICHAEL PAUL MARSHALL SMITH (nacido el 3 de mayo de 1965) es un novelista, guionista y cuentista inglés que también se le conoce como Michael Marshall, M.M. Smith y Michael Rutger.

Nacido en Knutsford, Cheshire, Smith se mudó con su familia a una edad temprana a Illinois y luego a Florida. Cuando tenía siete años, la familia se mudó nuevamente, esta vez a Sudáfrica y luego a Australia antes de regresar a Inglaterra en 1973.

Fue educado en la Chigwell School, donde estuvo en Swallows House y salió con su compañera y futura editora senior de Sky News Sally Arthy, y en King's College, Cambridge, donde estudió filosofía, ciencias sociales y ciencias políticas, y se involucró con Cambridge Footlights. Bajo el seudónimo de Michael Rutger, pasó a convertirse en escritor de comedia e intérprete de la serie de BBC Radio 4 «*And Now in Color*», que ha sido descrita como «éxito de culto» y se presentó en dos series. Entre 2002 y 2004, también coescribió material para dos series de comedia surrealista «*Dare To Believe*».

La primera historia publicada de Smith fue «*The Man Who Drew Cats*», que ganó el British Fantasy Award en 1991 por el «Mejor cuento corto». Ha sido publicado en Postscripts. Su primera novela, «*Only Forward*», se publicó en 1994 y ganó el August Derleth Award

a la mejor novela en 1995, y luego el Philip K. Dick Award en 2000. La trama involucra al personaje principal, Stark, que tiene que encontrar a un hombre desaparecido que cree que ha sido secuestrado y viajar por las zonas extrañas de su ciudad. En 1996 se lanza su segunda novela, *Spares*, una novela en la que el personaje principal, Jack, huye con clones que se utilizan como piezas de repuesto para los ricos, cuando se da cuenta de que son personas con sentimientos. DreamWorks de Steven Spielberg compró los derechos cinematográficos de *Spares*, pero nunca se hizo una película. Cuando caducaron los derechos, DreamWorks produjo *La isla*, cuya trama tenía fuertes similitudes con *Spares*, aunque Smith no consideró que valiera la pena emprender acciones legales por Las similitudes. Ahora considera que es poco probable que se haga una película de *Spares*.

La novela *The Straw Men* fue la primera en escribirse bajo el nombre abreviado de «Michael Marshall». Este cambio de nombre se debió originalmente a la publicación de otro libro del mismo nombre en 2001 por Martin J. Smith. Sin embargo, Marshall Smith decidió utilizar la división para ofrecer la posibilidad de publicar diferentes géneros de libros con los dos nombres: novelas de «modern day» como Michael Marshall y horror, ciencia ficción como Michael Marshall Smith.

El 1 de septiembre de 2006, se anunció en su sitio web oficial que el cuento de terror «*Hell Hath Enlarged Herself*» estaba siendo desarrollado como largometraje por Cuba Productions y Lightworks Films, financiado por Consejo de Cine del Reino Unido. Smith será productor y coguionista de la película.

En 2012 lanzó Ememess Press, una pequeña prensa virtual especializada en producir versiones electrónicas de la ficción corta escrita bajo el nombre de Michael Marshall Smith.

Intruders, una serie de televisión de BBC America, está basada en la novela de Smith de 2007 *The Intruders*.